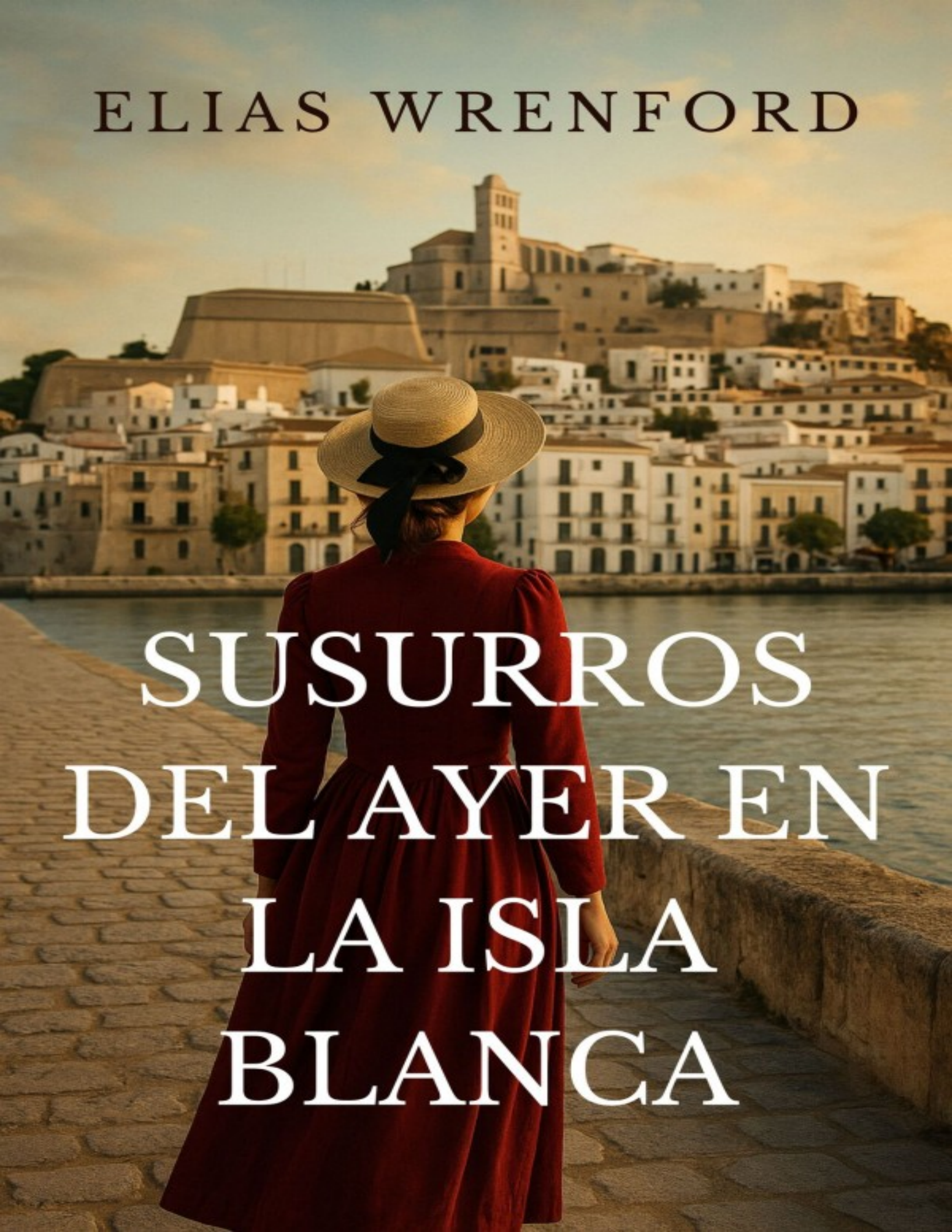
ELIAS WRENFORD



SUSURROS DEL AYER EN LA ISLA BLANCA

Susurros del Ayer en la Isla Blanca

Elias Wrenford

Derechos de autor © 2025 Elias Wrenford

Roberto Marín Muñoz
c/o COCENTER
Koppoldstr. 1
86551 Aichach
(Alemania)

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Dedicatoria

A Ibiza, isla de contrastes y latidos eternos**,** a ti, que me envuelves con tu luz dorada y me atrapas en la penumbra de tus misterios. Isla donde el tiempo es un espejismo y cada rincón guarda un secreto que nunca se deja desvelar del todo.

A tu gente, curtida por el sol y el salitre, por la fiesta y la fatiga, por el vaivén de un destino que a veces embriaga y otras golpea con la crudeza del mar abierto. A los que surcan las aguas con manos encallecidas, a los que se alzan con el alba para ganarse el pan, a los que resisten cuando el viento sopla en contra. A los que sueñan y trabajan, a los que no lo han tenido fácil y aún así siguen adelante.

Aquí, donde los días queman y las noches deslumbran, donde el lujo y la carencia se rozan sin tocarse, donde el deseo y la nostalgia se entrelazan en un susurro que se pierde entre las olas.

Porque todo lo que ocurre en Ibiza, queda en Ibiza. Pero quien la ama, la lleva siempre consigo.

Que nunca falte el valor para seguir los sueños. Que nunca falte el esfuerzo para hacerlos realidad.

"Eres el latido de la isla en la penumbra,
luz que en la noche avanza silenciosa."
— Marià Villangómez Llobet

Contenido

Dedicatoria
Contenido
Parte 1
- Capítulo 1: 1912, La huida
- Capítulo 2: 1974, El último deseo
- Capítulo 3: 2024, David está trabajando
- Capítulo 4: 2024, Iker y David
- Capítulo 5: 2024, Ana y Samuel
- Capítulo 6: 2024, Lucía y Martín
- Capítulo 7: 1911, La feria
- Capítulo 8: 2024, Aitana Solare
- Capítulo 9: 2024, Lucía e Iker
- Capítulo 10: 2024, La historia de Samuel
- Capítulo 11: 1911, Rosa y Bartomeu

Parte 2
- Capítulo 12: 2024, Fiestas ostentosas
- Capítulo 13: 2024, Enfrentando su herencia
- Capítulo 14: 1913, Una nueva familia
- Capítulo 15: 2024, Los dueños de Ibiza
- Capítulo 16: 2024, Encuentros inesperados
- Capítulo 17: 1915, El puerto de Ibiza
- Capítulo 18: 2024, Martín y la beneficencia
- Capítulo 19: 1915-1889, Mujeres de acero

Parte 3
- Capítulo 20: 2024, Zona de confort
- Capítulo 21: 1935-1949, El curso de la vida
- Capítulo 22: 2024, A prueba de nervios

Capítulo 23: 2024, Una oportunidad
Capítulo 24: 2024, Abogados
Capítulo 25: 1953, La gran tormenta
Capítulo 26: 2024, Acuerdos
Capítulo 27: 2024, Desenlace
Epílogo
Notas del autor
Un último favor
Avance exclusivo
Acerca del autor
Otros libros del autor
Otros libros del autor

Parte 1

Capítulo 1: 1912, La huida

En una noche calurosa de 1912, el estridente canto de los grillos resonaba casi insoportable en el ambiente cálido de la madrugada. Una enorme luna llena proyectaba su intensa luminosidad en medio del cielo despejado y plagado de estrellas, bañando las interminables extensiones de las salinas de Ibiza con su luz plateada. Las montañas de sal cristalizada reflejaban los rayos lunares, creando un paisaje etéreo y onírico. Las salinas permanecían en absoluta quietud, sin la más mínima brisa que perturbara el aire cargado de la fragancia salina y el aroma de las hierbas aromáticas que crecían en los alrededores. Era como si el tiempo se hubiera detenido en ese rincón remoto de la isla de Ibiza, justo en ese instante, sumido en un silencio solo interrumpido por el incesante canto de los grillos que parecían celebrar la belleza de aquella noche mágica.

El caserío de los Salazar se presentaba imponente ante los ojos del observador, como una fortaleza impugnable que vigilaba desde lo alto del montículo las vastas extensiones de las salinas que se extendían a sus pies. Las paredes de piedra caliza, con sus sillares tallados, parecían desafiar el paso del tiempo con su solidez inquebrantable. Sobre la fachada, ventanas emplomadas acentuando las sombras en los recovecos y molduras labradas. Una sensación de poder y riqueza emanaba de aquella construcción señorial, cuyos muros parecían guardar los secretos de generaciones de una estirpe acaudalada.

De pronto, una de las puertas laterales del patio interior se abrió lentamente, chirriando sobre sus viejas bisagras. Una figura esbelta y grácil emergió en la penumbra del interior. Era Rosa Salazar, la joven heredera de la familia.

La luz de la luna llena arrancaba destellos de su cabellera castaña, que caía en suaves ondas sobre sus hombros. Su rostro, de rasgos delicados y finos, poseía una belleza etérea que parecía resplandecer bajo el fulgor nocturno. Aquellos ojos verdes, soñadores y

profundos, reflejaban una mezcla de anhelo y melancolía mientras contemplaban las estrellas. Era esa noche o nunca.

Rosa avanzó con pasos ligeros por el patio empedrado, dejando que la luz de la luna acariciara su piel. Llevaba puesto un sencillo camisón blanco que ondeaba suavemente a su paso, realzando la gracia de su figura. Un chal de encaje cubría parcialmente sus hombros desnudos. A su espalda un hatillo con algo de comida y dinero para el camino. Mercancías que había conseguido sustraer en los días anteriores en momentos de descuido de sus padres y hermanos. Su corazón latía con fuerza, inundado por una mezcla de temor y emoción ante lo que estaba a punto de hacer. Escapar de la jaula en la que se había convertido el caserío, dejar atrás las ataduras de su familia y su posición para seguir el llamado de su corazón. La decisión estaba tomada y no había vuelta atrás.

Rosa avanzó sigilosamente entre los olivos centenarios que poblaban las laderas de la colina. La luz de la luna se filtraba entre las ramas cargadas de frutos, proyectando sombras sobre el suelo pedregoso. Cada paso que daba la alejaba más del caserío, de la opresiva vida que había llevado hasta entonces. Su corazón latía con fuerza, no sólo por la emoción del escape, sino también por el temor a ser descubierta. Sabía que si sus padres se percataban de su ausencia antes de que lograra alejarse lo suficiente, las consecuencias serían terribles.

Aminoró el paso, conteniendo la respiración al escuchar los lejanos ladridos de los perros guardianes. El sonido la puso en alerta máxima, agudizando todos sus sentidos. Intentó agazaparse entre los troncos retorcidos de los olivos, pegándose a la tierra en busca de refugio. Los ladridos parecían provenir de las cuadras, al otro lado del caserío. Rosa rogó en silencio para que los animales no captaran su aroma y la delataran.

Tras unos instantes que se le antojaron eternos, los ladridos cesaron. Rosa exhaló un hondo suspiro de alivio y reanudó su marcha furtiva colina abajo, alejándose de los caminos principales para evitar ser vista. La escasa luz de la luna dificultaba su avance,

por lo que debía prestar suma atención a cada paso para no tropezar con las raíces nudosas que sobresalían del suelo.

Rosa avanzó con determinación por los angostos senderos que serpenteaban entre las lagunas. A ambos lados, el paisaje estaba salpicado por estanques colmados de un líquido de un azul turquesa intenso que reflejaba los destellos plateados de la luna. Montículos blanquecinos de sal cristalizada se elevaban aquí y allá, reluciendo como joyas bajo la luz nocturna.

Cada paso que daba la alejaba más de la seguridad del caserío y de la vida que había conocido. Pero lejos de sentir temor, Rosa experimentaba una creciente sensación de libertad y alivio al dejar atrás las cadenas de su familia y su posición social. Por primera vez en mucho tiempo, se sentía dueña de su propio destino.

Empezó a soplar una brisa marina que acariciaba su rostro, trayendo consigo el aroma vigorizante de la sal y las hierbas aromáticas que crecían en los alrededores. Rosa aspiró profundamente, llenando sus pulmones con aquella fragancia que le resultaba tan reconfortante. Era el perfume de su tierra natal, la esencia misma de Ibiza que llevaba grabada en su alma.

Continuó avanzando con renovado brío, esquivando los charcos de agua salada que salpicaban el camino. Sus pies se hundían ligeramente en la tierra húmeda, dejando huellas que pronto serían borradas. Una sonrisa de satisfacción asomó a sus labios al pensar en la sorpresa que se llevarían sus padres al descubrir su ausencia por la mañana.

De pronto, Rosa se detuvo en seco y se llevó una mano al vientre. Allí, bajo la fina tela del camisón, se adivinaba un abultamiento que no había parado de crecer en las últimas semanas. Un movimiento apenas perceptible se produjo bajo su palma, como un leve aleteo. Rosa contuvo el aliento, maravillada ante aquella sutil señal de vida que crecía y crecía en su interior.

Era por esa criatura, fruto de su amor prohibido con Bartomeu Montalbán, que había decidido emprender esta huida desesperada.

Jamás permitiría que su hijo naciera en el seno de una familia que lo marcaría con el estigma del deshonor. Ese pequeño ser merecía crecer libre, lejos de los odios y rencillas que envenenaban a sus respectivas familias desde hacía generaciones.

Con renovada determinación, Rosa reanudó su marcha hacia el pinar. El sendero costero que buscaba debía hallarse más allá de aquel bosque de pinos, serpenteando entre los acantilados hasta alcanzar el pueblo más cercano. Una vez allí, encontraría la manera de escapar de la isla y comenzar una nueva vida lejos de Ibiza, una vida donde pudiera amar sin ataduras ni miedos.

La travesía a través del pinar estaba resultando mucho más ardua de lo que Rosa había imaginado. Conforme avanzaba, los árboles parecían multiplicarse a su alrededor, envolviéndola en un mar interminable de troncos y ramas que dificultaban su paso. La oscuridad bajo el dosel de pinos era casi absoluta, obligándola a tantear el camino con los brazos extendidos para no tropezar.

Rosa sentía cómo el cansancio se iba apoderando de sus piernas a cada paso que daba. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba caminando, pero le parecían horas interminables adentrándose cada vez más en la espesura del pinar. La emoción inicial del escape había dado paso a una creciente sensación de desorientación y agotamiento.

En algún momento, Rosa había perdido por completo la noción de la dirección que seguía. Los árboles se alzaban idénticos a su alrededor, burlándose de sus intentos por encontrar alguna referencia que le indicara el camino correcto. Se detuvo un instante, respirando entrecortadamente mientras barría la oscuridad con la mirada en busca de alguna señal.

Nada, solo más pinos y sombras.

Un escalofrío recorrió su espalda al caer en la cuenta de que quizás había sido una completa insensatez emprender aquella aventura sin la más mínima preparación. Recordó con amargura todas las veces que había salido a cabalgar con sus hermanos y las criadas, dejando

que otros se encargaran de seguir los senderos mientras ella se limitaba a disfrutar del paseo.

Ahora, sola en medio de aquel laberinto vegetal, Rosa se arrepentía de su arrogancia y falta de previsión. ¿En qué había estado pensando al escapar así, sin más provisiones que un hatillo con algunas monedas y un poco de comida? La realidad la golpeaba con crudeza: estaba perdida, agotada y, lo que era peor, comenzaba a sentir una sed abrasadora que le resecaba la boca.

Rosa se llevó una mano temblorosa a los labios, percibiendo la aspereza de su lengua contra el paladar. Había olvidado por completo abastecerse de agua antes de huir. En su mente, la imagen de las lagunas salinas reluciendo bajo la luz de la luna se hizo nítida y casi insoportable. ¡Qué tonta había sido al no prever algo tan básico!

Unas gotas de sudor frío perlaron su frente al comprender la gravedad de su situación. Si no encontraba pronto un arroyo o manantial del que beber, su aventura podría terminar de la forma más trágica. Aquel pensamiento hizo que un nudo de angustia se formara en su garganta.

Rosa se obligó a respirar hondo e intentar serenarse. No podía dejarse vencer por el pánico en esos momentos. Posó una mano sobre su vientre, sintiendo la leve curvatura que albergaba una vida en ciernes. Esa criatura dependía de ella, debía mantenerse fuerte y seguir adelante. Tenía que encontrar el modo de salir de aquel laberinto de pinos y alcanzar un lugar seguro.

Rosa siguió avanzando con dificultad entre la maleza del pinar, apartando las ramas con sus brazos temblorosos. De pronto, una tenue luz captó su atención al fondo, filtrándose entre los troncos. ¡Quizás fuera la luz de una casa o una granja! Una chispa de esperanza se encendió en su pecho y apretó el paso, ignorando el agotamiento que entumecía sus piernas.

Conforme se acercaba, la luz parecía aumentar de intensidad, destellando con más fuerza entre los árboles. Rosa contuvo el

aliento, convencida de que pronto alcanzaría alguna edificación donde poder descansar y pedir auxilio. Quizás incluso encontraría a alguien que la ayudara a escapar de la isla y llegar a un lugar seguro.

Sin embargo, cuando finalmente atravesó los últimos pinos, la escena que se presentó ante sus ojos la dejó desconcertada. En lugar de una casa o un pueblo, se encontró frente a una playa virgen de arenas blancas que se extendía hasta el mismo mar. Las olas rompían suavemente sobre la orilla, bañando la playa con su luz plateada.

Rosa se quedó paralizada, con los pies hundidos en la arena mientras barría la costa con la mirada, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. No había el menor rastro de presencia humana a la vista, solo la inmensidad del océano extendiéndose ante ella como un lienzo infinito.

Fue entonces cuando reparó en el islote que se alzaba en la distancia, recortado contra el horizonte. Y allí, en la cima, un pequeño faro emitía destellos de luz, barriendo las aguas con su haz luminoso. Aquella era la luz que Rosa había divisado entre los árboles y que la había guiado hasta allí, confundiéndola con una señal de civilización.

La decepción la golpeó con fuerza arrebatadora, desplomándola sobre sus rodillas en la arena. Todas sus esperanzas se desvanecieron como las olas que lamían la orilla, dejándola sumida en una absoluta desolación. Se encontraba sola, perdida y agotada en una playa desierta, sin agua ni fuerzas para continuar.

El cansancio acumulado tras horas de andar sin rumbo finalmente la venció. Rosa se dejó caer de lado sobre la arena, con las piernas dobladas y los brazos inertes a su costado. Sus párpados comenzaron a cerrarse lentamente, incapaz de luchar más contra el agotamiento que la consumía.

Los últimos destellos del faro giratorio se reflejaron en sus pupilas vidriosas antes de que sus ojos se cerraran por completo. El suave

arrullo de las olas acompañó su respiración, que poco a poco se fue tornando más lenta y acompasada. Rosa se sumió en un sueño profundo.

* * *

Al rayar el alba, mientras los primeros destellos del sol asomaban por el horizonte, algunos pescadores que ya estaban inmersos en su labor cerca de aquella playa divisaron el cuerpo de lo que parecía una persona tendida sobre la arena. Decidieron entonces aproximar su pequeña embarcación a la orilla para echar un ojo más de cerca.

Los robustos pescadores se miraron entre sí, sin dar crédito a lo que sus ojos presenciaban. Uno de ellos, el más joven y ágil, saltó del bote sin pensarlo dos veces y avanzó a grandes zancadas por la orilla, hundiéndose en la arena húmeda con cada paso. Al llegar junto a la muchacha, se agachó y acercó su rostro al de ella, buscando algún indicio de vida.

—¡Aún respira! —gritó hacia sus compañeros que aguardaban en el bote—. ¡Está viva!

Otro de los pescadores no tardó en bajar también a la playa, llevando consigo una cantimplora de piel de cabra. Con movimientos cuidadosos, dejó caer unas gotas de agua fresca sobre los labios agrietados de la joven. Ella pareció estremecerse levemente ante aquel contacto refrescante.

Rosa entreabrió los párpados con gran esfuerzo, enfocando su mirada vidriosa en aquellos rostros desconocidos que la observaban con preocupación. Por un instante, creyó que se trataba de una visión onírica, pues las figuras borrosas de los pescadores, con sus ropas raídas y sus pieles curtidas por el sol y el salitre, parecían salidas de un sueño.

Un leve gemido escapó de sus labios al sentir una punzada en su vientre abultado. Instintivamente, posó una mano sobre la curvatura de su embarazo, en un gesto protector. Los párpados volvieron a pesarle como plomo y, pese a los esfuerzos de aquellos hombres por

reanimarla, Rosa se sumergió de nuevo en la inconsciencia, dejando atrás la realidad por el refugio de un sueño profundo.

* * *

Al recobrar la consciencia, Rosa se encontraba en un cuarto modesto de un sitio desconocido. La penumbra reinante apenas permitía distinguir los escasos muebles que lo amueblaban: una tosca cama de madera, una pequeña mesilla de noche y una cómoda desvencijada. A su lado, una anciana desconocida de rostro adusto y arrugado como una pasa, le aplicaba con gesto preocupado compresas tibias en la frente. Por la ventana entreabierta se colaba una brisa marina cargada con los olores de la costa, mezclados con el tufillo a humedad y moho de aquel lugar. Rosa se sentía desorientada, con la mente embotada y el cuerpo dolorido, como si hubiera sido vapuleada sin piedad.

Rosa entreabrió los labios resecos e hizo acopio de fuerzas para formular la pregunta que rondaba su mente embotada.

—¿Dónde... estoy? ¿Qué ha pasado?

La anciana posó sobre ella sus ojos oscuros como avellanas y le dedicó una sonrisa reconfortante, dejando entrever una dentadura incompleta.

—Ahora estás a salvo, hija. Y tu criatura ahí dentro seguramente también —murmuró con voz rasposa mientras acariciaba con ternura el abultado vientre de Rosa—. No te preocupes de nada y descansa. Ya habrá tiempo para hablar de todo.

Rosa frunció el ceño, confundida. Unas imágenes borrosas acudieron a su mente: la huida desesperada, el camino interminable bajo los pinos, el miedo a ser descubierta...

—Una suerte que te hayan encontrado mis nietos mientras estaban pescando en la costa de Ibiza esta mañana —prosiguió la mujer.

Rosa clavó en ella una mirada inquisitiva.

—¿Dónde estamos ahora?

—En Formentera.

Un hondo suspiro de alivio brotó de los labios de Rosa. Formentera... Había logrado llegar a la pequeña isla vecina, su refugio provisional lejos de las amenazas que la acechaban. Dejó caer los párpados, permitiendo que el agotamiento se adueñara de su cuerpo, y se abandonó a un sueño reparador y profundo.

Capítulo 2: 1974, El último deseo

La habitación de Bartomeu en la residencia de ancianos se encontraba envuelta en una atmósfera de anticipación. El anciano yacía en su cama, sus ojos cansados pero aún brillantes de curiosidad mientras observaba a su hijo preparar el extraño artefacto sobre el trípode. La penumbra reinante en el cuarto solo era interrumpida por los ocasionales destellos de luz que se filtraban a través de las cortinas desgastadas, proyectando sombras danzantes sobre las paredes cubiertas de recuerdos. Bartomeu contuvo la respiración, sintiendo cómo los latidos de su corazón se aceleraban ante la expectativa de lo que estaba por venir. Su mente, aún lúcida a pesar de los años transcurridos, se llenó de preguntas sobre aquel misterioso dispositivo que su hijo había traído consigo.

—¿Esa es la cámara esa de fotos que me contaste que graba imágenes en movimiento y sonido? —preguntó Bartomeu con voz rasposa.

Su hijo, un hombre de mediana edad y semblante serio, ajustó la cámara de vídeo VHS en dirección a la cama.

—Si, es una cámara de vídeo, padre. Así podremos grabarte a ti y tus palabras como quieres, para que alguien pueda verte después en su televisor, como uno de los programas que ves aquí en la residencia a veces.

Bartomeu frunció el ceño, tratando de comprender aquel concepto tan ajeno a sus años.

—¿Y funcionará? ¿Cómo puede una caja tan pequeña capturar mi voz e imagen?

—Sí, funcionará y las cintas se mantienen intactas por años —respondió su hijo con paciencia—. Luego se puede enchufar a la

televisión y se ve todo incluso en color, si tienes uno de esos nuevos televisores que venden con color.

Bartomeu asintió lentamente, su mente divagando en recuerdos de un mundo más sencillo. De repente, un pensamiento cruzó su mente.

—¿Y la pequeña? ¿Cómo está mi nieta?

Una leve sonrisa suavizó las facciones de su hijo.

—Ana está bien, no te preocupes. Con solo un par de meses no hace otra cosa más que dormir.

Satisfecho con la respuesta, Bartomeu se acomodó en la cama, listo para enfrentar aquel desafío tecnológico. Su hijo ajustó los últimos detalles y, después de hacer una prueba, presionó el botón de grabación. Luego, en silencio, abandonó la habitación, dejando a Bartomeu a solas con sus recuerdos y la lente de la cámara.

* * *

La mirada de Bartomeu se posó en ese artilugio electrónico en el que parpadeaba una lucecita roja, sus ojos reflejando una mezcla de añoranza y determinación. Tomó una profunda bocanada de aire, como si estuviera preparándose para una travesía hacia un pasado que lo había atormentado durante demasiado tiempo.

—Mi querida nieta —comenzó con voz rasposa pero firme—. Cuando veas este video, yo ya no estaré en este mundo. Sé que te estarás preguntando por qué un abuelo al que nunca has conocido te pide un favor tan especial y complicado. La verdad ni yo mismo lo se.

Hizo una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para expresar el torbellino de emociones que lo embargaban.

—Nunca he tenido el valor de contarle a tu padre o incluso a tu abuela toda la verdad sobre mi vida. Pero contigo, con el futuro, siento que puedo ser más honesto. Quizás en tu época existan mejores artilugios, como por ejemplo ésta cámara que hoy me

graba. Aparatos que permitan terminar la tarea que yo nunca pude finalizar: encontrar a mi hijo perdido. Si, tuve otro hijo.

Los recuerdos comenzaron a fluir, transportándolo a su juventud en la idílica isla de Ibiza, donde vivía en el seno de la prominente familia Montalbán. Sus ojos se ensombrecieron al recordar el cambio de apellido.

—No siempre fuimos los Ortiz. Tomé el apellido de mi esposa cuando me casé con ella, por odio hacia mis padres y lo que nos hicieron. Los temibles y poderosos Montalbán. La pobre Rosa Salazar.

Una leve sonrisa se dibujó en su rostro al evocar a su hermosa Rosa, la hija de otra familia poderosa de la isla por aquel entonces.

—Estaba profundamente enamorado de Rosa, nunca quise a nadie como a ella, pero nuestras familias se odiaban desde hacía generaciones. No me permitieron seguir ese amor y me obligaron a marcharme a Barcelona para casarme sin amor. Unir el imperio del cava catalán con nuestra producción vinícola. Eso era lo más importante por aquel entonces. Imagínate.

Su voz se quebró ligeramente al relatar los acontecimientos que siguieron.

—Años después, volví a la isla varias veces, pero Rosa ya no estaba. Se había escapado en cinta poco después de que yo viviera en Barcelona. Nadie me contó hasta ese día, que cuando me mandaron a Barcelona, ella ya llevaba a nuestro pequeño dentro. Nunca supe qué pasó con Rosa o el bebe. Mi madre me aseguró años después que seguían vivos y que bueno, ella había elegido esa vida de miseria que ahora llevaba. Aunque nunca me dio ninguna información concreta para volver a encontrarla. Y dios sabe que lo intenté durante años. Pero nunca pude encontrarlos.

Bartomeu hizo una pausa, su mirada suplicante.

—Y esta es la esperanza ahora de un viejo loco. Cuando veas esto en muchos años, y yo ya no esté y tu seas ya una mujer madura e inteligente. Te pido que te acuerdes de mi e intentes encontrar la

historia de ese bebe o a sus descendientes, si los hay. Sé que es mucho pedir, pero tengo la esperanza de que en el futuro todo sea más fácil. Yo quizás te estaré observando desde arriba con una sonrisa y quién sabe, quizás pueda reunirme con mi hijo perdido aunque sea en ese otro lugar al que vamos cuando abandonamos este mundo. Muchos besos, querida nieta, y vive tu vida sin dejar que otros decidan por ti. Sé feliz.

* * *

Bartomeu apretó varias veces el botón que colgaba al lado de su cama. Su hijo entró en la habitación unos segundos después. Tras asegurarse que Bartomeu había terminado de su grabación, comenzó a desmontar el improvisado estudio de televisión. Retiró lentamente la cinta VHS de la cámara y un silencio tenso se cernió sobre la habitación, cargado de emociones y secretos largamente enterrados.

—Quiero que guardes esta cinta en un lugar seguro —dijo Bartomeu con voz cansada pero firme—. No debe ser vista por nadie hasta que Ana cumpla la mayoría de edad. En ese momento, se la entregarás para que pueda verla.

Su hijo frunció el ceño, como si quisiera protestar, pero finalmente asintió en señal de aceptación.

—Haré lo que pides, padre. Aunque no entiendo por qué sigues ocultándonos esto a mama y a mí. Pero te sinceras con mi pequeña Ana.

Bartomeu esbozó una leve sonrisa triste.

—Es un secreto que he guardado demasiados años. Ana merece saber la verdad, pero también merece vivir su vida sin las sombras del pasado persiguiéndola. Cuando sea una mujer madura, podrá decidir qué hacer con esta información.

Su hijo continuó desmontando la cámara, doblando el trípode y enrollando los cables con movimientos metódicos. Bartomeu lo observaba en silencio, su mirada perdida en recuerdos lejanos.

Cuando todo estuvo guardado, su hijo se acercó a él con la cinta en la mano.

—¿Dónde quieres que la guarde? —preguntó.

Bartomeu meditó un instante antes de responder.

—En la caja fuerte de la bodega. Allí estará a salvo hasta que llegue el momento adecuado.

Su hijo asintió nuevamente y se dispuso a salir de la habitación. Justo antes de cruzar el umbral, se detuvo y miró a su padre por encima del hombro.

—Siempre has sido un buen padre y lo sabes. Independientemente de los secretos que tengas y las cosas que hayas hecho en el pasado —dijo en voz baja.

Bartomeu sonrió con cariño.

—Eso es todo lo que importa. Ve en paz.

—No te librarás de mi tan fácil. Volveré mañana —confirmó su hijo.

Seguidamente salió de la habitación, dejando a Bartomeu sumido en sus pensamientos y recuerdos. El anciano cerró los ojos, permitiendo que las sombras del pasado lo envolvieran una vez más.

Las semanas transcurrieron con lentitud implacable en la residencia de ancianos. Bartomeu Ortiz, cada vez más frágil y delicado, se fue apagando poco a poco, como una vela al final de su ciclo. Su hijo lo visitaba con regularidad, compartiendo momentos de silenciosa compañía y recuerdos tácitos que ya no necesitaban ser verbalizados.

Finalmente, una mañana gris de otoño, Bartomeu exhaló su último aliento. Su alma abandonó su cuerpo cansado con la misma serenidad con la que había vivido sus últimos años, libre del peso de los secretos que lo habían atormentado durante tanto tiempo.

El funeral fue una ceremonia íntima, asistida únicamente por su mujer e hijo y algunos residentes y personal de la residencia. Su

nuera, demasiado ocupada con su carrera en la empresa, no pudo asistir.

Tras el entierro, el hijo de Bartomeu se dirigió a la bodega familiar, un edificio antiguo de piedra y madera que había resistido el paso de las décadas. Con pasos reverentes, se encaminó hacia la caja fuerte oculta en el sótano, tenía que volver a tocar esa cinta, aunque fuera por sentir un aliento de su padre que ya no estaba más entre ellos.

Introduciendo la combinación con manos temblorosas, abrió la pesada puerta metálica. Allí, sobre un estante, reposaba la cinta de video que su padre había grabado semanas atrás.

Con movimientos ceremoniosos, la tomó entre sus manos, acariciando la carcasa de plástico como si fuera un tesoro invaluable. Luego, la depositó de nuevo con cuidado en un rincón apartado de la caja fuerte, donde permanecería oculta y protegida hasta que llegara el momento de sacarla a la luz de nuevo.

Las circunstancias fortuitas de la existencia impidieron que el anhelo de Bartomeu se materializara tal como él lo había concebido. Un año antes de que Ana alcanzara la mayoría de edad, sus progenitores perecieron atropellados por un camión en un siniestro vial en una importante autopista de Cataluña. Este trágico suceso sumió la cinta de VHS en las tinieblas del olvido transitorio, aguardando pacientemente a que el transcurrir del tiempo propiciara el desvelamiento de los recuerdos de Bartomeu Ortiz, en otro tiempo Montalbán.

Capítulo 3: 2024, David está trabajando

El sol de la tarde bañaba las pintorescas calles de Ámsterdam, reflejándose en las aguas tranquilas de sus icónicos canales. Los edificios de ladrillo rojo se alineaban a ambos lados de las vías acuáticas, sus fachadas estrechas y altas compitiendo por espacio en el cielo holandés. Bicicletas de todos los colores se apilaban contra las barandillas de los puentes, creando un mosaico urbano típicamente holandés.

En medio de este escenario idílico, David von König se erguía imponente, su cuerpo hercúleo contrastando con la delicadeza de la cámara gigantesca que sostenía entre sus manos. Su gorra de béisbol blanca brillaba bajo el sol, mientras sus ojos azules escudriñaban la escena frente a él con precisión milimétrica.

—Inclina la cabeza un poco más a la derecha, Sofía —ordenó con voz firme pero serena—. Eso es, perfecto. Ahora, Lena, cruza las piernas. Quiero ver esa falda ondeando sobre el agua.

Las modelos, sentadas al borde de un puente de piedra, obedecían las instrucciones del fotógrafo alemán con gracia profesional. Sus cuerpos esbeltos se contorsionaban en poses estudiadas, sus rostros adoptando expresiones etéreas que contrastaban con la robustez de las bicicletas vintage apoyadas junto a ellas.

Detrás de David, un equipo técnico bullía de actividad. Una joven maquilladora se apresuraba a retocar el labial de una de las modelos entre tomas, mientras un chico alto ajustaba los reflectores para capturar la luz perfecta. El aire zumbaba con órdenes susurradas y el chasquido constante de la cámara.

A pocos metros de distancia, un grupo de turistas se había detenido para observar el espectáculo. Murmuraban entre sí, señalando con entusiasmo al famoso fotógrafo en acción. Algunos sacaban sus

teléfonos para capturar el momento, emocionados de presenciar una sesión de fotos de alta moda en pleno corazón de Ámsterdam.

David, ajeno a la atención que generaba, continuaba dirigiendo la sesión con precisión milimétrica. Su Rolex Submariner brillaba en su muñeca mientras ajustaba la apertura de la cámara, buscando capturar la esencia misma de la ciudad en cada disparo.

* * *

La luz comenzaba a descender sobre los canales de Ámsterdam, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rosados. David hizo un gesto con la mano, indicando una pausa en la sesión. Las modelos se relajaron visiblemente, estirando sus músculos entumecidos mientras el equipo técnico aprovechaba para ajustar el equipo.

Un joven asistente se acercó a David con un vaso de cartón con café humeante de Starbucks.

—Aquí tiene su café, señor von König —dijo el chico con una sonrisa amable—. ¿Qué le parece Ámsterdam? Es mi primera vez en la ciudad y...

David tomó el café sin siquiera mirar al asistente, cortando su intento de conversación con un seco "Gracias" antes de darle la espalda. El chico, visiblemente decepcionado, se alejó en silencio.

De repente, el teléfono móvil de David comenzó a sonar. Frunció el ceño al ver el nombre en la pantalla: Helga Müller, su jefa en Berlín.

—¿Qué pasa, Helga? —contestó con tono irritado.

La voz de Helga resonó fuerte y clara a través del altavoz.

—David, necesito que vueles mañana a Ibiza. Tenemos un encargo especial, muy bien pagado. Serán unas semanas de trabajo.

—¿Qué? ¡Imposible! —protestó David—. Tengo otros compromisos, no puedo...

—No estás en posición de negarte —le interrumpió Helga con dureza —. Tus últimos trabajos no se están vendiendo tan bien como antes.

Ya no tienes el caché que te crees en el mercado.

David sintió como si le hubieran dado una bofetada. Su ego, inflado durante años de éxitos, se tambaleaba peligrosamente.

—Pero Helga, soy David von König. Mis fotos...

—Tus fotos ya no son lo que eran —le cortó ella—. Esta es una buena oportunidad y no quiero escuchar ni una sola protesta más. O aceptas el trabajo, o puedes dejar de presentarte en la oficina. Tú eliges.

El silencio se extendió por unos segundos mientras David digería la amenaza. Su mente bullía de indignación y rabia, pero una parte de él sabía que Helga tenía razón.

—Está bien —gruñó finalmente—. Iré a Ibiza.

—Excelente —respondió Helga, la satisfacción evidente en su voz—. Te enviaré los detalles por correo electrónico. No me decepciones, David.

La llamada se cortó, dejando a David con un sabor amargo en la boca. Miró a su alrededor, al equipo que esperaba sus órdenes, y por primera vez en mucho tiempo, se sintió vulnerable.

David se pasó una mano por el pelo, desordenando sus mechones rubios. La frustración y la rabia bullían en su interior, amenazando con desbordarse en cualquier momento. Con un gesto brusco, se volvió hacia el equipo que esperaba pacientemente sus indicaciones.

—¡Se acabó! —bramó, su voz resonando por el canal—. Hemos terminado por hoy.

Una de las modelos, una joven pelirroja de ojos verdes, se acercó tímidamente.

—Pero David, pensé que querías hacer unas tomas más con la luz del atardecer...

—¡He dicho que hemos terminado! —rugió David, fulminándola con la mirada—. ¿Acaso hablo chino?

La modelo retrocedió, visiblemente herida, mientras el resto del equipo intercambiaba miradas incómodas. David, ajeno a la tensión que había creado, comenzó a recoger su equipo con movimientos bruscos y erráticos.

—Tú, el del café —ladró, señalando al joven asistente que antes había intentado entablar conversación—. Asegúrate de que todo esté empaquetado correctamente. Si algo se daña, saldrá de tu sueldo.

El asistente asintió nerviosamente, apresurándose a cumplir las órdenes. Mientras tanto, dos técnicos de iluminación cuchicheaban entre sí, lanzando miradas de soslayo a David.

—Ahí va otra vez —murmuró uno de ellos—. Siempre es igual.

—Sí —respondió el otro en voz baja—. He oído que en la última sesión en París hizo llorar a una maquilladora novata.

—No me sorprende —añadió una estilista que se había unido a la conversación—. En todo el sector se sabe que es un borde. Nadie quiere trabajar con él si puede evitarlo.

David, ajeno a los comentarios, continuaba ladrando órdenes y quejándose de la incompetencia de su equipo. Su mal humor era palpable, como una nube tóxica que envenenaba el ambiente de trabajo.

* * *

El sol apenas despuntaba en el horizonte cuando David von König comenzó a empacar sus pertenencias con movimientos bruscos y malhumorados. El fotógrafo alemán no había dormido bien, atormentado por la conversación con Helga y la perspectiva de viajar a Ibiza. Mientras metía sus camisas de alta costura en la maleta, mascullaba maldiciones en alemán.

A las 6:30 de la mañana, David arrastró su equipaje por el pasillo del hotel. El silencio reinaba, interrumpido solo por el sonido de las ruedas de su maleta contra el suelo enmoquetado. Al llegar a la recepción, se encontró con el mismo joven del día anterior.

—Buenos días, señor von König —saludó el recepcionista con una sonrisa forzada—. ¿Puedo ayudarle en algo?

David dejó caer su maleta frente al mostrador con un golpe seco.

—Quiero hacer el check-out —gruñó—. Y necesito un desayuno para llevar.

El recepcionista pareció encogerse ante la mirada fulminante de David.

—Lo siento, señor, pero nuestro servicio de desayuno no comienza hasta las 8:00. Quizás podría...

—¿Me estás diciendo que este hotel de supuesta categoría no puede proporcionar ni siquiera un mísero café a esta hora? —interrumpió David, su voz elevándose peligrosamente.

—Señor, entiendo su frustración, pero...

—No, no lo entiendes —espetó David, golpeando el mostrador con la palma de la mano—. Lo que entiendo yo es que este hotel es una vergüenza. Me aseguraré de que todos mis contactos en la industria sepan lo incompetentes que son aquí.

El recepcionista, visiblemente incómodo, se apresuró a procesar la salida de David, sus manos temblando ligeramente mientras tecleaba en el ordenador.

—Aquí tiene su factura, señor von König —dijo, extendiendo un papel hacia el fotógrafo—. Lamento mucho los inconvenientes.

David arrebató la factura de las manos del recepcionista, la examinó con el ceño fruncido y sacó su tarjeta de crédito. Mientras esperaba que se procesara el pago, tamborileaba impaciente con los dedos sobre el mostrador.

Una vez finalizada la transacción, David recogió su maleta y se dirigió hacia la salida sin despedirse. El recepcionista exhaló un suspiro de alivio cuando las puertas se cerraron tras el irascible fotógrafo.

Fuera, un taxi ya esperaba a David. El conductor, un hombre de mediana edad con expresión cansada, salió para ayudarle con el equipaje.

—Al aeropuerto —ordenó David secamente, subiéndose al vehículo sin más ceremonia.

Mientras el taxi se alejaba del hotel, David miró por la ventanilla con expresión sombría. Ámsterdam despertaba lentamente, pero él ya se dirigía hacia su próximo destino, con el estómago vacío y el humor por los suelos.

Capítulo 4: 2024, Iker y David

El sol de junio caía implacable sobre las empinadas calles de Dalt Vila, el corazón histórico de Ibiza. Las paredes encaladas reflejaban la luz cegadora, creando un laberinto de sombras y resplandores que se entrelazaban en los estrechos callejones. El aroma a sal marina se mezclaba con el perfume de las buganvillas que trepaban por los muros centenarios, mientras el eco de las campanas de la catedral resonaba en la distancia.

En medio de este escenario pintoresco, dos figuras uniformadas se movían con paso firme. Iker Navarro, un policía nacional de 38 años, avanzaba junto a su compañero, sus ojos verdes escudriñando cada rincón con atención profesional. Su uniforme azul oscuro, hecho a medida, se ajustaba a su cuerpo musculoso, destacando una complexión que parecía más propia de un fisicoculturista que de un agente de la ley.

—Joder, qué calor —masculló Iker, pasándose una mano por su cabello negro bien recortado.

Su compañero asintió, secándose el sudor de la frente. Ambos se detuvieron bajo la sombra de un arco de piedra, buscando un momentáneo alivio del calor abrasador.

Iker sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa. Con un movimiento practicado, extrajo uno y lo encendió, inhalando profundamente. El humo se elevó en volutas perezosas, mezclándose con el aire cargado de verano.

—¿Quieres? —ofreció a su compañero, quien negó con la cabeza.

Mientras Iker disfrutaba de su cigarrillo, un grupo de turistas se acercó tímidamente. Eran tres jóvenes, claramente perdidos y acalorados.

—Disculpen, oficiales —dijo una chica rubia en un español vacilante —. ¿Podrían indicarnos dónde encontrar el Museo de Arte Contemporáneo?

Iker exhaló una bocanada de humo antes de responder, su voz grave y ligeramente ronca.

—Claro, están cerca. Sigan esta calle hacia arriba, giren a la derecha en la segunda esquina y lo verán frente a ustedes. No tiene pérdida.

Los turistas agradecieron la información y se alejaron, charlando animadamente. Iker los observó partir, su mirada verde siguiéndolos por un momento antes de volver a centrarse en su cigarrillo.

El compañero de Iker echó un vistazo a su reloj de pulsera y frunció el ceño.

—Oye, Iker, que se nos hace tarde. Tendríamos que estar ya de camino al aeropuerto para el cambio de patrulla.

Iker exhaló una última bocanada de humo, sus ojos verdes entornándose con resignación. El sol se reflejaba en las gotas de sudor que mojaban su frente, haciendo brillar su piel bronceada.

—Tienes razón —gruñó, aplastando la colilla contra la pared encalada antes de tirarla al suelo—. Aunque te digo que no me hace ni puta gracia.

Su compañero asintió, comprendiendo el sentimiento. Ambos conocían de sobra el caos que reinaba en el aeropuerto durante la temporada veraniega, cuando la isla se llenaba de turistas ávidos de sol y fiesta.

—Ya, pero es lo que hay —respondió, encogiéndose de hombros—. Órdenes son órdenes.

Iker soltó un bufido de descontento. La idea de pasar la tarde rodeado de maletas perdidas, viajeros frustrados y el constante rugido de los aviones le provocaba ya un incipiente dolor de cabeza. Prefería mil veces patrullar las calles empinadas de Dalt Vila o incluso lidiar con los borrachos en el puerto.

—Venga, vamos —dijo finalmente, dando media vuelta—. El coche está aparcado unas calles más abajo.

Ambos policías iniciaron el descenso por las estrechas callejuelas, sus pasos resonando contra los adoquines antiguos. El uniforme de Iker se pegaba a su cuerpo musculoso, empapado de sudor, mientras avanzaban bajo el sol implacable.

A medida que se acercaban al vehículo policial, Iker no pudo evitar pensar en el largo turno que les esperaba. Las masas de turistas, el ruido constante, el calor sofocante del asfalto... Todo ello se mezclaba en su mente, formando una imagen poco atractiva de las próximas horas.

* * *

El avión de David von König aterrizó en el aeropuerto de Ibiza con un suave golpe contra la pista. El fotógrafo alemán se levantó de su asiento en primera clase, estirando su cuerpo atlético después del vuelo. Sus ojos azules recorrieron la cabina con desdén mientras los demás pasajeros se apresuraban a recoger sus pertenencias.

David avanzó por la terminal con paso decidido, su gorra de béisbol blanca ladeada sobre su cabello rubio. El bullicio del aeropuerto lo rodeaba, pero él parecía ajeno a todo, concentrado únicamente en llegar a la cinta de equipajes.

Minutos pasaron. La cinta giraba incesantemente, maletas de todos los tamaños y colores desfilando frente a los viajeros. David esperaba, su impaciencia creciendo con cada segundo. Sus ojos escrutaban cada pieza de equipaje, buscando sus maletas de marca.

La multitud alrededor de la cinta se fue dispersando gradualmente. David permaneció allí, su mandíbula tensa, los nudillos blancos de apretar los puños. Cuando la última maleta pasó sin ser la suya, la realidad lo golpeó: habían perdido su equipaje.

Con un gruñido de frustración, David se dirigió hacia la salida de la zona de seguridad. Su camiseta blanca, ahora arrugada por el viaje, se pegaba a su cuerpo por el calor y la humedad. El reloj Rolex en su muñeca brillaba bajo las luces fluorescentes mientras caminaba con determinación hacia la ventanilla de reclamaciones.

Una joven empleada de la aerolínea estaba sentada detrás del mostrador, su expresión cansada pero profesional. Antes de que pudiera saludar, David golpeó el mostrador con la palma de su mano.

—¿Dónde demonios está mi equipaje? —bramó, su acento alemán acentuándose con la ira.

La empleada parpadeó, sorprendida por la brusquedad. —Buenas tardes, señor. ¿Puedo ayudarle con algo?

—¿Que si puedes ayudarme? —David soltó una carcajada seca—. Eso espero, porque vuestra incompetente aerolínea ha perdido mis maletas.

—Lo siento mucho, señor. Vamos a hacer todo lo posible por localizar su equipaje. ¿Podría proporcionarme su nombre y número de vuelo, por favor?

David se inclinó sobre el mostrador, su rostro a centímetros del de la empleada. —Escúchame bien. Soy David von König, fotógrafo de renombre internacional. Tengo una sesión crucial mañana y todo mi equipo estaba en esas maletas. Si no aparecen en las próximas horas, te aseguro que haré que te despidan.

La joven mantuvo la compostura, aunque sus manos temblaban ligeramente mientras tecleaba en su ordenador. —Señor von König, comprendo su frustración. Estamos haciendo todo lo posible por...

—¡No me interesan tus excusas! —interrumpió David, su voz elevándose—. Quiero hablar con tu supervisor. ¡Ahora!

El alboroto comenzó a atraer la atención de otros viajeros y empleados del aeropuerto. David, ajeno a las miradas de desaprobación, continuó su diatriba, gesticulando furiosamente y exigiendo compensaciones exorbitantes por el inconveniente.

* * *

La tarde bañaba el aparcamiento del aeropuerto de Ibiza con una luz dorada. Iker Navarro, sentado al volante del coche patrulla, recorría

lentamente las filas de vehículos estacionados. Su compañero, el mismo joven agente recién salido de la academia, con el que había patrullado antes por Dalt Vila, miraba distraídamente por la ventanilla.

De repente, la radio del coche cobró vida con un crepitar estático.

—Atención unidad 27. Se reporta un turista agresivo en el mostrador de reclamaciones. Posible intento de agresión a una empleada. Acudan de inmediato.

Iker frunció el ceño, sus ojos verdes entornándose con determinación. Sin mediar palabra, pisó el acelerador y giró bruscamente el volante. El coche patrulla se elevó sobre la acera frente a una de las entradas principales del terminal.

—Vamos —gruñó Iker, apagando el motor y desabrochándose el cinturón de seguridad.

Ambos agentes salieron del vehículo con rapidez. Iker se ajustó el cinturón, asegurándose de que su porra y otros accesorios de policía estuvieran bien sujetos. El sol arrancó destellos de su placa mientras cerraba la puerta del coche.

Con pasos apresurados, los dos policías se dirigieron hacia la entrada. El bullicio del aeropuerto los envolvió en cuanto cruzaron las puertas automáticas. El aroma a café flotaba en el aire acondicionado.

—Perdón, disculpe —murmuraba el compañero de Iker mientras esquivaban a los viajeros que se cruzaban en su camino.

Iker, por su parte, avanzaba como un toro embravecido, su imponente físico abriéndose paso entre la multitud. Su rostro, enmarcado por una espesa barba negra, mostraba una expresión de férrea determinación.

—¡Cuidado! —exclamó al chocar contra un turista distraído que arrastraba una maleta.

Sin detenerse a disculparse, Iker continuó su marcha hacia el mostrador de reclamaciones, con su compañero pisándole los talones.

* * *

El mostrador de reclamaciones era un hervidero de tensión. David von König, con el rostro enrojecido y una vena palpitante en su sien, golpeaba el mostrador con el puño cerrado. Su cabello rubio, habitualmente impecable, estaba revuelto y sus ojos azules brillaban con una furia descontrolada.

—¡Es inadmisible! ¿Cómo pueden perder el equipaje de alguien como yo? —vociferaba, escupiendo las palabras—. ¡Exijo hablar con tu superior ahora mismo!

La joven empleada del mostrador, una chica morena de no más de veinte años, temblaba visiblemente. Sus ojos se humedecían mientras intentaba mantener la compostura.

—S-señor, ya le he explicado que estamos haciendo todo lo posible para localizar su equipaje —balbuceó con voz quebradiza.

Un joven que esperaba su turno en la fila se acercó a David, alzando las manos en un gesto conciliador.

—Oiga, amigo, cálmese un poco. Está asustando a la chica —dijo con tono apaciguador.

David se giró bruscamente, sus ojos llameantes clavándose en el recién llegado.

—¡Tú no te metas en esto! —rugió—. ¡Y no te atrevas a ponerme la mano encima!

En ese preciso instante, Iker y su compañero irrumpieron en la escena. El policía español, con su imponente figura enfundada en el ajustado uniforme azul, se plantó frente a David.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Iker con voz grave y autoritaria.

Su compañero, más joven y delgado, se situó estratégicamente cerca de la empleada, ofreciéndole una mirada tranquilizadora.

David, al ver a los agentes, pareció dudar por un momento. Su rostro reflejaba una mezcla de ira y desconcierto.

—Estas personas incompetentes han perdido mi equipaje —espetó, señalando acusadoramente a la empleada—. ¡Y este entrometido intenta agredirme!

El joven que había intentado calmar a David alzó las manos en señal de inocencia.

—Yo solo intentaba que se calmara, agente —explicó—. Estaba gritando y asustando a todo el mundo.

Iker escudriñó a David con sus penetrantes ojos verdes, evaluando la situación. Su compañero se acercó a la empleada, que ahora luchaba por contener las lágrimas.

—¿Está usted bien, señorita? —preguntó el joven agente con suavidad.

La chica asintió débilmente, incapaz de articular palabra.

El compañero de Iker, un joven agente de rostro afable, se acercó a David con cautela.

—Señor, necesito que me muestre su documentación, por favor —solicitó con tono educado pero firme.

David, con los ojos desorbitados por la rabia, se giró hacia el agente como si acabara de recibir una bofetada.

—¿Pero tú eres idiota o qué te pasa? —bramó, escupiendo las palabras—. ¡Te acabo de decir que lo tenía todo en el equipaje que estos incompetentes han perdido! ¿Es que no me has oído?

El joven agente retrocedió un paso, sorprendido por la virulencia de la respuesta. Iker, percibiendo la tensión creciente, decidió intervenir.

—Señor, por favor, cálmese —dijo con voz serena pero autoritaria—. No le hable así a mi compañero. Estamos aquí para ayudar.

David soltó una carcajada sarcástica que resonó por toda la terminal.

—¿Ayudar? ¿Vosotros? —escupió con desdén—. ¿He aterrizado en un país de subnormales o qué? Porque es lo único que veo desde que he llegado.

Iker apretó la mandíbula, sintiendo cómo su paciencia se agotaba rápidamente. Sus ojos verdes se clavaron en David con una intensidad amenazadora.

—Habló el dopado culturista —dijo David —. Si su compañero es retrasado, al igual que todos aquí en este aeropuerto, yo no tengo la culpa —soltó David, con una sonrisa burlona en los labios.

Fue la gota que colmó el vaso. Iker dio un paso adelante, invadiendo el espacio personal de David. Su voz era ahora un gruñido bajo y peligroso.

—Escúcheme bien, porque solo lo diré una vez —advirtió Iker—. Si se pone tonto, nos lo vamos a tener que llevar a comisaría. ¿Me ha entendido?

David, con el rostro enrojecido y los ojos desorbitados, alzó la voz aún más, atrayendo la atención de todos los presentes en la terminal.

—¿Acaso regalan las placas en el zoológico de este país? —escupió con desdén—. ¡A quien deberían detener es a esa inútil de la compañía aérea! ¿No saben con quién se están metiendo? ¡Soy una persona muy importante!

Iker, con la mandíbula apretada y los músculos tensos bajo el uniforme, sintió que su paciencia se agotaba. Sus ojos verdes brillaron peligrosamente mientras daba un paso hacia David.

—Se acabaron las tonterías —gruñó el policía—. Ya no tengo más paciencia. Está detenido por alteración del orden público.

En un movimiento rápido y fluido, Iker se abalanzó sobre David. Con una fuerza implacable, lo redujo contra el mostrador, aplastando el cuerpo del fotógrafo contra la superficie fría. Los poderosos brazos del policía inmovilizaron a David mientras le colocaba las esposas en la espalda.

David, sorprendido por la repentina acción, intentó revolverse y golpear a Iker, pero sus esfuerzos fueron inútiles contra la fuerza superior del agente. Sus gritos de protesta resonaron por toda la terminal, atrayendo las miradas de los viajeros y el personal del aeropuerto.

—¡Suéltame, maldito gorila! —vociferaba David, retorciéndose sin éxito—. ¡No tienes derecho a tratarme así!

Iker, sin inmutarse por los insultos y los forcejeos, mantuvo a David firmemente controlado. Con un gesto de la cabeza, se dirigió a su compañero.

—Llévatelo al coche —ordenó con voz grave—. Se acabó el teatro, voy a fumarme un cigarro que me hace falta.

El joven agente asintió y se hizo cargo de David. Comenzó a arrastrar al fotógrafo hacia la salida, mientras este seguía gritando y revolviéndose, creando un espectáculo que atraía todas las miradas en el terminal del aeropuerto de Ibiza.

Capítulo 5: 2024, Ana y Samuel

En los albores del día, el animado mercado de Ibiza inundaba la atmósfera con la fragancia de frutas y verduras recién cosechadas, entrelazándose con las notas marinas provenientes de la costa cercana. Los variopintos tenderetes se desplegaban bajo lonas de tonalidades brillantes, exhibiendo una profusión de mercancías autóctonas y objetos elaborados a mano.

Entre el ir y venir de los compradores madrugadores y turistas curiosos, una figura solitaria se movía con lentitud, empujando un desvencijado carrito de supermercado. Samuel Delgado, un anciano de rostro curtido por el sol y el tiempo, avanzaba con pasos cansados pero decididos. Sus ojos, hundidos pero aún brillantes, escudriñaban los alrededores en busca de alguna oportunidad para conseguir algo de comer.

Samuel se detuvo frente a un puesto de frutas, sus ojos cansados recorriendo las pilas de naranjas y limones. El vendedor lo miró con una mezcla de lástima y recelo, pero Samuel no pareció notarlo. Con manos temblorosas, rebuscó entre las bolsas de su carrito.

El viejo carrito del Mercadona chirrió cuando Samuel lo movió, revelando su contenido a los ojos curiosos de los transeúntes. Entre las bolsas sucias y raídas, asomaban objetos que contaban la historia de una vida marcada por la pérdida y el cambio.

En una esquina del carrito, envuelta en un paño desgastado, descansaba una vieja caña de pescar. Sus hilos enredados y su mango astillado hablaban de días pasados en el mar. Junto a ella, un pequeño cuaderno de tapas descoloridas guardaba anotaciones de cosas que él creía importantes y no quería olvidar. A su edad, muchas veces las cosas ya no eran tan nítidas en su mente como lo habían sido antes.

Un marco de madera agrietado protegía una fotografía desvaída. En ella, un joven Samuel sonreía junto a sus padres y su abuela frente a una modesta casita de madera en la playa. El cristal estaba rajado, como si reflejara las fracturas en la vida de Samuel.

Entre los pliegues de una manta raída, se escondía un rosario de cuentas de nácar, regalo de su abuela. Las cuentas, pulidas por años de oraciones, brillaban tenuemente bajo la luz del mercado.

Un par de zapatos viejos pero bien cuidados ocupaban un espacio privilegiado en el carrito. Samuel los reservaba para ocasiones especiales, negándose a desprenderse de este último vestigio de dignidad.

En el fondo del carrito, una pequeña caja de latín oxidada contenía un puñado de conchas y piedras pulidas por el mar. Cada una representaba un recuerdo, un día perfecto en la playa con su familia, ahora perdida en el tiempo.

Un viejo reloj de bolsillo, heredado de su padre, yacía envuelto en un pañuelo. Aunque ya no funcionaba, Samuel lo conservaba como un recordatorio de épocas más prósperas.

Entre estos tesoros personales, se mezclaban objetos prácticos para la supervivencia diaria: algunas latas de conserva, una manta térmica donada por servicios sociales, y un par de mudas de ropa gastada pero limpia.

—Buenos días, Samuel —saludó una vendedora de frutas, una de las pocas personas que aún reconocían al anciano—. ¿Cómo va todo?

Samuel esbozó una sonrisa cansada, revelando una dentadura incompleta.

—Tirando, hija, tirando —respondió con voz ronca—. ¿No tendrás alguna fruta que ya no sirva?

La mujer miró a su alrededor con cautela antes de meter discretamente un par de manzanas magulladas en una bolsa de papel.

—Toma, esas ya no las quiere comprar nadie —susurró, entregándole la bolsa—. Y cuídate, hace mucho calor hoy.

Samuel agradeció el gesto con un leve asentimiento y continuó su camino. El mercado bullía de actividad a su alrededor: pescaderos pregonando la captura del día, carniceros cortando jamones con precisión, artesanos mostrando sus creaciones a turistas entusiasmados. Para la mayoría, Samuel era invisible, una sombra que se deslizaba entre los puestos, un recordatorio incómodo de lo que el progreso y el turismo habían dejado atrás.

El anciano se detuvo frente a un puesto de quesos, observando con nostalgia los trozos de queso ibicenco, el queso tradicional de la isla. El aroma le transportó a su juventud, a las meriendas compartidas con su familia en las playas. Por un momento, sus ojos se humedecieron, pero Samuel parpadeó rápidamente, ahuyentando los recuerdos.

Samuel se alejó del mercado, empujando su carrito por las calles empedradas de Ibiza. El sol ascendía en el cielo, calentando el aire y haciendo que el anciano buscara la sombra de los edificios encalados. Su rutina diaria era un ejercicio de supervivencia y paciencia.

A media mañana, Samuel se dirigió a la plaza del parque, donde solía sentarse en un banco desgastado. Allí, sacó las manzanas magulladas que le había dado la vendedora y las comió lentamente, saboreando cada bocado. A veces, algún turista compasivo le ofrecía un bocadillo o unas monedas, que Samuel aceptaba con una mezcla de gratitud y vergüenza.

Cuando el calor se volvía insoportable, buscaba refugio en una esquina del Burger King del puerto con aire acondicionado. Los empleados, acostumbrados a su presencia, le permitían quedarse siempre que no molestara a los demás clientes. En medio del trajín de visitantes, la presencia de un hombre mayor acurrucado en un rincón del espacioso establecimiento pasaba desapercibida. Samuel aprovechaba la oportunidad para ojear revistas que hallaba,

rememorando épocas anteriores y poniéndose al corriente de los sucesos insulares. En ocasiones, también lograba apoderarse de sobras de patatas fritas u otros restos de comida rápida olvidados en las mesas, actuando con sigilo para evitar ser descubierto.

Por la tarde, solía vagabundear por el puerto, observando los barcos lujosos y recordando los días en que él mismo navegaba esas aguas. A veces, se sentaba en el muelle y hablaba con los pescadores locales o con los empleados de la marina, compartiendo historias del mar que solo ellos podían apreciar. A menudo, conseguía incluso un cigarrillo, una lata de refresco o un café de la máquina de los jóvenes que se ocupaban de limpiar o abastecer de combustible los yates.

Al caer la noche, Samuel buscaba un lugar tranquilo para dormir. A menudo, encontraba un rincón protegido cerca de la muralla de Dalt Vila, donde el ruido de la vida nocturna se atenuaba. Envuelto en su manta térmica, con el carrito a su lado, se dormía bajo las estrellas, soñando con los días en que tenía un hogar y una familia.

Pero hoy era diferente. Samuel se despertó con una mezcla de ansiedad y emoción. Hacía días que una joven periodista le había abordado, pidiéndole una entrevista. Al principio, Samuel se había mostrado reacio, pero la idea de que alguien quisiera escuchar su historia, de que su voz pudiera ser oída, había ido calando en él.

Con manos temblorosas, Samuel sacó los zapatos viejos pero bien cuidados de su carrito. Se los puso con cuidado, alisó su ropa lo mejor que pudo y peinó su cabello canoso con los dedos. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que tenía un propósito, una razón para presentarse al mundo.

Mientras empujaba su carrito hacia el lugar acordado para la entrevista, Samuel sintió que su corazón latía con fuerza. Alguien quería hablar con él, escuchar su historia. Por un momento, dejó de ser invisible.

* * *

Ana Ortiz caminaba con paso decidido por las calles de Ibiza, su cámara colgando del cuello y una libreta en la mano. El sol de la mañana ya calentaba el aire, pero ella apenas lo notaba, absorta en sus pensamientos sobre el reportaje que estaba preparando para el Diario de Ibiza.

—Qué suerte he tenido de encontrar a Samuel —murmuró para sí misma, una sonrisa dibujándose en sus labios.

El encuentro casual con el anciano sin hogar había sido un golpe de fortuna para su trabajo. Ana llevaba días investigando los contrastes de la isla, desde los turistas más opulentos hasta los residentes más necesitados, y Samuel encajaba perfectamente en su narrativa.

Mientras se acercaba al lugar acordado para la entrevista, Ana repasó mentalmente las preguntas que había preparado. Quería capturar la esencia de la vida de Samuel, su historia de pérdida y supervivencia, y contrastarla con la imagen de lujo y despilfarro que dominaba la isla durante la temporada turística.

—Este reportaje va a abrir los ojos a mucha gente —pensó Ana, sintiendo una mezcla de entusiasmo y responsabilidad.

La periodista sabía que su trabajo podría incomodar a algunos, especialmente a aquellos que preferían mantener oculta la cara menos glamurosa de Ibiza. Pero Ana estaba decidida a contar la historia completa, sin adornos ni censura.

Al doblar la esquina, vio a Samuel sentado en un banco, su carrito de supermercado lleno de bolsas a su lado. El anciano parecía nervioso, pero había un brillo de expectación en sus ojos que conmovió a Ana.

—Buenos días, Samuel —saludó ella con calidez, acercándose al banco—. ¿Está listo para nuestra charla?

Samuel asintió, enderezándose un poco. Ana notó que se había esforzado por arreglarse, y ese detalle la conmovió aún más.

—Gracias por darme esta oportunidad —dijo Samuel con voz ronca —. No mucha gente quiere escuchar lo que un viejo como yo tiene que decir.

Ana miró a Samuel con comprensión y le ofreció una sonrisa cálida.

—¿Qué le parece si vamos a esa cafetería de allí? —señaló un local cercano—. Lo invito a desayunar mientras charlamos. Así estaremos más cómodos.

Samuel dudó por un momento, sus ojos recorriendo nerviosamente su carrito lleno de bolsas.

—No se preocupe —lo tranquilizó Ana—. Podemos dejarlo aquí cerca, a la vista.

El anciano asintió agradecido y ambos se dirigieron a la cafetería. La terraza estaba bañada por la suave luz de la mañana, y una brisa fresca del mar aliviaba el calor incipiente. Se sentaron en una mesa con vista a la calle.

Una camarera argentina se acercó, su rostro iluminado por una amplia sonrisa.

—Buenos días, ¿qué les puedo servir? —preguntó con un acento musical.

Samuel bajó la mirada, incómodo. Hacía años que no desayunaba en un bar y no sabía qué pedir. Ana, percibiendo su nerviosismo, tomó la iniciativa.

—Nos trae, por favor, dos tostadas con tomate y dos cafés con leche —pidió con amabilidad—. Y para mi amigo, añada un croissant con jamón y queso.

La camarera asintió y se retiró. Samuel miró a Ana con gratitud.

—Gracias, señorita. Hace tanto que no... —su voz se quebró un poco.

Ana le dio un suave apretón en la mano.

—No hay de qué, Samuel. Ahora, cuénteme más sobre usted. ¿Cómo era su vida antes?

Capítulo 6: 2024, Lucía y Martín

Las olas del mar Mediterráneo lamían suavemente la orilla de playa d'en Bossa, su color turquesa contrastando con el azul intenso del cielo. A lo largo de la playa, sombrillas multicolores comenzaban a abrirse como flores exóticas, mientras los primeros bañistas extendían sus toallas sobre la arena.

En el extremo de la playa, el imponente Club Ushuaïa se alzaba como un gigante dormido, esperando despertar con la llegada de la tarde. Sus estructuras modernas y elegantes reflejaban la luz del sol, creando destellos que captaban la atención de los transeúntes madrugadores.

Un grupo de trabajadores se afanaba en preparar el club para la jornada. Limpiaban los balcones, colocaban las tumbonas de la zona VIP en su posición exacta y revisaban los jardines. El aroma a café recién hecho llenaba el ambiente, proveniente de la cafetería más cercana a la arena, donde se servía el desayuno para los huéspedes del hotel.

Cerca de la entrada a la recepción, un par de coches de lujo aparcaban. De ellos descendían jóvenes adinerados en chanclas, probablemente hijos de algún ricachón pasando el verano en la isla, que se dirigían con paso firme hacia el interior del edificio.

La piscina interior de aguas cristalinas reflejaba el cielo azul, creando un espejismo de paraíso terrenal. Frente a ella y justo detrás de la recepción del hotel, el escenario principal se alzaba majestuoso, preparándose para albergar a los mejores DJs del mundo cada día durante la temporada alta en la isla.

Un grupo de trabajadores se afanaba en atornillar una serie de artefactos en el escenario. El sonido de sus herramientas se mezclaba con el murmullo de los huéspedes que paseaban por el interior del recinto o se dirigían a desayunar. Las luces, aún

apagadas, prometían un espectáculo deslumbrante una vez que cayera la noche.

Detrás del escenario, un hombre alto y fornido de unos treinta y tantos años se movía con la seguridad de quien está en su elemento. Martín Díaz, con su cabello oscuro y rizado enmarcando un rostro de rasgos afilados, irradiaba un aura de sofisticación y glamour. Su ropa de diseñador, con un toque rebelde, contrastaba con el ajetreo que lo rodeaba.

—Asegúrate de que recarguen las bombonas de gas para los efectos en el set de esta noche, y que no se te olviden los globos para las acróbatas —ordenó Martín a un joven del hotel que tomaba notas frenéticamente—. Y recuerda, la fiesta arranca a las cinco en punto. No quiero ni un segundo de retraso.

El chico asintió nerviosamente, consciente de la importancia de cada detalle en el mundo de Martín. Como uno de los promotores de eventos más importantes de Ibiza, Martín Díaz era conocido por su perfeccionismo y su capacidad para crear experiencias inolvidables.

—Los VIP empezarán a llegar a las cuatro y media —continuó Martín, sus ojos oscuros escaneando el área en busca de cualquier imperfección—. Asegúrate de que el champán esté helado, que haya suficiente hielo y que los runners estén en sus puestos.

La temporada alta en Ibiza significaba trabajo incesante para Martín. Días y noches se fundían en una vorágine de fiestas, negociaciones y planificación estratégica. Pero era en este caos controlado donde él se sentía más vivo, donde su talento brillaba con más fuerza.

Mientras Martín continuaba dando instrucciones, un joven de movimientos exagerados y voz aguda apareció corriendo desde el otro lado del escenario. Su rostro mostraba una mezcla de pánico y agitación.

—¡Martín! ¡Martín! —gritó el recién llegado, agitando los brazos en el aire—. ¡Tenemos un problemón en Dalt Vila!

Martín se giró, frunciendo el ceño ante la interrupción.

—¿Qué pasa ahora, Ricky? —preguntó, su voz teñida de irritación.

Ricky, jadeando, se detuvo frente a Martín.

—Es el escenario del International Music Summit... unas locas se han sentado al lado de la grúa. No dejan trabajar a nadie.

—¿Qué? —Martín parpadeó, incrédulo—. ¿De qué estás hablando?

—Un grupo de activistas... no sé de qué van. Hacen una sentada junto al escenario y están gritando consignas. Los operarios no pueden montar nada. No sabía qué hacer.

Martín soltó una maldición por lo bajo. El IMS era uno de los eventos más importantes de la temporada, y cualquier retraso podría ser catastrófico.

—No me jodas... —murmuró, pasándose una mano por el pelo—. ¿Y la policía?

Ricky negó con la cabeza.

—Hemos llamado, pero dicen que tienen otras prioridades y que tardarán en llegar.

Martín miró a su alrededor, sopesando sus opciones. Finalmente, soltó un suspiro de resignación.

—Vale, tendré que ocuparme yo mismo —dijo, volviéndose hacia su asistente—. Tú, quédate aquí y asegúrate de que todo esté listo para esta tarde. Yo me voy a la fortaleza.

El asistente asintió, visiblemente aliviado de no tener que lidiar con la crisis en la fortaleza.

—Ricky, ¿has venido en coche? —preguntó Martín.

—Sí, está mal aparcado fuera.

—Perfecto. Vamos.

Ambos se dirigieron rápidamente hacia la salida de Ushuaïa, dejando atrás el bullicio del club que se preparaba para otra tarde de fiesta

desenfrenada. Mientras caminaban, Martín no podía evitar pensar en cómo un simple contratiempo podía poner en peligro semanas de planificación meticulosa.

* * *

Las empinadas calles de Dalt Vila no habían representado un verdadero obstáculo esa mañana para las dedicadas integrantes de la asociación Ibiza Sostenible. Entre ellas, una figura destacaba siempre por su determinación: Lucía Guerrero. Sus ojos grises habían brillado con una mezcla de pasión y resolución mientras se dirigía hacia la explanada donde el escenario del International Music Summit se alzaba a medio montar. La habían seguido esa mañana cinco compañeras de la asociación. La disciplina y la dedicación que las unían eran palpables, y cada una de ellas compartía el compromiso de Lucía por proteger la esencia de la isla.

Lucía Guerrero, con su melena castaña ondeando al viento y sus ojos grises brillando con intensidad, había sido la primera en situarse justo en medio del camino de la grúa que se usaba para montar el escenario. Su cuerpo gimnástico, bronceado por el sol ibicenco, se movía con la gracia de alguien acostumbrado a la acción. A sus 36 años, Lucía era una fuerza de la naturaleza, una mujer apasionada y decidida que había hecho de la defensa de su isla natal su razón de ser.

Como diseñadora gráfica freelance, Lucía ganaba lo suficiente para vivir cómodamente, pero su verdadera pasión estaba en su trabajo voluntario con la Asociación Ibiza Sostenible. Para ella, cada día era una batalla contra la masificación turística y la pérdida de la esencia de la isla.

—¡Venga, chicas! —gritó Lucía al grupo de activistas que la seguían —. ¡Hoy les vamos a demostrar de nuevo que Ibiza no está en venta!

Sus compañeras respondieron con vítores entusiastas. Lucía sentía cómo la adrenalina corría por sus venas. El IMS representaba todo lo que ella despreciaba: el turismo desenfrenado, los macro festivales

que atraían a miles de personas sin considerar el impacto en la isla, el derroche de recursos.

Mientras se interponía entre la grúa y sus operarios, Lucía repasaba mentalmente el plan. Se habían preparado durante días para esta acción. Sabía que sería controvertida, que muchos la criticarían, pero para ella, el fin justificaba los medios. La preservación de Ibiza estaba por encima de todo.

—Recordad —dijo Lucía, volviéndose hacia el grupo—, no violencia. Estamos aquí para hacer una declaración, no para causar daños.

Las activistas asintieron, sus rostros mostrando una mezcla de nerviosismo y determinación. Lucía las miró con orgullo. Eran pocas, pero estaban dispuestas a luchar por lo que creían justo.

* * *

Lucía y sus compañeras, sentadas obstinadamente junto a la grúa, mantenían su posición con una determinación inquebrantable. Ya llevaban un buen rato sudando al sol, pero ninguna daba muestras de flaquear en su propósito.

Los operarios, frustrados e impotentes, se paseaban de un lado a otro, lanzando miradas de soslayo a las activistas. El miedo a lastimar a alguna de ellas los había paralizado, y el trabajo se había detenido por completo.

—¡Esto es ridículo! —masculló uno de los trabajadores, pasándose la mano por el pelo empapado de sudor—. ¿Cuánto más vamos a aguantar esta situación con el retraso que ya tenemos acumulado de otros días?

Lucía, con la barbilla alzada en un gesto desafiante, mantenía su mirada fija en el horizonte. Sus ojos grises reflejaban una mezcla de orgullo y preocupación. Sabía que la llegada del jefe podría aumentar la tensión de la situación, pero estaba preparada para enfrentarse a lo que fuera necesario.

De repente, un murmullo recorrió el grupo de trabajadores. Lucía giró la cabeza y vio a Ricky, el asistente de movimientos exagerados y voz aguda, acercándose con paso apresurado. Ya habían discutido con él hacía un rato, pero en realidad ese chico daba poco miedo. Detrás de él, caminaba con determinación un hombre alto y fornido, vestido con ropa de lujo que contrastaba fuertemente con el entorno polvoriento de la obra.

—Ahí viene el jefe —susurró una de las activistas, su voz teñida de nerviosismo.

Lucía se puso de pie lentamente, sacudiéndose el polvo de los pantalones. Sus compañeras la imitaron, formando una barrera humana frente a la grúa. La tensión en el aire era palpable mientras Martín se acercaba, su rostro una máscara de irritación apenas contenida.

—¡Martín! —chilló Ricky, señalando dramáticamente hacia las mujeres—. ¡Estas son las que están causando problemas!

Martín ignoró el comentario de su asistente, sus ojos fijos en Lucía. Por un momento, sus miradas se cruzaron, y una chispa de reconocimiento mutuo pareció saltar entre ellos. Lucía sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal, pero se mantuvo firme, lista para defender su causa.

Martín se detuvo frente a Lucía, sus ojos recorriéndola de arriba abajo con una mezcla de curiosidad y fastidio. Respiró hondo, como si intentara contener su irritación, y habló con una calma forzada.

—Supongo que tú eres la líder de este grupo de... —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas— perroflautas que no paran de retrasar últimamente un evento tras otro. ¿Me equivoco?

Lucía alzó una ceja, sin dejarse intimidar por el tono condescendiente de Martín.

—Somos activistas, no perroflautas —respondió con firmeza—. Y sí, yo suelo coordinar nuestras acciones.

Martín soltó un bufido de exasperación.

—Mira, estoy hasta los huevos de vosotras. ¿No os dais cuenta del daño que estáis causando? Hay gente que depende de estos eventos para ganarse la vida.

—¿Y qué hay del daño que vosotros causáis a la isla? —replicó Lucía, dando un paso al frente—. La masificación, la contaminación, la pérdida de nuestra identidad...

—Eso es progreso, cariño —interrumpió Martín, su voz cargada de sarcasmo—. Bienvenida al siglo XXI.

Lucía apretó los puños, sintiendo cómo la rabia se acumulaba en su pecho.

—Nos tendréis que sacar de aquí a rastras —declaró, mirando a Martín directamente a los ojos y volviéndose a sentar. Sus compañeras la siguieron—. Hoy no vais a trabajar más.

El rostro de Martín se ensombreció, y la máscara de calma que había mantenido hasta ese momento comenzó a resquebrajarse.

—¿Ah, no? —gruñó, acercándose más a Lucía—. ¿Y quién coño te crees que eres para decidir eso?

La tensión entre ambos era palpable. Los trabajadores y las demás activistas observaban el enfrentamiento en silencio, conscientes de que cualquier intervención podría hacer estallar la situación.

Martín se alejó de Lucía y las otras activistas, dando unos pasos hacia atrás mientras respiraba profundamente, intentando controlar la rabia que bullía en su interior. Apretó los puños con fuerza, clavándose las uñas en las palmas de las manos. Jamás se le pasaría por la cabeza alzar la mano contra una mujer, pero estas activistas lo estaban sacando de quicio.

Se pasó una mano por el pelo, despeinándose en el proceso. Sentía cómo la camisa de diseñador se le pegaba al cuerpo por el sudor. El calor sofocante de Ibiza no ayudaba a calmar sus nervios.

—Joder, joder, joder —masculló entre dientes, dándole la espalda al grupo.

Sus ojos recorrieron el escenario a medio montar, los cables desperdigados por el suelo, las luces sin colocar. Todo ese retraso significaba horas extra de trabajo, dinero perdido y, lo peor de todo, la posibilidad de que el evento no estuviera listo a tiempo.

Martín ya tenía suficientes problemas con la carga de trabajo de esos meses. Los eventos se sucedían uno tras otro, sin darle apenas tiempo para respirar. Las noches en vela, coordinando equipos, negociando con proveedores y lidiando con artistas caprichosos lo tenían al borde del colapso.

Y ahora esto. Estas mujeres aparecían de la nada, decididas a torpedear su trabajo en nombre de una causa que él consideraba absurda. ¿Acaso no veían que el turismo era el motor económico de la isla? ¿Que, gracias a eventos como el suyo, cientos de personas tenían trabajo?

Cerró los ojos un momento, intentando ordenar sus pensamientos. Necesitaba encontrar una solución, y rápido. No podía permitirse más retrasos, ni tampoco quería arriesgarse a que la situación se saliera de control cuando llegara la policía.

Ricky se acercó a él, moviendo las manos nerviosamente.

—Martín, cielo, ¿qué hacemos? —preguntó con su voz aguda—. Queríamos hacer pruebas de sonido en tres horas y ni siquiera hemos podido conectar el equipo principal.

Martín soltó un gruñido de frustración. Como si necesitara que le recordaran la presión bajo la que estaban.

Martín se volvió, sus ojos recorriendo el área circundante en busca de una solución. De repente, su mirada se posó en un joven jardinero que trabajaba tranquilamente a unos metros de distancia, ajeno al caos que se desarrollaba a su alrededor. El chico regaba con calma los árboles y plantas que adornaban el perímetro amurallado,

como si el enfrentamiento entre activistas y organizadores no existiera.

Una chispa de inspiración brilló en los ojos de Martín. Sin perder un segundo, se dirigió hacia el jardinero con paso decidido.

—Oye, chaval —llamó Martín, su voz más suave de lo que había sido momentos antes—. ¿Me prestas la manguera un momento?

El jardinero levantó la vista, sorprendido por la repentina interrupción. Miró a Martín con expresión confusa, luego a la manguera en sus manos, y de nuevo a Martín.

—Eh... claro —respondió, encogiéndose de hombros mientras le entregaba la manguera—. Pero ¿para qué la quiere?

Martín no se molestó en responder. Con una sonrisa enigmática, tomó la manguera y comenzó a caminar de vuelta hacia el grupo de activistas. Ricky, que había observado el intercambio con creciente curiosidad, se apresuró a alcanzar a su jefe.

—Martín, cariño —chilló Ricky, sus ojos abiertos de par en par—. ¿Qué estás haciendo?

Martín se detuvo un momento, girándose hacia su asistente con una expresión que mezclaba diversión y determinación.

—He tenido una idea, Ricky —respondió, su voz cargada de una calma peligrosa—. Voy a refrescar un poco los humos de estas chicas.

Lucía y sus compañeras observaron con creciente inquietud cómo Martín se acercaba, manguera en mano. El agua brotaba del extremo, formando un arco brillante bajo el sol abrasador de Ibiza. La mente de Lucía trabajaba a toda velocidad, intentando descifrar las intenciones del promotor.

"No será capaz", pensó, frunciendo el ceño. "¿De verdad va a...?"

Antes de que pudiera completar ese pensamiento, la voz de Martín resonó con falsa inocencia.

—Voy a regar un poco para refrescar la zona del escenario —anunció, una chispa le cruzó la mirada con malicia—. Así trabajaremos mejor.

Sin previo aviso, Martín apuntó la manguera directamente hacia el grupo de activistas. Un potente chorro de agua fría las golpeó con fuerza, empapándolas en cuestión de segundos.

El caos se desató inmediatamente. La mayoría de las mujeres, sorprendidas y empapadas, comenzaron a correr en todas direcciones, chillando y maldiciendo. Sus ropas se pegaban a sus cuerpos, el agua escurría por sus rostros y sus cabellos se convertían en marañas húmedas.

—¡Hijo de puta! —gritó Lucía, escupiendo agua y apartándose el pelo mojado de la cara—. ¡Esto es agresión! ¡Te vamos a denunciar, cabrón!

Martín se limitó a sonreír, sin dejar de dirigir el chorro de agua hacia ella.

Lucía se debatía entre la rabia y el deseo de mantener su posición. Pero el agua helada calaba hasta sus huesos y justo en ese lugar todo el terreno era tierra que se volvía barro rápidamente. La idea de quedarse allí, empapada y temblando, perdía rápidamente su atractivo. Con un último insulto dirigido a Martín, se dio la vuelta y echó a correr, uniéndose a sus compañeras en su huida precipitada.

Justo en ese momento, el sonido de una sirena cortó el aire. Un coche de policía se acercaba a toda velocidad, levantando una nube de polvo a su paso. Lucía, aún corriendo, lanzó una última mirada por encima del hombro. Vio a Martín bajando la manguera con una sonrisa de satisfacción en el rostro, mientras el vehículo policial se detenía junto al escenario.

Del coche patrulla descendieron dos hombres en uniforme. Con paso firme, se acercaron al grupo, sus ojos escudriñando la escena con una mezcla de confusión y fastidio.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó uno, cortando el aire tenso.

Las mujeres, aún empapadas y temblando se habían acercado entretanto al coche patrulla. Comenzaron a hablar todas a la vez, señalando acusadoramente a Martín. Por su parte, el promotor mantenía una expresión de inocencia, la manguera aún en sus manos.

Uno de los policías alzó una mano, silenciando el alboroto.

—A ver, uno por uno. Usted —señaló a Lucía—, empiece.

Durante los siguientes minutos, los policías escucharon pacientemente ambas versiones de la historia. Lucía, con la voz temblorosa de rabia, relató su protesta pacífica y cómo Martín las había atacado con la manguera. Martín, por su parte, argumentó que solo estaba intentando refrescar el terreno, pero ellas no se quitaban de en medio y que las activistas estaban causando daños económicos considerables con tanto retraso en el montaje del escenario.

Los dos policías intercambiaron miradas. Ambos conocían bien a Martín de vista; era una figura respetada en la isla, alguien que movía mucho dinero y generaba empleo. Pero también sabían que no podían ignorar completamente lo sucedido.

Con un suspiro, el que parecía más experimentado se volvió hacia las mujeres.

—Miren, señoras, entiendo su posición, pero no pueden ir por ahí interrumpiendo eventos autorizados. La próxima vez, tendremos que detenerlas.

Luego, dirigiéndose a Martín, añadió:

—Y usted, señor Díaz, no puede ir mojando a la gente porque sí. Por esta vez lo dejaremos pasar, pero que no se repita.

Martín asintió, una sonrisa apenas contenida en sus labios.

Lucía, sintiendo cómo la indignación crecía en su pecho, dio media vuelta y comenzó a alejarse. Sus pasos resonaban con fuerza mientras bajaba por las empinadas calles de la parte antigua de la ciudad. Su ropa aún goteaba, dejando un rastro húmedo tras ella.

En su mente, la rabia bullía como un volcán a punto de estallar. ¿Cómo podía ser ese Martín Díaz tan neandertal? ¿Y cómo podía la policía ser tan complaciente con él solo porque era un pez gordo en la isla? No era justo. Un mundo de machitos que se protegían todos entre ellos.

"Esto no quedará así", pensó, apretando los puños. "Ese Martín me las va a pagar todas juntas. Ya verá lo que es meterse con nosotras".

Capítulo 7: 1911, La feria

Un par de lagartijas se precipitaron simultáneamente a buscar refugio, sobresaltadas por la repentina aparición de una de las sirvientas de los Montalbán, quien irrumpió en el patio posterior antes de que los gallos anunciaran el alba. La empleada arrojó un recipiente repleto de agua sucia al exterior. Tanto ella como el resto del personal de servicio de los Montalbán se encontraban en pie desde horas tempranas. La tan anhelada festividad de Santa María había llegado, y las labores que normalmente se distribuían a lo largo del día debían completarse antes del mediodía. Todo el personal estaba obligado a acompañar a la familia al acontecimiento más aguardado del año en toda la isla.

La propiedad de los Montalbán, con su arquitectura típica ibicenca, se erguía majestuosa entre los viñedos y campos de cultivo que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El jardín, repleto de plantas autóctonas y flores vibrantes, despertaba con el rocío de la mañana.

En el interior de la casa, el ajetreo era incesante. Los sirvientes se movían de un lado a otro, limpiando, puliendo y preparando todo para la festividad. En la cocina, el olor a pan recién horneado se mezclaba con el aroma de las hierbas frescas recién cortadas del huerto.

—¡Más rápido! ¡Hay que terminar antes del mediodía! —La voz autoritaria de Doña María resonó por los pasillos.

La matriarca de los Montalbán apareció en el salón principal, su figura elegante enmarcada por un vestido clásico que acentuaba su porte distinguido. Sus ojos color avellana escudriñaban cada rincón, buscando imperfecciones.

—Enrique, ¿dónde están los niños? —preguntó con impaciencia a su marido, que estaba sentado en un sillón, aparentemente ajeno al caos que lo rodeaba.

Don Enrique, con su cabello gris y su mirada perdida, murmuró algo ininteligible.

—Por el amor de Dios, Enrique, ¡reacciona! —exclamó Doña María, exasperada—. Es el día de Santa María, ¡toda la isla estará pendiente de nosotros!

En ese momento, Bartomeu, Catalina y Miquel entraron en la sala. Doña María se volvió hacia ellos, su rostro una mezcla de alivio y frustración.

—¡Al fin! Bartomeu, asegúrate de que los caballos estén listos. Catalina, revisa que tu padre esté presentable. Y tú, Miquel, ve a supervisar que el vino esté correctamente cargado en los carruajes.

Los jóvenes intercambiaron miradas de resignación antes de disponerse a cumplir las órdenes de su madre.

—Madre —intentó intervenir Catalina—, ¿no crees que estás siendo un poco...?

—¿Un poco qué, Catalina? —la interrumpió Doña María, sus ojos centelleando—. ¿Exigente? ¿Perfeccionista? Alguien tiene que mantener el prestigio de esta familia.

Don Enrique se levantó lentamente, como si quisiera decir algo, pero una mirada de su esposa bastó para que volviera a hundirse en su asiento.

Catalina se retiró a su habitación, evitando la mirada penetrante de su madre. Se sentó frente al espejo, contemplando su reflejo con una mezcla de resignación y desagrado. Su cabello oscuro enmarcaba un rostro que ella consideraba poco agraciado, y sus ojos marrones reflejaban una profunda tristeza.

La joven de quince años suspiró profundamente. La idea de exponerse en público durante la festividad de Santa María le provocaba una sensación de angustia que le oprimía el pecho. Catalina anhelaba quedarse en casa, rodeada de sus queridos

animales, lejos de las miradas curiosas y las expectativas de la sociedad ibicenca.

—¿Catalina? —La voz de Miquel interrumpió sus pensamientos—. ¿Podemos pasar?

Sin esperar respuesta, Miquel y Bartomeu entraron en la habitación. Catalina los miró a través del espejo, su expresión una mezcla de irritación y súplica silenciosa.

—Vamos, hermanita —dijo Bartomeu con una sonrisa alentadora—. No puede ser tan malo.

Catalina se giró hacia ellos, sus ojos brillando con frustración contenida.

—Para vosotros es fácil decirlo. No tenéis que soportar las miradas de lástima, los cuchicheos...

Miquel se acercó y se sentó junto a ella.

—Catalina, sabes que eso no es cierto. La gente te aprecia por quién eres.

—Sí, claro —respondió ella con sarcasmo—. Por eso madre siempre está intentando cambiarme, ¿no?

Bartomeu se unió a ellos, su rostro reflejando comprensión.

—Escucha, sabemos que no es fácil para ti. Pero piensa en todas las cosas divertidas que haremos hoy. Habrá música, bailes, comida...

—Y las cabras de la plaza —añadió Miquel, sabiendo cuánto le gustaban los animales a su hermana.

Catalina no pudo evitar que una pequeña sonrisa se dibujara en sus labios.

—Además —continuó Bartomeu—, te necesitamos. ¿Quién va a evitar que Miquel haga el ridículo intentando impresionar a las chicas del pueblo?

Miquel le dio un codazo juguetón, y los tres hermanos rieron juntos.

—Por favor, Catalina —insistió Miquel—. Será un día muy divertido si estamos juntos. Te lo prometo.

Unas horas más tarde, los tres hermanos Montalbán —Bartomeu, Catalina y Miquel— se encontraban junto a la mayoría de los empleados de la finca, rodeados de varias carrozas decoradas con esmero para la feria de Santa María. El ambiente vibraba con una mezcla de nerviosismo y emoción contenida.

Doña María emergió de la casa del brazo de su marido, Don Enrique, quien parecía arrastrar los pies con cierta reluctancia. La matriarca, impecablemente vestida y con el rostro tenso por la preocupación, escudriñó el cielo con desaprobación.

—Espero que no llueva —murmuró entre dientes—. Sería un completo desastre.

Con paso firme, se acercó a los sirvientes y comenzó a impartir las últimas instrucciones, su voz autoritaria resonando en el patio.

—Aseguraos de que las flores estén bien sujetas a las carrozas. Y vosotros —dijo, dirigiéndose a un grupo de mozos—, vigilad que el vino no se derrame durante el trayecto.

Mientras tanto, Catalina observaba la escena con una mezcla de resignación y ansiedad. Bartomeu le dio un ligero apretón en el hombro, intentando infundirle ánimo.

—Vamos, hermanita —susurró—. Recuerda lo que hablamos. Será un día estupendo.

Miquel, por su parte, no podía ocultar su entusiasmo. Sus ojos brillaban con anticipación mientras ayudaba a los últimos empleados a subir a las carrozas.

Finalmente, Doña María dio la señal para partir. Los Montalbán subieron a la carroza principal, con Don Enrique necesitando un pequeño empujón de su esposa para acomodarse. Los caballos relincharon, impacientes por iniciar la marcha.

Con un crujido de ruedas y el tintineo de los arneses, la procesión de carrozas comenzó a moverse. Dos perros de la finca, alertados por el movimiento, salieron corriendo tras los vehículos, ladrando con entusiasmo. Sus colas se agitaban mientras seguían a la comitiva durante unos metros, como si quisieran unirse a la celebración.

* * *

Una gota de agua se posó sobre la sien de Guillem, el primogénito del clan Salazar. Elevó la vista hacia el cielo y observó algunos nubarrones oscuros, aunque no daba la impresión de que se avecinara un auténtico aguacero. Lo que en realidad le inquietaba era contemplar a su progenitora, Doña Concha, cuya ansiedad parecía ir en aumento. El mediodía estaba próximo y la caravana de los Salazar llevaba ya un considerable retraso detenida en plena vía debido a un socavón que había provocado el desprendimiento de un fragmento de una de las ruedas del principal carromato. Justo donde viajaban Doña Concha y su marido, Don Rodrigo. Aún restaba un largo trayecto hasta alcanzar la entrada del recinto donde se celebraba la feria de Santa María.

Mientras otro par de gotas de lluvia caían sobre la comitiva de los Salazar. Don Rodrigo, con el ceño fruncido, observaba cómo sus sirvientes se afanaban en reparar la rueda del carromato. A su lado, Doña Concha no cesaba de abanicarse, su rostro una máscara de irritación apenas contenida. Guillem, apoyado en un árbol cercano, contemplaba la escena con una mezcla de aburrimiento y diversión.

Rosa, la hija mayor de la familia, había aprovechado la pausa forzosa para escapar momentáneamente del sofocante ambiente familiar. Se había alejado unos metros del camino y se entretenía recogiendo flores silvestres que crecían en la cuneta. Sus dedos acariciaban con delicadeza los pétalos de amapolas y margaritas, mientras una sonrisa jugueteaba en sus labios.

—¡Francisca! —llamó Rosa a su hermana menor, haciéndole señas para que se uniera a ella—. Ven, mira qué flores tan bonitas he encontrado.

Francisca, sin embargo, permaneció junto al carruaje, su vestido impecable contrastando con el polvo del camino. Miró a su hermana con desdén y negó con la cabeza.

—No pienso ensuciarme el vestido con esos hierbajos, Rosa —replicó Francisca con un mohín de disgusto—. Además, ¿qué dirán los demás si nos ven jugando como niñas pequeñas?

Rosa suspiró, decepcionada por la actitud de su hermana. Volvió su atención a las flores, disfrutando en silencio de ese pequeño momento de libertad. Mientras tanto, Francisca se mantenía erguida y distante, observando con impaciencia cómo los sirvientes trabajaban en la rueda rota.

El tiempo transcurría con lentitud mientras los Salazar permanecían varados en el camino. Una a una, las carrozas de otras familias adineradas los adelantaban, dejando tras de sí una estela de polvo y murmullos. Doña Concha observaba con creciente angustia cómo su posición en el desfile se iba perdiendo.

La feria de Santa María no era un evento cualquiera. Por tradición, las familias más acaudaladas de Ibiza desempeñaban un papel crucial en las celebraciones. El desfile de entrada marcaba el comienzo de las festividades, seguido por suntuosos banquetes y eventos organizados por estas familias para el deleite de los habitantes de la ciudad y de los pueblos cercanos. Era una oportunidad única para demostrar el poder y la influencia de cada clan.

Guillem, notando la creciente inquietud de su madre, se acercó a ella con paso cauteloso.

—Madre, ¿va todo bien? —preguntó, estudiando el rostro tenso de Doña Concha—. Parece usted un poco... alterada.

Doña Concha, con los labios apretados en una fina línea, no respondió de inmediato. Sus ojos escrutaban el horizonte del camino, buscando algo más allá de las carrozas que los adelantaban.

De repente, su rostro perdió todo color, como si hubiera visto un fantasma.

—¡Los Montalbán! —exclamó en un susurro ahogado—. Ya solo nos faltaba esto.

Guillem siguió la mirada de su madre y, efectivamente, allí venían. La imponente caravana de los Montalbán se acercaba con majestuosidad, sus carruajes relucientes. El joven Salazar pudo distinguir la figura altiva de Doña María Montalbán en el carruaje principal, su mirada fija en el horizonte como si los Salazar ni siquiera existieran.

—Van a adelantarnos —murmuró Doña Concha, su voz teñida de una mezcla de rabia y resignación—. Esto es un desastre.

Don Rodrigo, intentando apaciguar la situación, se acercó a su esposa con aire despreocupado.

—Vamos, querida, no es para tanto. Llegaremos a tiempo, ya lo verás.

Pero sus palabras cayeron en oídos sordos. Doña Concha, con el rostro enrojecido por la ira, descendió del carruaje de un salto, sus faldas revoloteando a su alrededor.

—¡Inútiles! —gritó a los sirvientes que trabajaban en la rueda—. ¿Es que no podéis ir más rápido? ¡Nos están adelantando todos!

Los empleados, sudorosos y agotados, apenas levantaron la vista de su tarea.

—Ya casi estamos, señora —respondió uno de ellos con voz cansada —. Solo unos minutos más.

En ese preciso instante, la majestuosa carroza de los Montalbán se detuvo junto a ellos. Doña María, erguida y altiva, asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Vaya, vaya! —exclamó con falsa preocupación—. Parece que los Salazar tienen un grave problema.

Luego, volviéndose hacia su marido y sus sirvientes, añadió con malicia:

—Esto es lo que pasa cuando una familia aparenta más de lo que tiene y ni siquiera se ocupa de mantener al día sus carruajes.

Con un gesto desdeñoso, ordenó a su carruajero que continuara el camino. Mientras la carroza de los Montalbán se alejaba, Doña Concha, fuera de sí, comenzó a lanzar insultos.

—¡Víbora engreída! ¡Que os pudráis todos!

Don Rodrigo, alarmado por el espectáculo que estaba dando su esposa, intentó calmarla.

—Concha, por favor, contrólate. No les des el gusto de verte así.

Pero Doña Concha, cegada por la rabia y la humillación, continuó con su diatriba, ignorando los intentos de su marido por apaciguarla.

Rosa, ya acomodada en el carruaje trasero desde hacía un buen rato, se inclinó hacia su hermano Guillem con curiosidad.

—¿Qué ocurre con madre delante? —preguntó, sus ojos verdes brillando con intriga.

Guillem suspiró, pasándose una mano por el cabello rizado.

—Son los Montalbán —explicó en voz baja—. No los conoces porque nuestras familias llevan años evitándose. Mamá los odia, y Doña María Montalbán odia a mamá.

Rosa frunció el ceño, intrigada.

—¿Por qué?

—Por lo que tengo entendido, tiene que ver con problemas de tierras. Al parecer, se robaron unos a otros en el pasado —Guillem se encogió de hombros—. Viejas rencillas.

Francisca, que había estado escuchando atentamente, intervino con vehemencia.

—¡Esos Montalbán son unos ladrones todos! Papá y mamá tienen razón en odiarlos.

Guillem puso los ojos en blanco ante el comentario de su hermana menor.

—Son cosas de viejos, Francisca —dijo, restándole importancia—. Yo coincidí una vez con Miquel, el hijo de los Montalbán, en una fiesta del pueblo. No me pareció mala persona.

De repente, Guillem se dio cuenta de lo que acababa de decir y miró a sus hermanas con preocupación.

—Aunque si nuestros padres se enteraran, seguro que me desheredarían —añadió rápidamente.

Luego, clavó su mirada en Francisca, su voz adquiriendo un tono de advertencia.

—Ni se te ocurra decir nada, ¿entendido?

* * *

El recinto ferial de Santa María bullía de actividad bajo el cielo encapotado de ese día de septiembre. La lluvia de momento les estaba danto una tregua a todos los asistentes, que no eran pocos. Las banderas y guirnaldas de colores ondeaban al viento, creando un ambiente festivo que contrastaba con la tensión latente entre las dos familias más poderosas de la isla.

En un extremo del recinto, los Salazar habían erigido una imponente carpa blanca, decorada con elegantes detalles en plata que evocaban las salinas que eran la fuente de su riqueza. Don Rodrigo presidía una larga mesa repleta de manjares, su rostro serio discutiendo con otros hombres de negocios mientras degustaban las delicias expuestas. Doña Concha, aún con las mejillas encendidas por la rabia, observaba con ojos de halcón a los invitados que se acercaban a degustar los platos preparados con la famosa sal de Ibiza.

En el lado opuesto, los Montalbán habían desplegado una carpa de un verde profundo, adornada con racimos de uvas doradas que colgaban de los postes. Don Enrique, con una copa de vino en la mano, conversaba animadamente con un grupo de comerciantes, mientras Doña María supervisaba la disposición de las botellas de su afamado vino en una mesa cercana.

Entre ambas carpas, el bullicio de la feria creaba un animado tapiz de sonidos y colores. Los más jóvenes de ambas familias, ajenos a las rencillas de sus mayores, se mezclaban con la multitud, explorando los puestos de artesanía y probando las delicias locales.

Catalina Montalbán, con un vestido de seda color melocotón, se detuvo frente a un puesto de cerámica, admirando un delicado jarrón pintado a mano. A pocos metros, Rosa Salazar examinaba con interés un collar de coral rojo en un puesto de joyería artesanal.

Miquel Montalbán y Guillem Salazar, sin percatarse de la proximidad del otro, competían en un juego de lanzamiento de aros, rodeados de un grupo de muchachos del pueblo que vitoreaban sus aciertos.

Mientras tanto, en las carpas principales, se llevaban a cabo negociaciones que definirían el futuro económico de la isla. Don Rodrigo Salazar cerraba un trato con un comerciante catalán para la exportación de sal, mientras que Don Enrique Montalbán firmaba un acuerdo para suministrar vino a una cadena de hoteles en la península.

El aroma de la paella recién hecha se mezclaba con el olor dulzón de los higos maduros y el penetrante aroma del queso de cabra. Los visitantes se paseaban entre los puestos, probando aquí y allá, comentando la calidad de los productos y disfrutando de la típica hospitalidad ibicenca de sus vecinos.

Rosa Salazar continuaba deambulando por la feria con curiosidad mientras observaba los diversos puestos y atracciones. El bullicio y la algarabía la envolvían, creando un contraste marcado con la rigidez a la que estaba acostumbrada en su hogar. De pronto, se detuvo

frente a un puesto donde un hombre de aspecto pintoresco invitaba a los transeúntes a participar en su juego.

—¡Venga, señorita! ¡Pruebe su suerte! —exclamó el hombre con un acento peculiar y una sonrisa que le ocupaba toda la cara—. ¡Tire las latas y gane un premio! ¡Es más fácil que pelar una patata con los ojos cerrados!

Rosa sonrió ante la ocurrencia del hombre, pero dudó. Sus manos delicadas nunca habían sostenido algo más pesado que un libro o una taza de té. Mientras contemplaba la posibilidad de participar, una voz masculina resonó a su lado.

—Disculpe, señorita. ¿Me permite ayudarla?

Rosa se giró y se encontró cara a cara con un joven apuesto de ojos verdes y sonrisa encantadora.

—Permítame presentarme. Soy Bartomeu Montalbán para servirla —dijo el joven con una ligera reverencia—. Sería un honor para mí asistirla en este desafío.

Rosa sintió que sus mejillas se sonrojaban ligeramente. Había algo en la manera en que Bartomeu la miraba que la hacía sentir especial, como si fuera la única persona en toda la feria.

—Encantada, señor Montalbán. Soy Rosa Salazar —respondió ella con una sonrisa tímida—. Y acepto su ayuda con gusto.

Bartomeu pagó al hombre del puesto con un par de pesetas y tomó una de las pelotas de cuero. Con un gesto galante, se la ofreció a Rosa.

—¿Lista para derribar esas latas, mi lady? —bromeó él.

Rosa rio, sintiendo cómo la tensión se disipaba. Tomó la pelota y, con la guía de Bartomeu, la lanzó hacia la pirámide de latas. La primera vez no lo consiguió, pero tras concentrarse una segunda vez, la estructura se tambaleó y cayó con un estruendo metálico.

—¡Lo hicimos! —exclamó Rosa, saltando de alegría.

El hombre del puesto, boquiabierto, les entregó un muñeco de cartón como premio. Rosa lo tomó entre sus manos, riendo de pura felicidad.

—Parece que hacemos un buen equipo —comentó Bartomeu, sus ojos destilaban entusiasmo con algo más que simple diversión.

Rosa sostuvo el muñeco de cartón entre sus manos, girándolo para examinarlo con una sonrisa traviesa en los labios. Sus ojos brillaron con picardía mientras miraba a Bartomeu.

—Creo que lo llamaré el pequeño Bartomeu —declaró con una risa musical—. ¿Qué le parece?

Bartomeu arqueó una ceja, fingiendo indignación, pero por otro lado alegrándose de que Rosa hubiera decidido tutearse con él.

—¿Acaso insinúa que me parezco a este muñeco desgarbado? —respondió, siguiéndole el juego.

Rosa acercó el muñeco al rostro de Bartomeu, comparándolos con expresión pensativa.

—Tiene razón, el muñeco es mucho más guapo —bromeó ella, soltando otra carcajada.

Bartomeu se llevó una mano al pecho, fingiendo dolor.

—¡Me hiere, Rosa! Tendré que ahogar mis penas en una gaseosa —dijo, y luego añadió con una sonrisa cálida—. ¿Me haría el honor de acompañarme? Hay un puesto cerca de aquí que vende las mejores de la isla.

Los ojos de Rosa se iluminaron ante la invitación.

—Me encantaría —respondió, sintiendo un cosquilleo en el estómago que nada tenía que ver con la sed.

Caminaron juntos entre la multitud, sus risas mezclándose con el bullicio de la feria. Bartomeu le contaba anécdotas divertidas sobre la isla, y Rosa respondía con ocurrencias ingeniosas que lo hacían reír aún más fuerte.

Mientras sorbían sus gaseosas, Rosa se dio cuenta de que nunca se había sentido tan cómoda con alguien fuera de su familia. Había algo en Bartomeu que la hacía sentir libre, como si estuviera en una burbuja de felicidad y el resto del mundo no existiera.

De repente, una sombra de preocupación cruzó el rostro de Rosa. Miró a su alrededor, buscando entre la multitud.

—Oh, no —murmuró—. Debería volver. No veo a mi hermano por ningún lado. No quiero que me echen de menos o crean que me ha pasado algo.

Rosa miró a Bartomeu con una mezcla de tristeza y gratitud. Sus ojos verdes brillaban con una emoción que no había sentido antes.

—Si todos los Montalbán son como usted, la opinión de mis padres está muy equivocada —dijo ella con voz suave.

Bartomeu sonrió, sus ojos reflejando la misma calidez que Rosa sentía.

—Pienso exactamente lo mismo sobre los Salazar —respondió él—. Rosa, es una pena que ya se tenga que ir, pero lo entiendo. Me encantaría verle de nuevo. Sería el hombre más feliz si aceptara quedar en otra ocasión.

El corazón de Rosa dio un vuelco. La idea de volver a ver a Bartomeu la llenaba de alegría, pero la realidad de su situación se impuso rápidamente.

—Me encantaría, Bartomeu, pero... —Rosa bajó la mirada, su voz teñida de pesar—. Lo veo difícil. La relación entre nuestros padres no es nada buena.

Bartomeu asintió, comprendiendo la complejidad de su situación.

—Entiendo —dijo él, aunque la decepción era evidente en su voz—. Pero quizás, algún día...

Se despidieron con una mirada llena de promesas no dichas. Rosa se alejó, su corazón latiendo con fuerza mientras apretaba el muñeco

de cartón contra su pecho.

Caminó entre la multitud, ensimismada en sus pensamientos, hasta que divisó a su hermano Guillem. Él la miró con curiosidad, notando el objeto que llevaba en sus manos.

—¿Qué llevas ahí, Rosa? —preguntó Guillem, señalando el muñeco.

Rosa miró el muñeco con ternura, una sonrisa suave dibujándose en sus labios.

—Es el pequeño Bartomeu —respondió ella, su voz apenas un susurro—. Y creo que ya nunca me separaré de él.

Guillem arqueó una ceja, intrigado por el tono de su hermana, pero decidió no preguntar más. Juntos, se dirigieron de nuevo a la carpa de los Salazar, Rosa abrazando su pequeño tesoro, un recuerdo tangible de un encuentro que había cambiado algo dentro de ella.

* * *

Doña María salió de la carpa de los Montalbán, el aire fresco acariciando su rostro. La atmósfera cargada de la tienda, llena de hombres discutiendo y cerrando tratos, la había dejado agobiada. Con un gesto sutil, indicó a una de sus doncellas que la acompañara en su paseo.

Mientras caminaban entre los puestos de la feria, el aroma dulce de los pasteles tradicionales atrajo su atención. Se detuvo frente a un puesto, con un destello en la mirada al reconocer uno de sus postres favoritos. Solo quedaba un trozo.

—Envuélvamelo, por favor —dijo al vendedor con una sonrisa educada pero firme—. Es mi favorito.

El vendedor, un hombre rechoncho de mejillas sonrosadas, la miró con expresión incómoda. Se rascó la nuca, visiblemente nervioso.

—Lo siento, señora —respondió, evitando su mirada—. Pero esa otra dama ya lo ha apartado.

Con un gesto, señaló hacia un lateral del puesto. Allí, rodeada por sus doncellas, se encontraba Doña Concha Salazar. La rival de los Montalbán conversaba animadamente, ajena a la escena que se desarrollaba a pocos metros de ella. Ninguna de las dos se había percatado de la otra hasta el momento.

Doña María sintió de repente cómo la sangre se le helaba en las venas, al ver a Doña Concha Salazar. Sus labios se tensaron en una fina línea, mientras sus ojos se entrecerraban, fijos en la figura de su enemiga desde hacía años. La coincidencia era demasiado grande para ser casual. ¿Acaso su contrincante había previsto sus movimientos?

El vendedor, ajeno a la tensión que existía entre las dos mujeres, continuó explicando:

—La señora me pidió que se lo envolviera hace unos minutos. Dijo que era su favorito. No me ha dado tiempo hasta ahora y por eso sigue ahí.

Doña María apretó los puños, conteniendo la frustración que amenazaba con desbordarla. No solo había perdido el último trozo de su pastel favorito, sino que había sido su rival quien se lo había arrebatado.

Doña María, con la ira hirviendo en sus venas, alzó la voz de repente, sobresaltando a los que la rodeaban.

—¡A esa otra mujer no le puede vender más dulces! ¿No ve que está redonda a más no poder? —espetó, señalando despectivamente hacia Doña Concha—. Le haría un favor vendiéndomelo a mí. No querrá que tengamos un espectáculo si el vestido le revienta en cualquier momento a la señora en medio de la feria.

El silencio cayó sobre el puesto como una losa. Doña Concha que la había oído perfectamente se volvió. Sus ojos se clavaron en María, brillando con una mezcla de sorpresa e indignación. Su rostro contraído en una mueca de desprecio.

—Vaya, vaya, si es la distinguida Doña María Montalbán —siseó con sarcasmo—. Lamento informarle que ha llegado tarde. Ese pastel es mío. No se comporte como una niña pequeña, querida. Nunca ha sabido perder, ¿verdad? Eso también lo sabe todo el mundo.

María sintió cómo la sangre le subía de golpe a las mejillas, su respiración se aceleró. Sin pensarlo dos veces, metió la mano detrás del mostrador y agarró el pastel antes de que el vendedor siquiera fuera consciente de la situación.

—¿Lo quiere tanto? ¡Pues ahí lo tiene! —gritó, lanzándolo con todas sus fuerzas hacia Doña Concha.

El pastel voló por el aire, dejando tras de sí una estela de azúcar. Impactó de lleno en el pecho de Doña Concha, estallando en una explosión pegajosa de crema y masa. El vestido, antes inmaculado, quedó cubierto de una mezcla pringosa de azúcar y aceite.

—¡Cerda desgraciada! —chilló Doña Concha, mientras los presentes observaban boquiabiertos la escena.

Doña Concha no tardó en responder al ataque. Con una velocidad sorprendente para alguien de su posición, se abalanzó sobre el puesto y agarró otros dulces con ambas manos. Sus ojos, encendidos de furia, se clavaron en María mientras lanzaba los pasteles con toda la fuerza que pudo reunir.

—¡Toma esto, arpía! —gritó Concha, su voz teñida de rabia.

Los dulces surcaron el espacio, esparciendo en todas direcciones una lluvia de azúcar, nata y grasa que salpicó el entorno sin discriminación alguna. Algunos impactaron de lleno en el rostro y el vestido de Doña María, mientras que otros se estrellaron contra el suelo o los puestos cercanos.

María, lejos de amedrentarse, respondió con igual ferocidad. Se lanzó sobre el mostrador, agarrando cuantos dulces pudo. Sus manos, normalmente delicadas y cuidadas, se mancharon de crema y mermelada mientras devolvía el ataque.

—¡Vas a lamentar esto, Concha! —rugió María, arrojando pastel tras pastel.

Las doncellas de ambas mujeres retrocedieron horrorizadas, incapaces de creer lo que veían. Sus señoras, siempre tan elegantes y refinadas, se habían convertido en dos fieras enzarzadas en una batalla de repostería.

El pobre vendedor, con los ojos desorbitados, intentaba detenerlas sin éxito. Viendo como su sustento era esparcido a diestro y siniestro.

—¡Por favor, señoras! ¡Paren! ¡Mis pasteles! —suplicaba, pero sus palabras se perdían en el caos.

La escena atrajo rápidamente la atención de los transeúntes. Una multitud comenzó a formarse alrededor del puesto, observando boquiabiertos el espectáculo. Risas y vítores no tardaron en surgir entre los espectadores.

—¡Dele duro, Doña María! —gritó alguien entre la multitud.

—¡Enséñele quién manda, Doña Concha! —respondió otra voz.

Los pasteles volaban en todas direcciones, salpicando a los espectadores más cercanos. Lejos de molestarse, la gente parecía disfrutar del inusual espectáculo, animando y riendo ante cada impacto.

La batalla de pasteles alcanzó su punto álgido cuando los proyectiles dulces comenzaron a escasear. Las dos matriarcas, cubiertas de crema y azúcar, se miraron totalmente furiosas. Como si respondieran a una señal invisible, ambas se lanzaron la una contra la otra con un grito de guerra.

Doña María agarró un puñado del elaborado peinado de Concha, tirando con todas sus fuerzas. Concha, por su parte, clavó sus uñas en el costoso vestido de María, rasgando la tela sin piedad. Las dos mujeres, otrora la viva imagen de la elegancia, rodaron por el suelo en un torbellino de encajes y lazos.

—¡Suéltame el pelo, bruja! —chilló Concha, intentando zafarse del agarre de María.

—¡Quítame tus garras de encima, zorra! —respondió María, sin ceder un ápice.

La multitud, que hasta entonces había observado la escena entre risas y vítores, comenzó a mostrar signos de preocupación. Dos caballeros que se encontraban cerca, viendo que la situación se les iba de las manos, decidieron intervenir.

Con dificultad, lograron separar a las dos mujeres. Uno de ellos, un hombre corpulento con bigote bien cuidado, sujetó a Doña María por la cintura, mientras que el otro, más delgado, pero igualmente decidido, mantuvo a raya a Doña Concha.

—¡Suélteme ahora mismo! —exigió María, retorciéndose en los brazos del caballero.

—¡Quíteme las manos de encima, atrevido! —gritó Concha, propinando un golpe con el codo al hombre que la sujetaba.

En su forcejeo, las dos mujeres no dudaron en manchar a sus salvadores con los restos de crema y aceite que aún cubrían sus vestidos. Los caballeros, estoicos, aguantaron los golpes y los insultos sin soltar su agarre.

De repente, como si despertaran de un trance, ambas mujeres parecieron darse cuenta de la escena que habían montado. Sus ojos recorrieron la multitud que las rodeaba, viendo rostros conocidos entre los espectadores. Un silencio denso se instaló sobre la feria, como una pesada carga.

Doña Concha fue la primera en reaccionar. Con un tirón brusco, se liberó del agarre del caballero que la sujetaba.

—¡Doncellas! —gritó, su voz teñida de indignación—. ¡Nos vamos de aquí ahora mismo!

Sin esperar respuesta, comenzó a abrirse paso entre la multitud, dejando tras de sí un rastro de bizcocho y crema. Sus doncellas, aún

aturdidas por lo sucedido, tardaron unos segundos en reaccionar antes de seguirla apresuradamente.

Doña María, no queriendo ser menos, se sacudió el agarre del caballero que la sujetaba.

—¡Vámonos! —ordenó a sus propias doncellas, alzando la barbilla con dignidad a pesar de su lamentable estado.

La multitud comenzó a dispersarse lentamente, entre murmullos y risitas ahogadas. El pobre vendedor de pasteles contemplaba con desesperación su puesto vacío, sin un solo dulce entero que vender.

* * *

La lluvia caía con fuerza sobre las empinadas calles de Dalt Vila, convirtiendo los adoquines en un resbaladizo laberinto. Los asistentes a la feria, que habían acudido a la misa vespertina en la Catedral de la Virgen de las Nieves, se apiñaban bajo los estrechos aleros de los edificios cercanos, buscando refugio del diluvio que parecía no tener fin.

El repiqueteo incesante de las gotas contra los tejados de tejas rojas creaba una cacofonía que ahogaba las conversaciones. Los rostros, antes alegres y despreocupados por la festividad, ahora mostraban gestos de fastidio y resignación.

Doña María Montalbán, aún con restos de crema en su elaborado peinado, se refugiaba bajo el pórtico de la catedral. Su mirada se cruzó por un instante con la de Doña Concha Salazar, quien se resguardaba en el extremo opuesto. Ambas desviaron la vista rápidamente, el recuerdo de su bochornoso enfrentamiento aún fresco en sus mentes.

—Madre, ¿cuándo podremos irnos? —preguntó Catalina Montalbán, tiritando bajo su chal empapado.

—Paciencia, hija —respondió María con un suspiro—. Esta lluvia ha de amainar en algún momento.

No muy lejos, Rosa Salazar se encontraba acurrucada junto a una columna, sus dedos jugueteando nerviosamente con el muñeco de cartón que había ganado horas antes. Sus ojos buscaban entre la multitud, esperando captar un vistazo de Bartomeu Montalbán.

El joven Bartomeu, por su parte, se había refugiado bajo el toldo de un puesto abandonado. Observaba la escena con una mezcla de frustración y anhelo, deseando poder acercarse a Rosa, pero consciente de las miradas vigilantes de sus respectivas familias.

Los carromatos, engalanados para la ocasión, aguardaban pacientes en las calles adyacentes. El agua corría por sus lonas decoradas, desdibujando los intrincados diseños que habían sido motivo de orgullo para sus dueños esa misma mañana.

El olor a tierra mojada se mezclaba con el aroma a incienso que aún flotaba en el aire, vestigio de la reciente ceremonia religiosa. Algunos niños, ajenos al malestar general, correteaban entre los charcos, salpicando a los adultos que intentaban mantener un mínimo de dignidad en medio del caos climático.

Mientras continuaba lloviendo, Don Enrique Montalbán, con el rostro enrojecido y la voz temblorosa, se acercó a su esposa.

—María, querida, he tenido que pagar la mitad de los dulces al pobre vendedor. Su puesto quedó hecho un...

—¡Calla! —espetó Doña María, cortando en seco las palabras de su marido. Sus ojos se habían clavado en la figura del párroco, que se alejaba hacia la sacristía con paso apresurado—. Vamos, hay que hablar con el padre Sebastián.

Sin esperar respuesta, Doña María agarró el brazo de su esposo y lo arrastró tras ella hacia dentro de la catedral, esquivando charcos y feligreses empapados. El matrimonio Montalbán alcanzó al sacerdote justo antes de que este desapareciera tras la pesada puerta de madera.

—¡Padre Sebastián! Qué maravillosa ceremonia —exclamó Doña María, con una sonrisa que contrastaba con su aspecto desaliñado—.

Queríamos felicitarle personalmente.

Mientras los adultos se enzarzaban en una conversación forzada sobre la belleza de la liturgia, Catalina y sus hermanos buscaron refugio en el interior de la catedral. Se sentaron en uno de los bancos de madera pulida, observando las gotas que se colaban por el rosetón y formaban pequeños charcos en el suelo de piedra.

Fuera, Rosa Salazar permanecía bajo el alero del edificio de la catedral, su mirada fija en la lluvia que caía en cascada desde los tejados. Sin embargo, sus ojos traicionaban su verdadero interés, desviándose una y otra vez hacia el puesto donde Bartomeu se refugiaba. El joven Montalbán, por su parte, fingía no darse cuenta de la atención de Rosa, pero su postura tensa y la forma en que sus dedos jugueteaban nerviosamente con el borde de su chaqueta delataban su consciencia de ser observado.

La lluvia no cesaba en su fuerza, pero Bartomeu ya no podía contener más sus impulsos. Con el corazón latiendo desbocado, salió corriendo de su refugio, sus pies chapoteando en los charcos que se formaban rápidamente.

Rosa, aún resguardada bajo el alero de la catedral, vio con sorpresa cómo el joven Montalbán se acercaba a toda velocidad. Antes de que pudiera reaccionar, Bartomeu la tomó de la mano.

—¡Ven conmigo! —exclamó, tirando suavemente de ella.

Rosa soltó una risa nerviosa. —¡Estás loco! Nos van a ver... ¡Y nos vamos a empapar!

Pero la adrenalina y la emoción del momento pudieron más que su sentido común. Sin pensarlo dos veces, se dejó llevar por Bartomeu. Corrieron juntos unos metros por la plaza resbaladiza de la catedral.

Tras unos breves instantes que parecieron eternos, Bartomeu guio a Rosa hacia un estrecho callejón en penumbra anejo a la catedral. El lugar estaba protegido por los aleros de los tejados circundantes, ofreciendo un refugio inesperado de la lluvia torrencial.

Jadeando por la carrera y con el corazón aún acelerado, Bartomeu se volvió hacia Rosa. Sus ojos brillaban con una mezcla de nerviosismo y determinación. Su pelo mojado que escurría por su cara.

—Era la oportunidad ideal —dijo entre respiraciones entrecortadas—. No podía dejar que te fueras a casa sin...

Rosa, confundida y expectante, lo miró fijamente. —¿Sin qué?

En lugar de responder con palabras, Bartomeu actuó. Con un movimiento suave pero decidido, acercó su rostro al de Rosa y la besó. Fue un beso torpe al principio, producto de la inexperiencia y la emoción contenida, pero pronto se transformó en algo más profundo y significativo.

Rosa se estremeció bajo el abrazo de Bartomeu, deleitándose en la sensación de su primer beso. El mundo a su alrededor pareció desvanecerse: ya no existía la lluvia, ni la feria, ni las familias enfrentadas. Solo estaban ellos dos, unidos en ese momento robado al destino. Sus corazones latían al unísono, acelerados por la emoción y el nerviosismo de lo prohibido. La suave brisa acariciaba sus rostros, llevando consigo el aroma a tierra mojada que impregnaba el aire de Ibiza. En sus mentes, un torbellino de pensamientos y sensaciones se arremolinaba, mezclando la dulzura del presente con el temor a un futuro incierto. Rosa sentía que sus piernas flaqueaban, sosteniéndose en los fuertes brazos de Bartomeu, mientras él saboreaba la dulzura de los labios que tanto había anhelado durante todo el día tras su encuentro en los puestos.

Capítulo 8: 2024, Aitana Solare

El brillo del amanecer se colaba por las ventanas de la celda cuando David von König abrió los ojos, desorientado y malhumorado. Su cabello, normalmente impecable, estaba revuelto y su camiseta blanca lucía manchas de sudor y suciedad. El fotógrafo alemán se incorporó con dificultad, sintiendo cada músculo de su cuerpo protestar por la noche pasada en el duro catre de la comisaría.

Un agente de policía se acercó a la celda, haciendo tintinear un manojo de llaves.

—Venga, levántate. Estás libre —gruñó el policía mientras abría la puerta.

David salió tambaleándose, parpadeando ante la luz fluorescente del pasillo. El agente lo condujo hasta un mostrador donde le tendió un documento.

—Firma aquí y lárgate. Y que no se te ocurra volver a montar un numerito o la próxima vez no saldrás tan rápido.

Con manos temblorosas, David garabateó su firma en el papel. Alzó la vista hacia el reloj de pared y sintió que el estómago le daba un vuelco. Llegaba tarde a su reunión con la clienta y su aspecto era desastroso.

Sin mediar palabra, David salió disparado hacia la puerta de la comisaría. En su prisa, casi chocó con Iker Navarro, que cargaba una pila de papeles recién impresos. El policía dio un paso atrás, evitando por poco que los documentos salieran volando.

—¡Eh, cuidado! —exclamó Iker, frunciendo el ceño—. Y más te vale no andar liando follones por la isla o te las verás conmigo otra vez.

David masculló un insulto por lo bajo, sin detenerse en su carrera hacia la salida. Iker, con los ojos entrecerrados, observó cómo el fotógrafo desaparecía por la puerta.

—Gilipollas —murmuró el policía para sí mismo, antes de volver a su mesa con los papeles en la mano.

David cogió un taxi y se dirigió al Hotel Gran Ibiza. El vehículo serpenteó por las calles de la isla, dejando atrás el bullicio del centro para adentrarse en la zona más exclusiva. Cuando el coche se detuvo frente al imponente edificio, David descendió con un suspiro de alivio.

El lobby del hotel lo recibió con una elegancia minimalista pero que resaltaba lujo en cada detalle. David se acercó al mostrador de recepción, donde un empleado impecablemente vestido lo atendió con una sonrisa profesional.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo una reserva a nombre de David von König —respondió el fotógrafo, su voz desprovista esa mañana de la arrogancia habitual.

Mientras el recepcionista tecleaba en el ordenador, David observó el lujoso entorno, sintiéndose como en casa.

—Señor von König, su habitación está lista. Y debo informarle que sus maletas llegaron esta mañana temprano desde el aeropuerto.

David sintió una oleada de alivio. —Perfecto. Parece que por lo menos las han encontrado ¿Podrían subirlas de inmediato a mi habitación, por favor?

—Por supuesto, señor. Un botones las llevará en seguida.

Con la tarjeta de la habitación en mano, David se dirigió al ascensor. Una vez en su suite, se despojó de la ropa sucia y se metió bajo la ducha, dejando que el agua caliente lavara el cansancio y la frustración de la noche anterior.

Mientras se enjabonaba, oyó que alguien entraba en la habitación. El botones dejó las maletas y se retiró discretamente.

Refrescado y con ropa limpia, David se sintió renovado. Cogió su mejor cámara y una bolsa con objetivos y otros accesorios. Bajó al lobby y se acercó de nuevo a la recepción.

—Disculpe, ¿podría indicarme dónde está la marina de Ibiza? ¿Necesito un taxi para llegar allí?

El recepcionista sonrió. —La marina está justo enfrente del hotel, señor. Puede llegar caminando en menos de cinco minutos.

Agradecido, David salió del hotel y se dirigió hacia la marina. Caminó entre tiendas de lujo, sus escaparates repletos de artículos exclusivos que parecían brillar bajo el sol mediterráneo. Con el teléfono en la mano, revisó el mensaje de su jefa que le indicaba el nombre del yate que debía buscar.

* * *

Las aguas turquesas de la marina de Ibiza se reflejaban en el casco del imponente yate que se mecía suavemente en un lateral del muelle próximo al club Lio. En la cubierta superior, Aitana Solare, la DJ e influencer del momento, se reclinaba en un lujoso sofá de cuero blanco, con una copa de champán en la mano y su teléfono móvil en la otra.

Aitana era la viva imagen del éxito y la opulencia. Su cabello rubio platino caía en ondas perfectas sobre sus hombros bronceados, y sus ojos azules brillaban con una mezcla de diversión y desdén mientras miraba a la cámara de su teléfono.

—¡Hola, mis amores! —canturreó Aitana, su voz melosa y seductora —. Aquí estoy, disfrutando de otro día perfecto en Ibiza. ¿No os encantaría estar aquí conmigo?

Martín Díaz, el promotor de eventos, observaba la escena con una mezcla de admiración y frustración. Sabía que Aitana era una

estrella, pero su actitud arrogante y sus constantes exigencias lo estaban agotando esa mañana.

—Aitana, necesitamos hablar sobre la fiesta de esta tarde en la villa —intentó Martín, acercándose a ella con cautela.

La influencer apenas le dirigió una mirada, concentrada en grabar otro video para sus millones de seguidores. —Un momento, cariño —murmuró, sin apartar los ojos de la pantalla—. Estoy ocupada construyendo mi imperio.

Martín suspiró, pasándose una mano por el pelo. Sabía que discutir con Aitana era inútil, pero tenía que intentarlo.

—Es importante que repasemos el horario y...

—Puaj, ¿qué es esto? —lo interrumpió Aitana, arrugando la nariz mientras miraba su copa de champán, a la que había dado el primer sorbo—. ¿Quién compró esta porquería? Sabe a agua con gas.

Martín cerró los ojos un momento, contando hasta diez mentalmente. —Es Dom Pérignon, Aitana. Del mejor.

—Pues apesta. Que me traigan un Armand de Brignac mejor —declaró ella, dejando la copa sobre la mesa con un gesto dramático —. Y tengo hambre. ¿Dónde está mi sushi?

—Pediste hace diez minutos que te trajeran una ensalada —le recordó Martín, señalando el plato intacto sobre la mesa.

Aitana miró la ensalada como si fuera un insulto personal. —¿Y esperas que coma eso? Por favor, Martín, ya deberías saber que solo como sushi de Zuma. Ve a buscármelo, ¿quieres?

Martín apretó los puños, recordándose que tratar con artistas caprichosos era parte de su trabajo. Pero Aitana estaba llevando su paciencia al límite.

Mientras tanto, David von König se acercó al yate con paso decidido, su cámara colgando del cuello y una expresión de fastidio en su rostro cincelado. El sol de Ibiza se reflejaba en sus gafas de marca

mientras escudriñaba la embarcación, buscando algún indicio de la sesión fotográfica que debía realizar.

Un joven marinero, que estaba limpiando el casco del yate con una manguera, levantó la vista al ver acercarse al fotógrafo alemán.

—Buenos días —saludó el chico con un acento ibicenco marcado—. Si va a subir, tendrá que quitarse los zapatos. No se hacen excepciones.

David frunció el ceño, visiblemente molesto por la petición. Miró sus zapatos italianos de cuero, valorados en más de mil euros, y luego al marinero, como si este hubiera sugerido algo absurdo.

—¿Es una broma? —espetó David, su voz cargada de desdén—. Soy David von König, el fotógrafo. Estoy aquí para trabajar, no para andar descalzo por ahí.

El marinero, imperturbable ante la actitud del alemán, se encogió de hombros. —Lo siento, señor. Son las reglas del yate. Todos deben quitarse los zapatos antes de subir.

David masculló una maldición en alemán, pero finalmente cedió. Con movimientos bruscos, se quitó los zapatos, los echó en la cesta que había junto a la barandilla con otros y subió a la pasarela hacia la cubierta.

—La señorita Aitana y el señor Martín Díaz están arriba —informó el marinero, señalando hacia la cubierta superior—. Hoy Aitana no está de muy buen humor.

David asintió secamente y se dirigió hacia las escaleras que conducían a la parte superior del yate. A medida que se acercaba, pudo escuchar la voz chillona de Aitana y el tono exasperado de Martín.

Al llegar a la cubierta superior, David se encontró con una escena que parecía sacada de una revista de celebridades. Aitana Solare, con su cabello rubio platino y un bikini que dejaba poco a la imaginación, estaba reclinada en un sofá, sosteniendo su teléfono

frente a su rostro mientras grababa un video. Martín Díaz, por su parte, parecía estar al borde de un ataque de nervios, pasándose la mano por el pelo repetidamente mientras intentaba captar la atención de la influencer.

David se aclaró la garganta, anunciando su presencia. Ambos, Aitana y Martín, se giraron para mirarlo.

David se acercó a Aitana con paso decidido, extendiendo su mano para presentarse. Sin embargo, la influencer ni siquiera se dignó a mirarlo, apartando su mano con un gesto brusco.

—¿Y tú quién eres? —espetó Aitana, mirándolo de arriba abajo con desdén.

El fotógrafo alemán se quedó paralizado por un momento, sintiendo por primera vez en su vida una sensación de intimidación. La actitud de Aitana era aún peor que la suya propia, algo que jamás había experimentado.

—Soy David von König, de la agencia VividFrame —logró articular, recuperando parte de su compostura—. Se supone que me estaban esperando para la sesión...

—Hoy no tengo ganas —lo interrumpió Aitana con un tono cortante —. Estoy cansada de vosotros. Ya podéis iros.

David intentó protestar, pero antes de que pudiera decir nada más, Aitana se giró hacia el capitán del yate.

—Llévame a Cala Bassa ahora mismo —ordenó—. Quiero darme un baño y hacer algunos selfis.

Martín, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se levantó y se acercó a David, ofreciéndole la mano.

—Martín Díaz —se presentó con una sonrisa tensa—. Lamento la situación, pero creo que será mejor que nos vayamos por hoy.

David miró a Martín, luego a Aitana, y de nuevo a Martín. Abrió la boca para protestar, pero el promotor lo tomó del hombro

suavemente, guiándolo hacia la salida.

—Ahora te pongo al día —murmuró Martín en voz baja—. Pero ahora mismo, es mejor no discutir con ella.

Reluctante, David se dejó llevar fuera del yate, lanzando una última mirada incrédula a Aitana, quien ya estaba inmersa en su teléfono, ignorando por completo su presencia.

* * *

Un rato más tarde, Martín había guiado a David hacia el Cappuccino Café en la marina de Ibiza. Los dos hombres estaban sentados en una mesa de la terraza con vista al puerto y la ciudadela del centro de Ibiza al fondo. El camarero les había traído dos combinados, necesitando algo fuerte después del encuentro con Aitana.

David dio un largo trago a su bebida antes de mirar a Martín con curiosidad.

—¿Eres el asistente personal de Aitana? —preguntó, arqueando una ceja.

Martín soltó una risa amarga y negó con la cabeza. —No, por Dios. El asistente lleva varios días enfermo, con fiebre. Dicen que comió algo en mal estado, pero la verdad... —hizo una pausa, bajando la voz— creo que es burn out. Con Aitana, no me extrañaría.

David asintió, comprendiendo perfectamente. —Es la estrella del momento, ¿no?

—Sí, pero trabajar con ella es una tortura —confesó Martín, pasándose una mano por el rostro cansado—. Mira, ignórala. Suele tratar a todo el mundo igual.

Martín le contó a David sobre su trabajo como promotor de eventos y la fiesta que estaba organizando en una villa en Talamanca.

—Intentaba acordar con Aitana que apareciera un rato por la tarde. Hay gente famosa, sería bueno para su imagen. Pero con lo loca que

está... —Martín suspiró profundamente— Supongo que tendré que ir a buscarla yo mismo si quiero que la cosa funcione.

David escuchaba atentamente, bebiendo a sorbos su combinado.

—Oye, estaría bien si tú también estuvieras allí —sugirió—. Según tengo entendido, tu trabajo será acompañar a Aitana a todos los eventos estos días y hacer fotos profesionales, ¿no?

Conforme transcurría el tiempo, David y Martín se habían acomodado como dos viejos amigos que se reencontraban después de años, pese a que era la primera vez que coincidían. La conversación fluía con naturalidad, salpicada de risas y anécdotas que ambos compartían con entusiasmo.

David, con su acento alemán y sus gestos expresivos, relataba sus experiencias como fotógrafo de moda. Sus ojos azules brillaban al describir las sesiones en París, Milán y Nueva York, los rostros famosos que había capturado con su lente y las fiestas exclusivas a las que había asistido.

—Una vez, en la Semana de la Moda de Milán —contaba David, inclinándose sobre la mesa—, tuve que perseguir a una modelo por los tejados. ¡Llevaba un vestido de alta costura valorado en miles de euros y se había escapado del set!

Martín reía a carcajadas, fascinado por las historias del fotógrafo. Cuando llegó su turno, habló con orgullo de cómo había construido su imperio de eventos desde cero.

—Empecé organizando fiestas en la playa con un equipo de sonido prestado —confesó Martín, jugueteando con su copa—. Ahora, dirijo festivales en cinco continentes. Es una locura, pero me encanta.

A medida que las horas pasaban y las copas se vaciaban, ambos descubrieron que tenían mucho en común. Compartían el gusto por la vida nocturna, la pasión por su trabajo y la ambición de seguir creciendo en sus respectivos campos.

Cuando el sol comenzó a descender, tiñendo el cielo de tonos anaranjados, Martín miró su reloj y sonrió.

—Creo que es hora de ir a la villa —dijo, poniéndose de pie—. ¿Listo para sumergirte en la verdadera fiesta de Ibiza?

David asintió, entusiasmado por lo que vendría. Ambos se dirigieron al coche de Martín, un lujoso deportivo que reflejaba el éxito del promotor. Mientras se alejaban de la marina, la conversación continuaba, ahora centrada en las expectativas para la noche que tenían por delante.

Capítulo 9: 2024, Lucía e Iker

La tarde había caído sobre la cala de Bou, coloreando el cielo de tonos cálidos y bañando la arena con una luz suave y dorada. En un pequeño café a las afueras de San Antonio, Iker y Lucía se encontraron para tomar algo después de un largo día.

Iker, recién salido del gimnasio, llevaba una camiseta tan ceñida que parecía a punto de desgarrarse con cada movimiento. Sus músculos, hinchados por el ejercicio, se marcaban bajo la tela como si fueran esculpidos en mármol. Lucía no pudo evitar soltar una carcajada al verlo.

—¡Madre mía, Iker! Cualquier día te explota esa camiseta. Da miedo verte —bromeó, dándole un golpecito en el pecho, duro como una piedra.

Iker sonrió, acostumbrado a los comentarios de su amiga. —Qué exagerada eres, Lucía. Solo es el resultado de entrenar cinco días a la semana y alimentarse concienzudamente.

—¿Cinco días? —Lucía silbó, impresionada—. No sé cómo lo haces. Yo apenas tengo tiempo para respirar.

—Bueno, tú tienes otras prioridades —respondió Iker, encogiéndose de hombros—. ¿Cómo va todo en la asociación?

Lucía suspiró, removiendo el café que le habían traído con gesto cansado. —Como siempre. Termino tardísimo en el trabajo y luego me toca lidiar con los temas de Ibiza Sostenible. No tengo ni un minuto libre para pensar en entrenar.

—Deberías intentar sacar algo de tiempo para ti —sugirió Iker, preocupado por su amiga—. El ejercicio te ayudaría a desestresarte.

—Lo sé, lo sé —admitió Lucía—. Pero entre el trabajo y la asociación, apenas me queda energía para nada más.

Iker miró a Lucía con curiosidad. —Y bueno, ¿qué hay del tema sentimental? ¿Alguna novedad?

Lucía soltó un bufido y puso los ojos en blanco. —Un desastre, como siempre. Parece que asusto a los hombres o algo así. Y tampoco es que tenga mucho tiempo ni ganas de salir. —Hizo una pausa, mordiéndose el labio inferior—. A veces pienso que ya se me está pasando el arroz.

—Venga ya, no digas tonterías —la consoló Iker, dándole un suave apretón—. Eres una mujer increíble, Lucía. Ya llegará alguien que sepa valorarte.

Ella sonrió débilmente, agradecida por el apoyo de su amigo. —Gracias, Iker. Pero seguro que tú tienes más suerte que yo. Con ese cuerpo, las tías e incluso algunos tíos deben caerte a los pies como moscas.

Iker soltó una carcajada seca. —No es tan fácil como parece. He tenido algunas aventuras, pero aún no sé muy bien lo que quiero.

—¿Y qué hay del tema bisexual? —preguntó Lucía, recordando una conversación anterior—. ¿Sigue igual que la última vez que hablamos?

Iker bajó la voz, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba. —Pues mira, en el tema sexual con un hombre es como... más intenso. O al menos yo disfruto más. —Se pasó una mano por el pelo, incómodo—. Aunque llevo tiempo sin quedar con ninguna chica, tampoco lo descarto. Pero en el trabajo, ni una palabra. Los compañeros no lo entenderían.

Lucía negó con la cabeza, incrédula. —No me lo creo, Iker. Tus compañeros no pueden ser tan cerrados de mente.

—Tú no los conoces —respondió él con un suspiro—. Pero bueno, allá yo con mis decisiones.

Iker y Lucía continuaron su conversación, pasando de un tema a otro con la familiaridad de viejos amigos. Pronto, la charla se centró en el próximo cumpleaños de Ana, la periodista muy amiga de ellos que estaba a punto de cumplir 50 años.

—Tenemos que organizar algo especial para Ana —dijo Lucía, inclinándose hacia adelante con entusiasmo—. Se merece una fiesta inolvidable.

Iker asintió, pensativo. —Podríamos hacer algo en la playa, algo íntimo pero significativo.

Mientras discutían ideas para la celebración, Lucía no pudo evitar desviar la conversación hacia un tema que siempre la apasionaba.

—Es una pena que ya no queden lugares tranquilos en la isla para hacer una fiesta así —suspiró—. El turismo masivo lo está destrozando todo.

Iker frunció el ceño, comprendiendo la frustración de su amiga. —Tienes razón. La isla ha cambiado mucho en los últimos años. A veces apenas la reconozco.

—¿Te acuerdas cómo era antes? —preguntó Lucía, con nostalgia en la voz—. Ahora todo son discotecas, fiestas interminables y turistas que no respetan nada.

Iker asintió, recordando de repente su reciente encuentro en el aeropuerto. —Hablando de turistas irrespetuosos, el otro día tuve que lidiar con un alemán insoportable en el aeropuerto.

Lucía alzó una ceja, intrigada. —¿Qué pasó?

Iker le contó la historia de David von König, el fotógrafo arrogante que había armado un escándalo por su equipaje perdido.

—Vaya, parece que te tocó bailar con la más fea —comentó Lucía, sacudiendo la cabeza—. Aunque yo tampoco me quedé atrás. ¿Te conté lo que me pasó con Martín Díaz, el famoso promotor?

Iker negó con la cabeza, curioso. Lucía procedió a narrarle el incidente del escenario y cómo Martín las había empapado con una manguera.

—¿Martín? ¿El mismo Martín que organiza eventos en Ushuaïa y el International Music Summit? —preguntó Iker, sorprendido—. Lo he

visto un par de veces trabajando por la isla. No me lo imagino haciendo algo así.

—Pues créelo —afirmó Lucía, todavía indignada por el recuerdo—. Se comportó como un completo imbécil.

La conversación entre Iker y Lucía volvió al tema del cumpleaños de Ana. Iker, con el ceño fruncido, se inclinó sobre la mesa.

—¿Estás segura de que Ana estará en la isla para esas fechas? —preguntó—. Ya sabes que por su trabajo viaja mucho por la península.

Lucía asintió con confianza. —Sí, hablé con ella hace unos días. Está trabajando en un documental sobre los contrastes de la isla, ya sabes, entre la gente con mucho dinero y los que no tienen recursos. Estará por aquí varias semanas.

—¿En serio? —Iker arqueó las cejas, sorprendido—. ¿Y dónde se está quedando ahora?

—En un apartamento de su familia en Port des Torrents —respondió Lucía—. Uno que suelen alquilar otros años.

Iker frunció el ceño, confundido. —Espera, ¿no intentaba mantenerse alejada de todo lo relacionado con su familia?

Lucía suspiró, asintiendo lentamente. —Sí, es cierto. Desde que sus padres murieron en aquel terrible accidente hace años, no ha querido saber nada del patrimonio familiar. Lo mismo no ha encontrado otra cosa, ya sabes cómo está el tema de los alquileres en verano en la isla.

Iker miró pensativo a Lucía, una idea formándose en su mente.

—Tengo la impresión de que Ana piensa que todo lo relacionado con su abuelo y sus padres está como... embrujado —comentó, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

Lucía asintió con vehemencia. —Sí, exactamente. Por eso reniega de todo lo que tiene que ver con Cavas Ortiz. Es como si creyera que

hay una maldición sobre el patrimonio familiar.

Iker se quedó en silencio un momento, digiriendo lo que acababa de oír. De repente, sus ojos se iluminaron.

—Oye, se me acaba de ocurrir algo —dijo, inclinándose hacia adelante—. Conozco un restaurante de pescado, pequeño, pero en plan fusión, así moderno. No está muy lejos de aquí. Si Ana se está quedando en Port des Torrents, sería ideal.

Lucía sonrió, entusiasmada con la idea. —¡Perfecto! Suena genial. Creo que a Ana le encantaría.

Ambos continuaron con las planificaciones, discutiendo los detalles de la celebración. Mientras tanto, Lucía había pedido un pastel de chocolate. Cuando llegó, le ofreció un trozo a Iker.

—No, gracias —rechazó él, sacudiendo la cabeza—. Ya he llegado hoy a mi tope de calorías. Ya solo me queda el batido de proteínas.

Iker sacó un cigarrillo y lo encendió, el humo elevándose en espirales perezosas en el aire de la tarde. La noche comenzaba a caer sobre San Antonio, tiñendo el cielo de tonos púrpuras y naranjas. A lo lejos, grupos de turistas pasaban de largo cerca del café, cargando flotadores y colchonetas, de vuelta a sus hoteles después de un agotador día de playa.

Capítulo 10: 2024, La historia de Samuel

La noche había caído sobre Ibiza. Ana Ortiz esperaba frente a la heladería en la plaza central, cerca de Dalt Vila, notaba los latidos en el pecho con una mezcla de anticipación y nerviosismo. El aire cálido de la noche mediterránea acariciaba su rostro, trayendo consigo el aroma dulce de los helados y el murmullo lejano de las conversaciones de los turistas.

Ana miró su reloj por enésima vez, sus ojos escudriñando la plaza en busca de la figura familiar de Samuel. La historia del anciano vagabundo la había cautivado desde el primer momento, despertando en ella una curiosidad que iba más allá de su instinto periodístico. Había algo en la vida de Samuel que resonaba profundamente en su interior, una conexión que no podía explicar del todo.

Mientras esperaba, Ana reflexionó sobre las entrevistas que había realizado con Samuel hasta ahora. Cada palabra, cada gesto del anciano, parecía contar una historia de pérdida y resistencia que la conmovía profundamente. No podía evitar preguntarse si lo que sentía era simplemente lástima o si había algo más, una empatía nacida de sus propias experiencias de pérdida y soledad.

La plaza bullía de actividad nocturna, con turistas y locales disfrutando de la agradable temperatura. Ana observaba distraídamente a las parejas que paseaban de la mano, a los niños que correteaban persiguiendo palomas, y a los grupos de amigos que reían compartiendo helados. Sin embargo, su mente estaba lejos, perdida en los relatos de Samuel sobre la Ibiza de antaño, tan diferente de la isla que conocía.

De repente, Ana vio a Samuel acercándose lentamente, empujando su desvencijado carrito. A pesar de su aspecto desaliñado, había una dignidad en su porte que la impresionó una vez más. Samuel la

saludó con una sonrisa cansada pero genuina, y Ana sintió una oleada de afecto hacia el anciano.

—Buenas noches, señorita Ana —dijo Samuel, su voz rasposa pero amable—. Espero no haberla hecho esperar mucho.

Ana sonrió, sacudiendo la cabeza. —Para nada, Samuel. Acabo de llegar. ¿Le apetece un helado antes de que continuemos con nuestra charla?

El dúo se aproximó al mostrador de los helados en el interior del local, donde el ambiente estaba impregnado de una fragancia dulce y refrescante. Algunos veraneantes se alejaron del mostrador al percatarse de la presencia del desaliñado Samuel, cuyo olor era bastante notorio. El anciano, consciente de la situación, optó por abandonar el establecimiento y aguardar a Ana en un lateral donde había dejado aparcado su carrito del Mercadona. Nunca antes se había sentido tan sucio como en ese instante, cuando las miradas atónitas de la gente lo escrutaban. En ellas vislumbró el reflejo de su propia desdicha, lo cual le resultó desagradable. Era como contemplar un espejo que mostraba algo que llevaba años eludiendo. Ana pidió un helado de vainilla para sí misma y uno de pistacho para Samuel, rememorando que él había aludido a ese sabor en una de sus conversaciones previas.

Cuando Ana se aproximó a él, Samuel tomó el cono con manos temblorosas, con la mirada encendida con una mezcla de emoción y gratitud. Dio un pequeño lametazo tentativo y, de repente, su rostro se iluminó con una sonrisa que borró años de su semblante.

—¡Dios mío! —exclamó Samuel, saboreando el helado con deleite—. No recordaba que el pistacho supiera tan bien. Ha pasado tanto tiempo...

Ana observó con ternura cómo Samuel disfrutaba de cada bocado como si fuera el último, lamiendo el cono con el entusiasmo de un niño. Por un momento, las arrugas de preocupación en su frente desaparecieron, reemplazadas por una expresión de pura felicidad.

Mientras caminaban lentamente arrastrando el carrito hacia el puerto, Samuel continuó saboreando su helado, deteniéndose de vez en cuando para asegurarse de que no se derritiera sobre sus manos. Ana notó que el anciano parecía más animado que en sus encuentros anteriores, como si el simple placer del helado hubiera despertado en él recuerdos de tiempos mejores.

—Sabe, señorita Ana —dijo Samuel, mirando el horizonte donde el sol comenzaba a hundirse en el mar—, estos momentos con usted... me hacen sentir vivo de nuevo.

Ana sintió un nudo en la garganta. La honestidad en la voz de Samuel la conmovió profundamente.

—Me alegro mucho, Samuel —respondió ella con suavidad—. Para mí también son muy especiales estos encuentros.

Mientras avanzaban por el paseo marítimo, el bullicio del puerto los envolvió. Yates lujosos se mecían suavemente en sus amarres, contrastando con las pequeñas barcas de pescadores. Samuel observaba todo con ojos brillantes, como si redescubriera un mundo que había olvidado.

Samuel saboreaba los últimos restos de su helado, consciente de que estos momentos con Ana eran efímeros, pero preciosos. No era el helado gratuito ni las pequeñas atenciones lo que más valoraba, sino la compañía, la sensación de ser visto y escuchado después de tanto tiempo de invisibilidad.

Mientras caminaban por el paseo marítimo, Samuel se sorprendió a sí mismo hablando con una soltura que creía haber perdido hacía mucho. Las palabras fluían como el agua de un manantial largo tiempo sellado, y con ellas, emergían recuerdos y emociones que había mantenido enterrados en lo más profundo de su ser.

—Sabe, señorita Ana —dijo Samuel, su voz teñida de una mezcla de nostalgia y gratitud—, hasta que usted apareció, no me había dado cuenta de lo solo que estaba.

Ana lo miró con atención, sus ojos reflejando una comprensión que iba más allá de su papel como periodista. Samuel continuó, animado por esa mirada:

—Hablar con usted... aunque sea para su reportaje, me hace sentir como si tuviera una amiga de verdad. Alguien que me escucha, que se interesa por mi vida.

El anciano hizo una pausa, observando cómo las luces del puerto comenzaban a encenderse, reflejándose en las aguas cada vez más oscuras. Luego, con un suspiro, añadió:

—Sé que esto es temporal, que usted tiene su vida y su trabajo. Pero poder contarle mis problemas, mis recuerdos... es como un elixir para mí.

Ana sintió una punzada de emoción ante las palabras de Samuel. Había iniciado este proyecto buscando una historia, pero estaba descubriendo mucho más: una conexión humana que trascendía las edades y las circunstancias.

Samuel, por su parte, se permitió imaginar, aunque fuera por un breve momento, que tenía una amiga en quien confiar, alguien que lo veía como una persona y no como un problema social. Y aunque sabía que esta sensación era pasajera, se aferró a ella, sintiendo cómo aliviaba el peso de su soledad y sus penurias diarias.

Ana y Samuel hicieron una pausa en su paseo, deteniéndose junto a un banco de madera desgastado por el salitre. Con cuidado, Samuel aparcó su carrito del Mercadona, asegurándose de que no rodara. Ana se sentó en el banco, haciendo un gesto para que Samuel la acompañara. El anciano se acomodó con un suspiro de alivio, agradecido por el descanso.

La periodista sacó su grabadora digital del bolso y la sostuvo frente a ella, sus dedos acariciando los botones con familiaridad.

—Samuel, voy a grabar nuestra conversación, como el otro día —explicó Ana con voz suave—. ¿Está de acuerdo?

El anciano asintió, sus ojos fijos en el pequeño aparato. Ana presionó el botón de grabación y el dispositivo emitió un suave pitido.

—Bien, Samuel —comenzó Ana, su voz adoptando un tono profesional pero cálido—. El otro día me contó sobre cómo perdió a sus padres. ¿Podría hablarme más sobre eso?

Samuel cerró los ojos por un momento, como si estuviera reuniendo fuerzas para sumergirse en sus recuerdos. Cuando los abrió, su mirada estaba cargada de una tristeza antigua pero aún palpable.

—Mis padres eran pescadores en Formentera —comenzó, su voz ronca por la emoción—. Vivíamos en una casita pequeña, mal construida, pero era nuestro hogar. Yo era solo un niño cuando sucedió.

Ana escuchaba atentamente, sus ojos fijos en el rostro arrugado de Samuel mientras este continuaba su relato.

—Aquella noche, una tormenta azotó la isla. El viento aullaba como un animal herido y las olas... las olas parecían montañas de agua oscura. Mis padres habían salido a pescar esa mañana, como siempre. Yo me quedé en casa con mi abuela.

Samuel hizo una pausa, tragando saliva con dificultad. Ana resistió el impulso de tomar su mano, consciente de que necesitaba mantener cierta distancia profesional.

—Esperamos toda la noche —prosiguió el anciano—. Mi abuela rezaba sin parar, y yo miraba por la ventana, esperando ver las luces del barco de mi padre. Pero nunca llegaron.

Ana continuó con sus preguntas, su voz suave pero firme, guiando a Samuel a través de sus recuerdos. El anciano, con la mirada perdida en el horizonte, siguió desenrollando el hilo de su pasado.

—Mi abuela enfermó poco después —dijo Samuel, su voz quebrada por la emoción—. No sé si fue de pena o por pasar tantos días en la

playa, expuesta al viento, mirando el mar. Esperaba un milagro, que el barco de mi padre y mi madre regresara.

Ana asintió en silencio, animándolo a continuar. Samuel tomó aire antes de proseguir.

—Pero nunca volvieron. Otros pescadores nos dijeron que habían encontrado restos del barco. Se había hundido.

El anciano hizo una pausa, sus manos arrugadas temblando ligeramente. Ana resistió el impulso de tomarlas entre las suyas.

—Mi abuela murió también —continuó Samuel—. Me quedé solo. Al principio, algunos vecinos me ayudaron, pero con el tiempo... todos se fueron alejando. Ya a nadie le importaba. No tenía más familia.

Samuel cerró los ojos, como si el peso de los recuerdos fuera demasiado para soportar. Cuando los abrió de nuevo, su mirada estaba cargada de una tristeza antigua pero aún palpable.

—Un día decidí marcharme de Formentera. Tomé un ferry con el poco dinero que quedaba en el bolso de mi abuela y llegué a Ibiza. Pero aquí tampoco me fue mejor. Eran tiempos duros.

Ana escuchaba atentamente, su grabadora captando cada palabra, cada suspiro de Samuel. El anciano continuó su relato, describiendo cómo durante algunos años logró conseguir trabajos esporádicos en el puerto, cargando cajas o limpiando puestos de pescado por unas pocas pesetas. Vivía y dormía donde podía, siempre al borde de la indigencia.

—Con los años, todo empeoró —dijo Samuel, su voz cargada de amargura—. Ya nadie quería contratar a alguien sin estudios. Comenzaron a llegar las fiestas, los hippies, la gente con mucho dinero. Todo cambió.

Samuel hizo una pausa, mirando a su alrededor como si viera por primera vez el lujoso puerto lleno de yates y turistas bien vestidos.

—No supe seguir el ritmo de los cambios —concluyó con un suspiro —. Y así acabé al margen de la sociedad.

Ana decidió indagar más sobre los familiares de Samuel. Con delicadeza, formuló su siguiente pregunta:

—Samuel, ¿qué puede decirme sobre el resto de su familia? ¿Tenía otros parientes además de sus padres y su abuela?

El anciano frunció el ceño, como si intentara recordar algo lejano y borroso.

—Por parte de mi madre, no había nadie más, que yo recuerde —respondió con voz queda—. Nunca tuve contacto con otros parientes si es que existían, aparte de sus padres.

Ana asintió, anotando mentalmente la información. Luego, prosiguió:

—¿Y por parte de su padre? ¿Qué sabe de la familia de su abuela?

Samuel soltó un largo suspiro, sus ojos perdiéndose en la distancia.

—Mi abuela Rosa... era un misterio —dijo, sacudiendo la cabeza—. Nunca quiso hablar de su pasado. Ni siquiera mi padre conocía la verdadera historia.

Ana se inclinó hacia adelante, intrigada.

—¿Cómo está tan seguro de que había una historia oculta?

Samuel se removió incómodo en el banco antes de responder:

—Porque siempre llevó un gran peso encima, algo que se guardó para ella. Y porque guardaba algunas cosas en una cajita en su habitación.

El anciano hizo una pausa, como si estuviera reviviendo un recuerdo doloroso.

—Una vez, cuando era muy pequeño, descubrí los trozos de un muñeco de cartón en esa caja. Mi abuela se enfureció tanto al descubrirme... Nadie podía tocar los restos de ese muñeco.

Ana escuchaba atentamente.

—Incluso recuerdo su nombre —continuó Samuel, su voz apenas un susurro—. Lo llamaba el pequeño Bartomeu. No lo olvidaré nunca porque me dolió tanto la regañina de mi abuela, estuve llorando durante horas. Era muy pequeño y nunca la había visto así.

Ana se sorprendió al escuchar el nombre. "Vaya casualidad", pensó, "un muñeco que se llamaba igual que mi abuelo". Sin embargo, no le dio más importancia en ese momento y decidió concentrarse en otras preguntas.

Ana y Samuel continuaron sentados en el banco, sus voces mezclándose con el murmullo constante de la isla. Mientras ellos compartían recuerdos dolorosos y secretos largamente guardados, Ibiza palpitaba a su alrededor con una energía frenética y vibrante.

Las luces de los clubes y bares cercanos comenzaban a parpadear, anunciando el inicio de otra noche de fiesta. Grupos de jóvenes pasaban junto a ellos, riendo y charlando en una mezcla de idiomas, sus rostros brillando con la anticipación de las aventuras que les esperaban.

La música empezó a fluir desde los locales cercanos, una cacofonía de ritmos electrónicos y melodías pegadizas que se entrelazaban en el aire cálido de la noche. El contraste entre la conversación íntima y melancólica de Ana y Samuel y la alegría desenfrenada que los rodeaba era palpable.

Turistas de todo el mundo deambulaban por el paseo marítimo, sus voces formando un coro multilingüe que se elevaba sobre el rumor constante de las olas. Algunos se detenían a tomar fotos del puerto o de los yates iluminados, mientras otros se apresuraban hacia las calles de Dalt Vila, ansiosos por sumergirse en la legendaria vida nocturna de la isla.

A medida que la noche avanzaba, la energía de Ibiza parecía intensificarse. Era como si la isla misma vibrara, conectando a personas de los rincones más dispares del planeta a través de una fuerza invisible pero poderosa. Esa energía peculiar que

caracterizaba a Ibiza parecía revitalizar a todos los que la experimentaban, llenándolos por dentro de una euforia inexplicable.

Ana y Samuel, ajenos al tumulto que los rodeaba, seguían inmersos en su conversación, desenterrando penas antiguas y compartiendo confidencias. Sus voces se perdían en el ruido de la fiesta, pero el vínculo que estaban forjando era tan fuerte como la energía que hacía vibrar a la isla.

Capítulo 11: 1911, Rosa y Bartomeu

Rosa Salazar se encontraba sentada a la sombra de un frondoso almendro en un rincón apartado de la finca familiar. Sus delicadas manos sostenían un libro de romances, pero su mirada se desviaba con frecuencia hacia las salinas que se extendían más allá. Observaba cómo los trabajadores se afanaban bajo el sol abrasador, sus cuerpos brillantes de sudor mientras manipulaban las herramientas con destreza. El capataz, un hombre robusto de voz potente, gritaba órdenes y coordinaba las tareas con gestos enérgicos.

El murmullo constante del trabajo se mezclaba con el susurro de las hojas del almendro, creando una sinfonía peculiar que arrullaba a Rosa en su lectura. De repente, un alboroto rompió la paz del momento. Los perros de la finca comenzaron a ladrar con furia, y Rosa alzó la vista para ver qué los había alterado.

Un niño de no más de diez años se acercaba por el camino de entrada, sus pasos vacilantes ante el recibimiento hostil de los canes. Rosa se incorporó con gracia y se apresuró hacia los perros.

—¡Quietos! ¡Silencio! —ordenó con voz firme pero dulce.

Los animales obedecieron al instante, retrocediendo con las orejas gachas. El niño, aliviado, continuó su camino hasta llegar frente a Rosa. Sus ojos brillaban con una mezcla de nerviosismo y determinación.

—¿Es usted la señorita Rosa Salazar? —preguntó con voz temblorosa.

Rosa asintió con una sonrisa amable. El niño metió la mano en el bolsillo de su pantalón raído y extrajo un papel doblado con esmero.

—Me pidieron que le entregara esto —dijo, extendiendo la nota hacia ella.

Con el corazón acelerado, Rosa tomó el papel. Lo desdobló con cuidado. Sus ojos recorrieron las líneas escritas apresuradamente, y un rubor tiñó sus mejillas al ver que era un mensaje de Bartomeu: quería verla al día siguiente en secreto en el molino de aceite cercano a la finca.

Una mezcla de emociones invadió a Rosa. La emoción de volver a ver a Bartomeu se entrelazaba con el nerviosismo de hacer algo prohibido, de actuar a escondidas. Su mente ya comenzaba a urdir excusas para escaparse al día siguiente, mientras su corazón latía con fuerza ante la perspectiva del encuentro secreto.

Rosa dejó caer el libro en un lateral del almendro y le pidió al niño que la esperase. Con pasos ligeros, se dirigió al interior de la casa. Al cabo de unos minutos, regresó con un vaso de cerámica rebosante de agua fresca y un generoso trozo de pastel recién horneado de la cocinera.

—Toma, pequeño —ofreció Rosa con una sonrisa cálida—. Debes estar sediento y hambriento.

El niño aceptó el regalo con ojos brillantes de gratitud. Justo cuando iba a dar el primer sorbo, Don Rodrigo apareció en la entrada de la finca. Su mirada inquisitiva se posó sobre el joven desconocido.

—¿Quién es este muchacho, Rosa? —preguntó con voz grave.

Rosa, sin perder la compostura, respondió con naturalidad:

—Es un niño que pasaba por aquí, padre. Con este calor sofocante, me pareció apropiado ofrecerle un poco de agua y algo que comer para el camino.

El niño, nervioso ante la presencia imponente de Don Rodrigo, bebió el agua con avidez y aferró el trozo de pastel contra su pecho.

—Mu-muchas gracias, señorita —balbuceó, antes de alejarse con paso apresurado.

Don Rodrigo observó la escena con una mezcla de desaprobación y ternura en su mirada.

—Rosa, hija mía —comenzó, con un tono que mezclaba afecto y reproche—, no puedes ir dando comida a cualquier niño que pase por la finca. Si tu madre te viera, seguro que se enfadaría.

Hizo una pausa, suavizando su expresión.

—Eres una buena niña, quizás demasiado buena.

Rosa esbozó una sonrisa tímida ante las palabras de su padre, pero sus pensamientos ya vagaban lejos de allí. La nota de Bartomeu ardía en su bolsillo, y su mente no podía apartarse de la promesa de un encuentro secreto. Mientras Don Rodrigo se alejaba, Rosa permaneció inmóvil, el corazón le palpitaba con fuerza ante la perspectiva de ver a Bartomeu al día siguiente.

* * *

El sol apenas se alzaba sobre el horizonte cuando Rosa emprendió su camino hacia el molino de aceite. La brisa matutina acariciaba su rostro, pero no lograba calmar el torbellino de emociones que agitaba su corazón. Había pasado la noche en vela, imaginando mil veces el encuentro con Bartomeu, y ahora que el momento se acercaba, sentía que le faltaba el aire.

Sus pasos ligeros la llevaban por el sendero polvoriento, alejándola de la seguridad de la finca familiar. El recuerdo de la mentira que había dicho a sus padres pesaba en su conciencia, pero no lo suficiente como para hacerla dar media vuelta. La imagen de Bartomeu, su sonrisa cálida y sus ojos chispeantes, la impulsaban hacia adelante con una fuerza irresistible.

A medida que avanzaba, el molino de aceite fue tomando forma en la distancia. Sus muros de piedra, curtidos por el tiempo y el sol, se alzaban imponentes contra el cielo azul. Rosa sentía cómo el sudor le caía por la frente y humedecía su vestido, pero no sabía si era por el calor que ya comenzaba a apretar o por la anticipación que le oprimía el pecho.

Cuando por fin divisó la figura de Bartomeu junto a la entrada del molino, el corazón de Rosa dio un vuelco. Allí estaba él, apoyado con

despreocupada elegancia contra el marco de la puerta, una espiga de trigo entre los labios a modo de improvisado cigarrillo. Su sonrisa, amplia y luminosa, pareció iluminar todo el lugar.

Rosa sintió que las piernas le temblaban al acercarse. La belleza de Bartomeu la golpeó con fuerza renovada: su pelo oscuro revuelto por la brisa, sus ojos chispeantes de alegría al verla, la forma en que su camisa se ajustaba a sus hombros anchos. Era una visión que le robaba el aliento.

Alrededor de ellos, la vida en el molino seguía su curso. Un grupo de hombres descargaba pesados sacos de aceitunas de una carreta, sus músculos tensándose bajo el esfuerzo. Otros trabajadores los ayudaban a transportar la carga al interior del edificio, donde el aroma a aceite y el sonido de la maquinaria ya comenzaban a inundar el ambiente.

El encuentro secreto entre Rosa y Bartomeu en el molino transcurrió como un sueño para ambos. Bartomeu había preparado una cesta con vino, gaseosa, embutidos y pan, anticipando un momento íntimo y especial. Bajo la sombra de unos árboles cercanos al molino, compartieron un segundo desayuno que se convirtió en un almuerzo temprano, disfrutando de la comida y la compañía mutua.

La conversación fluyó con naturalidad, saltando de tema en tema con la facilidad propia de dos almas que se reconocen. Hablaron de sus sueños, compartiendo aspiraciones y anhelos que nunca antes habían expresado en voz alta. También confiaron sus miedos más profundos, encontrando consuelo y comprensión en los ojos del otro.

Pero fueron los besos los que marcaron el ritmo de aquel encuentro. Horas pasaron mientras sus labios se encontraban una y otra vez, explorando sensaciones nuevas y emocionantes. Rosa sentía cómo cada caricia de Bartomeu despertaba en ella sensaciones desconocidas, cosquillas que recorrían su cuerpo de arriba abajo, alcanzando rincones que jamás había experimentado antes.

El tiempo pareció detenerse en aquel rincón apartado del mundo, pero el sol en lo alto del cielo les recordó que debían volver a la

realidad. Con el corazón pesado pero lleno de alegría, iniciaron el camino de regreso.

Bartomeu acompañó a Rosa durante un buen tramo, prolongando cada segundo que podían pasar juntos. Cuando se acercaron a la finca de los Salazar, se despidieron con un pequeño beso, dulce y cargado de promesas.

Rosa caminó el resto del camino en un estado de ensoñación. El recuerdo del beso de despedida aún cosquilleaba en sus labios cuando llegó a la puerta de su casa. Suspirando, se dio cuenta de que ese día había sido el segundo mejor de toda su vida, superado solo por aquel día de feria en que se habían conocido.

* * *

Los encuentros clandestinos entre Rosa y Bartomeu se volvieron cada vez más frecuentes, alimentando una pasión que crecía con cada mirada furtiva y cada caricia robada. Al principio, el pequeño del pueblo actuaba como su mensajero secreto, llevando notas cuidadosamente dobladas de un lado a otro. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que necesitaban un método más discreto para evitar levantar sospechas.

Fue Bartomeu quien propuso la idea del olivo viejo. En la linde de la finca de los Salazar, un árbol centenario se alzaba majestuoso, sus ramas retorcidas ofreciendo el escondite perfecto. Rosa aceptó la sugerencia con entusiasmo, y así comenzó su nuevo ritual.

Cada dos o tres días, Rosa se escabullía hasta el olivo, el pulso le retumbaba en el pecho con fuerza mientras buscaba entre las raíces nudosas el mensaje de Bartomeu. Con dedos temblorosos, desplegaba el papel y devoraba las palabras de amor escritas con tinta azul. Luego, con cuidado, dejaba su propia nota, sellada con un beso y perfumada con la esencia de jazmín que siempre llevaba.

Bartomeu, por su parte, esperaba ansioso el momento de acercarse al árbol. Cada vez que encontraba una nota de Rosa, sentía que el mundo se iluminaba. Leía sus palabras una y otra vez, memorizando

cada trazo de su elegante caligrafía. Luego, bajo la luz de una vela, componía su respuesta, vertiendo en el papel todos los sentimientos que no podía expresar en voz alta.

Este intercambio de mensajes se convirtió en el hilo invisible que los mantenía unidos entre encuentros. A través de las palabras escritas, Rosa y Bartomeu compartían sus sueños, sus miedos y sus esperanzas. El olivo viejo se transformó en el guardián silencioso de su amor prohibido, testigo mudo de una historia que se escribía con cada nota escondida entre sus raíces.

Rosa y Bartomeu continuaron encontrándose en el molino de aceite, aprovechando cada oportunidad que se les presentaba para estar juntos. Sin embargo, la joven Salazar pronto ideó un plan más audaz para ver a su amado con mayor frecuencia.

Un día, Rosa se acercó a su madre con una expresión de fingida preocupación en el rostro.

—Madre, desde la misa de la feria no puedo dejar de pensar en las palabras del párroco —dijo con voz suave—. Siento que necesito visitar la catedral de Dalt Vila para encontrar consuelo espiritual.

Doña Concha miró a su hija con una mezcla de sorpresa y orgullo. Aunque la idea de que Rosa visitara la ciudad con frecuencia no le agradaba del todo, no podía oponerse a un despertar religioso.

—Está bien, hija mía —respondió finalmente—. Puedes ir con alguna de las doncellas o los trabajadores cuando vayan a la ciudad para realizar mandados.

A partir de ese momento, Rosa comenzó a hacer viajes regulares a Dalt Vila. Acompañada por algún sirviente de confianza, llegaba hasta la imponente catedral de la Virgen de las Nieves. Con un gesto piadoso, entraba por la gran puerta de madera, solo para salir minutos después por una entrada lateral.

Una vez libre de miradas indiscretas, Rosa se apresuraba por las estrechas callejuelas empedradas de Dalt Vila, su corazón latiendo con fuerza ante la expectativa de ver a Bartomeu. Se encontraban

en lugares discretos: un rincón apartado de la plaza, la sombra de un árbol en un pequeño parque, o incluso en el umbral de una casa abandonada.

Durante esas horas robadas al tiempo, Rosa y Bartomeu compartían sus sueños, sus miedos y sus esperanzas. Hablaban de un futuro juntos, lejos de las rivalidades familiares y las expectativas sociales. A veces, simplemente paseaban en silencio, disfrutando de la presencia del otro y del aire cargado de sal marina.

Cuando llegaba el momento de separarse, Rosa regresaba a la catedral, donde la recogían los empleados de la finca para llevarla de vuelta a casa. Durante el trayecto, la joven mantenía una expresión serena y pensativa, como si estuviera reflexionando sobre profundas cuestiones espirituales.

Una de esas tardes, Rosa y Bartomeu acababan de encontrarse en un lateral de la catedral, sus corazones latiendo al unísono por la emoción del reencuentro. Bartomeu, con una sonrisa traviesa en los labios, se inclinó hacia Rosa y susurró:

—Tengo una idea. Quiero enseñarte un sitio nuevo que he descubierto.

Los ojos de Rosa se iluminaron con curiosidad y emoción. Sin dudarlo un instante, asintió con entusiasmo.

Tomados de la mano, los jóvenes amantes corrieron por las estrechas callejuelas de Dalt Vila, sus risas resonando entre los muros de piedra. El viento jugaba con el cabello de Rosa mientras Bartomeu la guiaba con seguridad por el laberinto de calles.

Finalmente, se detuvieron frente a un pequeño local. Rosa leyó el letrero con curiosidad: "Estudio fotográfico". Nunca había visto un sitio así.

—¿Qué es esto? —preguntó, intrigada.

Bartomeu sonrió, orgulloso de su sorpresa.

—Quiero regalarte unas fotos —explicó—. Para que siempre tengas un recuerdo de nosotros.

Entraron al estudio, donde un fotógrafo los recibió con amabilidad. Rosa observaba maravillada el equipo y los fondos decorativos. El fotógrafo los posicionó frente a un telón pintado con un paisaje bucólico.

Lo que siguió fue un torbellino de risas y poses. Rosa y Bartomeu se comportaban como niños, haciendo muecas, abrazándose y mirándose con adoración mientras el fotógrafo capturaba cada momento. El estudio se llenó de la energía y la alegría de su amor joven.

Cuando terminaron la sesión, Bartomeu tomó la mano de Rosa nuevamente.

—Ahora, mientras esperamos que revelen las fotografías, te invito a merendar —propuso.

La llevó a una pequeña pastelería cercana, un lugar acogedor con el aroma dulce de los pasteles recién horneados flotando en el aire. Sentados en una mesa junto a la ventana, compartieron un trozo de tarta y una taza de chocolate caliente, sus dedos entrelazados sobre el mantel de encaje.

Unas horas más tarde, Rosa se encontraba tumbada en su cama en la finca de los Salazar. Ya hacía rato que había vuelto con los empleados y se sentía como en una nube. No podía parar de mirar la fotografía de ella junto a su Bartomeu. Al lado de la imagen, reposaba su muñeco, el pequeño Bartomeu. Se sentía la chica más feliz del mundo.

Con dedos temblorosos, Rosa acariciaba el borde de la fotografía, reviviendo cada instante de aquella tarde mágica. La luz del atardecer se filtraba por la ventana, bañando la habitación en tonos dorados que parecían reflejar la calidez que sentía en su corazón.

En la imagen, Bartomeu la miraba con una mezcla de adoración y picardía, su brazo rodeando protectoramente la cintura de Rosa. Ella,

por su parte, sonreía radiante, con un brillo en los ojos que capturaba perfectamente la alegría y el amor que sentía en ese momento.

Rosa giró sobre la cama, abrazando la fotografía contra su pecho. Cerró los ojos, permitiendo que los recuerdos de la tarde la envolvieran. El aroma a chocolate caliente, la risa compartida, la sensación de los dedos de Bartomeu entrelazados con los suyos... Todo parecía tan vivido, tan real, que casi podía sentir el calor de su presencia.

Abrió los ojos y miró al pequeño Bartomeu, el muñeco que había ganado el día que se conocieron. Lo tomó entre sus manos, acariciando su rostro de cartón con ternura.

—Oh, pequeño Bartomeu —susurró—, si supieras cuánto ha cambiado todo desde aquel día en la feria.

Rosa dejó escapar un suspiro de felicidad. En ese momento, tumbada en su cama con la fotografía y el muñeco como únicos testigos de su dicha, se sentía invencible. El mundo exterior, con sus reglas y expectativas, parecía lejano e insignificante.

Unos kilómetros más alejado de allí, Bartomeu mientras tanto se encontraba dando un paseo por los viñedos de su familia. El sol del atardecer bañaba las hileras de vides con una luz dorada, creando un escenario casi mágico. El joven Montalbán caminaba con paso lento, disfrutando de la brisa que acariciaba su rostro y traía consigo el aroma dulce de las uvas maduras.

Con un gesto casi inconsciente, Bartomeu volvió a sacar la fotografía de Rosa de su bolsillo del pantalón. La imagen capturada ese mismo día unas horas antes en el estudio fotográfico de Dalt Vila, parecía cobrar vida bajo la luz del crepúsculo. Los ojos de Rosa brillaban con una intensidad que le robaba el aliento, y su sonrisa... esa sonrisa que iluminaba su mundo entero.

Bartomeu no pudo evitar sonreír, sintiendo cómo su corazón se hinchaba de felicidad. En ese momento, rodeado por la belleza de

los viñedos familiares y con la imagen de su amada en las manos, se sentía el chico más afortunado de la tierra.

Sin embargo, en lo más profundo de su ser, una pequeña sombra de inquietud se agitaba. Bartomeu era un joven realista, y aunque intentaba apartarlos, los miedos sobre el futuro se colaban en sus pensamientos. Sabía que lo único que deseaba en el mundo era casarse con Rosa —una decisión que había tomado esa misma tarde mientras disfrutaban de su día en Dalt Vila—, pero también era dolorosamente consciente de las consecuencias y complicaciones que ello acarrearía.

Sus familias, los Montalbán y los Salazar, llevaban generaciones enfrentadas. La idea de una unión entre ambas casas era impensable, un sueño imposible que se enfrentaría a la férrea oposición de ambos bandos. Bartomeu podía imaginar la furia en los ojos de su padre, la decepción en el rostro de su madre, el escándalo que sacudiría a toda la sociedad ibicenca.

Pero por el momento, el joven Montalbán prefería concentrarse en vivir el presente. Cerró los ojos, evocando cada detalle de la tarde compartida con Rosa: el sabor dulce del chocolate, la suavidad de su mano entre las suyas, el sonido melodioso de su risa.

* * *

Era una de esas tardes en las que la mayoría estaban fuera de la casa ocupados con tareas repartidas por la finca de los Salazar, y Francisca, con su habitual entusiasmo por lo adulto, se escabulló hacia la habitación de su hermana Rosa. El silencio reinaba en la casa, perfecto para sus planes.

Con pasos sigilosos, Francisca entró en el cuarto de Rosa. Sus ojos brillaron al ver el armario repleto de vestidos elegantes y accesorios sofisticados. Sin perder tiempo, comenzó a probarse las prendas de su hermana mayor, deleitándose con la sensación de madurez que le proporcionaban.

Frente al espejo, Francisca se colocó un collar de perlas y se irguió, imitando la postura altiva que había visto en su madre. En su mente, ya no era la joven Francisca, sino la señora de la finca, impartiendo órdenes a los trabajadores y supervisando cada detalle de la propiedad.

—Tú, ve a revisar las salinas —murmuró, señalando a un trabajador imaginario—. Y tú, asegúrate de que los caballos estén bien cepillados para la visita del gobernador.

Mientras jugaba a ser la dueña y señora de todo cuanto la rodeaba, Francisca notó un baúl en un rincón de la habitación. La curiosidad pudo más que ella, y con cuidado, levantó la tapa.

Sus ojos se abrieron de par en par al descubrir el contenido. Vestidos que no recordaba haber visto puestos a su hermana y allí, cuidadosamente guardado entre ellos, estaba un muñeco de cartón con un traje tradicional ibicenco. Junto a él, un puñado de fotografías que mostraban a Rosa con un joven apuesto que Francisca no reconocía.

—¿Quién es este? —susurró para sí misma, examinando las imágenes con atención.

La sorpresa dio paso a la fascinación. Su hermana, siempre tan recatada y obediente, tenía un secreto. Y no cualquier secreto, sino uno que involucraba a un muchacho desconocido.

Francisca no podía creer lo que veía. La Rosa de las fotografías sonreía con una libertad y una alegría que rara vez mostraba en casa. Era como si fuera otra persona completamente distinta.

Francisca observó la figura de cartón del muñeco durante unos momentos, considerando las implicaciones de sus próximas acciones. Con un veloz ademán, la cogió entre sus manos y la ocultó bajo su falda.

Una vez en su propio cuarto, Francisca escondió la figurita en su ropero, cubriéndola con varias capas de prendas. Una amalgama de

remordimiento y entusiasmo la invadía, pero intentó justificar su proceder pensando en el empleo que le daría.

Esa misma tarde, la calma de la hacienda se vería perturbada por la llegada de la tía Eulalia y sus tres vástagos menores. Francisca reprimió un suspiro de exasperación, imaginándose ya a los pequeños correteando y vociferando como era habitual mientras su progenitora conversaba animosamente con Doña Concha; a ella le correspondería entretenerlos. Su plan era que los chiquillos se distrajeran con el muñeco y la dejaran a ella tranquila.

Unas horas después, Doña Concha conversaba animadamente con la tía Eulalia en el salón principal de la finca Salazar. Sus risas y el tintineo de las tazas de té llenaban la estancia, creando una atmósfera de aparente normalidad.

Rosa, que había estado leyendo en el jardín, entró para saludar a su tía. Después de intercambiar los habituales besos y cumplidos, se dirigió hacia la cocina, atraída por los gritos de sus pequeños primos que resonaban por toda la casa.

Al abrir la puerta de la cocina, Rosa sintió que el corazón se le detenía. En el centro de la mesa de madera, yacía su pequeño Bartomeu, el muñeco de cartón que tanto atesoraba. Estaba tirado entre platos y cubiertos, con manchas de chocolate salpicando su traje tradicional ibicenco. Sus primos, con las caras y manos también embadurnadas de chocolate, correteaban alrededor de la mesa, ajenos al horror que se reflejaba en el rostro de Rosa.

La cocinera, con el delantal manchado y el cabello revuelto, parecía al borde de un colapso nervioso. Intentaba, sin éxito, controlar a los pequeños diablos que habían convertido su cocina en un campo de batalla.

Rosa permaneció inmóvil en el umbral de la puerta, incapaz de procesar la escena ante ella. Su tesoro más preciado, el símbolo de su amor secreto por Bartomeu, estaba allí, expuesto y mancillado. Sintió que las lágrimas comenzaban a acumularse en sus ojos, mientras una mezcla de rabia y dolor le oprimía el pecho.

Rosa sintió que la sangre le hervía en las venas. Sus ojos, llenos de lágrimas de rabia, se clavaron en el muñeco manchado de chocolate y luego en su hermana.

—¿Qué hace mi pequeño Bartomeu ahí encima? —gritó, su voz temblando de furia—. ¡Francisca! ¿Has sido tú? ¿Has estado rebuscando otra vez entre mis cosas?

Francisca, con el rostro enrojecido por el esfuerzo de controlar a sus primos y la irritación acumulada, se volvió hacia su hermana. Sus ojos brillaban con una mezcla de desafío y cansancio.

—¿Y qué si lo he hecho? —espetó, cogiendo el muñeco de la mesa —. ¡A mí no me grites por un estúpido muñeco! Seguro que te lo ha regalado ese amorcito secreto que tienes.

Las palabras de Francisca cayeron como un rayo sobre Rosa. El pánico se mezcló con la ira en su interior al ver su secreto expuesto tan crudamente. Sin pensarlo dos veces, se abalanzó contra su hermana, las manos extendidas para arrebatarle el muñeco.

Pero Francisca, anticipando la reacción de Rosa, fue más rápida. Con un movimiento ágil, esquivó a su hermana y levantó el muñeco por encima de su cabeza, manteniéndolo fuera del alcance de Rosa.

—¡Dámelo! —gritó Rosa, saltando para intentar alcanzar su preciado tesoro—. ¡No tienes derecho a tocarlo!

Francisca retrocedió, manteniendo el muñeco en alto. Sus ojos brillaban con una mezcla de triunfo y malicia.

—¿Por qué es tan importante para ti, hermanita? —se burló—. ¿Acaso es lo único que tienes de tu amor prohibido?

Rosa sintió que el odio la consumía. Cada palabra de Francisca era como un puñal que se clavaba en su corazón, exponiendo sus secretos más íntimos. Con un grito de frustración, volvió a lanzarse contra su hermana, decidida a recuperar el muñeco a cualquier costo.

Francisca, con el muñeco aún en alto, miró a su hermana con una mezcla de desprecio y lástima.

—¿Sabes qué, Rosa? No entiendo por qué nuestros padres siempre piensan que tú eres la más adulta y responsable de sus hijas —escupió las palabras con amargura—. Está claro que eres una niñata que aún juega con muñecos. Me das pena.

Rosa la miró horrorizada, incapaz de creer lo que estaba escuchando. Antes de que pudiera reaccionar, Francisca se dirigió hacia la pila de la cocina, llena de agua sucia de los platos.

—¡No! —gritó Rosa, pero ya era demasiado tarde.

Con un gesto rápido y cruel, Francisca lanzó el pequeño Bartomeu al agua. El muñeco se hundió lentamente, sus colores desteñidos por el líquido grasiento.

La cocinera, alarmada por la escena, alzó la voz.

—¡Niñas, dejen de pelearse! ¡Eso no son formas!

Pero Rosa ya no la escuchaba. Con un grito ahogado, se lanzó hacia la pila, metiendo las manos en el agua sucia para rescatar a su preciado muñeco. Francisca, satisfecha con su venganza, salió de la cocina sin mirar atrás.

Rosa sacó al pequeño Bartomeu del agua, sus manos temblando. El muñeco estaba empapado, sus colores desvaídos y su forma ligeramente deformada por la humedad. Con lágrimas en los ojos, Rosa intentó secarlo con un trapo de cocina, frotando suavemente para no dañarlo más.

—Mi pequeño Bartomeu —susurró entre sollozos—, lo siento tanto.

La cocinera y los niños pequeños habían dejado sus ocupaciones, mirando a Rosa con una mezcla de confusión y preocupación. El silencio en la cocina solo era interrumpido por los suaves sollozos de Rosa y el goteo del agua que caía del muñeco al suelo.

* * *

Los días transcurrieron lentamente para Rosa desde aquel fatídico incidente en la cocina. El enfado inicial se había diluido, dejando tras de sí una mezcla de tristeza y determinación. El pequeño Bartomeu, aunque maltrecho y descolorido, seguía ocupando un lugar privilegiado en su corazón. Las manchas y desperfectos eran ahora cicatrices que Rosa acariciaba con ternura, recordándole la fragilidad de su amor secreto.

Cada noche, antes de acostarse, Rosa abría el baúl con cuidado y sacaba el muñeco. Lo contemplaba a la luz de la vela, repasando con sus dedos los contornos familiares, ahora deformados por el agua. Luego, con un suspiro, lo devolvía a su escondite y cerraba el baúl con llave. Ya no confiaba en dejar sus tesoros al alcance de manos indiscretas.

Pero esa mañana, los pensamientos de Rosa volaban lejos del muñeco y de su hermana. Su corazón latía con fuerza ante la perspectiva del encuentro que había planeado con Bartomeu. Durante semanas, habían intercambiado notas furtivas, trazando los detalles de una cita más íntima de lo habitual en las estrechas calles de Dalt Vila.

Rosa se miró al espejo, alisando los pliegues de su vestido con manos temblorosas. Había elegido cuidadosamente cada detalle de su atuendo, desde la cinta que adornaba su cabello hasta los pequeños pendientes que brillaban en sus orejas. Quería estar perfecta para Bartomeu.

Con un último vistazo al baúl cerrado, Rosa salió de su habitación. Su corazón latía con una mezcla de emoción y nerviosismo mientras se dirigía hacia la puerta principal de la casa. Cada paso la acercaba más a Bartomeu, a ese momento que habían anhelado durante tanto tiempo.

Los nervios consumían a Bartomeu mientras esperaba detrás de la Catedral de la Virgen de las Nieves. Sus ojos verdes escudriñaban ansiosamente cada sombra, cada movimiento, en busca de Rosa. El

joven se pasó una mano temblorosa por el cabello castaño, intentando calmar su agitación.

Los últimos días habían sido un torbellino de emociones para ambos. Bartomeu sentía que ya era hora de dar el siguiente paso en su relación, de explorar esa intimidad que tanto anhelaba. Había planeado todo meticulosamente, alquilando una habitación discreta cerca de la catedral. Sin embargo, el temor a presionar a Rosa lo atormentaba.

Por su parte, Rosa caminaba por las sinuosas calles de Dalt Vila, sentía su corazón bombear con fuerza contra su pecho. Aunque los remordimientos la asaltaban de vez en cuando, no podía negar el deseo que ardía en su interior. Quería descubrir y experimentar junto a Bartomeu, entregarse por completo a ese amor que los consumía a ambos.

La joven se detuvo un momento, apoyándose contra una pared de piedra. Cerró los ojos, respirando profundamente para calmar sus nervios. En su mente, las advertencias de su madre sobre el decoro y la virtud luchaban contra el anhelo de su corazón. Pero Rosa ya había tomado su decisión.

Mientras tanto, Bartomeu repasaba mentalmente cada detalle de su plan. La habitación estaba preparada, con sábanas limpias y una botella de vino para calmar los nervios. Había incluso conseguido algunas flores para darle un toque romántico al lugar. Todo estaba listo, solo faltaba Rosa.

El sonido de pasos ligeros sobre los adoquines alertó a Bartomeu. Su corazón dio un vuelco cuando vio la silueta de Rosa aparecer en la penumbra. Allí estaba ella, hermosa y etérea como siempre, con sus ojos verdes brillando de emoción y nerviosismo.

—Rosa —susurró Bartomeu, extendiendo su mano hacia ella.

Rosa y Bartomeu entraron en la modesta habitación, sus manos entrelazadas y sus corazones latiendo al unísono. La puerta se cerró tras ellos con un suave ruido, aislándolos del mundo exterior y sus

prejuicios. Por un momento, se miraron en silencio, conscientes de la importancia de lo que estaba a punto de suceder. El aire parecía cargado de electricidad, y el tiempo pareció detenerse en ese instante.

Bartomeu dio el primer paso, acercándose a Rosa con ternura. Sus labios se encontraron en un beso tímido que pronto se volvió más apasionado, como si hubieran estado esperando este momento durante toda su vida. Las manos de ambos exploraban con cautela, descubriendo nuevas sensaciones que les provocaban escalofríos de placer.

Poco a poco, las prendas fueron cayendo al suelo, formando un camino desde la puerta hasta la cama. Rosa sintió un escalofrío recorrer su cuerpo desnudo, mezcla de excitación y nerviosismo. La piel de gallina cubrió sus brazos y su espalda, mientras que un rubor intenso teñía sus mejillas. Bartomeu la guio hacia la cama, sus movimientos torpes revelando su inexperiencia, pero también su deseo de hacerla sentir amada.

El primer intento fue incómodo y doloroso para Rosa. Ella se tensó, su cuerpo reaccionando instintivamente ante la intrusión desconocida. Bartomeu se detuvo de inmediato, preocupado por el bienestar de su amada.

—¿Estás bien? —susurró él, acariciando su mejilla con una ternura que contrastaba con la pasión de momentos antes.

Rosa asintió, aunque sus ojos revelaban su incomodidad. Una mezcla de determinación y amor brillaba en su mirada verde. —Solo... vayamos más despacio —respondió ella, su voz apenas un susurro en la quietud de la habitación.

Retomaron los besos y las caricias, permitiendo que sus cuerpos se relajaran y se adaptaran el uno al otro. Bartomeu recordó los consejos de sus amigos, tratando de aplicarlos con delicadeza, consciente de la confianza que Rosa había depositado en él. Rosa, por su parte, se esforzaba por superar el dolor inicial,

concentrándose en las sensaciones placenteras que comenzaban a surgir.

Tras varios intentos y mucha paciencia, finalmente lograron unirse. El dolor dio paso al placer, y ambos se dejaron llevar por las nuevas sensaciones que los envolvían. Sus cuerpos se movían en sincronía, descubriendo un ritmo propio que parecía tan natural como el vaivén de las olas en la costa ibicenca.

Para Rosa, cada momento era precioso, un tesoro que atesoraría para siempre. Grababa en su memoria cada sensación, cada susurro, cada caricia. El aroma de Bartomeu, una mezcla de sal marina y hierbas silvestres, la envolvía por completo. Sabía que estos recuerdos la acompañarían en los días venideros, cuando la realidad de la finca Salazar volviera a separarlos, un faro de esperanza en medio de la tormenta que se avecinaba.

Finalmente, exhaustos y satisfechos, se tumbaron uno junto al otro. Bartomeu respiraba pesadamente, su pecho subiendo y bajando con cada inhalación, como las olas del mar en una noche tranquila. Rosa se acurrucó a su lado, acariciando suavemente su cabello húmedo, enredando sus dedos en los rizos castaños. Una sonrisa de felicidad iluminaba su rostro mientras disfrutaba de estos últimos momentos juntos, consciente de que pronto tendrían que enfrentarse al mundo exterior y sus expectativas. Pero por ahora, en la intimidad de esa habitación, eran solo ellos dos, unidos por un amor que desafiaba a sus respectivas familias.

* * *

El resplandor dorado del ocaso penetraba por los amplios ventanales del majestuoso salón del caserío Montalbán, inundando la habitación con una cálida luz que contrastaba con la tensa atmósfera reinante.

Don Enrique ocupaba la cabecera de la mesa, su rostro habitualmente afable ahora ensombrecido por una expresión seria y preocupada. A su derecha, Doña María mantenía la compostura, pero sus ojos inquietos delataban la importancia de lo que estaban a

punto de revelar. Bartomeu, sentado frente a su madre, notaba la tensión en el aire y no podía evitar sentir un nudo en el estómago.

El tintineo de los cubiertos contra la porcelana era el único sonido que rompía el incómodo silencio. Catalina y Miquel intercambiaban miradas de soslayo, conscientes de que algo importante estaba a punto de suceder.

—Bartomeu —comenzó Don Enrique, su voz quebrando el silencio como un trueno lejano—, tu madre y yo tenemos algo importante que comunicarte.

Bartomeu dejó el tenedor sobre el plato, su apetito desvanecido ante la gravedad en la voz de su padre. Doña María tomó un sorbo de vino, como buscando fuerzas para lo que estaba por venir.

—Hemos tomado una decisión que consideramos lo mejor para ti y para el futuro de nuestra familia —continuó Don Enrique, evitando la mirada directa de su hijo—. Te enviaremos a Barcelona.

El corazón de Bartomeu dio un vuelco. Sus pensamientos volaron inmediatamente hacia Rosa, y el terror de ser separado de ella le heló la sangre.

—Pero eso no es todo —intervino Doña María, su voz firme, pero con un deje de emoción contenida—. Hemos llegado a un acuerdo con la familia Ortiz. Te casarás con su hija.

El silencio que siguió a estas palabras fue ensordecedor. Bartomeu sentía como si el mundo se hubiera detenido, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar. La familia Ortiz, propietarios de una de las compañías de cava más importantes de la península, era conocida por su poder e influencia.

—Es una oportunidad única, hijo —añadió Don Enrique, intentando suavizar el golpe—. Los Ortiz son una familia respetada y su alianza nos beneficiará enormemente.

Bartomeu se puso de pie de un salto, su silla cayendo al suelo con un estruendo que resonó en el salón.

—¡No! —exclamó, su voz temblando de emoción—. No me casaré con nadie que no sea Rosa Salazar.

El silencio que siguió a su declaración fue tan denso que podría haberse cortado con un cuchillo. Don Enrique palideció, mientras que el rostro de Doña María se tornó de un rojo intenso.

—¿Rosa Salazar? —siseó Doña María, sus ojos lanzando chispas—. ¿La hija de esos... esos salineros?

Bartomeu alzó la barbilla, desafiante.

—La amo, madre. Y ella me ama a mí.

Don Enrique se pasó una mano por el rostro, visiblemente agotado y levantándose se acercó a su hijo. Miquel y Catalina ya no comían y solo observaban eclipsados la escena.

—Hijo, no sabes lo que dices. Esto es una locura.

Pero Doña María no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente. También se levantó, imponente, sus manos apoyadas sobre la mesa.

—Escúchame bien, Bartomeu —dijo, cada palabra cargada de veneno—. Jamás, y repito, jamás permitiré que te cases con una Salazar. Antes preferiría verte muerto.

Catalina ahogó un grito, mientras Miquel observaba la escena con una mezcla de asombro y admiración hacia su hermano menor.

—No pueden obligarme —respondió Bartomeu, aunque su voz flaqueó ligeramente ante la furia de su madre.

—Oh, claro que podemos —replicó Doña María—. Eres nuestro hijo, y harás lo que se te ordene. Este matrimonio con los Ortiz es crucial para nuestra familia. No permitiré que tus caprichos juveniles lo arruinen todo.

Don Enrique intentó intervenir, buscando calmar los ánimos.

—Bartomeu, hijo, entiende que esto es por el bien de todos. Los Ortiz nos ofrecen una oportunidad única de expandir nuestro

negocio, de asegurar nuestro futuro.

Pero Bartomeu no cedía. Con ojos húmedos, miró a sus padres.

—Mi corazón pertenece a Rosa. Ninguna expansión, ningún negocio vale más que eso.

La mano de Don Enrique se alzó en el aire, cortando la discusión como un látigo. El sonido de la bofetada resonó en el salón, dejando a todos los presentes paralizados. Bartomeu, con los ojos abiertos de par en par, se llevó la mano a la mejilla enrojecida, incapaz de creer lo que acababa de suceder.

—¡Insolente! —rugió Don Enrique, su rostro deformado por la ira—. ¿Cómo te atreves a hablarnos así a tu madre y a mí?

Doña María observaba la escena con una mezcla de satisfacción, mientras Catalina ahogaba un sollozo y Miquel apretaba los puños bajo la mesa.

Bartomeu, aún aturdido por el golpe, no pudo articular palabra. La marca de los dedos de su padre comenzaba a dibujarse en su mejilla, un doloroso recordatorio de la autoridad paterna.

—¡A tu cuarto! —bramó Don Enrique, señalando hacia las escaleras —. ¡Y no saldrás hasta que aprendas a comportarte como un verdadero Montalbán!

El joven, con el orgullo herido y el corazón destrozado, lanzó una última mirada desafiante a sus padres antes de dar media vuelta y dirigirse a las escaleras. Sus pasos resonaron en el silencio sepulcral que había caído sobre el comedor.

—Y mañana tampoco bajes a desayunar —añadió Don Enrique, su voz aún temblando de rabia—. Quizás el hambre te haga entrar en razón.

Bartomeu subió los escalones de dos en dos, conteniendo las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Al llegar a su habitación, cerró la puerta de un portazo que hizo temblar los cuadros de las paredes.

Abajo, en el comedor, la familia permanecía en un silencio incómodo. Don Enrique se dejó caer pesadamente en su silla, pasándose una mano temblorosa por el rostro.

—Enrique... —comenzó Doña María, pero su esposo la interrumpió con un gesto brusco.

—No digas nada, María —murmuró, su voz cargada de cansancio—. Se que hacemos lo correcto.

Bartomeu se dejó caer en la cama, su cuerpo temblando por la mezcla de emociones que lo embargaban. La rabia, el dolor y la frustración se arremolinaban en su interior como una tormenta desatada. Sus ojos se clavaron en el techo, buscando respuestas que sabía que no encontraría allí.

El eco de las palabras de sus padres resonaba en su mente, mezclándose con el ardor que aún sentía en la mejilla. Jamás había visto a su padre tan furioso, tan dispuesto a usar la violencia contra él. Y su madre... la frialdad en su mirada le había helado la sangre.

Se levantó de un salto y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, como un animal enjaulado. Sus pensamientos volaban hacia Rosa, hacia su sonrisa cálida y sus ojos llenos de amor. ¿Cómo podían sus padres pedirle que renunciara a algo tan puro, tan verdadero?

El matrimonio arreglado con la hija de los Ortiz se le antojaba como una sentencia de muerte. La idea de pasar el resto de su vida atado a una desconocida, mientras su corazón latía por otra, le provocaba náuseas.

Bartomeu se acercó a la ventana, observando el paisaje nocturno de los campos de Ibiza que rodeaban la finca de los Montalbán. En algún lugar, unos kilómetros más allá, Rosa estaría pensando en él. ¿Qué diría ella si supiera de los planes de sus padres? ¿Lucharía por su amor o se rendiría ante la presión familiar?

El joven apoyó la frente contra el cristal frío, cerrando los ojos. Su corazón latía con fuerza, como si quisiera escapar de su pecho y

volar hacia Rosa. A pesar de las amenazas, a pesar del futuro incierto que se cernía sobre ellos, el amor que sentía por ella seguía ardiendo con la misma intensidad.

* * *

Habían transcurrido varios días desde aquel encuentro íntimo entre Rosa Salazar y Bartomeu Montalbán en la pensión de Dalt Vila. Aquel momento, aunque significativo para ambos, no había resultado exactamente como lo habían imaginado. La inexperiencia y los nervios habían jugado su papel, dejando un sabor agridulce en sus recuerdos.

Rosa, con el corazón palpitante de esperanza, se dirigió aquella mañana hacia el viejo olivo que servía como buzón secreto para su correspondencia clandestina. Sus pasos ligeros resonaban en el camino de tierra, mientras sus ojos escudriñaban el horizonte en busca de alguna señal de Bartomeu.

Al llegar al árbol, sus dedos temblorosos recorrieron la corteza rugosa, buscando el hueco donde solían dejar sus mensajes. Pero esta vez, para su sorpresa y desconsuelo, no encontró nada. Ni una nota, ni una palabra de su amado.

La decepción cayó sobre ella como un manto pesado. Rosa se apoyó contra el tronco del olivo, sintiendo cómo la tristeza se apoderaba de su ser. Los pensamientos oscuros comenzaron a invadir su mente, sembrando dudas que hasta entonces no se había atrevido a considerar.

¿Y si Bartomeu ya no quería verla? ¿Y si aquella noche en la pensión había cambiado las cosas entre ellos? Quizás él se había dado cuenta de que su amor estaba destinado al fracaso, condenado por el odio entre sus familias.

Rosa cerró los ojos, intentando contener las lágrimas que amenazaban con brotar. El silencio del olivar parecía burlarse de sus esperanzas rotas, mientras el viento susurraba entre las hojas, ajeno a su dolor.

Rosa regresó a casa con el corazón pesado, sus pasos lentos y vacilantes mientras cruzaba el umbral de la mansión Salazar. El silencio que la recibió era denso, cargado de una tensión que parecía emanar de las mismas paredes.

Al entrar en el salón, se encontró con la mirada severa de su madre, Doña Concha, quien la esperaba sentada en su sillón favorito. La postura rígida de la matriarca y el brillo acerado en sus ojos hicieron que Rosa se detuviera en seco.

—Siéntate —ordenó Doña Concha, su voz cortante como el filo de una navaja.

Rosa obedeció, hundiéndose en el sofá frente a su madre. El tic-tac del reloj de péndulo resonaba en la estancia, marcando cada segundo de un silencio insoportable.

—Tu hermana Francisca me ha contado algo muy interesante —comenzó Doña Concha, sus palabras cargadas de decepción y furia apenas contenida—. ¿Tienes algo que decirme, Rosa?

El corazón de Rosa dio un vuelco. Sus ojos se desviaron hacia la puerta, donde Francisca se asomaba tímidamente, su rostro una mezcla de culpa y temor.

—Yo... —Rosa intentó hablar, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

—¡Habla, por Dios! —exigió Doña Concha, golpeando el brazo del sillón con la palma de su mano—. ¿Es cierto que has estado viéndote a escondidas con un muchacho y que tenéis fotografías juntos?

Rosa sintió cómo el color abandonaba su rostro. Sus manos comenzaron a temblar sobre su regazo.

—Madre, yo...

—¡Silencio! —rugió Doña Concha, poniéndose de pie—. ¿Cómo te atreves a engañarnos así? ¿A comportarte como una... una furcia cualquiera?

Las palabras de su madre cayeron sobre Rosa como latigazos, cada una más dolorosa que la anterior. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, pero Doña Concha no mostró compasión alguna.

—¿Acaso no te hemos dado todo? ¿No te hemos educado para ser una dama respetable? ¿Y así nos lo pagas?

Rosa levantó la mirada, encontrándose con los ojos llenos de furia de su madre. La tensión en el aire era tan densa que casi podía cortarse con un cuchillo.

—¡No soy una cualquiera! —exclamó Rosa, poniéndose de pie también—. ¡Lo amo!

El silencio que siguió a la declaración de Rosa fue ensordecedor. Doña Concha, con los ojos desorbitados por la furia, dio un paso hacia su hija.

—¿Amor? —escupió la palabra como si fuera ácido—. ¿Qué sabes tú del amor, niña tonta?

Rosa, con el corazón latiendo desbocado, alzó la barbilla en un gesto desafiante.

—Amo a Bartomeu Montalbán, madre. Y él me ama a mí.

El rostro de Doña Concha palideció al escuchar el nombre de su familia enemiga. La rabia que había estado conteniendo estalló como una tormenta.

—¡Jamás! —gritó, agarrando a Rosa por los hombros y zarandeándola con violencia—. ¡Nunca permitiré que te relaciones con esa familia de ratas!

Rosa intentó zafarse, pero el agarre de su madre era como un tornillo de hierro. El miedo se mezcló con la indignación en su pecho.

—¡Suéltame! —suplicó, las lágrimas corriendo por sus mejillas.

Pero Doña Concha estaba fuera de sí. Con un último empujón, soltó a Rosa, quien trastabilló hacia atrás, chocando contra una mesita.

—¡A tu habitación! —ordenó la matriarca, señalando las escaleras con un dedo tembloroso—. Y no saldrás de allí hasta que entres en razón y te comportes como una chica decente. Te has reído de todos nosotros.

Rosa, sollozando, corrió escaleras arriba. Doña Concha la siguió de cerca, sus tacones resonando como martillazos en los escalones de mármol.

Al llegar a la habitación de Rosa, Doña Concha la empujó dentro y cerró la puerta con llave.

—No saldrás de aquí sin supervisión —sentenció a través de la madera—. Y olvídate de tu libertad por una larga temporada.

Rosa se dejó caer en la cama, el peso de su situación cayendo sobre ella como una piedra gigantesca que la aplastaba completamente. Afuera, escuchó los pasos de su madre alejándose, llevándose consigo cualquier esperanza de comprensión o perdón.

Al día siguiente, en un rincón del molino de aceite cercano a la finca de los Salazar, Bartomeu se encontraba esperando a Rosa esa tarde con el corazón ansioso por compartir sus propios problemas familiares en su encuentro semanal. El joven Montalbán se paseaba inquieto entre las enormes piedras de moler, el aroma a aceitunas frescas impregnando el aire a su alrededor. Luego salía y daba varias vueltas al edificio, para volver a entrar y repetir su nerviosa caminata.

Sus manos sudorosas jugueteaban con un pequeño ramo de flores silvestres que había recogido para Rosa. La presión que sentía por parte de sus padres, quienes deseaban forzarlo a casarse con la hija de los Ortiz, pesaba sobre su alma y había tenido ese día bastantes dificultades para salir solo sin problemas de casa. Ahora vigilaban de cerca cada paso que daba.

—Rosa, mi amor —susurró para sí mismo—, ¿dónde estás?

El tiempo transcurría lentamente, cada minuto que pasaba sin señales de Rosa era una agonía para Bartomeu. La luz que se

filtraba por las ventanas altas del molino comenzó a cambiar, tiñéndose de tonos anaranjados que anunciaban el atardecer. El encargado del molino lo echó a la calle. Iban a cerrar ya ese día.

La ansiedad se apoderó de él. Sus ojos no dejaban de escudriñar la entrada del molino, esperando ver en cualquier momento la silueta de Rosa aparecer en el umbral. Pero ella no llegaba.

—Quizás... quizás le ha surgido un imprevisto —murmuró Bartomeu, intentando convencerse a sí mismo.

Conforme avanzaba la tarde y ya esperando desde hacía rato sentado en la puerta cerrada del molino, una profunda tristeza comenzó a cernirse sobre él. El ramo de flores que sostenía entre sus manos empezó a marchitarse, al igual que sus esperanzas.

La confusión de la situación y el recuerdo del mal resultado de su primer encuentro íntimo flotaban en el aire como una nube oscura. Bartomeu no pudo evitar que los pensamientos negativos invadieran su mente.

—¿Y si ya no está interesada en mí? —se preguntó, el dolor reflejándose en sus ojos verdes—. Tal vez se dio cuenta de que no soy lo suficientemente bueno para ella.

El joven Montalbán se dejó caer sobre unos sacos de aceitunas apilados en un lateral del edificio, hundiendo el rostro entre sus manos. La idea de que Rosa pudiera haber perdido el interés en él le resultaba insoportable.

Bartomeu se alejó del molino con pasos lentos y pesados, su figura solitaria recortada contra el cielo del atardecer. El ramo de flores que había recogido con tanto cariño colgaba flácido en su mano, los pétalos marchitándose con cada paso que daba.

Mientras caminaba por el sendero polvoriento hacia la finca de los Montalbán, Bartomeu dejaba caer, uno a uno, los pétalos y tallos de las flores. Cada flor abandonada en el camino era como un pedazo de su corazón que se quedaba atrás.

—Rosa... —murmuró, su voz apenas audible sobre el susurro del viento entre los olivos—. ¿Por qué no has venido?

Los pensamientos de Bartomeu giraban en un torbellino de dudas y temores. El recuerdo de su último encuentro íntimo, tan lleno de nervios e inexperiencia, lo atormentaba. ¿Habría sido eso lo que alejó a Rosa?

Conforme se aproximaba a la finca de su familia, la cruda verdad de sus circunstancias se cernía sobre Bartomeu cual pesada carga. Por un lado, la presión de sus padres para que se casara con la hija de los Ortiz; por otro, el amor aparentemente perdido de Rosa. El futuro que había soñado junto a ella parecía desvanecerse con cada paso que daba.

—¿Cómo pude ser tan iluso? —se preguntó en voz alta, mientras las últimas flores caían de su mano—. ¿Cómo me dejé cegar por algo que era demasiado bonito para ser verdad?

La finca de los Montalbán apareció a lo lejos, sus muros blancos teñidos de naranja por la luz del ocaso. Bartomeu se detuvo un momento, mirando hacia atrás, hacia el camino que lo separaba de Rosa. La distancia entre ellos parecía ahora insalvable, llena de obstáculos que se alzaban como montañas.

Con el corazón pesado y los ojos húmedos, Bartomeu reanudó su marcha hacia casa. El último pétalo cayó de su mano, perdiéndose entre el polvo del camino, como una última lágrima derramada por un amor que parecía condenado antes de haber tenido la oportunidad de florecer.

Parte 2

Capítulo 12: 2024, Fiestas ostentosas

El pequeño Fiat 500 de alquiler desentonaba entre los lujosos vehículos que ocupaban el aparcamiento de la villa de Talamanca. Ana apagó el motor y ajustó el espejo retrovisor para comprobar su maquillaje una última vez. Su vestido negro de cóctel, elegante y sobrio, contrastaba con los vaqueros desgastados y la blusa suelta que llevaba Lucía.

—¿De verdad tengo que estar aquí? —Lucía se removió incómoda en el asiento del copiloto.

—Por favor, sabes que odio estas cosas tanto como tú.

Un aparcacoches uniformado se acercó al coche con paso decidido. Lucía hundió los hombros, consciente de su atuendo informal.

—Buenas noches, señoritas —el joven abrió la puerta del conductor con un gesto ensayado.

Ana le entregó las llaves con naturalidad, mientras Lucía salía torpemente por su lado, tropezando con el bordillo.

—Esto es demasiado —murmuró Lucía, observando la ostentosa entrada de la villa iluminada por antorchas—. Me siento como si me hubiera colado en una fiesta.

—Solo necesito un par de entrevistas para el reportaje —Ana sacó su grabadora del bolso—. Una hora, máximo dos.

Lucía contempló boquiabierta cómo un Bentley descapotable se detenía frente a ellas. Una pareja ataviada con ropa de alta costura descendió del vehículo entre risas.

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo mientras tú trabajas? No conozco a nadie aquí.

—Ser mi apoyo moral —Ana le guiñó un ojo mientras mostraba su invitación del Diario de Ibiza al personal de seguridad.

—Solo vengo para que no estés sola —Lucía cruzó los brazos sobre el pecho mientras subían los escalones de piedra noble—. Sabes que detesto estas exhibiciones de riqueza.

—Mírale el lado positivo —Ana la tomó del brazo con una sonrisa cómplice—. Vas a comer y beber gratis toda la noche. El catering es de primera.

—¿No te parece obsceno? —Lucía señaló las fuentes iluminadas que flanqueaban la entrada—. Con lo que cuesta mantener esto funcionando, podrían alimentar a medio San Antonio.

La villa de Talamanca se alzaba majestuosa ante ellas, sus paredes blancas resplandeciendo bajo la luz artificial indirecta de focos de LED. El vestíbulo las recibió con una cascada de cristal que tintineaba suavemente, enviando destellos de luz que bailaban sobre el suelo de superficie pétrea pulida.

A través de los ventanales que se extendían del suelo al techo, se vislumbraba la terraza principal con sus piscinas infinitas escalonadas que parecían fundirse con el mar al fondo. Palmeras y cactus enmarcaban el espacio exterior, donde ya varios grupos de invitados conversaban alrededor de las mesas dispuestas estratégicamente.

El aroma a jazmín se mezclaba con el del mar, mientras los camareros circulaban con bandejas con bebidas y elaborados canapés. La música de un dj situado en un lateral del jardín, fluía suavemente desde altavoces ocultos, creando un ambiente sofisticado sin resultar intrusiva.

—Esto es... —Lucía se detuvo en seco, observando los detalles arquitectónicos modernos que se fusionaban con elementos tradicionales ibicencos.

—¿Excesivo? —completó Ana, mientras un camarero les ofrecía unos cócteles de bienvenida.

—Iba a decir obsceno, pero sí, excesivo también sirve.

* * *

Martín se abrió paso entre la multitud, esquivando a invitados que sostenían copas de champán y canapés. Sus pasos resonaron sobre la tarima donde el DJ mezclaba música electrónica suave. Con un gesto discreto, le pidió que bajara el volumen.

El promotor tomó el micrófono, pasándose una mano por el cabello rizado. Sus ojos recorrieron la terraza, buscando alguna señal de la llegada de Aitana. Nada aún.

—Buenas noches a todos —su voz aterciopelada flotó sobre el murmullo de conversaciones—. Bienvenidos a esta velada especial en ésta increíble villa de Talamanca.

David enfocó su cámara hacia Martín, capturando el momento. El fotógrafo se movía con agilidad entre los invitados, disparando su cámara con precisión quirúrgica, aunque sus ojos también se desviaban ocasionalmente hacia la entrada.

—Esta noche celebramos el inicio de la temporada —continuó Martín, aflojándose ligeramente la corbata—. Y tendremos el placer de contar con una invitada muy especial.

Un murmullo de expectación recorrió la multitud. David captó las expresiones de anticipación en los rostros de los asistentes, mientras consultaba discretamente su reloj.

Martín tamborileó los dedos sobre el micrófono. El retraso de Aitana comenzaba a preocuparle, aunque mantuvo su sonrisa profesional intacta.

—Les pido un poco más de paciencia —añadió, haciendo un guiño cómplice al público—. Nuestra estrella está a punto de llegar.

David bajó su cámara por un momento y cruzó una mirada tensa con Martín. Ambos sabían que la impuntualidad de Aitana podría descarrilar toda la velada. El fotógrafo volvió a levantar su equipo, enfocando ahora hacia las vistas del Mediterráneo que se extendían

más allá de la piscina infinita, mientras los invitados continuaban con sus charlas y copas.

El personal se movía con discreción por los rincones de la villa, vigilando que todo transcurriera sin incidentes. David acababa de capturar una imagen de una pareja riendo junto a la piscina cuando notó que uno de los guardias de seguridad se acercaba a él.

El hombre, fornido y con el típico auricular en la oreja, se aproximó con paso casual. Sus ojos oscuros escanearon el entorno antes de situarse junto al fotógrafo.

—Perdona —murmuró el guardia, inclinándose hacia David—. Tengo algo para Aitana.

David bajó la cámara y arqueó una ceja. El guardia extrajo con disimulo una pequeña bolsa de plástico con un polvo blanquecino.

—Es para después, ya sabes. A ella le gusta organizar su propia fiesta privada —explicó en voz baja, deslizando la bolsa en la mano de David—. De la mejor calidad.

El fotógrafo observó el contenido sin particular interés. Sus dedos rozaron el plástico mientras el guardia echaba otro vistazo alrededor.

—Me tengo que ir ya. No te olvides de dársela luego —añadió el guardia, ajustándose el auricular.

David se encogió de hombros y guardó la bolsa en el bolsillo interior de su chaqueta, volviendo su atención a la cámara como si nada hubiera ocurrido. Ya estaba acostumbrado en ese mundillo a ese tipo de mercancías de las que tanto hacían uso los más adinerados. El guardia desapareció entre la multitud tan discretamente como había llegado.

* * *

Lucía apretó los dientes mientras observaba a Martín desde el otro extremo de la terraza. El promotor gesticulaba animadamente, arrancando carcajadas de dos jóvenes vestidos con camisas de

diseño prácticamente desabrochadas. La sangre le hervía al recordar el incidente de la manguera en Dalt Vila.

Ana se había alejado, grabadora en mano, persiguiendo a un grupo de empresarios con aire importante. La dejaba sola, rodeada de todo lo que despreciaba: el derroche, la superficialidad, el dinero fácil.

Se acercó a la barra, donde un camarero preparaba cócteles con movimientos estudiados.

—Un mojito de fresa —pidió, tamborileando los dedos sobre la superficie pulida.

Mientras esperaba, sus ojos no se apartaban de Martín. El muy creído ni siquiera la había reconocido, tan absorto en su papel de anfitrión perfecto. El camarero depositó el cóctel frente a ella, un líquido rosado coronado por hojas de menta fresca.

Lucía tomó el vaso y comenzó a caminar hacia el grupo donde Martín seguía parloteando. Sus tacones resonaban sobre el suelo de textura marmórea, aunque el sonido quedaba ahogado por la música ambiente. Una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios mientras se acercaba por detrás del promotor.

Los dos jóvenes que acompañaban a Martín la vieron aproximarse, pero antes de que pudieran advertir a su amigo, Lucía ya estaba a su lado. El promotor se giró, sorprendido por la repentina proximidad.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Lucía con dulzura fingida.

El reconocimiento brilló en los ojos de Martín justo cuando ella levantaba el mojito. Sus labios se entreabrieron para decir algo, pero no tuvo tiempo.

El líquido rosado se derramó a posta sobre la impecable camisa blanca de Martín, empapando la tela y dejando un rastro pegajoso que se extendió por su corbata de seda y los pantalones ajustados. Alguna hoja de menta quedó adherida a su pecho como una burla final.

Los dos jóvenes retrocedieron con expresiones de asombro, alejándose del desastre que se avecinaba. Martín bajó la mirada hacia su ropa arruinada, su rostro transformándose en una máscara de furia.

—¡Estás completamente loca! ¿Qué coño te pasa? —bramó, gesticulando violentamente.

Su brazo golpeó la bandeja que un camarero transportaba justo en ese momento. El estruendo de las copas al estrellarse contra el suelo resonó por toda la terraza. Los cristales se esparcieron en todas direcciones, formando un mosaico brillante y peligroso sobre el mármol.

—¡Cuidado con los pies! —chilló una chica con sandalias doradas, saltando hacia atrás mientras otra se aferraba a su brazo para mantener el equilibrio sobre sus tacones.

Lucía contempló el caos que había desencadenado. El camarero se había quedado paralizado, la bandeja vacía aún en sus manos temblorosas. Las burbujas del cava salpicaban los tobillos desnudos de las invitadas, que intentaban esquivar los fragmentos afilados. La satisfacción inicial por su venganza se evaporó tan rápido como el alcohol derramado.

"Quizás me he pasado un poco", pensó mientras observaba el desastre que había provocado. La música seguía sonando, pero todos los ojos estaban clavados en ella y en Martín, quien seguía maldiciendo mientras intentaba secarse con unos pañuelos de papel.

Aitana Solare hizo su entrada triunfal en la villa, flanqueada por dos guardaespaldas de traje negro. Su vestido plateado destellaba bajo las luces de la terraza, pero para su sorpresa, nadie pareció notarla. Todas las miradas estaban fijas en el espectáculo que se desarrollaba junto a la piscina.

David, que tampoco había advertido la llegada de la DJ, disparaba su cámara sin cesar, capturando el caos de copas rotas y el enfrentamiento entre Martín y Lucía. A través del visor, detectó a un

hombre corpulento con tatuajes tribales que parecía fuera de lugar entre los invitados elegantes.

El hombre se percató del objetivo apuntando en su dirección y del jaleo junto a él. Su rostro se transformó en una máscara de ira y atravesó la distancia que los separaba en tres zancadas.

—¡La cámara! ¡Dame esa puta cámara! —rugió, agarrando el brazo de David.

El fotógrafo sintió que la sangre le hervía cuando aquellas manos intentaron arrebatarle su herramienta de trabajo. Sin pensarlo, su puño se estrelló contra la mandíbula del hombre tatuado.

La pelea estalló como un géiser. Los dos hombres rodaron por el suelo de piedra pulida, intercambiando golpes mientras los invitados retrocedían alarmados. Los guardaespaldas de Aitana intentaron intervenir, pero solo consiguieron verse arrastrados al caos.

—¡Vámonos de aquí! —chilló una mujer, arrastrando a su pareja hacia la salida.

La multitud comenzó a dispersarse, algunos corriendo hacia sus coches, otros buscando refugio en el interior de la villa.

Aitana observó la escena con disgusto desde la entrada a la piscina. Sin mediar palabra, dio media vuelta y se dirigió hacia su coche, seguida por uno de sus guardaespaldas mientras el otro intentaba separar a los contendientes.

* * *

Las luces de los coches patrulla iluminaron la villa con destellos azules. Iker descendió del vehículo, seguido por tres compañeros. El caos que encontraron contrastaba brutalmente con la elegancia del lugar: cristales rotos, bebidas derramadas y manchas de sangre salpicaban el inmaculado suelo de piedra noble.

—¡Iker! —La voz de Lucía atravesó el murmullo general.

El policía se detuvo en seco al reconocer a sus amigas. Junto a ella, Ana sostenía una libreta, probablemente tomando notas para algún artículo. Pero lo que verdaderamente le sorprendió fue ver al fotógrafo alemán que había detenido el día anterior, sentado en los escalones de la terraza.

—¿Otra vez tú? —masculló Iker, acercándose a David.

El alemán levantó la vista. Un hematoma violáceo le rodeaba el ojo derecho, hinchándose por momentos. A pocos metros, el sanitario atendía a dos chicas con cortes en los tobillos.

—No ha sido culpa suya —intervino Lucía, colocándose entre ambos —. Yo... puede que haya provocado un pequeño incidente.

—¿Pequeño incidente? —Ana arqueó una ceja—. Le has tirado un cóctel encima adrede a Martín Díaz. Vas a ser la portada mañana de varios periódicos en la isla.

—Y entonces él tiró la bandeja con las copas —continuó Lucía—. Después apareció ese tipo con tatuajes...

—Me estaba fotografiando sin permiso en medio de todo el follón — gruñó el hombre tatuado desde el otro extremo de la terraza, donde otro policía lo interrogaba.

—Eres un personaje público, imbécil —masculló David, tocándose el ojo con una mueca de dolor.

Iker contempló la escena, pasando su mirada del fotógrafo malhumorado a sus amigas, del desastre de cristales rotos a los sanitarios trabajando. La noche prometía ser larga, muy larga.

Iker se pasó la mano por el rostro, intentando mantener la calma. Se acercó a David y Martín.

—Vamos a resolver esto como adultos —propuso, sacando su libreta.

—¿Adultos? ¡Esa loca me ha arruinado el traje a posta! —bramó Martín, señalando la mancha pegajosa repartida por todo su atuendo.

Lucía, que relataba lo sucedido a otro agente a unos metros de Martín junto a Ana, se giró bruscamente hacia Martín.

—¡Y tú arruinas la isla con tus fiestas de nuevo rico!

—Al menos yo genero riqueza, no como tú que solo sabes protestar.

David se levantó tambaleante, el ojo cada vez más hinchado.

—Ese payaso me atacó sin provocación —señaló al hombre tatuado.

—¿Sin provocación? —Iker alzó una ceja—. Ya veo, como cuando montaste el numerito en el aeropuerto.

—¡Eso fue diferente! —David dio un paso hacia Iker amenazante, sus rostros a centímetros de distancia—. No tienes ni idea de quién soy.

—Me importa un pepino quién seas y no me levantes la voz —gruñó Iker, empujándolo hacia atrás y poniendo distancia entre ellos.

David iba a responder con otro empujón más fuerte a Iker, pero los otros agentes se percataron a tiempo de la posible agresión de un compañero y consiguieron sujetarlo mientras Martín a su lado seguía gritando insultos hacia donde estaba Lucía.

—¡Hippie de mierda! ¡Por tu culpa he perdido miles de euros!

—¡Mejor eso que vender el alma al diablo! —replicó ella, forcejeando con Ana que intentaba contenerla.

—¡Basta ya! —rugió Iker, mientras sus compañeros sujetaban a David—. ¡Todo el mundo quieto o empiezo a repartir detenciones!

En medio del forcejeo con los agentes, un pequeño paquete blanco cayó del bolsillo de David, depositándose en el suelo de piedra pulida. Iker lo recogió con un movimiento rápido.

—¿Y esto qué es? —Los ojos de Iker se entrecerraron mientras sostenía la bolsita—. ¿También te dedicas a pasar coca en las fiestas?

El rostro de David palideció.

—No es lo que piensas, gilipollas. Solo... solo se lo estaba guardando a alguien.

—¿A quién? —bramó Iker, acercándose peligrosamente.

—Vete a la mierda.

Iker apretó los puños, su paciencia agotada.

—Se acabó —gruñó hacia sus compañeros—. Todos a comisaría. El fotógrafo, Lucía, el señor de los tatuajes y usted también señor Díaz. Hay que rellenar un informe.

—Iker, por favor —intervino Ana, tocando el brazo de su amigo—. ¿Es realmente necesario?

—Lo siento, Ana. No puedo hacer nada. Solo será dar parte y rellenar un informe.

—¡Cerdo capitalista! —chilló Lucía mientras un agente la escoltaba hacia el coche patrulla—. ¡Destruyes todo lo que tocas!

—¡Y tú eres una fracasada! —respondió Martín.

David, al ver cómo lo empujaban hacia otro coche policial, comenzó a soltar improperios contra Iker. Pero tras unos segundos, se mordió la lengua y respiró hondo. La perspectiva de pasar otra noche en el calabozo lo hizo reconsiderar su actitud.

—Vale, vale... me calmo —murmuró, levantando las manos en señal de rendición—. Pero esto es ridículo.

La noche se había vuelto más fresca cuando todos subieron a regañadientes a los coches patrulla. El trayecto transcurrió en un silencio tenso, solo interrumpido por algún que otro bufido de indignación.

En la comisaría, las declaraciones se alargaron un tiempo. Las luces fluorescentes del lugar acentuaban los rostros cansados y malhumorados. Cuando por fin terminaron el papeleo, cada uno fue pidiendo su taxi para marcharse.

—Como vuelvas a dar problemas, te vas a arrepentir —le espetó Iker a David mientras este se dirigía hacia la salida. Y da gracias que en esta ocasión he hecho la vista gorda con el tema de las drogas.

—Que te jodan —masculló el alemán, empujando la puerta con fuerza.

Iker se giró hacia Ana y Lucía, que esperaban su taxi en la entrada.

—Ya nos veremos con más calma, chicas. Sin tanto follón de por medio.

Un taxi se detuvo frente a la comisaría. Martín abrió la puerta trasera, pero antes de entrar se volvió hacia Lucía.

—¡Pirada de mierda! ¡Me has jodido la noche!

Lucía, en un gesto infantil, le sacó la lengua y le mostró el dedo corazón.

—¡Que te jodan, pijo de pacotilla!

Ana puso los ojos en blanco ante el comportamiento de su amiga.

—Es increíble, Lucía. Te estás comportando como una cría.

Iker observó la escena mientras se frotaba el cuello con cansancio.

—Buenas noches, chicas —murmuró, volviendo al interior de la comisaría. El gimnasio tendría que esperar; después de aquella noche, solo quería descansar.

Capítulo 13: 2024, Enfrentando su herencia

El aroma del café recién hecho inundaba el apartamento mientras Ana contemplaba el amanecer desde la terraza de Port des Torrents. Las primeras luces del día dibujaban reflejos dorados sobre el mar en calma. Llevaba el pelo recogido en un moño descuidado y vestía una camiseta holgada de algodón.

La taza humeante reposaba sobre la mesa cuando el móvil comenzó a vibrar. Ana frunció el ceño al ver el nombre en la pantalla: Josep Marín, uno de los miembros más veteranos del consejo de Cavas Ortiz.

—Buenos días, Ana —la voz grave de Josep sonaba tensa—. Lamento molestarte tan temprano.

Ana cerró los ojos y suspiró. Cada llamada de la empresa familiar le recordaba el accidente que le arrebató a sus padres.

—¿Qué ocurre, Josep? Sabes que prefiero mantenerme al margen de...

—Lo sé, lo sé —la interrumpió—. Pero esto es importante. El consejo necesita tu presencia para un asunto de suma urgencia. Como accionista mayoritaria...

—Josep —el tono de Ana se endureció—. Delegué todas mis responsabilidades hace años. No quiero saber nada de la empresa.

—Ana, por favor. Se trata de la bodega original de tu abuelo Bartomeu...

—No metas a mi abuelo en esto —Ana apartó la taza de café sin tocar—. Ya tomé mi decisión hace tiempo.

La quietud que emanaba del altavoz del móvil se sentía como un bloque de piedra. Ana observó una gaviota planear sobre las aguas cristalinas, libre de ataduras y responsabilidades heredadas.

Josep carraspeó al otro lado de la línea. Sus dedos tamborileaban sobre la mesa de su despacho, un hábito que delataba su nerviosismo.

—El consejo ha aprobado una renovación integral de la bodega histórica —explicó con voz pausada—. Las obras comenzarán en dos semanas.

Ana se tensó. La bodega histórica guardaba los vestigios más antiguos de la familia, incluida aquella caja fuerte de la que su padre había hablado en alguna ocasión.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Necesitamos vaciar la caja fuerte del sótano —Josep hizo una pausa—. Contiene documentos familiares importantes, objetos de valor incalculable. Por estatutos, solo los herederos principales pueden autorizar su apertura y supervisión en el traslado.

El silencio se espesó entre ambos. Ana se levantó y comenzó a caminar por la terraza, mientras las gaviotas trazaban círculos sobre el mar.

—Y yo soy la única heredera principal —murmuró Ana, más para sí misma que para Josep.

—Exacto. Sin tu presencia y consentimiento, no podemos proceder. Los estatutos son muy claros al respecto.

Ana se detuvo frente a la barandilla. El viento marino le revolvió el pelo mientras los recuerdos de su infancia en la bodega afloraban: el aroma a roble viejo, las hileras interminables de botellas, su padre guiándola por los pasillos oscuros del sótano.

—¿Cuándo necesitas que esté allí? —preguntó finalmente.

—Cuanto antes. El arquitecto necesita comenzar el proyecto y no podemos retrasar más las obras.

Ana suspiró y cedió ante la petición de Josep.

—De acuerdo. Reserva un vuelo para esta tarde. Cuanto antes terminemos con esto, mejor.

—Gracias, Ana. Te enviaré los detalles del vuelo por mensaje —el alivio en la voz de Josep era evidente.

Al colgar, Ana marcó el número de Lucía mientras se servía otra taza de café. El aroma a café recién hecho contrastaba con el aire salado que entraba por la terraza.

—¿Ya se te ha pasado la resaca moral? —bromeó Ana cuando Lucía contestó.

—Ni me lo recuerdes —Lucía soltó una carcajada—. He visto las fotos en el Diario de Ibiza. Menudo espectáculo montamos.

—Oye, tengo que cancelar nuestro café de esta tarde. Me ha surgido un imprevisto en Barcelona.

—¿Barcelona? ¿Qué se te ha perdido allí de nuevo?

—Temas de la empresa familiar —Ana se pasó la mano por el pelo con gesto cansado—. Ya sabes que lo detesto, pero no me queda más remedio.

—¿Estarás de vuelta para la semana que viene? —el tono de Lucía sonaba demasiado casual.

—Sí, volveré en un par de días como mucho. ¿Por?

—No, por nada... —Lucía carraspeó—. Simple curiosidad.

Ana sonrió para sí misma. Conocía demasiado bien a su amiga como para no detectar ese tono forzadamente despreocupado. Seguro que le estaban preparando algo para su cumpleaños.

—Ya, curiosidad... —Ana dejó la taza en el fregadero—. Te llamo cuando vuelva, ¿vale?

* * *

Era media tarde cuando Ana cruzó las puertas principales de la empresa Cavas Ortiz e Hijos. El vestíbulo seguía igual que en sus

recuerdos: los mismos cuadros familiares, el mismo mostrador de madera noble, incluso el mismo aroma a roble y vino añejo.

Josep la esperaba junto al ascensor, con su característico traje gris y corbata burdeos. A su lado, la señorita Puig, la secretaria del consejo, sostenía una carpeta contra su pecho.

—Bienvenida a casa, Ana —Josep extendió su mano con una sonrisa cordial.

Ana correspondió al saludo con un gesto breve. No quería prolongar las cortesías más de lo necesario.

—¿Está todo preparado?

—Por supuesto —La señorita Puig intervino—. El notario ya nos espera en la sala contigua.

El descenso a la bodega histórica pareció eterno. El aire fresco y húmedo del lugar envolvía a Ana mientras descendía por la escalera. Las paredes, construidas con bloques de piedra natural centenarios, rezumaban historia familiar. El moho suave que cubría algunas zonas añadía un toque místico al ambiente.

Josep caminaba delante, seguido por tres miembros del consejo y un notario que tomaba notas meticulosamente en su libreta. Sus pasos resonaban sobre el suelo de piedra, mezclándose con el eco de goteos lejanos.

Las vigas de madera oscura cruzaban el techo abovedado, creando sombras que parecían jugar con la luz tenue de las bombillas antiguas. El aroma a madera envejecida y vino añejo flotaba en el ambiente, recordándole a Ana las visitas con su padre durante su infancia.

Hileras de botellas polvorientas descansaban en las estanterías de madera desgastada. Algunas etiquetas, amarillentas por el paso del tiempo, mostraban fechas que se remontaban a la época de su abuelo Bartomeu.

Al llegar al fondo del sótano, la caja fuerte se alzaba imponente ante ellos. Su estructura de acero macizo contrastaba con la rusticidad del entorno. El notario se acercó y comenzó a documentar el estado del cerrojo, mientras su asistente fotografiaba cada detalle.

—¿Estás lista? —preguntó Josep, extendiendo la llave hacia Ana.

Ana observó la caja fuerte, consciente del peso de la historia familiar que guardaba en su interior. Sus dedos rozaron el frío metal del cerrojo mientras el notario seguía tomando notas, documentando cada movimiento con precisión burocrática.

El resto de los presentes guardaban un silencio expectante, sus figuras proyectando sombras alargadas sobre las paredes de piedra. Solo el rasgueo del bolígrafo del notario contra el papel rompía la quietud del momento.

Ana introdujo la llave en la cerradura y la giró con un chirrido metálico. El pesado mecanismo se activó con un chasquido profundo, y la puerta de acero se abrió revelando su contenido.

El notario se acercó con una caja de cartón nueva mientras su asistente preparaba la cámara. Ana comenzó a extraer los objetos uno a uno: documentos amarillentos, contratos antiguos, escrituras de propiedad. Sus manos se movían con delicadeza, consciente del valor histórico de cada pieza.

Entre los papeles apareció un sobre marrón, grueso y desgastado. En su superficie, con una caligrafía elegante y antigua, se leía "Para Ana Ortiz". El corazón le dio un vuelco al reconocer la letra de su abuelo Bartomeu.

Josep se inclinó sobre su hombro.

—Ese sobre no está en el inventario —murmuró con curiosidad.

Ana lo depositó en la caja con cuidado, notando que contenía algo más que papel.

Cuando el notario había terminado de catalogar meticulosamente cada objeto, Ana volvió a tomar el sobre. Lo abrió con cuidado y

sacó una cinta de VHS de su interior. La extrajo con curiosidad, observando la etiqueta descolorida. También había una fotografía en sepia. En ella, un joven Bartomeu sonreía junto a una muchacha de rostro delicado. La imagen capturaba un momento de felicidad pura, congelado en el tiempo.

Ana sostuvo el sobre contra su pecho, girándose hacia el notario y el consejo.

—¿Puedo llevarme esto prestado? Es algo personal de mi abuelo.

El notario ajustó sus gafas, consultando sus documentos.

—Como accionista mayoritaria, tiene todo el derecho a disponer de los contenidos de la caja fuerte, señorita Ortiz.

Ana asintió, pero una duda la asaltó. Se volvió hacia Josep, que seguía observando la cinta con curiosidad.

—Josep, ¿tenemos algún reproductor de VHS por aquí? Hace años que no veo uno.

—Creo que aún queda uno en la sala de reuniones más antigua —respondió Josep, frotándose la barbilla—. Sígueme.

Subieron por las escaleras de piedra hasta llegar a un pasillo poco transitado. Josep abrió una puerta que chirrió sobre sus goznes. El polvo flotaba en el aire, visible bajo la luz que se filtraba por las ventanas sucias.

En una esquina, sobre un mueble de madera oscura, descansaba un televisor antiguo con su reproductor VHS. Josep lo conectó, limpiando el polvo con un pañuelo.

—Espero que aún funcione —murmuró, presionando el botón de encendido.

Ana introdujo la cinta con manos temblorosas. La pantalla permaneció azul durante varios minutos. El zumbido del aparato llenaba la habitación mientras Ana contenía la respiración.

De repente, la imagen cobró vida. Allí estaba su abuelo Bartomeu, recostado en una cama que parecía de hospital o residencia. Las paredes blancas y el cabecero metálico enmarcaban su figura envejecida pero digna.

* * *

Ya hacía rato que Ana había dejado atrás la sede de Cavas Ortiz. El sol caía a plomo sobre la Barceloneta. Las sombrillas de colores salpicaban la arena dorada como un mosaico improvisado, mientras vendedores ambulantes pregonaban cerveza fría y mojitos entre las toallas tendidas. El aroma a bronceador y agua salada flotaba en el aire, mezclándose con las risas de los niños y el murmullo constante de las olas.

Ana caminaba descalza por la orilla, dejando que el agua tibia le lamiera los pies. Sus pensamientos vagaban una y otra vez hacia la imagen granulada de su abuelo Bartomeu en aquella cinta antigua de VHS. La revelación golpeaba contra su mente como las olas contra la arena: era una Montalbán. Parte de su sangre pertenecía a una de las familias más poderosas de Ibiza.

Un grupo de turistas alemanes pasó corriendo junto a ella, salpicando agua y riendo. Ana apenas los notó. Su mente seguía repitiendo las palabras de Bartomeu, confesando su amor prohibido por Rosa Salazar. Los Montalbán y los Salazar, dos dinastías enfrentadas que ahora controlaban los mejores clubes nocturnos de la isla de Ibiza, unidos secretamente en la sangre de un vástago desconocido.

Las gaviotas planeaban sobre su cabeza, sus graznidos mezclándose con la música que escapaba de los chiringuitos cercanos. Ana se detuvo, observando el horizonte donde el mar se fundía con el cielo. Todo lo que creía saber sobre su familia se había transformado en cuestión de horas. Las acciones que poseía en la empresa familiar cobraban ahora un nuevo significado. ¿Cuántos secretos más guardaban esas antiguas bodegas?

Un vendedor de helados pasó pregonando su mercancía, su voz mezclándose con el bullicio de la playa atestada. Ana apenas registraba el caos veraniego que la rodeaba, sumida en una confusión que parecía crecer con cada paso que daba sobre la arena caliente.

Ana paseó por la playa durante horas, dejando que el vaivén de las olas acallara el torbellino de pensamientos que amenazaba con ahogarla. El astro rey se encontraba en su punto más alto mientras los parasoles dibujaban extensas siluetas oscuras sobre el arenal.

Sacó la fotografía antigua del bolso. Los rostros jóvenes de Bartomeu y Rosa la miraban desde el papel sepia, congelados en un momento de felicidad que el tiempo no había logrado borrar. Sus dedos recorrieron los bordes gastados de la imagen mientras intentaba comprender cómo una historia así había permanecido oculta durante tanto tiempo.

—Tengo que volver —murmuró para sí misma, guardando la fotografía.

El bullicio de la playa comenzaba a resultar asfixiante. Necesitaba regresar a Ibiza, sumergirse en su trabajo, continuar con el reportaje. Cualquier cosa que la mantuviera ocupada y alejada de estas revelaciones que amenazaban con trastocar todo su mundo.

Sacó el móvil y reservó un vuelo para esa misma noche. Sus dedos temblaban ligeramente mientras tecleaba. ¿Cuántas personas más guardarían secretos sobre aquella relación prohibida? ¿Qué había sido de aquel niño, fruto del amor entre un Montalbán y una Salazar?

La brisa marina agitó su cabello mientras contemplaba por última vez el Mediterráneo desde la costa barcelonesa. Las mismas aguas que bañaban esta playa llegaban hasta Ibiza, como un puente líquido entre su presente y un pasado que apenas comenzaba a descubrir.

* * *

La noche había caído sobre la parte vieja de Ibiza mientras Ana deambulaba sin rumbo fijo. Los turistas entraban y salían de las tiendas, cargados con bolsas de compras y comida para llevar. Los descubrimientos ocurridos en la Ciudad Condal atormentaban sus pensamientos como un fardo insoportable.

Se detuvo frente al escaparate de una pequeña boutique. Un vestido veraniego de algodón blanco con flores azules captó su atención. Lo imaginó ondeando con la brisa marina, pero sacudió la cabeza y continuó su camino hacia el puerto.

La pendiente de la calle la condujo hasta el paseo marítimo. El aroma a salitre y pescado fresco se mezclaba con el bullicio de los restaurantes que comenzaban a prepararse para la cena. Los mástiles de los veleros se mecían suavemente contra el cielo nocturno.

A lo lejos, sobre uno de los bancos de madera, distinguió la figura encorvada de Samuel. Su carrito del Mercadona, repleto de bolsas y objetos diversos, descansaba junto a él como un fiel compañero. Ana se acercó, agradecida por encontrar un rostro familiar.

—¿Qué tal, Samuel? —saludó, sentándose a su lado.

Los ojos cansados del anciano se iluminaron al reconocerla.

—Vengo de Barcelona —continuó Ana, su voz traicionando el peso de las últimas horas—. No ha sido un buen día.

Samuel asintió en silencio, como quien comprende sin necesidad de palabras.

—¿Has cenado algo? —preguntó Ana, observando el semblante demacrado del hombre.

Samuel negó con la cabeza.

—Hay un italiano muy bueno aquí cerca —señaló Ana hacia una de las callejuelas adyacentes—. ¿Me acompañas? Me vendría bien charlar un rato.

Samuel contempló la mano extendida de Ana, dudando por un instante. El hambre y la amabilidad en los ojos de la periodista vencieron su resistencia inicial. Se incorporó con dificultad, sus articulaciones protestando tras horas sentado en el duro banco.

Empujando su carrito, siguió a Ana por las estrechas callejuelas que serpenteaban hacia la calle de la Virgen. El bullicio aumentaba a medida que se acercaban. Las luces de neón de los locales nocturnos teñían las paredes encaladas de rosa y azul eléctrico.

Una Drag Queen con un vestido dorado y una peluca platino saludó a Ana al pasar, sus tacones resonando contra los adoquines. Grupos de turistas se arremolinaban frente a los bares, sus risas mezclándose con la música que escapaba cada vez que se abría una puerta.

Las banderas arcoíris ondeaban sobre sus cabezas, marcando el territorio como un refugio de diversidad y celebración. Samuel se aferraba a su carrito, sintiéndose fuera de lugar entre tanto color y vida nocturna.

El restaurante "Il Pavone" apareció ante ellos, sus mesas de madera ocupando parte de la calle. El aroma a albahaca fresca y masa de pizza recién horneada flotaba en el aire. Los camareros, vestidos con delantales negros, se movían entre las mesas con elegancia estudiada.

—¡Ana! —saludó uno de ellos con familiaridad—. Tu mesa de siempre está libre.

Samuel aparcó su carrito junto al escaparate de una boutique de ropa de diseño, donde maniquíes masculinos lucían prendas ajustadas y coloridas. Se sentó frente a Ana en una de las mesas exteriores, el murmullo de las conversaciones y la música envolviendo su improvisada cena.

* * *

Los restos de la cena permanecían sobre el mantel a cuadros rojos y blancos. Ana contemplaba distraídamente los bordes de masa que

había dejado en su plato, mientras Samuel, con movimientos pausados, sacaba una bolsa arrugada de su carrito y guardaba los restos con cuidado.

—Para mañana —murmuró el anciano, doblando la bolsa con esmero.

El camarero se acercó con dos pequeños vasos de cristal llenos de un líquido ambarino. El licor de hierbas de Ibiza brillaba bajo las luces del restaurante, desprendiendo su característico aroma anisado.

—Gracias, Paolo —dijo Ana, levantando su vaso.

Samuel sostuvo el suyo con manos temblorosas, estudiando el color del licor como si contuviera algún secreto. A su alrededor, las risas y conversaciones de otros comensales creaban una atmósfera íntima, un murmullo constante que les permitía hablar sin ser escuchados.

—Mi abuela solía preparar algo parecido —comentó Samuel, acercando el vaso a su nariz—. Con hierbas que recogía en los campos de Formentera.

Ana escuchaba con atención, como siempre hacía durante sus entrevistas, pero esta vez su interés iba más allá de lo profesional. Las arrugas en el rostro de Samuel se suavizaban cuando hablaba de su pasado, como si cada recuerdo borrara momentáneamente el peso de sus años en la calle.

El viento nocturno agitaba los toldos del restaurante, trayendo consigo retazos de música desde los bares cercanos. Una pareja pasó junto a su mesa, sus risas mezclándose con el tintineo de copas y el rumor de conversaciones en diferentes idiomas.

A pesar de las evidentes diferencias entre ellos —la periodista de clase acomodada y el anciano sin hogar—, compartían una conexión genuina, forjada en la honestidad de sus palabras y en el respeto mutuo que se profesaban.

Samuel jugueteó con el vaso vacío entre sus dedos antes de romper el silencio.

—¿Sabes? Siempre tuve la sensación de que mi abuela Rosa venía de una familia importante —su voz se volvió más suave, casi un susurro—. Aunque ella nunca quería hablar del tema.

Ana dejó su vaso sobre la mesa, su atención completamente capturada por las palabras del anciano.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó, inclinándose hacia adelante.

Samuel sonrió, sus ojos chispeaban con un destello de orgullo.

—Se notaba en todo lo que hacía —sus manos arrugadas se movieron hacia el carrito destartalado que descansaba cerca de la mesa—. En cómo se comportaba, cómo hablaba... incluso cuando vivíamos con tan poco, mantenía una dignidad especial.

Con dedos temblorosos, comenzó a hurgar entre las bolsas gastadas del carrito. El sonido del papel viejo crujiendo llenó el espacio entre ellos mientras Samuel buscaba algo específico.

—Aquí está —murmuró, sacando una fotografía sepia, protegida dentro de una funda de plástico desgastada.

Samuel extendió la fotografía sobre la mesa con delicadeza, sus dedos temblorosos alisando las esquinas gastadas. La imagen sepia mostraba a una joven de belleza cautivadora, con un porte que delataba su origen aristocrático. Su vestido, incluso en los tonos amarillentos de la antigua fotografía, revelaba una calidad excepcional. A su lado, un joven Bartomeu sonreía a la cámara.

Ana sintió que el aire abandonaba sus pulmones. Sus manos temblaron mientras abría su bolso y extraía la fotografía que había recuperado esa misma mañana de la caja fuerte en Barcelona. Las colocó una junto a otra sobre el mantel a cuadros.

Eran idénticas.

El rostro de la joven Rosa Salazar, con su mirada serena y soñadora, se reflejaba en ambas imágenes. La misma pose, el mismo vestido, el mismo momento capturado décadas atrás.

Las palabras de su abuelo en el vídeo resonaron en su mente con una claridad abrumadora. El hijo perdido, el amor prohibido entre un Montalbán y una Salazar, la huida de Rosa embarazada... Todo encajaba como piezas de un rompecabezas que llevaba generaciones esperando ser completado.

Ana observó a Samuel con nuevos ojos, reconociendo en sus facciones gastadas por el tiempo y las penurias los rasgos distintivos de ambas familias. Este hombre sin hogar, que empujaba un carrito desvencijado por las calles de Ibiza, era la prueba viviente de aquella historia de amor prohibido.

Samuel era un Montalbán. Y un Salazar.

Las piernas de Ana flaquearon bajo el peso de la revelación. El mundo pareció detenerse mientras procesaba la magnitud de lo que acababa de descubrir.

Ana respiró hondo, sus manos aún temblando mientras sostenía las fotografías. Las palabras brotaron de ella como un torrente, explicando a Samuel la historia de Bartomeu, su abuelo, y el amor prohibido entre los Montalbán y los Salazar.

—Por eso el muñeco —susurró Ana, su voz quebrándose—. El pequeño Bartomeu que me enseñaste... Era el recuerdo que tu abuela Rosa guardaba de él, de mi abuelo.

Samuel permaneció inmóvil, sus ojos fijos en las fotografías idénticas sobre la mesa. Las arrugas de su rostro parecían más profundas bajo la tenue luz del restaurante.

—Mi abuela lo abrazaba algunas noches —murmuró—. Nunca entendí por qué un muñeco de cartón significaba tanto para ella.

—Somos familia, Samuel —Ana extendió su mano sobre la mesa, rozando los dedos curtidos del anciano—. Primos lejanos.

Paolo, que había estado observando la escena desde la barra, se acercó con sigilo. Los hombros tensos de Ana y la mirada perdida de Samuel le bastaron para entender que necesitaban algo más fuerte. Sin mediar palabra, rellenó los pequeños vasos con el licor de hierbas, el aroma anisado flotando entre ellos.

Samuel contempló el líquido ambarino, sus ojos humedeciéndose.

—Rosa siempre decía que las hierbas de Ibiza guardaban historias —murmuró—. Que cada sorbo era un recuerdo.

Capítulo 14: 1913, Una nueva familia

El viento marino mecía las redes tendidas entre los postes de madera de las chabolas de pescadores en la costa de Formentera. Las paredes encaladas reflejaban una luz cegadora. El aroma a sal y romero flotaba en el aire, mezclándose con el humo que escapaba de algunas chimeneas rudimentarias.

Rosa, sentada en el suelo de tierra apisonada junto a la entrada de una chabola, luchaba por dominar el arte del trenzado de esparto. Sus dedos, antes delicados y suaves, mostraban ahora las marcas del trabajo diario.

La abuela Josefa, con su rostro surcado por arrugas profundas como surcos en la tierra, soltó una carcajada al ver los torpes movimientos de Rosa.

—¡Ay, niña! Me acuerdo cuando llegaste hace un año, ni sabías encender el fuego —sus ojos brillaban con afecto maternal mientras sus manos arrugadas guiaban las de Rosa—. Parecías un pajarito perdido.

El cabello canoso de Josefa, recogido en un moño despeinado, se mecía con la brisa mientras supervisaba el trabajo. Su figura encorvada producía sombra sobre el suelo, donde yacían esparcidas las fibras de esparto.

A su alrededor, las otras casitas de los pescadores se alzaban como centinelas silenciosos. Sus techos de paja trenzada, oscurecidos por el tiempo y la humedad, se recortaban contra el cielo azul intenso. Por el sendero de tierra que serpenteaba entre las viviendas, un grupo de pescadores regresaba con las redes al hombro, sus siluetas dibujándose contra el mar que se extendía hasta el horizonte.

—Mira bien cómo se hace —indicó Josefa, sus dedos moviéndose con la precisión que solo otorgan décadas de práctica—. El esparto

tiene que estar bien apretado, sino el canasto no aguantará el peso del pescado.

Rosa entrelazó otra fibra de esparto, sus dedos moviéndose con más confianza tras la demostración de Josefa.

—No sé qué hubiera sido de nosotros sin usted, abuela —susurró Rosa, su voz cargada de emoción mientras recordaba aquel amanecer en la playa—. Un año ya... y nos han dado tanto.

Josefa apartó la mirada, incómoda ante el agradecimiento como siempre. Sus manos callosas continuaron trenzando el esparto con movimientos automáticos.

Un llanto agudo atravesó el aire desde el interior de la chabola. Rosa dejó caer el esparto y se levantó de un salto, el rostro contraído por la preocupación.

—¡Jaume! —sus ojos se llenaron de angustia—. Abuela, ¿y si tiene hambre? Ya no me queda leche y... —se llevó las manos al pecho, frustrada por su incapacidad para alimentar a su pequeño.

Josefa se incorporó con dificultad, sus articulaciones protestando por el movimiento.

—No te atormentes, hija —posó una mano reconfortante sobre el hombro de Rosa—. Los Ferrer tienen una cabra que acaba de parir. Iré a pedirles un poco de leche fiada —sus ojos arrugados se iluminaron con determinación—. Cuando vuelva mi hijo con la pesca del día, les pagaremos.

—Pero abuela...

—Nada de peros. Aquí nos ayudamos todos. ¿O acaso crees que nosotros no hemos necesitado ayuda alguna vez?

Rosa tomó a Jaume entre sus brazos, meciéndolo contra su pecho mientras el pequeño sollozaba. Sus ojos, del mismo verde intenso que los de Bartomeu, la miraban con esa inocencia que le partía el corazón. El pelo oscuro y rizado del bebé, tan similar al de su padre, se pegaba a su frente por el sudor.

Cada vez que miraba a su hijo, el rostro de Bartomeu aparecía en su memoria como una herida que se negaba a cicatrizar. Los recuerdos de aquellos encuentros furtivos bajo el olivo, las notas escondidas, los besos robados en el molino... Todo parecía ahora tan lejano, como si hubiera ocurrido en otra vida.

El bebé se calmó poco a poco, aferrándose con sus diminutos dedos a la tela del vestido de Rosa. Ella contempló el horizonte a través de la ventana de la chabola, preguntándose qué habría sido de Bartomeu. ¿Lo habrían obligado a casarse con aquella heredera catalana? ¿Pensaría en ella alguna vez?

Un sabor amargo le subió a la garganta al recordar a su familia. Los Salazar, con su orgullo y sus prejuicios, con su obsesión por el poder y el dinero. La rabia le ardía en el pecho cada vez que pensaba en cómo la habían tratado, en cómo la habrían obligado a renunciar a su hijo si se hubiera quedado.

Desde que los Delgado la acogieron, jamás había pronunciado su apellido. Nadie en Formentera sabía que era una Salazar, y así quería que siguiera siendo. Aquí era simplemente Rosa, la joven madre que vivía con los pescadores. Los Delgado le habían dado más amor y comprensión en un año que su propia familia en toda una vida.

Jaume bostezó y sus párpados comenzaron a cerrarse. Rosa lo acunó suavemente, tarareando una nana que la abuela Josefa le había enseñado.

* * *

La carroza se detuvo frente al caserío de los Montalbán, sus ruedas crujiendo sobre la gravilla del camino. Bartomeu descendió primero, su rostro una máscara de cortesía que ocultaba el tumulto en su interior. Extendió la mano hacia Gemma, ayudándola a bajar con un gesto mecánico que carecía de la calidez que debería existir entre recién casados.

Doña María se adelantó, sus brazos abiertos y una sonrisa brillante iluminando su rostro. Don Enrique permanecía unos pasos atrás,

asintiendo con aprobación. Miquel y Catalina se acercaron también, curiosos por conocer a su nueva cuñada.

—¡Hijo mío! ¡Qué alegría tenerte en casa! —exclamó Doña María, abrazando a Bartomeu—. Y esta debe ser la encantadora Gemma Ortiz.

Pero Bartomeu apenas registraba las palabras de bienvenida. Sus ojos vagaban por el paisaje familiar: los olivos que le recordaban al viejo árbol donde solía esconder las notas para Rosa, el camino que llevaba al molino donde compartieron su primer beso, las colinas donde habían soñado con un futuro juntos.

—El viaje ha sido agotador —murmuró Gemma, su voz apenas un susurro.

Catalina se acercó tímidamente a su nueva cuñada.

—Tu vestido es precioso —comentó, aunque sus ojos buscaban la reacción de su hermano.

Miquel dio una palmada en la espalda a Bartomeu.

—Barcelona te ha sentado bien, hermano. Aunque pareces distraído.

Bartomeu asintió ausentemente. Cada rincón de esa isla guardaba un recuerdo de Rosa. El aroma de los jazmines que trepaban por las paredes le recordaba el perfume de su pelo, el sonido de las campanas lejanas evocaba su risa y los momentos vividos en la iglesia de Dalt Vila. Incluso el color del cielo parecía más intenso cuando ella estaba en sus pensamientos.

—Debéis estar cansados del viaje —intervino Don Enrique—. Pasad, pasad. La cena está servida.

* * *

Bartomeu y Miquel recorrían los senderos que serpenteaban entre las propiedades familiares. Sus caballos, un zaino y un alazán respectivamente, avanzaban con paso seguro por el terreno pedregoso.

Bartomeu mantenía la mirada fija en el horizonte, sus pensamientos perdidos en Rosa. El sudor corría por su frente, pero apenas lo notaba. A su lado, su hermano Miquel lo observaba de reojo, preocupado por el silencio poco característico de su hermano menor.

El paisaje se extendía ante ellos como un mosaico de tonos ocres y verdes. Los viñedos de los Montalbán se desplegaban ordenadamente hacia el oeste, mientras que hacia el este comenzaban las salinas de los Salazar, brillando como espejos bajo el sol implacable.

Al llegar al límite entre ambas propiedades, marcado por una hilera de pinos centenarios, los hermanos desmontaron. Miquel ató las riendas a una rama baja mientras Bartomeu se dejaba caer pesadamente sobre la tierra seca, apoyando la espalda contra el tronco rugoso de uno de los árboles.

La sombra de los pinos ofrecía un refugio agradable del calor sofocante. Una suave brisa marina traía consigo el perfume resinoso de los pinos. Los caballos agradecieron el descanso, sacudiendo sus crines y resoplando suavemente.

—Barcelona es diferente —dijo al fin Bartomeu, su voz cargada de pesadumbre—. El aire huele a carbón y las calles están siempre atestadas.

Miquel observó el perfil de su hermano, notando las nuevas arrugas que surcaban su frente.

—¿Y qué tal con Gemma? —preguntó, tirando suavemente una piedra contra unos juguetones gorriones en un árbol cercano.

—Es una buena mujer —Bartomeu desvió la mirada hacia los arbustos—. Pero no puedo... cada noche me ahogo entre esas paredes.

El caballo de Bartomeu relinchó, como si compartiera la inquietud de su dueño.

—Padre está satisfecho con la unión —comentó Miquel—. Los Ortiz han ampliado nuestro mercado en Cataluña.

—¿Y de qué me sirve eso? —Bartomeu aflojó las riendas de su caballo, para intentar relajar al animal—. Me paso los días fingiendo, Miquel. Fingiendo que soy feliz con Gemma, fingiendo que me importan las bodegas, fingiendo que he olvidado...

Su voz se quebró. No necesitaba terminar la frase; Miquel conocía bien el nombre que su hermano callaba.

—Ahora que he vuelto de visita, cada rincón de esta isla me recuerda a ella —continuó Bartomeu—. Y en Barcelona, viviendo allí con Gemma, es como si me clavaran un puñal cada vez que respiro.

Miquel se acercó, posando una mano sobre el hombro de su hermano.

—Necesito irme, Miquel —volvió a decir Bartomeu—. No puedo seguir viviendo esta farsa, pretendiendo que todo está bien. Que este matrimonio no es una jaula.

Miquel arrancó una brizna de hierba y la hizo girar entre sus dedos.

—Esta mañana, después del desayuno, escuché a Gemma hablando con madre —sus ojos se encontraron con los de Bartomeu—. Estaba muy emocionada, hablando de bebés. De cómo anhela tener uno en brazos.

Bartomeu dejó escapar un suspiro pesado. El viento sacudió las ramas de los pinos sobre sus cabezas, creando un baile de luces y sombras en el suelo.

—Sus padres no dejan de presionar —pasó una mano por su rostro cansado—. Su padre está muy enfermo, el médico dice que no le queda mucho. Quieren asegurar la sucesión de la empresa cuanto antes.

—¿Tan mal está? —Miquel frunció el ceño.

—Es una enfermedad extraña que se lo está comiendo por dentro —Bartomeu pateó una piedra con frustración—. Y ahora Gemma no para de hablar de herederos. De continuar el legado familiar. Como si fuera tan simple...

Los caballos piafaron inquietos, percibiendo la tensión en el aire.

—Cada vez que menciona tener hijos —continuó Bartomeu, su voz quebrándose—, siento que me ahogo un poco más. No puedo darle un hijo a una mujer a la que no amo. No puedo traer una criatura a este mundo nacida de una mentira.

Bartomeu tragó saliva, sus dedos jugueteando nerviosamente con una ramita caída.

—Miquel... ¿has sabido algo de Rosa? ¿Le va bien, ha conocido a alguien?

Miquel desvió la mirada hacia las salinas que brillaban en la distancia.

—Lo mejor sería que la olvidaras, hermano.

—Por favor —la voz de Bartomeu se quebró—. Necesito saber. Cuéntame lo que hayas escuchado.

Miquel se pasó una mano por el rostro, dudando. El viento agitó las ramas sobre sus cabezas, creando un murmullo inquietante.

—No sé si debo... —Miquel suspiró profundamente—. Lleva desaparecida más de un año. Nadie sabe dónde está.

Bartomeu se levantó de golpe, sus puños apretados.

—¿Por qué nadie me lo había dicho? ¿Por qué todo el mundo me oculta las cosas?

—¿Y todavía lo preguntas? —Miquel señaló su estado alterado—. Por esto mismo. Por cómo te pones.

Bartomeu no esperó a oír más. Con movimientos bruscos, desató las riendas de su caballo y montó de un salto.

—Voy a hablar con los Salazar —declaró, sus ojos ardiendo con determinación—. Tienen que decirme todo lo que sepan.

—¡No lo hagas! —Miquel se acercó al caballo, intentando sujetar las riendas—. ¡No eches más leña al fuego!

Pero Bartomeu ya había espoleado a su montura. El caballo se alejó al galope, levantando una nube de polvo mientras se dirigía hacia las tierras de los Salazar. Los gritos de Miquel se perdieron en el viento.

* * *

Los cascos del caballo resonaron contra los adoquines del patio mientras Bartomeu irrumpía en el caserío de los Salazar. El animal resoplaba, agotado por la carrera, mientras varios trabajadores dejaban sus tareas para observar la escena.

—Señorito Montalbán, márchese —susurró uno de los empleados, apartando un saco de sal—. Si lo ven aquí...

—¡No pienso irme! —la voz de Bartomeu retumbó contra los muros de la finca.

Una mujer que barría el patio soltó la escoba y corrió hacia el interior. Los demás trabajadores intercambiaron miradas nerviosas, conscientes de la tormenta que se avecinaba.

El eco de unos zapatos resonó desde el interior. Doña Concha Salazar apareció en el umbral, su rostro transformándose al reconocer al intruso. Sus ojos negros centellearon con furia mientras descendía los escalones.

—¡Cómo te atreves a presentarte en mi casa! —bramó, su voz cortante como el filo de una navaja—. ¡Después de todo lo que nos has hecho!

Bartomeu desmontó, enfrentando la mirada de la matriarca.

—¿Lo que yo les he hecho? —respondió, sus manos temblando de rabia—. ¿Dónde está Rosa?

—¡Fuera de aquí! —Doña Concha avanzó hacia él, su vestido negro ondeando como las alas de un cuervo—. ¡No tienes derecho a pronunciar su nombre!

Los trabajadores se apartaron, pegándose a las paredes del patio. El aire se había vuelto denso, cargado de una tensión que amenazaba con estallar en cualquier momento.

—¡Esta es una casa decente! —continuó Doña Concha, señalando la salida con un dedo acusador—. ¡No permitiré que un Montalbán la mancille con su presencia!

La sangre de Bartomeu hirvió ante las palabras de Doña Concha. Sus puños se cerraron con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¡Si algo le ha pasado a Rosa es por culpa de todos ustedes! —rugió, dando un paso al frente—. ¡Siempre oponiéndose a nuestro amor! ¡No la merecen como hija!

Doña Concha se irguió, su figura emanando una autoridad amenazante.

—¡Márchate ahora mismo! Si mi marido te ve aquí, cogerá la escopeta y te pegará un tiro —sus ojos relampaguearon con odio—. Tú eres el único culpable de todo lo que ha pasado.

El viento agitó las ramas de los naranjos del patio, arrastrando el aroma amargo de las hojas.

—¡Dejar embarazada a una chica pura como ella fuera del matrimonio! —escupió Doña Concha—. Solo tienes un objetivo, al igual que toda tu familia: destruir a los Salazar. Pero no lo consentiré.

Las últimas palabras de Doña Concha cayeron como un rayo sobre Bartomeu. ¿Embarazada? El mundo pareció detenerse a su alrededor.

—Mi hija fue una idiota dejándose embaucar por un don nadie como tú —continuó Doña Concha, su voz cargada de desprecio—. Se tuvo

que marchar para evitarnos a todos la vergüenza.

Bartomeu se quedó petrificado, su rostro palideció mientras asimilaba la noticia. Rosa estaba embarazada. Un hijo suyo. Las piernas le temblaron, amenazando con fallarle.

El crujido de unas cajas al estrellarse contra el suelo resonó por el patio. Don Rodrigo había aparecido por un lateral de la casa, sus ojos inyectados en sangre al reconocer al intruso.

—¡Tú! —rugió, su voz retumbando por todo el recinto—. ¡Pascual, tráeme la escopeta! ¡Ahora mismo!

El empleado salió corriendo hacia el almacén mientras Don Rodrigo avanzaba como un toro embravecido.

—¡Hoy no sales vivo de aquí, cerdo! —bramó, su rostro contorsionado por la furia—. ¡Has traído la desgracia a esta casa! ¡A mi familia!

Bartomeu, consciente del peligro inminente, retrocedió hacia su caballo. Los trabajadores se apartaron, pegándose aún más a las paredes del patio. El animal relinchaba nervioso, contagiado por los gritos a su alrededor.

Don Rodrigo se acercaba cada vez más, sus puños preparados para golpear. Sus pisadas retumbaban contra los adoquines como martillazos.

—¡Mi hija! ¡Mi Rosa! —escupió las palabras con odio—. ¡Todo por tu culpa!

Bartomeu saltó sobre su montura justo cuando Pascual aparecía por la puerta del almacén con la escopeta en las manos. Sin perder un segundo, clavó los talones en los flancos del animal. El caballo se encabritó y salió disparado hacia la salida, sus cascos levantando una nube de polvo.

Don Rodrigo agarró el arma de las manos de Pascual, pero Bartomeu ya había cruzado el portón principal, alejándose a toda velocidad de las tierras de los Salazar.

El caballo de Bartomeu trotaba sin dirección, sus cascos golpeando la tierra rojiza mientras el sol descendía en el horizonte. Las palabras de Doña Concha sonaban en su cabeza como un ruido insoportable: "embarazada", "vergüenza", "don nadie". Su mente saltaba de un pensamiento a otro, incapaz de centrarse en nada concreto.

La noche cayó y el aire se volvió frío. El caballo, cubierto de sudor y espuma, jadeaba pesadamente. Sus pasos se habían vuelto lentos e irregulares tras horas de cabalgata sin descanso.

Cuando la luna asomó entre las nubes, Bartomeu alzó la vista y reconoció la silueta familiar del molino de aceite recortada contra el cielo nocturno. El mismo lugar donde tantas veces se había encontrado con Rosa, donde habían compartido besos furtivos y promesas de amor eterno.

Desmontó con piernas temblorosas. El caballo, exhausto, apenas se movió cuando Bartomeu lo condujo hacia el abrevadero de piedra. El animal hundió el hocico en el agua fresca mientras su jinete se alejaba con pasos vacilantes.

La pared del molino estaba fría contra su espalda cuando se dejó caer junto a ella. El silencio de la noche solo se rompía por el suave borboteo del agua y los ocasionales resoplidos del caballo.

Y entonces, como si algo se hubiera roto dentro de él, Bartomeu comenzó a llorar. No fueron lágrimas silenciosas, sino sollozos desgarradores que sacudían todo su cuerpo. Sus puños golpeaban la tierra mientras dejaba salir toda la rabia, la impotencia y el dolor que había estado conteniendo. Lloró por Rosa, por su hijo desconocido, por todos los sueños que se habían hecho añicos contra la realidad de su mundo.

* * *

La barca se mecía suavemente sobre las aguas cristalinas de Formentera mientras se acercaba al pequeño embarcadero de madera. Joan Delgado, un hombre enjuto y nervioso de rostro curtido por el sol, sostenía el timón con manos callosas. Sus ojos,

acostumbrados a escudriñar el horizonte, se posaron en la figura encorvada de su madre Josefa, que esperaba en la orilla después de la jornada como cada día desde que él tenía uso de razón.

La relación entre madre e hijo se había forjado en la dureza del mar y la pobreza. Josefa le había enseñado todos los secretos de la pesca, transmitiéndole un oficio que llevaban en la sangre. Ahora, con su madre demasiado mayor para salir a faenar, Joan cargaba con la responsabilidad de mantener a la familia.

El barco se detuvo junto al embarcadero con un suave golpe. Joan saltó el primero, atando la embarcación con movimientos precisos y rápidos. Se volvió hacia su mujer Margalida, quien, a pesar de su avanzado estado de gestación, insistía en acompañarlo cada día.

—Dame la mano —gruñó Joan, extendiendo el brazo hacia ella—. No deberías seguir viniendo en tu estado.

Margalida ignoró su comentario y aceptó la ayuda, bajando con cuidado. Su vientre abultado dificultaba sus movimientos, pero su rostro bronceado mostraba la misma determinación de siempre.

Los otros pescadores comenzaron a descargar las cajas rebosantes de pescado fresco y las pesadas redes empapadas. El olor a sal y pescado impregnaba el aire mientras los hombres trabajaban en silencio, conocedores de su rutina diaria.

Rosa salió de la cabaña, entrecerrando los ojos ante la luz brillante del atardecer. El aire salado le acarició el rostro mientras observaba el grupo de pescadores descargando su captura. La figura encorvada de la abuela Josefa destacaba entre ellos, sus manos arrugadas apoyadas en un viejo bastón de madera.

—Parece que hoy traen buen cargamento —dijo Rosa, acercándose a la anciana con pasos lentos.

Josefa asintió sin apartar la vista del mar. Sus ojos gastados contemplaban las olas con una mezcla de respeto y temor.

—El mar es traicionero, hija. Cada día doy gracias por ver regresar a Joan, Margalida y los otros hombres sanos y salvos. Nunca sabes cuándo puede formarse una tormenta.

Rosa observó cómo los pescadores trasladaban las cajas repletas de pescado. El sol poniente teñía el agua de tonos cobrizos.

—¿Su marido también era pescador? —preguntó Rosa con suavidad.

—Sí —respondió Josefa, y su voz se quebró ligeramente—. Tuvo muy mala suerte.

Rosa no quiso ahondar más en el tema. El dolor en los ojos de la anciana le resultaba demasiado familiar. Ella también conocía esa sensación de pérdida irreparable, ese vacío que deja alguien cuando desaparece para siempre. Permaneció en silencio junto a Josefa, ambas mujeres unidas por el peso de sus ausencias mientras contemplaban el horizonte donde el sol se hundía en el mar.

Joan se acercó a las dos mujeres, interrumpiendo sus pensamientos con una sonrisa que iluminaba su rostro curtido. Sus pasos ágiles resonaron sobre la madera del embarcadero mientras se aproximaba. Depositó un beso en la mejilla arrugada de su madre y otro en la frente de Rosa.

—¡Qué día! —exclamó, pasándose una mano por el pelo húmedo de salitre—. Hacía semanas que no teníamos una pesca tan abundante.

Sus ojos brillaban con el entusiasmo del éxito. El montón de cajas repletas de pescado fresco prometía semanas sin preocupaciones económicas. Joan observó con orgullo el fruto de su trabajo mientras los últimos rayos del sol arrancaban destellos plateados de las escamas.

Margalida se acercó con paso pesado, una mano apoyada en su vientre abultado. Se dejó caer junto a la entrada de la caseta, donde estaban Josefa y Rosa. Le corría el sudor por la frente bronceada por las largas jornadas en el mar.

Rosa la miró con comprensión, reconociendo en ella el cansancio que ella misma había experimentado durante su embarazo.

—¿Cuánto te queda? —preguntó Rosa con suavidad.

Margalida se pasó una mano por el vientre en un gesto instintivo.

—Algunas semanas más —respondió, esbozando una sonrisa cansada—. Aunque a veces parece una eternidad.

Joan se acercó de nuevo al grupo de mujeres, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Sus ojos brillaban con una mezcla de cansancio y satisfacción después de la ardua jornada.

—Venga, que esto no ha terminado —dio una palmada para llamar su atención—. Hay que limpiar las redes y preparar el pescado con sal. No podemos dejar que se eche a perder.

Margalida se incorporó con dificultad, apoyándose en la pared de la chabola.

—Ya voy, hombre. Que una no está inválida.

Rosa se apresuró a ayudarla, pero Margalida rechazó el gesto con un movimiento de cabeza.

—He hablado con los otros —continuó Joan mientras desenredaba una red—. Esta noche haremos una fiesta aquí en las chabolas. Hay que celebrar el buen día que hemos tenido.

La abuela Josefa asintió con aprobación.

—Hace tiempo que no celebramos nada —sus ojos arrugados se iluminaron—. Bien nos viene un poco de alegría.

—Pues venga, a trabajar —Joan extendió una red sobre la arena—. Cuanto antes terminemos, antes empezaremos la fiesta.

Las mujeres se pusieron manos a la obra. Margalida, a pesar de su estado, comenzó a clasificar el pescado con movimientos expertos. Rosa la imitó, aprendiendo de sus gestos precisos mientras separaban las piezas que irían a la sal de las que colgarían para

secar. La abuela Josefa supervisaba el trabajo desde su asiento, dando instrucciones ocasionales con voz firme.

El resto de los pescadores y sus familias se movían por la playa con similar energía, todos animados por la promesa de la celebración.

* * *

El vino corría generoso entre los pescadores mientras la música de castañuelas y flauta resonaba en la noche estrellada. Rosa se tambaleaba ligeramente, sus mejillas encendidas por el alcohol y el calor del baile. A pesar de haber intentado moderar su consumo mezclando el vino con agua, el ambiente festivo la había llevado a beber más de lo acostumbrado.

Margalida la sujetaba por la cintura, guiándola en los pasos del Ball Pagès con paciencia. Su vientre abultado no le impedía moverse con gracia natural, fruto de años bailando estas danzas tradicionales.

—No te preocupes tanto —le decía entre risas—. Déjate llevar por la música.

Rosa tropezaba e intentaba seguir el ritmo, sus pies torpes sobre la arena. Las risas y conversaciones de los pescadores se mezclaban con las notas de la flauta, creando una atmósfera de alegría contagiosa que Rosa no había experimentado en mucho tiempo.

Dentro de la chabola, el pequeño Jaume dormía profundamente en su cuna improvisada, ajeno al bullicio exterior. La abuela Josefa permanecía sentada junto a él, sus viejos huesos ya sin fuerzas para el festejo. De vez en cuando echaba un vistazo al bebé y sonreía al escuchar las carcajadas de Rosa mezcladas con la música.

Rosa giraba y saltaba, dejándose envolver por la calidez de la celebración. Por primera vez en meses, las preocupaciones y el dolor del pasado parecían diluirse en la noche, reemplazados por una sensación de pertenencia y libertad que nunca había sentido entre los muros de la mansión Salazar.

Un poco más tarde, Joan se acercó a Rosa con una botella de cristal verdoso en la mano, con la mirada encendida con picardía bajo la luz de las antorchas.

—Prueba esto —le ofreció—. Es aguardiente de hierbas, lo destila un amigo.

Rosa dudó un momento, consciente de que ya había bebido suficiente, pero finalmente aceptó un pequeño sorbo. El licor le quemó la garganta y la hizo toser, arrancando risas entre los presentes.

Un joven pescador de hombros anchos y sonrisa cautivadora se acercó a ella, moviéndose al ritmo de la música. Sus ojos oscuros reflejaban el resplandor de las llamas mientras la invitaba a bailar. Rosa notó su atractivo, el bronceado de su piel curtida por el sol y el mar.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en la isla —susurró él, inclinándose hacia ella.

Rosa sonrió, halagada por el cumplido pero firme en su respuesta.

—Gracias, pero prefiero descansar un poco.

El joven asintió con dignidad y se alejó hacia otra muchacha que bailaba cerca del fuego, aunque la decepción se dibujaba en su rostro.

Joan rodeó los hombros de Rosa con un abrazo fraternal, su voz ronca por la emoción y el vino.

—¿Sabes? Ya eres parte de nuestra familia —le dijo—. Para mí eres como una hermana.

Rosa rio, apoyándose en su hombro mientras contemplaba la escena a su alrededor: las parejas bailando, los niños persiguiéndose entre las piernas de los adultos, el olor a pescado asado y el rumor constante del mar. Esta simplicidad, esta alegría sin pretensiones, llenaba su corazón de una manera que nunca había experimentado en su antigua vida. Formentera, con su pequeño poblado de

pescadores, se había convertido en su verdadero hogar, y no lo cambiaría ahora por todos los lujos del mundo.

Margalida se sentó junto a Rosa en uno de los troncos que servían como asiento improvisado. El fuego crepitaba junto a ellas mientras observaban al joven pescador de antes bailando con otra muchacha.

—Es guapo el mozo, ¿eh? —Margalida le dio un empujón juguetón —. Te miraba con ojos de cordero degollado.

Rosa soltó una risa suave, sus dedos jugando con el borde desgastado de su falda.

—Sí que lo es —admitió—. Pero creo que ya nunca más podré enamorarme.

Margalida la observó con curiosidad, sus ojos centelleantes bajo la luz de las antorchas.

—¿Es por el padre de Jaume?

Rosa asintió, bajando la mirada hacia sus manos. El alcohol había aflojado su lengua, pero aún así el dolor seguía siendo demasiado profundo para ponerlo en palabras.

—Creo... creo que necesito tumbarme un rato —murmuró Rosa, llevándose una mano a la frente—. Todo me da vueltas.

Se levantó con cierta dificultad, todavía riendo por el mareo que sentía. Sus pasos la llevaron hacia la caseta donde Josefa velaba el sueño de Jaume. El sonido de la música y las risas se fue apagando mientras se adentraba en la penumbra del refugio, donde el aire olía a humedad y madera vieja.

Ya dentro de la casa, Rosa se sentó junto a Josefa en el rincón. La anciana acariciaba con ternura la mejilla del pequeño Jaume, que dormía plácidamente ajeno al bullicio exterior. El aguardiente y el vino habían roto las últimas barreras que Rosa mantenía en su corazón.

—Abuela Josefa... —susurró Rosa, con la voz quebrada—. Vengo de una familia poderosa de Ibiza, los Salazar.

Las palabras brotaron como un torrente. Le habló de Bartomeu, de sus encuentros secretos, de cómo se entregaron el uno al otro con la inocencia del primer amor. Le contó sobre la furia de sus padres al descubrir el romance, de los encierros. De cómo supo que estaba embarazada y el terror que sintió al imaginar lo que su familia haría con la criatura.

—Escapé una noche —continuó Rosa, las lágrimas rodando por sus mejillas—. Corrí hasta que no pude más. Solo quería proteger a mi bebé.

Josefa la escuchaba en silencio, sus ojos sabios brillando en la penumbra.

—Has tardado, hija —murmuró la anciana, estrechándola entre sus brazos—. Pero sabía que algún día estarías preparada para contarlo.

—Jamás podré agradeceros todo lo que habéis hecho por nosotros desde aquel día que me encontraron en la playa —sollozó Rosa.

Josefa enjugó una lágrima que resbalaba por su arrugado rostro.

—Dios tiene un plan para todo, mi niña —susurró con voz temblorosa—. Y tú ya eres parte de esta familia. Para todos nosotros eres Rosa Delgado. El pasado no importa. —La anciana tomó el rostro de Rosa entre sus manos callosas—. Una familia que te ha tratado así no te merece.

Fuera, las risas y la música continuaban. El sonido de las castañuelas y los cantos se colaba por las rendijas de la caseta, mientras la abuela Josefa y Rosa permanecían abrazadas en la intimidad de aquel momento de confesión.

Capítulo 15: 2024, Los dueños de Ibiza

El rugido del motor V8 del Ferrari California resonó contra los edificios alineados junto al paseo antes de apagarse frente a la inmobiliaria. Pau Salazar emergió del asiento de cuero italiano, su figura imponente sobre el pavimento. Los tatuajes tribales serpenteaban por sus brazos bronceados hasta perderse bajo las mangas de su camiseta negra ajustada. Una calavera mexicana decoraba su antebrazo derecho, mientras que un dragón oriental se enroscaba en el izquierdo hasta su cuello.

Arrojó la colilla del cigarro al suelo y la aplastó con sus botas militares. Su cabello negro, despeinado por el viento, le daba un aire rebelde que contrastaba con el Rolex de oro que brillaba en su muñeca.

Empujó la puerta de cristal y entró en la oficina climatizada. La asistenta, una joven rubia de aspecto tímido, levantó la vista de su ordenador.

—Nena, prepárame un café solo sin azúcar —ordenó Pau con tono condescendiente, quitándose las gafas de sol Ray-Ban—. Y que esté caliente, no me gusta beber un brebaje frío.

La chica asintió, acostumbrada a su actitud autoritaria, cuando aparecía por allí.

—¿Está el jefe? —preguntó, aunque ya se dirigía hacia el despacho.

La secretaria apenas tuvo tiempo de asentir antes de que Pau irrumpiera en la oficina de Adrián sin llamar. El empresario estaba al teléfono, sentado en su sillón de cuero negro. Su rostro se tensó al ver a Pau.

—Te llamo luego —cortó Adrián secamente, colgando el teléfono.

Adrián Salazar estaba sentado tras su escritorio de caoba. A sus cincuenta y cinco años, su cabello castaño salpicado de canas y sus ojos azules penetrantes proyectaban una imagen de autoridad y distinción. Su traje italiano hecho a medida contrastaba con la apariencia desaliñada de su primo.

—¿Qué quieres hoy, Pau? —preguntó Adrián, su voz teñida de hastío.

Sin mediar palabra, Pau subió sus botas sobre la mesa. Adrián se levantó de inmediato y las apartó con un gesto brusco.

—Por favor, quita tus pies de mi mesa. ¿Es que tu madre no te enseñó modales?

—Venga tío, no te pongas así —sonrió Pau con descaro—. Vengo a hablarte de esos terrenos que han quedado libres al final de Playa d'en Bossa. Los quiero para ampliar el club.

—Primero se saluda, ¿no crees? —Adrián se ajustó la corbata mientras observaba el aspecto demacrado de su primo—. Tienes un aspecto horrible.

—He dormido mal. Estuve en el club Lío anoche, cenando con unos amigos. Luego aparecieron unas chicas y... ya sabes cómo va esto. Acabamos en la villa esta mañana.

—Ahórrame los detalles —Adrián levantó una mano para interrumpirlo—. Sobre los terrenos... no será un gran problema. Moveré los hilos necesarios, aunque hay bastantes interesados.

La asistenta entró silenciosamente con el café humeante. Sus tacones resonaron contra el suelo de acabado liso y frío mientras se acercaba al escritorio. Depositó la taza frente a Pau sin mirarlo directamente. A sus veinticinco años, detestaba la arrogancia de esos empresarios maduros que se creían dueños del mundo.

Pau ni siquiera levantó la vista cuando ella se retiró. Dio un sorbo al café y frunció el ceño.

—¿Has pensado ya en alguna constructora para el proyecto? —preguntó Adrián, reclinándose en su sillón.

—Bah, encárgate tú de esos detalles —Pau agitó la mano con desdén—. Sabes que no me va todo ese rollo burocrático.

—Podrías considerar la empresa de Valeria Montalbán —sugirió Adrián mientras jugueteaba con un bolígrafo—. Está llevando casi todas las obras grandes de la isla últimamente.

Pau escupió parte del café sobre la mesa.

—¿Estás de coña? Ni muerto trabajo con esa lesbiana —espetó, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Y encima es una Montalbán. ¿Te imaginas lo que dirían nuestros padres? La abuela Francisca y la bisabuela Concha se revolverían en sus tumbas.

Adrián se irguió hacia adelante en su silla, sus dedos tamborileando sobre el escritorio.

—Como quieras, pero según los arquitectos con los que suelo trabajar, su empresa es de las que más dinero mueve en obras ahora mismo en la isla —sus ojos azules se clavaron en Pau—. Y no deberías hablar así de ella. Que sea lesbiana y le guste dar el espectáculo en televisión no significa que sea mala persona. Al final lo importante son los contactos y el dinero que se genera en negocios con ellos.

Pau soltó una carcajada ronca.

—Claro, tú la defiendes porque también eres del club de los rabos.

El rostro de Adrián se endureció.

—Eres un vulgar. No tienes por qué hablar así de despectivo acerca de la gente con gustos sexuales por el mismo sexo.

—Eh, que yo no tengo nada en contra de pasárselo bien —Pau se encogió de hombros, una sonrisa torcida en sus labios—. Incluso a mí me ha hecho algún tío un buen trabajo ahí abajo, eso sí, estaba

muy colocado —dio otro sorbo al café—. Yo tengo claro que me van las tías de todas las edades.

Adrián se levantó de golpe, su silla rodando hacia atrás.

—Eres un asqueroso —escupió las palabras—. Déjame ya en paz, tengo mucho trabajo.

Pau se levantó del sillón, estirando sus músculos como un felino satisfecho.

—No te olvides de los terrenos —dijo, señalando a su primo con el dedo—. Me corre prisa. Y no te hagas el santurrón conmigo... que los que parecen más modositos siempre tienen los fetiches más raros —soltó una risotada—. Lo veo cada noche en el club, cuando los VIP se descontrolan. Una cosa mala, primo.

Adrián apretó la mandíbula, sus nudillos blancos sobre el escritorio.

—Lárgate ya de aquí —masculló entre dientes.

—Me ocuparé de todo —añadió, girándose hacia la puerta—. No quiero que nadie me moleste, tengo llamadas importantes que hacer.

Pau atravesó la oficina con paso despreocupado. Al pasar junto al escritorio de la asistenta, se inclinó sobre ella.

—Adiós, guapa —ronroneó con una sonrisa lasciva.

La joven mantuvo la vista fija en la pantalla del ordenador, ignorándolo por completo.

Ya en la calle, Pau sacó un cigarrillo y lo encendió, dando una profunda calada mientras se volvía a subir en su Ferrari California. El humo se elevó en espirales hacia el cielo azul de Ibiza.

* * *

Las luces del plató de televisión de las islas brillaban sobre el grupo de tertulianos sentados en semicírculo. El moderador, un hombre de

mediana edad con gafas de pasta, se dirigió hacia la figura más llamativa del panel.

Valeria Montalbán se reposicionó en su asiento, cruzando sus largas piernas enfundadas en un pantalón de vestir negro. Su cabello rubio platino, cortado en un bob asimétrico, enmarcaba un rostro angular con pómulos prominentes. A sus cuarenta y tres años, su presencia resultaba magnética: una combinación de elegancia natural y actitud desafiante. Sus ojos verdes, realzados por un maquillaje impecable, escudriñaban al moderador mientras este exponía la problemática de la empresa Uber en la isla.

Llevaba una americana blanca sobre una camiseta negra con un discreto escote, y en su muñeca brillaba un reloj y varias pulseras de oro. Sus dedos, adornados con varios anillos de plata, jugueteaban con un mechero Zippo mientras esperaba su turno para hablar. El aroma de su perfume caro se mezclaba con un ligero rastro a tabaco, evidencia de su último cigarrillo en el descanso.

—Valeria, como empresaria destacada de la isla, ¿qué opinas sobre la entrada de Uber y los problemas que está generando? —preguntó el moderador, ajustándose las gafas.

Ella se inclinó hacia delante, una media sonrisa dibujándose en sus labios pintados de rojo oscuro. El micro prendido en la solapa de su americana captó el sonido de su respiración profunda antes de responder. Los otros tertulianos se removieron en sus asientos, conocedores de que cuando Valeria Montalbán tomaba la palabra, sus opiniones solían desatar la polémica.

Valeria se llevó el vaso que le habían puesto en el plató a los labios y bebió con parsimonia aquel líquido que, sin lugar a dudas, distaba mucho de ser simplemente agua mineral.

—Mira, te voy a ser sincera —volvió a dar otro trago—. Me suda el coño si Uber viene o no viene. En esta isla ya hay suficientes opciones de transporte.

Sus dedos tamborilearon sobre el reposabrazos mientras continuaba:

—Los que no tienen pasta, que cojan el autobús. Y los que sí la tienen, como yo, pues para eso están los chóferes privados —soltó una risa seca—. Es lo más práctico cuando sales hasta arriba de una fiesta, ¿no?

Un sindicalista sentado frente a ella, se inclinó hacia adelante con el ceño fruncido.

—No todo el mundo es un Montalbán como tú, Valeria. No todos nadamos en billetes ni podemos permitirnos un chófer particular. Incluso los taxis resultan prohibitivos para muchos trabajadores.

Valeria rodó los ojos y volvió a dejar la bebida en la mesa con un gesto brusco.

—Pues que no vengan, bonito —espetó con una sonrisa cruel—. Ese tipo de gente no la queremos en Ibiza.

El público estalló en reacciones encontradas. Desde las gradas traseras llegaron abucheos y gritos de protesta, mientras que en las primeras filas varios espectadores aplaudían y reían la ocurrencia. El moderador intentó calmar los ánimos alzando las manos, pero el daño ya estaba hecho.

Una media hora más tarde el programa ya había terminado y Valeria había vuelto al camerino para prepararse y volver a casa. Éste olía a una mezcla de laca para el pelo y tabaco. Valeria se quitó los pendientes de oro mientras observaba su reflejo en el espejo rodeado de bombillas. Dejo algunas otras joyas junto con los pendientes sobre el tocador con un tintineo metálico.

La puerta se abrió de golpe y Marta, su asistente personal, entró como un torbellino, con el móvil en una mano y una tablet en la otra.

—¡Jefa, lo has vuelto a hacer! —exclamó Marta mientras se ajustaba las gafas—. Las redes sociales están que arden. El hashtag #ValeriaMontalbánIbiza es trending topic nacional.

Valeria encendió un cigarrillo y dio una calada profunda, ignorando el cartel de prohibido fumar.

—¿Y qué dicen los gilipollas esta vez? —exhaló el humo con desdén.

—La mitad te adora y la otra mitad quiere crucificarte —Marta deslizó el dedo por la pantalla de la tablet—. Los empresarios de la isla te aplauden por "decir las verdades", pero otros están que trinan.

—Como siempre —Valeria se levantó y cogió su bolso de diseño—. ¿Cuántas amenazas de muerte llevamos hoy?

—Solo tres, vamos mejorando —Marta soltó una risita nerviosa mientras seguía a su jefa—. Por cierto, tu exmujer ha compartido el vídeo del programa con un emoji de una palmada en la cara.

Valeria se detuvo en seco y giró sobre sus tacones.

—¿Elena ha compartido el vídeo? —sus ojos verdes brillaron con interés—. Vaya, parece que todavía le importo lo suficiente como para estar pendiente de mis polémicas.

Valeria le arrebató la tablet a Marta con un gesto brusco y la dejó sobre el tocador.

—Deja ya las putas redes sociales, que me das dolor de cabeza —dio otra calada a su cigarrillo—. Tenemos trabajo más importante que hacer.

Marta parpadeó, confundida, mientras sacaba su libreta del bolso.

—¿Más importante que gestionar la crisis mediática?

—Aitana Solare —Valeria pronunció el nombre como si saboreara cada sílaba—. La niñata esa que tiene varios millones de seguidores y se cree la reina de Ibiza.

—La DJ e influencer... —Marta asintió mientras escribía—. Está en la isla desde hace unos días, alojada en su yate.

Valeria se acercó al espejo y retocó su pintalabios rojo con precisión milimétrica.

—Quiero un encuentro con ella. Casual, espontáneo... ya sabes cómo funcionan estas cosas —sus ojos brillaron con malicia—. Un par de fotos polémicas, algún encontronazo en público... Lo suficiente para que los medios hablen de nosotras durante semanas.

—Pero... ¿no crees que sería demasiado obvio? —Marta se mordió el labio, nerviosa.

—Por favor, ¿has visto su Instagram? —Valeria soltó una carcajada seca—. La niña vive para la polémica. Un poco de drama con la empresaria lesbiana más famosa de Ibiza le vendrá de perlas para sus números.

Marta garabateó rápidamente en su libreta mientras Valeria apagaba el cigarrillo en un vaso de agua.

—Averigua su agenda, sus locales favoritos, dónde come, dónde cena... —Valeria se colocó la americana—. Y, sobre todo, encuentra el momento perfecto para que nuestros caminos se crucen.

Marta hojeó nerviosamente su libreta mientras seguía a Valeria.

—Por cierto, ¿te enteraste del follón que hubo la semana pasada en la Villa de Talamanca? El evento ese al que iba Aitana, con el promotor Martín Díaz...

Valeria se detuvo en seco y se giró hacia su asistente, sus ojos verdes entrecerrados.

—¿El evento de la villa? —sus dedos tamborilearon sobre el bolso de diseño—. Algo oí, pero una pena que no estuviera invitada.

Su voz destilaba un veneno apenas contenido. Marta se encogió, sabiendo lo que venía.

—Te lo he dicho mil veces, joder —Valeria alzó un dedo acusador—. Quiero estar en todos los eventos donde haya gente con pasta. ¿Sabes cuántos contratos para la constructora salen de esas fiestas?

—Lo siento, jefa —Marta garabateó frenéticamente en su libreta—. Me aseguraré de que no vuelva a pasar.

—Contactos y contactos —Valeria recogió su chaqueta del perchero con un movimiento brusco—. Es la puta clave de todo en esta isla.

Marta consultó su móvil mientras caminaban por el pasillo de la televisión, esquivando cables y focos.

—El viernes que viene Aitana tiene una sesión privada en el club Chinois —sus dedos se deslizaron por la pantalla—. Es un evento VIP en el casino, muy exclusivo. Solo doscientos invitados.

Valeria se detuvo y arqueó una ceja, interesada.

—¿Chinois? —sacó un cigarrillo de un paquete que tenía en el bolso —. No está mal. El sitio tiene clase, no como esas discotecas llenas de guiris borrachos.

—Conozco al jefe de seguridad del casino —Marta sonrió con complicidad mientras guardaba el móvil—. Podría conseguir que te añadan a la lista VIP.

Una sonrisa depredadora se dibujó en los labios rojos de Valeria. Encendió el cigarrillo con su Zippo, ignorando las miradas reprobatorias de un técnico que pasaba.

—Así me gusta, coño —exhaló el humo con satisfacción—. Por fin empiezas a entender cómo funcionan las cosas en esta isla.

Marta asintió, complacida por la aprobación de su jefa.

—¿Entonces confirmo tu asistencia?

—Por supuesto —Valeria dio otra calada—. No me perdería por nada del mundo la oportunidad de conocer a la niñata esa.

Unos minutos después ambas se encontraban en el aparcamiento subterráneo que olía a gasolina y a humedad. Valeria le tendió las llaves de su Range Rover al encargado, un hombre mayor con uniforme azul marino que las cogió con una inclinación de cabeza.

Sus tacones resonaron contra el suelo de cemento mientras esperaba, marcando un ritmo impaciente.

Sacó otro cigarrillo del paquete y lo encendió con el Zippo, que produjo un chasquido metálico en el silencio del parking. Detrás de ella, Marta seguía absorta en las pantallas de sus dispositivos, sus dedos volando sobre la superficie táctil mientras gestionaba las redes sociales.

El humo del cigarro se elevó en espirales hacia el techo bajo de hormigón mientras Valeria se perdía en sus pensamientos. Se imaginó los titulares: "Valeria Montalbán pone en su sitio a la influencer del momento". Podía ver los miles de nuevos seguidores, las menciones en programas de televisión, los memes virales. Una sonrisa cruel se dibujó en sus labios rojos al visualizar la cara de Aitana descompuesta por la humillación pública.

—Más de cincuenta mil visualizaciones del programa en menos de una hora —murmuró Marta sin levantar la vista del móvil.

Valeria exhaló una bocanada de humo.

—Cuando acabe con la niñata esa, serán millones —dio otra calada mientras observaba las luces de neón parpadeantes del parking—. La gente adora ver caer a los que se creen intocables.

El rugido del motor del Range Rover negro se acercó por la rampa. El encargado lo detuvo frente a ellas con precisión milimétrica.

Capítulo 16: 2024, Encuentros inesperados

La música retumbaba desde el interior del Club Chinois, sus vibraciones atravesando las paredes del casino. Una cola serpenteante de cientos de personas se extendía por la acera, mientras que en la entrada VIP apenas una docena de personas esperaban bajo la luz rojiza del neón.

David se pasó la mano por el pelo rubio, irritado. El calor de pleno verano pegaba su camiseta blanca al cuerpo mientras el guardia de seguridad, un hombre corpulento con traje negro, examinaba su documento de identidad alemán.

—Lo siento, pero no aparece en la lista —el guardia tocó su auricular —. Déjeme verificar con el interior.

David resopló. A su alrededor, los murmullos excitados de la multitud creaban un zumbido constante. Varios teléfonos móviles apuntaban hacia la entrada, esperando captar la llegada de algún famoso.

—Soy el fotógrafo oficial de Aitana —David señaló la cámara profesional que colgaba de su cuello—. Tiene que haber un error.

El guardia mantuvo su expresión impasible mientras hablaba en voz baja por el micrófono.

—Es una actuación exclusiva —murmuró una chica detrás de David a su amiga—. Dicen que solo toca tres veces este verano mientras está en su yate.

—Ya sabes cómo es —respondió la otra—. En realidad, pasa el verano en la isla en su yate para enseñarse y hacer networking.

David tamborileó los dedos sobre la correa de su cámara. El sudor le corría por la espalda mientras observaba al guardia hablar por el auricular. La cola VIP avanzaba lentamente a su lado, mientras él permanecía atrapado en el limbo burocrático de la lista de invitados.

A unos metros de allí en el interior del club, en la zona VIP, Martín se recostó contra el sofá de terciopelo rojo mientras observaba a Aitana tomar otro sorbo de su copa de champán rosado. El ambiente íntimo de la sala contrastaba con el bullicio creciente que llegaba desde la pista principal.

—Esta botella tampoco está lo suficientemente fría —Aitana arrugó la nariz, pasándole la copa a una de sus asistentes—. Tráeme otra, y esta vez asegúrate de que esté a la temperatura correcta.

La asistente desapareció entre las sombras rojizas del club. Martín consultó su reloj: faltaban casi dos horas para la actuación. A su alrededor, el séquito de Aitana ocupaba los sofás en pequeños grupos, todos pendientes de cualquier gesto o necesidad de la DJ.

—¿Dónde está el fotógrafo? —Aitana escrutó la sala con sus ojos azules—. Se supone que debe documentar toda la noche.

—Estará al llegar —Martín tecleó en su móvil, enviando un mensaje urgente al jefe del personal de seguridad en el club—. Seguramente nadie se había ocupado de añadirlo a la lista en la entrada. Siempre se tenía que ocupar de todo personalmente.

La música de fondo resonaba mientras los primeros clientes VIP comenzaban a llenar las mesas cercanas. Algunos intentaban captar la atención de Aitana discretamente, pero ella permanecía absorta en su teléfono, deslizando el dedo por la pantalla mientras ignoraba deliberadamente las miradas.

—Necesito que el fotógrafo esté aquí antes de que empiece a llegar todo el mundo —sentenció sin levantar la vista—. Quiero fotos buenas para publicar en mis redes sociales, el móvil aquí dentro con esta luz no me saca suficientemente favorecida.

La asistente regresó con una nueva botella de champán. Aitana la examinó con ojo crítico antes de permitir que se la sirvieran.

Fuera en la calle, el chico de seguridad de la cola VIP finalmente asintió y apartó el cordón de terciopelo.

—Puede pasar, señor von König. Disculpe el malentendido.

David atravesó la entrada VIP, el aire acondicionado golpeándole la piel sudada. Justo detrás de él, Valeria Montalbán entró con paso firme, seguida por su asistente Marta que tomaba notas frenéticamente en su libreta.

—¿Esta es nuestra mesa? —Valeria señaló un rincón alejado del epicentro VIP donde Aitana reinaba—. Inaceptable. Marta, ocúpate de esto.

Valeria alzó la mano en dirección a Aitana, esbozando una sonrisa artificial. La DJ ni siquiera la miró, ocupada en criticar el servicio del local.

—¡Por fin apareces! —Martín interceptó a David entre las mesas—. Empieza a hacer fotos ya, que Aitana está insoportable y necesita material para sus redes.

David ajustó la configuración de su cámara mientras observaba a Aitana gesticular dramáticamente sobre algo relacionado con la temperatura del aire acondicionado.

—Tráeme una botella de Grey Goose —ordenó Valeria a un camarero desde su mesa apartada—. Y agua mineral para mi asistente.

—¿Sólo agua para mí? —Marta la miró perpleja—. ¿No debería...?

—Bastante te pago ya, la entrada VIP al club y que se yo. No te voy a dar encima alcohol gratis. La botella es para mí sola —cortó Valeria —. Tú céntrate en conseguirnos una mejor ubicación.

Seguidamente Valeria se levantó de su mesa alejada, alisándose el vestido con determinación. Sus tacones resonaron contra el suelo mientras se abría paso entre las mesas VIP hacia donde Aitana bebía champán rodeada de su séquito.

—¡Aitana, cariño que casualidad! —Valeria alzó la mano con una sonrisa forzada.

Detrás de ella, Marta gesticulaba acaloradamente con el encargado de la zona VIP, un hombre trajeado que negaba repetidamente con la cabeza.

—Lo siento, pero es imposible reubicarlas —insistió el encargado—. Las mesas cercanas están reservadas o ya ocupadas.

Martín observó brevemente la escena antes de alejarse hacia la oficina del director del casino. Tenía asuntos más importantes que atender con el dueño que lidiar con Valeria Montalbán, al fin y al cabo, solo la conocía de vista.

Aitana ni siquiera se dignó a mirar en dirección a Valeria. Se levantó con un movimiento fluido, su vestido destellando bajo las luces.

—Necesito retocarme —anunció a su séquito, dirigiéndose hacia el baño sin dar la más mínima impresión de que había notado la presencia de Valeria.

David capturó algunas fotos del momento, el flash iluminando la escena.

—¡Eh, fotógrafo! —Valeria lo llamó—. ¿Por qué no nos haces una foto a Aitana y a mí? Somos muy amigas.

David bajó su cámara y la miró con escepticismo. Era evidente que Aitana no tenía ni idea de quién era Valeria. La noche se perfilaba interminable.

Valeria regresó a su mesa apartada, donde descargó su frustración contra Marta.

—¿Cómo es posible que no hayas conseguido una mesa mejor? —espetó—. ¿Para qué te pago?

—He intentado todo lo posible, pero... —Marta consultó nerviosa su libreta.

—¡Excusas! —Valeria dio un largo trago a su vodka—. No sirves ni para esto.

* * *

Las luces estroboscópicas bañaban el Club Chinois en destellos multicolores mientras Aitana dominaba la cabina elevada del DJ. Sus dedos se deslizaban con precisión sobre los controles, mezclando beats con una habilidad que incluso sus críticos más duros no podían negar. Su cabello platino brillaba bajo los focos, creando un halo casi místico alrededor de su figura.

Abajo, la multitud se movía como un organismo único, brazos alzados sosteniendo móviles que capturaban cada momento del espectáculo. Los gogós, con sus cuerpos aceitados y brillantes, se contoneaban sobre pedestales estratégicamente ubicados. Sus movimientos hipnóticos complementaban perfectamente el ritmo pulsante que emanaba de los altavoces.

En el centro del club, suspendidos del techo, dos acróbatas con trajes que emulaban águilas ejecutaban una danza aérea. Sus movimientos fluidos y precisos creaban sombras fascinantes sobre la masa de gente que bailaba debajo.

La zona general del club estaba a reventar. En la barra del fondo, una marea humana luchaba por conseguir las atenciones de los camareros, que se movían a toda velocidad preparando combinados.

Columnas de humo se elevaban desde el suelo en momentos estratégicos, creando un ambiente onírico que se intensificaba con las llamaradas de fuego que surgían de los laterales del escenario. El confeti dorado caía como lluvia sobre los asistentes cada vez que Aitana alcanzaba un crescendo musical, arrancando gritos de júbilo de la multitud.

Los móviles en alto creaban una constelación de puntos luminosos que se mecían al ritmo de la música, capturando cada efecto especial, cada giro de los acróbatas, cada explosión de color y sonido que convertía aquella noche en el Club Chinois en algo extraordinario.

David se deslizó con agilidad por el lateral de la cabina, su cámara profesional captando cada ángulo posible. El sudor le resbalaba por

la sien mientras ajustaba el objetivo, buscando el encuadre perfecto de Aitana contra las luces parpadeantes.

La DJ mantenía su expresión de concentración absoluta, sus dedos danzando sobre los botones del equipo con precisión milimétrica. Su cabello platino reflejaba los destellos de las luces, creando un efecto casi hipnótico en las fotografías.

En la zona VIP, conectada directamente con el área de la cabina por una rampa, Valeria agarró su vaso de vodka premium. Lo vació de un trago y se levantó con determinación de su asiento de terciopelo rojo. Sus piernas con tacones dando zapatazos contra el suelo mientras se abría paso entre otros VIPs que también bailaban cerca de la cabina, al otro lado de la rampa.

Se colocó estratégicamente junto a Aitana, sus caderas moviéndose al ritmo de la música electrónica. No era la única: varios influencers y celebridades locales también se habían posicionado como siempre era habitual cerca de la DJ, conscientes de que aparecerían en las fotos que circularían por las redes sociales al día siguiente.

David capturó la escena desde diferentes ángulos: primero un primer plano de las manos de Aitana sobre la mesa de mezclas, luego un contrapicado del público enloquecido, y finalmente una toma panorámica que incluía a los acróbatas suspendidos sobre la pista. Sus movimientos eran fluidos y precisos, años de experiencia guiando cada disparo del obturador.

La multitud debajo se movía como un mar embravecido, miles de manos alzadas hacia el cielo, mientras Valeria continuaba su baile calculado cerca de la cabina, asegurándose de quedar dentro del encuadre de cada fotografía que David tomaba.

Valeria dio un brusco empujón a David, provocando que trastabillara hacia atrás. Al mismo tiempo, apartó de un manotazo a una joven que bailaba cerca.

—¡Fuera de mi camino, zorra! —bramó Valeria.

La cámara de David se balanceó peligrosamente en su cuello mientras intentaba recuperar el equilibrio. Sus pies se enredaron con uno de los gruesos cables negros que serpenteaban por el suelo cerca de la cabina. Cayó hacia atrás, directo contra uno de los técnicos que manejaba los efectos especiales de fuego.

El impacto provocó que el técnico perdiera el control del lanzallamas. El chorro de fuego se desvió bruscamente hacia arriba, alcanzando el material que decoraba el lateral del escenario. Las llamas prendieron en esa parte sintética con voracidad, extendiéndose rápidamente por el escenario.

En cuestión de segundos, una lengua de fuego trepó por el decorado. El humo comenzó a elevarse hacia el techo, mezclándose con la neblina artificial del club.

Varios dedos comenzaron a señalar hacia arriba desde la pista. Los primeros gritos de alarma surgieron entre la multitud.

—¡Fuego! ¡Fuego!

—¡Se está quemando todo!

El pánico se apoderó del Club Chinois. Los primeros en ver el fuego empujaron hacia atrás, creando una ola humana que amenazaba con provocar una estampida. Sin embargo, el personal de seguridad reaccionó con rapidez y profesionalidad.

—¡Por aquí! ¡Salidas de emergencia abiertas! —gritó uno de los encargados mientras abría las puertas laterales de par en par junto a sus compañeros.

Los aspersores contra incendios se activaron de golpe, lanzando chorros de agua desde el techo. La música se cortó con un ruido sordo cuando Aitana, empapada y con el maquillaje corriendo por sus mejillas, soltó un chillido al ver las llamas.

—¡Joder, mi pelo! ¡Mi ropa! —chilló mientras abandonaba la cabina a toda prisa, su séquito detrás de ella.

Valeria corrió hacia una de las salidas, sus tacones resbalando en el suelo mojado. Su vestido de autor chorreaba agua mientras empujaba a otros para abrirse paso.

La multitud se dividió entre las diferentes salidas. Algunos resbalaban en el suelo mojado, otros tropezaban con cables y equipos. Un grupo de chicas cayó al suelo cerca de la barra, sus gritos ahogados por el sonido de los aspersores y las alarmas.

—¡Con calma! ¡Hay espacio para todos! —ordenaba el personal de seguridad, dirigiendo el flujo de gente.

En cuestión de minutos, el club quedó completamente vacío. Solo quedaba el agua cayendo sobre las llamas moribundas, convirtiendo el humo en vapor que se elevaba hacia el techo. Las luces de emergencia iluminaban la pista desierta, donde vasos volcados y pertenencias abandonadas flotaban en los charcos que se habían formado.

El fuego, ya casi extinto, siseaba bajo el constante chorro de agua. La noche de fiesta había terminado abruptamente, dejando tras de sí un club empapado y vacío.

* * *

La terraza superior del Club Chinois se había convertido en un refugio improvisado. Aitana, con el maquillaje corrido y el pelo empapado, daba tragos nerviosos a un gin-tonic mientras paseaba de un lado a otro.

—¡Es que no me lo puedo creer! ¡Menudo incompetente! —chilló, su voz resonando en la noche—. ¡Mi imagen está arruinada!

Martín la seguía como una sombra, intentando calmarla con gestos suaves.

—Ha sido un accidente, Aitana. Nadie ha resultado herido.

—¡Me importa una mierda! —Aitana se giró bruscamente hacia él—. No quiero volver a ver a ese fotógrafo alemán de tres al cuarto. ¡Despídelo ahora mismo!

Su equipo revoloteaba a su alrededor, ofreciéndole toallas y bebidas, mientras ella continuaba su diatriba. David permanecía apartado en un rincón de la terraza, cada palabra de Aitana clavándose en su pecho como un puñal.

—¡Y encima está aquí! ¡Que se largue! —gritó Aitana al verlo.

David bajó la cabeza y se dirigió hacia las escaleras. Sus pasos silenciosos mientras descendía hasta la entrada del casino. Se dejó caer en los escalones de superficie pétrea, hundiendo el rostro entre las manos, donde unas horas antes había hecho cola para que lo dejaran entrar.

Un grupo de bomberos pasó junto a él, sus botas dejando huellas húmedas en el suelo.

—Todo controlado —comentó uno de ellos mientras se retiraban.

El personal de seguridad recogía sus pertenencias, algunos intercambiando miradas comprensivas hacia David. La estructura metálica de la entrada yacía desmontada, como un esqueleto abandonado tras la catástrofe de aquella noche.

En ese momento salió Iker por la puerta principal. Las luces de neón del casino aún encendidas se reflejaron en la placa de su uniforme. El aroma a humo y productos químicos contra incendios persistía en el ambiente. Sus ojos se posaron en la figura encorvada de David, sentado en los escalones de piedra de la entrada.

Por un momento, Iker consideró escabullirse sin ser notado. Ya había terminado su turno y el informe con los bomberos le había dejado agotado. Pero algo en la postura derrotada del fotógrafo le hizo cambiar de opinión.

—Vaya, vaya... —Se acercó Iker con una sonrisa burlona—. Si es el alemán importante del aeropuerto y de la villa de Talamanca. ¿Sabes? Empiezo a pensar que provocas estos líos a propósito. Desde que llegaste a la isla, no hay incidente donde me toque trabajar en el que no estés tu por detrás.

David ni siquiera levantó la mirada. Sus hombros permanecieron hundidos, las manos aún cubriendo su rostro. El silencio que emanaba del fotógrafo contrastaba con su habitual actitud desafiante.

—¿Qué pasa? ¿Hoy no tiene el señor ganas de conflicto, después de haber casi quemado medio casino? —insistió Iker, su tono juguetón chocando contra el muro de la derrota de David.

El fotógrafo permaneció inmóvil, ignorando por completo las provocaciones del policía. No tenía energía para lidiar con las bromas pesadas de aquel agente musculoso que parecía disfrutar recordándole sus desgracias.

Iker sintió una punzada de culpabilidad al ver su estado y que David no contraatacaba. Aunque ese alemán arrogante lo sacaba de quicio desde su primer encuentro en el aeropuerto, verlo así, derrotado, le revolvió algo en las entrañas.

Con un suspiro, se sentó junto a David en el escalón de piedra pulida.

—Oye, perdona. No era mi intención... ya sabes, seguir metiendo el dedo en la llaga.

David levantó la mirada, sus ojos enrojecidos brillando bajo las luces del casino.

—Estarás contento, ¿no? —Su voz sonaba ronca, quebrada—. En esta maldita isla, igual que tú, todos me odian. Todo me sale mal. —Soltó una risa amarga—. Aitana llamará a la agencia y me despedirán. ¿Y sabes qué es lo mejor? Mi vida últimamente es una puta mierda.

Se pasó una mano temblorosa por el pelo.

—Antes tenía éxito, ¿sabes? La gente hacía cola para trabajar conmigo. Ganaba mucho dinero, era respetado. Ahora nadie quiere ni acercarse, por eso me enviaron a este trabajo y después de lo de Aitana... cuando se corra la voz será peor.

David se levantó tambaleándose ligeramente.

—Lo mejor será largarme de esta isla de mierda que odio desde que llegué. —Sus ojos se desviaron hacia el puerto cercano—. O mejor aún, subirme a un barco con una piedra amarrada en la cintura y saltar. Así estaréis todos contentos de que no esté cerca para meter más la pata.

Iker se incorporó, ajustándose el cinturón del uniforme y la porra con un movimiento mecánico. Sus ojos se posaron en David, que seguía con aquella expresión derrotada.

—Lo siento hombre. No sabía nada. Pero no exageres tanto, todo tiene solución —La voz de Iker sonó más suave que antes—. Mira, voy a darte una oportunidad como persona.

David alzó la mirada, confundido.

—¿Qué quieres decir?

—Ya he terminado el servicio y mañana no trabajo. ¿Qué te parece si nos vamos tú y yo de fiesta y nos conocemos sin tener en cuenta nada de lo ocurrido hasta el momento? Te enseñaré la verdadera cara de la isla —Iker hizo una pausa, como dudando de sus propias palabras—. A ver si así cambias de opinión sobre este lugar... sobre mí, y bueno te animas un poco. Aunque espero no arrepentirme.

Comenzó a bajar las escaleras mientras David permanecía inmóvil, creyendo que era una broma pesada.

—¿Vienes o qué? No te quedes ahí pasmado —gruñó Iker sin volverse—. No volveré a repetirte la invitación.

David, algo intimidado por el giro de los acontecimientos, pero sin nada mejor que hacer que seguir lamentándose, lo siguió hasta el coche patrulla.

Cuando David se disponía a sentarse en el asiento trasero, Iker lo interrumpió.

—Esta vez no vas detenido. Siéntate aquí delante, hombre —señaló el asiento del copiloto—. Eso sí, primero tengo que pasar por casa y cambiarme. No es plan salir de copas con el uniforme.

El coche patrulla arrancó y desapareció por la carretera del paseo, rumbo a la casa de Iker.

* * *

El ascensor se detuvo en la cuarta planta y las puertas se abrieron con un chirrido metálico. Iker guio a David por un pasillo estrecho hasta llegar a su apartamento.

Al entrar, el desorden del lugar saltaba a la vista. Una estantería dominaba la pared del salón, repleta de botes de proteínas y suplementos deportivos. Varios cuadros de superhéroes decoraban las paredes, junto con una enorme televisión y una PlayStation rodeada de juegos perfectamente ordenados.

—Siéntate donde puedas —dijo Iker, señalando el sofá—. ¿Te apetece beber algo?

David se acomodó, observando la peculiar decoración mientras Iker abría la nevera.

—Solo tengo cerveza, espero que te valga.

—Perfecto —respondió David, aceptando la lata fría.

Iker se desabrochó el cinturón con la porra, las esposas y la pistola, dejándolo todo sobre una mesa. Luego se quitó la camisa del uniforme, revelando un tank top que apenas contenía sus músculos. Unos tatuajes cubrían gran parte de sus brazos.

—Voy a cambiarme, ahora vuelvo —anunció, dirigiéndose al dormitorio.

David dio un sorbo a su cerveza, examinando con curiosidad el entorno.

—¿Eres fan de Marvel o algo así? —preguntó, mirando los posters.

—Sí, desde pequeño —respondió Iker desde el dormitorio—. Mi padre me compraba los cómics.

—¿Y toda esa proteína? ¿Cuánto tiempo llevas entrenando?

—Unos diez años ya. Me gusta mantenerme en forma, también por el trabajo —La voz de Iker resonaba entre el sonido de cajones abriéndose—. Aunque reconozco que se me va un poco la mano con los suplementos.

David se levantó y se acercó a la cocina, notando la báscula y los libros de nutrición.

—Veo que te lo tomas en serio.

—Es mi única obsesión —admitió Iker—. Eso y los videojuegos. Ya ves qué vida más emocionante.

David deambuló a continuación por la cocina, fingiendo interés en los electrodomésticos mientras sus ojos se desviaban constantemente hacia el dormitorio. La puerta abierta ofrecía una visión clara de Iker, quien permanecía de espaldas en bóxers blancos ajustados mientras rebuscaba en el armario. Los músculos de su espalda se tensaban con cada movimiento, los tatuajes serpenteando por su piel bronceada.

—¿No tienes pareja? ¿Casado? —preguntó David, intentando sonar casual mientras se apoyaba en la encimera.

—No, nada de eso, ya ves el estado del piso —Iker continuó revolviendo entre la ropa—. ¿Y tú?

—Tampoco. Las relaciones no son lo mío.

Iker se giró de repente, encontrándose de frente con la mirada fija de David desde la cocina. Una expresión seria apareció en su rostro.

—¿Me estás mirando mientras me desnudo o qué?

David apartó la vista rápidamente, sintiendo el calor subir por su cuello.

—No, no... solo estaba... —balbuceó, retrocediendo hacia el salón—. Miraba la decoración del dormitorio.

David se entretuvo a continuación examinando los juegos apilados bajo la mesa del televisor, dando sorbos ocasionales a su cerveza. Los títulos estaban perfectamente ordenados por saga, reflejando cierta obsesión por el orden que contrastaba con el resto del apartamento.

Iker regresó al salón vistiendo unos vaqueros ajustados y una camiseta con escote pronunciado que resaltaba su musculatura. Los tatuajes asomaban por el cuello y los brazos.

—¿Te gustan los videojuegos? —preguntó Iker al verlo absorto con las cajas.

—Para nada —David negó con la cabeza—. Ni idea del tema.

—¿Y por qué los miras entonces con tanto interés?

—Estoy un poco nervioso, la verdad —admitió David, jugueteando con la lata de cerveza.

Iker soltó una carcajada.

—¿Tú nervioso? No me lo creo. ¿Por qué estaría nervioso alguien como tú?

—No sé, es una situación un poco extraña —David se encogió de hombros—. Hace unos días me metiste en el calabozo y ahora estoy en tu apartamento.

Iker se acercó y le pasó un brazo por los hombros en gesto amistoso, alzando su cerveza.

—Venga, brindemos. No tienes que estar nervioso, soy un tío muy normal. Ya no soy el poli que te detuvo —sonrió divertido—. Ahora solo soy un chico normal con ganas de fiesta.

David observó los músculos de Iker y negó con la cabeza.

—No, un tío normal no eres. Es increíble la musculatura que has desarrollado. Ya quisiera yo estar así.

Iker sonrió y flexionó los bíceps, haciendo que los músculos se hincharan bajo la ajustada camiseta.

—De los brazos estoy bastante satisfecho, pero tengo que mejorar la espalda. No es tan ancha como me gustaría todavía.

Sus ojos recorrieron el cuerpo de David.

—Aunque se nota que tú también entrenas —Iker se acercó y apretó los brazos de David, palpando sus músculos.

Al contacto, David sintió una oleada de calor recorrer su cuerpo. Una dureza evidente se manifestó en sus pantalones mientras miraba a Iker sin palabras, completamente atontado.

Iker se quedó inmóvil unos segundos al notar la situación y ver lo que estaba provocando entre las piernas de David, sus manos aún sobre los brazos de él. En el centro de su propio pantalón ajustado comenzó también a formarse una buena elevación. De repente, se lanzó hacia adelante, empujando a David contra el sofá y cayendo sobre él. Sus labios se encontraron en un beso apasionado, sus lenguas entrelazándose mientras sus cuerpos se estrujaban el uno contra el otro.

—No sabía que... —intentó decir David entre besos.

—Yo tampoco —murmuró Iker, sin dejar de besarlo intensamente.

Sus manos recorrían sus cuerpos, explorando cada músculo mientras continuaban besándose con fervor.

—Quizás dejemos la salida para otra ocasión —susurró Iker contra sus labios—. Hay suficiente cerveza en la nevera. También podemos hacer la fiesta en casa.

Capítulo 17: 1915, El puerto de Ibiza

Ese día el aire en Formentera traía un olor fuerte a sal mezclado con algas, los crujidos de las barcas varadas sobre la arena se mezclaban con el lejano tintineo de los aparejos de pesca, agitándose contra los mástiles. Cerca del agua, hombres de rostros curtidos por el viento desenredaban redes, mientras sus manos, fuertes y precisas, trabajaban con la misma naturalidad con la que respiraban. Las gaviotas sobrevolaban el lugar en círculos perezosos, lanzando ocasionales chillidos que rompían el murmullo constante de las olas rompiendo contra la orilla. El poblado de pescadores, con sus casitas desperdigadas, parecía respirar al ritmo lento y constante de una rutina marcada por el mar, que solo conseguía romper el grito de júbilo de varios niños corriendo entre las chabolas.

Entre los niños que correteaban por la playa, el pequeño Jaume, de poco más de dos años ya, perseguía a otro chiquillo en un juego cuyas reglas solo ellos comprendían. Sus risas agudas se mezclaban con el rumor del mar mientras sus pies descalzos levantaban pequeñas nubes de arena.

Margalida se asomó al umbral de su chabola, meciendo suavemente a la pequeña Raimunda entre sus brazos. La niña, que apenas había cumplido un año, se acurrucaba contra el pecho de su madre, sus ojitos entrecerrados por el sueño.

A lo lejos, Joan trabajaba junto a otros pescadores en los preparativos de una de las barcas. Sus movimientos ágiles y precisos revelaban años de experiencia en el oficio. Tenían previsto zarpar hacia Ibiza para vender parte de la abundante pesca que habían conseguido al amanecer y conseguir provisiones necesarias para la comunidad.

Margalida observó a su marido con una sonrisa en los labios, recordando cómo ese hombre delgado y nervioso había conquistado

su corazón años atrás. Joan alzó la vista y sus miradas se encontraron a través de la distancia. En sus ojos brillaba un amor profundo y sereno, forjado en años de trabajo duro y vida compartida.

Rosa salió de la chabola cargando un pesado cubo de agua sucia. Sus brazos se tensaron mientras lo arrojaba hacia un lado, donde las olas se llevaron los restos de su limpieza matutina. El olor a jabón y pescado se mezclaba con la brisa costera.

—¡Jaume! ¡No te alejes tanto! —gritó al ver a su hijo correteando por la orilla.

El pequeño se giró con una sonrisa radiante.

—¡Sí, mama! —agitó su manita antes de volver a sus juegos.

Rosa se acercó al barco donde Joan y Margalida discutían los preparativos para el viaje a Ibiza. El sol arrancaba destellos plateados de las escamas de los peces capturados hace unas horas.

—¿Qué tal va la cosa? —preguntó Rosa, apoyándose en la borda.

—Mejor imposible —respondió Margalida mientras se acomodaba en el embarcadero con la pequeña en un lateral cercano al barco—. Joan dice que podremos vender bastante hoy.

Joan dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia ellas con una sonrisa.

—¿Por qué no venís con nosotros? Podríais dar un paseo por la ciudad, que los niños vean algo diferente. Mientras nosotros cerramos los negocios.

—¡Qué buena idea! —exclamó Margalida—. Nunca hemos salido juntas a ningún sitio.

Rosa sintió que su estómago se encogía. La idea de volver a Ibiza, aunque fuera por unas horas, le provocaba una profunda inquietud.

—No sé... hace más de dos años que no piso la isla...

—Vamos, Rosa —Margalida le dio un pequeño empujón amigable—. Es prácticamente imposible que te encuentres con alguien de tu familia. Además, ya nadie se acordará de ti después de tanto tiempo. Solo serán unas horas.

Rosa se mordió el labio, dudando. Las palabras de Margalida tenían sentido, pero el miedo seguía ahí, agazapado en su interior.

—Está bien —cedió finalmente, aunque su voz delataba cierta inseguridad—. Supongo que unas horas no harán daño.

* * *

Todo el mundo estaba muy ocupado ya ese día en la finca de los Salazar mientras Doña Concha se paseaba por el patio interior de la casa como una pantera enjaulada. Sus zapatos repiqueteaban contra las baldosas, marcando un ritmo impaciente que ponía nerviosas a las doncellas.

—¡Por el amor de Dios! ¿Cuánto más vais a tardar? —bramó, ajustándose los guantes de encaje con brusquedad—. ¡A este paso la modista francesa habrá cerrado la tienda cuando lleguemos!

Las doncellas se apresuraban de un lado a otro, cargando con sombrillas y abanicos, tropezando entre ellas en su afán por complacer a su señora. El calor ya empezaba a ser sofocante.

—¡Dolores! ¿Dónde está mi bolso nuevo? ¡El que hace juego con los zapatos!

Una de las doncellas más jóvenes corrió escaleras arriba, sus pasos resonando por toda la casa.

Por fin, después de lo que a Doña Concha le pareció una eternidad, uno de los cocheros apareció en el patio.

—Señora, la carroza está lista.

Don Rodrigo, que conversaba con unos trabajadores cerca de los establos, se acercó a despedir a su esposa.

—Diviértete, querida —le dijo con una sonrisa indulgente—. Pero no compres demasiado, que ya sabes cómo están los precios últimamente.

Doña Concha le lanzó una mirada desafiante mientras subía a la carroza.

—Compraré lo que haga falta, Rodrigo. Una señora de mi posición no puede ir por ahí con cualquier cosa.

El séquito de Doña Concha avanzaba por los polvorientos caminos que serpenteaban entre campos de almendros y pinares. La carroza se mecía suavemente mientras las ruedas crujían sobre la tierra rojiza. El sol de media mañana caía implacable sobre el paisaje reseco.

Dolores, la doncella más veterana, abanicaba a su señora mientras esta observaba por la ventanilla. Las otras muchachas permanecían en silencio, intercambiando miradas nerviosas cada vez que Doña Concha soltaba algún suspiro impaciente.

Tras algo más de una hora de viaje, comenzaron a divisarse las primeras casas de la ciudad. Los tejados de terracota brillaban bajo la luz del mediodía y el bullicio de las calles empezaba a hacerse notar.

Al llegar cerca de Dalt Vila, la carroza se detuvo en una plaza sombreada. Los cocheros descendieron para atender a los caballos mientras Doña Concha, Dolores y otra doncella más joven iniciaron su camino a pie por las estrechas callejuelas empedradas que conducían hacia el puerto.

El aire olía a sal y a especias. Los comerciantes pregonaban sus mercancías desde los portales y el gentío se apartaba instintivamente al paso de Doña Concha, que avanzaba con la barbilla alta y paso decidido.

Al doblar una esquina, sus ojos se iluminaron. Allí estaba la nueva tienda de costura francesa. El escaparate, pequeño pero elegante, exhibía telas de colores vibrantes y texturas exquisitas. Sedas de

Lyon, encajes de Bruselas y terciopelos italianos se desplegaban con gracia tras el cristal, dispuestos con un gusto exquisito que denotaba la mano experta de la dueña.

—¡Magnífico! —exclamó Doña Concha, los ojos le centelleaban de placer ante las telas expuestas—. ¡Por fin algo de verdadero estilo europeo en esta isla!

* * *

Rosa se aferraba a la borda del pequeño pesquero, su rostro pálido contrastando con el azul intenso del mar. Las náuseas le subían por la garganta con cada vaivén, por suave que fuera. El mar estaba tranquilo ese día, apenas unas pequeñas olas mecían la embarcación, pero su estómago no entendía de días buenos o malos.

—¡Mira mamá! —gritó Jaume desde la proa, donde Joan le mostraba los diferentes cabos y nudos.

—Así, pequeño marinero. Este es el nudo que usamos para amarrar cuando llegamos a puerto —explicaba Joan con paciencia, sus manos curtidas guiando los deditos de Jaume sobre la cuerda.

Los ojos del niño brillaban de emoción mientras absorbía cada palabra, cada gesto. Sus pequeñas manos imitaban los movimientos de Joan con una destreza impropia de su edad.

Margalida, sentada a la sombra de una vela, amamantaba a la pequeña Raimunda. El bebé se aferraba con fuerza a su pecho mientras los demás pescadores trabajaban alrededor, revisando las redes y preparando los aparejos para la próxima faena.

—Este chico tiene madera de pescador —comentó uno de los hombres al pasar junto a Joan y Jaume—. Se le nota en la sangre.

Rosa intentó sonreír ante el comentario, pero otra oleada de náuseas la obligó a inclinarse sobre la borda. El vaivén constante del barco, aunque suave, le revolvía las entrañas. Ni siquiera el fresco aire marino lograba aliviar su malestar.

—¡Ahora el timón! —La voz emocionada de Jaume llegaba hasta ella mezclada con el rumor de las olas y el graznido de las gaviotas que seguían la estela del barco.

La silueta de Ibiza emergió en el horizonte, sus murallas medievales recortándose contra el cielo azul. Rosa se incorporó lentamente, olvidando por un momento las náuseas que la atormentaban. Nunca había contemplado su isla natal desde esta perspectiva, desde el mar abierto, acercándose como lo hacían los antiguos navegantes.

El puerto se desplegaba ante sus ojos como un anfiteatro natural. Las casas blancas se apilaban unas sobre otras, trepando por la colina hasta la imponente catedral. Los rayos del sol matutino bañaban las fachadas encaladas, creando un espectáculo de luz que le cortó la respiración.

Por primera vez desde que subió al barco, sus miedos se disiparon. La belleza del paisaje la transportó lejos de sus preocupaciones, de los fantasmas que la perseguían. La casa familiar, aquella mansión imponente cerca de las salinas, quedaba a varios kilómetros de distancia. Desde aquí, desde esta nueva perspectiva, parecía un mundo diferente, ajeno a ella.

—¿Es bonito, verdad? —murmuró Margalida a su lado, mientras mecía suavemente a Raimunda.

Rosa asintió, incapaz de apartar la mirada del paisaje. El barco se mecía suavemente mientras se acercaban al puerto, donde ya se distinguían las siluetas de los pescadores descargando sus capturas del día. Las gaviotas sobrevolaban el muelle en busca de algún pescado caído.

Jaume corrió hacia ella, sus pequeños pies descalzos resonando sobre la cubierta de madera.

—¡Mira mamá, es enorme! —exclamó señalando hacia la muralla.

Rosa abrazó a su hijo, inspirando profundamente el aire salado. La isla se alzaba majestuosa ante ellos, como si fuera la primera vez que la veía, como si fuera una tierra nueva y desconocida.

* * *

El calor de la tarde volvía a pesar sobre las calles empedradas de Dalt Vila mientras Doña Concha salía de la tienda francesa. Sus mejillas resplandecían con un brillo peculiar, producto de la excitación por las horas de conversación con la Madame. Ni siquiera recordaba la lista de encargos que había hecho —algo sobre telas y bordados y algunos vestidos nuevos—, pero poco importaba ya.

—¿Volvemos a casa, señora? —preguntó Dolores, una de las doncellas, cargada con varios paquetes de algunas cosas que su señora había comprado directamente.

Doña Concha se abanicó con delicadeza. El cansancio empezaba a hacer mella en sus piernas, pero su espíritu se sentía más ligero que en meses. La conversación con la francesa había sido un soplo de aire fresco en su rutina isleña.

—Necesito tomar el aire —respondió, ajustándose el sombrero—. Bajemos al puerto.

Sus pasos resonaron por las callejuelas mientras descendían hacia la zona portuaria. La idea de sentarse en una terraza y observar el ir y venir de la gente le resultaba tentadora. Era impensable visitar la ciudad sin ser vista por alguien. Se salía de casa para ver y ser vista.

El pequeño café apareció ante ellas como un oasis. Sus mesas, protegidas del sol, ofrecían una vista privilegiada del puerto. Era el lugar predilecto de las señoras de sociedad para sus meriendas y cotilleos vespertinos.

—Aquí —indicó Doña Concha, eligiendo una mesa estratégicamente ubicada—. Necesito comer algo.

Las doncellas colocaron los paquetes con cuidado mientras ella se acomodaba en su silla, su mirada escudriñando cada rincón de la plaza en busca de algún conocido.

El pequeño Jaume salió del café con los ojos brillantes y una sonrisa que le iluminaba el rostro. Entre sus manos sostenía un trozo de

pastel de chocolate que parecía gigantesco para sus diminutos dedos. El niño jamás había visto algo así en Formentera, donde los dulces eran escasos y sencillos.

Rosa y Margalida lo seguían, cada una con un modesto paquete de galletas. Margalida llevaba a la pequeña Raimunda contra su pecho, dormida y ajena al bullicio del puerto. Se habían permitido ese pequeño lujo después de tanto tiempo de privaciones, aunque sus monederos apenas daban para más que para unas galletas y el pastel del niño.

—Con cuidado, Jaume —susurró Rosa, observando cómo su hijo devoraba el pastel con ansia—. No se te vaya a caer al suelo.

El niño ni siquiera la escuchó, absorto en su festín. Sus mejillas se habían cubierto ya de chocolate y migas, pero su expresión de felicidad compensaba cualquier desastre.

El tintineo de las tazas y el murmullo de las conversaciones se detuvo para Doña Concha. Aquella voz, suave y melodiosa a pesar del acento tosco que había adquirido, atravesó los años como una flecha certera. Su corazón dio un vuelco y sus dedos se crisparon sobre el abanico.

Se giró con la elegancia estudiada de quien está acostumbrada a ser el centro de atención. Sus ojos negros, afilados como obsidianas, se clavaron en la figura que permanecía de pie a pocos metros.

Rosa.

Su Rosa.

El tiempo se congeló entre madre e hija. La aristocrática dama observó con horror el vestido gastado y remendado, las manos ásperas y curtidas por el trabajo, el rostro bronceado por el sol. Su hija mayor, la joya de los Salazar, convertida en una vulgar pescadora.

Rosa perdió toda su fuerza en un segundo. El paquete de galletas se estrelló contra el suelo. Las piernas de Rosa flaquearon mientras el

color abandonaba su rostro. Sus ojos, idénticos a los de su madre, se dilataron por el pánico. El pequeño Jaume, ajeno al drama que se desarrollaba, continuó devorando su pastel de chocolate.

Margalida notó la tensión y dio un paso al frente, protectora, mientras Rosa se tambaleaba como si hubiera recibido un golpe físico. Las doncellas de Doña Concha observaban la escena con una mezcla de curiosidad y espanto, reconociendo en aquella mujer mal vestida los rasgos inconfundibles de la señorita Rosa.

—Rosa... —la voz de Doña Concha surgió como un susurro estrangulado, cargado de emociones contradictorias: dolor, ira, alivio, vergüenza.

Rosa intentó retroceder, pero sus piernas se negaban a responder. El terror la mantenía clavada en el sitio, incapaz de huir, incapaz de hablar, incapaz siquiera de respirar.

El silencio se quebró con el sonido seco de la silla de Doña Concha al apartarse bruscamente de la mesa. Sus ojos recorrieron las mesas cercanas, donde varios clientes observaban la escena con mal disimulado interés.

—Recoged todo —ordenó a sus doncellas con voz cortante—. Nos vamos inmediatamente.

Las doncellas se apresuraron a recoger los paquetes, tropezando unas con otras en su prisa por obedecer. El pequeño Jaume, absorto aún en su pastel de chocolate, se atravesó sin querer en el camino de Doña Concha.

—¡Aparta mocoso! —espetó la dama, esquivando al niño con desprecio.

Algo se removió en el interior de Rosa al ver el gesto de asco con que su madre miraba a Jaume. Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras las palabras surgían entrecortadas de su garganta.

—Es... es su nieto, madre. Soy yo, Rosa... su hija.

Doña Concha se detuvo en seco. Se giró lentamente, sus ojos negros ardiendo de furia.

—¿Mi nieto? —siseó con veneno en la voz—. ¿Mi hija? Eso es imposible. No puedo tener un nieto. Mi hija Rosa murió para mi hace más de dos años cuando se convirtió en la furcia de ese Montalbán.

Las palabras golpearon a Rosa como bofetadas, cada una más dolorosa que la anterior. Las lágrimas corrían libremente por sus mejillas mientras observaba el rostro pétreo de su madre, incapaz de reconocer en aquella mujer a la que una vez la había acunado en sus brazos.

* * *

Una hora más tarde Rosa continuaba sollozando en silencio, sus hombros temblando con cada respiración entrecortada. Margalida le frotaba la espalda con movimientos circulares, pero nada parecía consolar a su amiga después del encuentro con Doña Concha.

—Venga, Rosa, no le des más vueltas —murmuró Margalida, aunque sabía que sus palabras apenas rozaban el dolor que consumía a su amiga.

El pequeño Jaume corría tras las palomas, ajeno al sufrimiento de su madre. Sus risas infantiles contrastaban con el ambiente sombrío que rodeaba el banco donde las mujeres descansaban. Las aves alzaban el vuelo cada vez que el niño se acercaba, solo para posarse unos metros más allá, tentándolo a perseguirlas de nuevo.

—No debí venir —susurró Rosa, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Sabía que algo así podía pasar.

A lo lejos, Joan negociaba con otros pescadores, su voz mezclándose con el murmullo general del puerto.

Rosa observó a su hijo, que seguía entretenido con su juego. Sus mejillas aún conservaban manchas de chocolate del pastel, un dulce momento de felicidad que ahora parecía tan lejano. Las lágrimas

volvieron a brotar mientras recordaba la mirada de desprecio que su madre había dirigido al pequeño.

—Ni siquiera quiso mirar a mi hijo —murmuró entre sollozos—. Me odia.

Margalida apretó con más fuerza el hombro de su amiga, compartiendo en silencio su dolor. El sol continuaba su descenso, recordándoles que pronto deberían emprender el viaje de regreso, aunque Rosa cargaría con un nuevo peso en su alma, una herida que el tiempo y la distancia difícilmente podrían sanar.

Capítulo 18: 2024, Martín y la beneficencia

Las sillas de mimbre crujían suavemente bajo el peso de los clientes en la terraza del café Croissant Show, mientras las tazas de café tintineaban al posarse sobre las mesas de hierro. El murmullo de conversaciones en diversos idiomas llenaba el ambiente, mezclándose con el sonido distante de una guitarra que alguien tocaba en una esquina cercana. El bullicio del mercado viejo, a pocos pasos, añadía una vibrante energía al entorno, mientras los vendedores ofrecían sus productos con voces animadas.

Iker había llevado a desayunar a David al café. Este último no podía apartar la mirada del primero. Sus ojos recorrían cada detalle del policía, ahora en ropa casual: sus fuertes brazos cubiertos de tatuajes, su mandíbula marcada, esa barba densa que le daba un aire salvaje. La noche anterior parecía un sueño lejano.

—¿Qué miras tanto, tengo trozos de pan en la barba? —Iker arqueó una ceja mientras daba un sorbo a su café.

David bajó la mirada hacia su croissant a medio comer.

—Lo siento por haberme comportado como un completo idiota desde el principio. Déjame al menos invitarte al desayuno.

—Yo también me disculpo —Iker se reclinó en su silla—. Me porté como un macho sin escrúpulos contigo. No sé por qué, pero me siento totalmente a gusto contigo ahora.

—Jamás hubiera imaginado que te atraen los hombres.

Una sonrisa pícara se dibujó en el rostro de Iker.

—¿No? Bueno, no llevo un cartel. A ti con esos aires de grandeza sí que se te nota de lejos —soltó una carcajada al ver la expresión ofendida de David—. Fuera de bromas, he tenido relaciones con

mujeres y algún que otro desliz con hombres. No sé, digamos que aún no me decido qué quiero.

El viento balanceó el pelo rubio de David mientras procesaba las palabras de Iker. El bullicio del mercado cercano llenaba los silencios entre ellos, creando una atmósfera extrañamente íntima en medio del gentío matutino.

El tintineo de las monedas de otros clientes que pagaban en ese momento anunció la llegada de Martín al Croissant Show. Cargaba una bolsa del mercado mientras se acercaba a la barra, su rostro reflejando el cansancio de una mañana ajetreada. Al girar la cabeza, reconoció a David sentado en la terraza y se acercó a su mesa para saludarlo.

—¡David! Qué sorpresa encontrarte aquí.

David le devolvió el saludo y señaló a su acompañante.

—Te presento a Iker. Iker, este es Martín, el famoso promotor.

Martín entrecerró los ojos, como intentando ubicar dónde había visto antes ese rostro.

—Me suenas de algo...

—Normal —Iker dio un sorbo a su café y le dio la mano a Martín—. Soy policía nacional, hemos coincidido montones de veces cuando he estado por ahí patrullando o en algún local o evento donde has estado. Pero claro yo no soy tan famoso como tú. Hasta ahora nunca nos han presentado.

—Ah, claro. Bueno ya sabes que conozco tanta gente que a veces ni me acuerdo. La isla es un pañuelo para los que vivimos aquí todo el año.

—Siéntate con nosotros si quieres —dijo Iker—. Estábamos casi terminando, pero podemos pedir otro café.

Martín dejó su bolsa en el suelo y acercó una silla.

—David y yo nos conocimos por el trabajo con Aitana —explicó Martín mientras se acomodaba—. Por cierto, David, lo de la otra noche... no te preocupes. Ya sabes cómo es Aitana con sus caprichos, pero ya ni se acuerda del incidente de la otra noche en el club Chinois.

David alzó las cejas, sorprendido.

—No pienso llamar a tu agencia para quejarme —continuó Martín—. No es tan fácil encontrar un fotógrafo VIP de un día para otro. Además, lo que pasó no fue culpa tuya realmente, fue un accidente.

Martín se reclinó hacia atrás, subiendo un poco la voz.

—Además, la loca esa de Valeria Montalbán estuvo toda la noche liando el taco intentando acercarse a Aitana. No se te puede culpar de quemar un club —movió la mano restándole importancia—. Fue un cúmulo de incidentes con mala pata. Esas cosas pasan. Al final lo bueno es que no hubo ningún herido.

La conversación fluyó con naturalidad entre los tres hombres. Martín descubrió que tenía más en común con Iker de lo que pensaba, especialmente en su visión sobre la isla y sus habitantes.

—Oye David —Martín consultó su reloj—, ¿te apetece venir a cenar esta noche al Cala Bassa Beach Club? —sus ojos se desviaron hacia Iker—. Tú también puedes venir si no tienes nada que hacer. Será un grupo pequeño de amigos, me has caído bien.

David removió los restos de su café, dubitativo.

—No tenéis que pagar nada —añadió Martín con una sonrisa cómplice—. Digamos que los del club me deben un favor por algo que les organicé. Será divertido.

Iker se pasó la mano por la barba, pensativo.

—Trabajo temprano mañana, pero una cena no hay problema —miró de reojo a David—. Si a David no le importa, claro. No quiero inmiscuirme en temas de trabajo vuestros.

David dudó un momento. No sabía exactamente en qué punto se encontraba su relación con Iker después de la noche anterior, o sin tan siquiera aquello se podía llamar una relación, pero finalmente asintió.

—Vale, si, sin problema. Ven también.

* * *

El murmullo de las conversaciones llenaba la terraza de la heladería Gelato Ibiza en el Passeig de Vara de Rey. A través del paseo, los pasos apresurados de transeúntes dejaban un eco discreto, mientras un niño reía al correr con un cono de helado casi desbordándose en su mano. Desde la mesa donde estaban sentadas Ana y Lucía, la vitrina de helados parecía un mosaico de colores, reflejando el vaivén de quienes se detenían a elegir con indecisión.

Ana agitó la mano intentando captar la atención del camarero, un joven de sonrisa fácil y brazos bronceados. Sus dedos se movían de lado a lado sobre la mesa metálica, traicionando su nerviosismo por los recientes descubrimientos sobre Samuel.

—¿Me vas a contar qué te pasa? Llevas toda la tarde como si fueras a explotar —Lucía se inclinó sobre la mesa, estudiando el rostro inquieto de su amiga.

Ana echó un vistazo al reloj. Iker aún tardaría en llegar.

—Necesito un café primero —respondió, volviendo a hacer señas al camarero—. No quiero empezar dos veces la historia cuando llegue Iker.

El camarero se acercó con paso ágil.

—Dos cafés con leche, por favor —pidió Ana, sus ojos siguiendo los movimientos del joven mientras anotaba el pedido.

—Ya pediremos unos helados cuando venga Iker —añadió Lucía, devolviéndole las cartas con los menús al camarero.

Cuando el joven se alejó, Ana se mordió el labio inferior.

—Vale, pero te adelanto algo... ¿Recuerdas a Samuel, el hombre sin hogar que llevo entrevistando en las últimas semanas?

Lucía asintió, acercándose más para no perder ni una palabra del asunto.

—Resulta que... —Ana bajó la voz— está relacionado con mi familia los Ortiz y con los Montalbán, bueno y en cierta forma también con los Salazar.

—¿Qué? —los ojos de Lucía se abrieron de par en par.

—Espera a que llegue Iker —Ana se reclinó en su silla, observando cómo el camarero regresaba con sus cafés—. Es una historia larga y complicada.

Justo unos minutos después apareció Iker en la terraza de Gelato Ibiza con un polo, unos pantalones cortos arrugados y el pelo ligeramente despeinado. Se dejó caer en una silla libre junto a sus amigas.

—Perdón por el retraso chicas —se disculpó, aflojándose el cuello del polo.

—Ya era hora —Lucía le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Dónde te habías metido, no tenías el día libre?

Iker esquivó sus ojos, centrándose en llamar al camarero.

—He estado... ocupado —murmuró, sus mejillas enrojeciendo levemente—. Con David, el fotógrafo de Aitana.

—¿El alemán? —los ojos de Ana se iluminaron con reconocimiento—. ¿El que lio la pelea en la fiesta en la villa de Talamanca?

Lucía soltó una carcajada incrédula.

—No me lo puedo creer. ¿El mismo que detuviste en el aeropuerto por montar el numerito? ¿El que decías que era un imbécil insoportable?

Iker se pasó una mano por el pelo, incómodo, pero con una sonrisa mal disimulada en los labios.

—Ya, bueno... es complicado —se encogió de hombros—. Pero nos lo hemos pasado muy bien juntos.

—Vale, vale —interrumpió Ana, golpeando la mesa con la palma de la mano—. Ya hablaremos de tus líos amorosos en otro momento. Tengo algo muy importante que contaros.

Ana respiró hondo antes de comenzar su relato, sus dedos jugueteando con la cucharilla del café. La historia brotó de sus labios como un torrente, revelando los secretos enterrados durante décadas.

—Mi abuelo Bartomeu de joven tuvo una historia de amor con la hija de los Salazar por aquel entonces, Rosa —sus palabras cayeron como piedras en un estanque tranquilo—. La dejó embarazada, pero sus familias se oponían completamente a esta relación, ya por aquel entonces estaban peleados como hoy día.

Lucía e Iker intercambiaron miradas de asombro mientras Ana continuaba.

—Lo obligaron a casarse con mi abuela Gemma en Barcelona —Ana sacó la fotografía antigua que llevaba en el bolso—. Y Rosa... ella huyó de su casa, acabó viviendo con una familia de pescadores en Formentera.

—Espera, espera —Iker levantó una mano—. ¿A dónde quieres llegar?

—Samuel, el hombre sin hogar al que he estado entrevistando, es descendiente de Rosa y Bartomeu —Ana dejó que las palabras se asentaran—. Es como mi primo lejano.

Lucía se llevó las manos a la boca.

—¿Entonces tú tienes sangre de los Montalbán, por que tu abuelo era un Montalbán? —sus ojos se abrieron de par en par—. ¿De una de las familias más poderosas de Ibiza?

Ana asintió, pasándose una mano por el pelo.

—Todo es muy complicado —suspiró—. Ni siquiera sé cómo procesarlo. Mi abuelo me dejó un video contándome la verdad, pero hay tantas cosas que aún no entiendo...

Iker se reclinó en su silla, tratando de asimilar la información.

—Es como una buena serie —murmuró—. Las familias enfrentadas, los amantes separados, un hijo secreto...

—Y ahora resulta que el vagabundo que vemos todos los días por el puerto es parte de tu familia —Lucía meneó la cabeza, incrédula.

Ana pasó los dedos por el borde de su taza de café, su mente dando vueltas entre las posibilidades y consecuencias de lo que acababa de descubrir.

—No sé qué hacer con todo esto chicos —soltó finalmente—. Si los Montalbán o los Salazar saben algo, lo han mantenido enterrado durante décadas.

Se echó hacia atrás de nuevo en la silla, observando el ir y venir de la gente por el Passeig.

—Samuel no debería estar viviendo en la calle cuando seguramente tiene derecho legal a una parte de esa fortuna —apretó los labios—. Incluso yo tendría derecho a una porción del pastel.

Iker se frotó la barbilla, pensativo.

—No es tan sencillo meterse en pleitos de abogados para reclamar herencias —sacudió la cabeza—. Y menos contra familias tan poderosas como esas.

—El problema es el dinero —Ana bajó la voz—. Un proceso judicial así puede costar una fortuna, y no sé si puedo usar los fondos de la empresa para algo tan personal.

Los ojos de Lucía brillaron con una idea repentina.

—¿No lo ves? Esto es oro puro para tu reportaje —se inclinó hacia adelante, emocionada—. El contraste es perfecto: el vagabundo que resulta ser heredero de una de las familias más ricas de la isla. La contradicción entre el lujo desmedido y la pobreza extrema. ¡Es un puntazo periodístico!

Ana consideró las palabras de su amiga, mientras el ruido de las conversaciones en las mesas vecinas flotaba a su alrededor.

—Quiero hacer algo —murmuró—. Como sea. No es justo, sobre todo por Samuel.

* * *

El taxi se detuvo frente al Cala Bassa Beach Club. La noche había caído sobre Ibiza, trayendo consigo una brisa fresca que mecía las copas de los pinos. David e Iker descendieron del vehículo, sus siluetas recortadas contra las luces ambientales que iluminaban los senderos de madera.

Caminaron juntos por los caminos improvisados sobre la arena, bordeados por pinos centenarios. Sus pasos resonaban sobre la madera mientras se dirigían hacia el área del restaurante. El murmullo de conversaciones y el tintineo de copas flotaba en el aire nocturno.

Martín los esperaba solo en una mesa, jugando distraídamente con un cóctel casi vacío. Su expresión se iluminó al verlos.

—Al final me han dejado tirado —alzó su copa casi vacía—. Les ha surgido no sé qué urgencia a la pareja con la que había quedado.

Un camarero se acercó con elegancia estudiada. Martín pidió una sangría de cava para compartir.

—Ciento cincuenta euros —murmuró Iker, con los ojos como platos al ver el precio en la carta. Por eso no vengo nunca por aquí.

David soltó una risita y le dio un golpecito en el costado, en plan colegas.

—No te preocupes, supongo que es lo normal por aquí. Viendo el ambiente. El club tiene muy buena pinta.

—Ya os dije que invitaba yo —intervino Martín, haciendo un gesto despreocupado con la mano—. Es lo mínimo después de haceros venir hasta aquí.

El tiempo a partir de ahí trascurrió rápidamente entre brindis, risas y conversaciones. El sushi llegó en elegantes platos negros. David tomó un nigiri de salmón mientras Iker se lanzaba sobre el roll tempurizado. La sangría dio paso a unas cervezas heladas que aflojaron las lenguas y derritieron las últimas barreras entre ellos.

—Es increíble lo rápido que conectáis —comentó Martín, señalándolos con su cerveza—. Como si os conocierais de toda la vida.

—La isla tiene ese efecto —respondió Iker, limpiándose un poco de salsa con la servilleta—. Por cierto, ¿habéis visto el último numerito de Valeria Montalbán en la tele?

David puso los ojos en blanco.

—No, pero esa mujer es insoportable. El otro día en el club...

—Pues esperad a escuchar esto —Iker se inclinó sobre la mesa—. ¿Conocéis a mi amiga Ana Ortiz, la periodista que estuvo hace poco en la fiesta de la villa de Talamanca? Ha descubierto algo increíble sobre los Montalbán.

Les contó toda la historia: el romance prohibido entre Bartomeu y Rosa, el hijo secreto, la huida a Formentera y cómo Samuel, el vagabundo que Ana entrevistaba, resultó ser el heredero legítimo de parte de la fortuna Montalbán y Salazar.

Martín escuchaba con la boca abierta, el roll de atún olvidado en su plato.

—No me jodas —soltó finalmente—. ¿Me estás diciendo que ese hombre que duerme en la calle es técnicamente familia de Valeria y

de Pau y Adrián Salazar? Daría lo que fuera por ver sus caras cuando se enteren de que tienen que compartir su imperio con él.

—Si es que se puede demostrar —añadió David, dando un trago a su cerveza—. Estas familias seguro que tienen muchos recursos para enterrar sus secretos, por lo que decís.

Martín posó los dedos nerviosos sobre la mesa, su mente trabajando a toda velocidad. Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro mientras consideraba las posibilidades.

—Esto podría ser el escándalo del siglo en Ibiza —sus ojos brillaron con determinación—. Y tengo una idea. ¿Por qué no organizamos una gala benéfica para recaudar fondos? Algo grande, mediático. Podríamos conseguir el dinero para el proceso judicial.

Iker arqueó una ceja, escéptico.

—¿Una gala benéfica? ¿Para un proceso judicial?

—¿Por qué no? —Martín intentó explicarse—. Tengo los contactos, conozco a la gente adecuada. Podríamos montar algo en algún lugar emblemático, por ejemplo, desde el mirador de Es Vedrà. Imagínalo: "Justicia para Samuel: el heredero olvidado de Ibiza".

David asintió, contagiado por el entusiasmo de Martín.

—Sería una forma perfecta de darles donde más les duele —añadió —. En su imagen pública.

—Necesito que me pongáis en contacto con la periodista —Martín sacó su teléfono—. Esto hay que planearlo bien, crear expectación. Las familias Montalbán y Salazar se van a enterar de lo que vale un peine.

Iker dudó un momento antes de responder.

—Vale, hablaré con ella. Pero te advierto que es muy protectora con sus fuentes. No querrá que utilicemos a Samuel como un espectáculo.

—No es un espectáculo —Martín negó con la cabeza—. Es justicia. Y si podemos humillar un poco a esas familias que se creen intocables por el camino, mejor que mejor.

* * *

El sol de la tarde bañaba el mirador de Es Vedrà, donde cientos de personas se congregaban al ritmo de la música electrónica suave que emanaba de los altavoces. El DJ actual mezclaba beats con el sonido de las olas chocando contra las rocas, creando una atmósfera única y relajada.

Samuel observaba todo desde un rincón apartado, hoy había dejado su carrito del Mercadona a buen recaudo en un garaje del centro de Ibiza que le había prestado Martín para el evento. Ana permanecía a su lado, explicándole cada detalle del evento que se había organizado en su nombre. A pocos metros, Lucía atendía el puesto de Ibiza Sostenible, donde repartía folletos sobre el impacto del turismo masivo en la población local.

Los food trucks formaban un semicírculo colorido: uno ofrecía tacos veganos, otro hamburguesas gourmet, y un tercero servía zumos naturales y cócteles. El aroma a especias y comida recién hecha se mezclaba con la corriente fresca del litoral.

Fotógrafos y periodistas deambulaban por el evento, capturando imágenes de los asistentes y del imponente Es Vedrà que se alzaba como testigo silencioso detrás de todo. David, con su cámara profesional, documentaba cada momento mientras Iker lo observaba con una sonrisa desde la zona de seguridad junto con otros policías. Por supuesto ese día había querido que lo enviaran a trabajar al evento para estar cerca de todos sus amigos y no perderse nada.

Martín corría de un lado a otro, coordinando a los voluntarios y asegurándose de que todo funcionara correctamente. En una pantalla gigante se proyectaba el número de cuenta para donaciones, junto con fotografías antiguas de Ibiza y testimonios de personas mayores sobre la transformación de la isla.

Las asociaciones locales habían montado stands informativos decorados con pancartas coloridas. Algunos ofrecían talleres para niños, otros informaban sobre programas de ayuda a personas sin hogar. Un grupo de ancianos ibicencos compartía historias sobre la isla mientras tejían esparto, como se hacía antiguamente.

La música chillout flotaba sobre la escena como una nube suave, mezclándose con las conversaciones y risas de los asistentes que bailaban descalzos sobre el terreno rocoso, con Es Vedrà recortándose majestuoso contra el cielo azul.

Martín se secó el sudor de la frente y agarró dos cócteles de sandía del food truck más cercano. Sus ojos se posaron en el puesto de Ibiza Sostenible, donde Lucía repartía folletos con determinación.

Se acercó con paso decidido, aunque por dentro sentía un cosquilleo de nerviosismo que no terminaba de entender.

—Vengo en son de paz —alzó los vasos con una sonrisa conciliadora —. Te prometo que hoy no pienso mojarte.

Lucía levantó la vista de los papeles y arqueó una ceja.

—Después del mojito que te tiré en la villa de Talamanca, diría que estamos en paz.

El sol arrancaba destellos cobrizos del cabello de Lucía mientras ordenaba los folletos. Martín la observó un instante más largo de lo necesario.

—¿Sabes? Cuando no me estás gritando pareces incluso más guapa.

—Para el carro —Lucía alzó una mano—. Vale que has ganado puntos por organizar esto y dejarme poner el puesto de la asociación, pero no creas que voy a cambiar mi opinión sobre ti de un día para otro.

Martín fingió un gesto dramático y comenzó a retirarse con los cócteles.

—Aunque... —la voz de Lucía lo detuvo—. La bebida sí que la acepto.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Martín mientras le tendía uno de los vasos.

Cuando Martín ya se había alejado, Ana se acercó al puesto de Lucía con Samuel, que lucía irreconocible con unos pantalones de lino beige y una camisa de playa un poco ancha pero impecable.

—¡Pero bueno! —Lucía dejó los folletos sobre la mesa—. ¿Quién es este galán? Samuel, estás guapísimo.

Samuel se pasó la mano por el pelo recién cortado, visiblemente incómodo con tanta atención.

—Son cosas que me ha prestado el señor Martín Díaz para hoy. Dice que tenía que estar presentable.

—Vaya, vaya —Ana cruzó una mirada cómplice con Lucía—. El promotor está en todas últimamente, ¿eh?

Lucía rodó los ojos mientras reorganizaba los papeles del mostrador.

—Por cierto —Ana se apoyó sobre la mesa con una sonrisa maliciosa —. Os he visto muy acaramelados hace un rato. ¿De qué hablabais?

—Tonterías —Lucía apartó la mirada, concentrándose en ordenar los folletos por enésima vez—. Me ha traído un cóctel, nada más.

—Pues haríais buena pareja —comentó Ana—. ¿Qué piensas tu Samuel? El promotor y la activista...

—Anda y que te den, Ana —Lucía le lanzó un folleto a la cara—. Ni de coña. No pegamos en nada. Él representa todo lo que detesto de esta isla.

A unos metros de allí, David caminó hacia la zona donde Iker y sus compañeros descansaban junto a los coches de patrulla. El humo del cigarrillo de Iker se elevaba perezosamente en el aire mientras observaba el evento.

David levantó su cámara profesional y comenzó a disparar fotos. El sonido del obturador llamó la atención de Iker.

—¿Qué haces? —preguntó Iker, expulsando el humo.

—Fotografío al policía más atractivo de la isla —respondió David con una sonrisa traviesa.

Iker notó las risitas y los cuchicheos de sus compañeros detrás. Un ligero rubor le subió por el cuello.

—Eres un idiota —gruñó Iker—. Lárgate, me estás poniendo en un aprieto con los demás.

David bajó la cámara sin borrar su sonrisa.

—¿Nos vemos luego cuando termines?

—Sí, sí, por supuesto —Iker dio otra calada—. Ahora vete a hacer tu trabajo, pesado.

Mientras David se alejaba, Iker no pudo evitar que sus ojos se desviaran hacia los pantalones ajustados del fotógrafo alemán. En realidad, adoraba estos pequeños momentos de coqueteo con David. Nunca antes había sentido algo así por nadie, y la sensación lo tenía completamente atontado.

* * *

El zapateo furioso de Pau resonó por el pasillo de acabado liso y frío de la inmobiliaria. Su rostro crispado y la manera en que apartó a la asistenta dejaban claro que nada lo detendría.

—Señor Salazar, por favor, su primo está con un cliente importante —la asistenta corrió tras él con sus tacones repiqueteando.

Pau empujó la puerta. El golpe contra la pared sobresaltó a Adrián y al hombre trajeado sentado frente a él.

—¿Has visto esto? —Pau arrojó el Diario de Ibiza sobre los papeles que estudiaban.

El periódico se deslizó por la mesa, derramando el café de Adrián. Las gotas marrones salpicaron los documentos inmobiliarios.

Adrián mantuvo la compostura, aunque un músculo palpitó en su mandíbula. Se levantó con elegancia y dirigió una sonrisa tensa al cliente.

—Le ruego me disculpe un momento, señor Rossi. Mi asistenta le traerá más café mientras atiendo este... asunto familiar urgente.

Recogió el periódico manchado y siguió a Pau hasta una sala de reuniones cercana. Los ventanales ofrecían una vista panorámica del puerto deportivo, pero ninguno de los dos primos prestó atención al paisaje.

—¿Has perdido el juicio? —siseó Adrián, su rostro enrojecido de furia —. Acabas de espantar a un inversor de cincuenta millones.

Pau se desplomó en una de las sillas de cuero, estirando las piernas tatuadas.

—Me importa un comino tu inversor. ¿Has leído esto? —señaló el periódico manchado de café.

—No tengo tiempo para tus berrinches...

—Un vagabundo dice ser hijo secreto de una Salazar y un Montalbán. Están organizando una gala benéfica en el mirador de Es Vedrà para recaudar fondos y reclamar su parte de la herencia.

La expresión de Adrián cambió. Sus ojos azules recorrieron el artículo con rapidez mientras sus dedos arrugaban el papel. El silencio en la sala se volvió denso.

—Esto es absurdo —murmuró al fin, arrojando el periódico sobre la mesa de cristal—. Completamente imposible.

—¿Estás seguro? Porque parece que tienen pruebas.

—La abuela Francisca siempre decía que su hermana Rosa murió sin descendencia. Es un hecho histórico familiar.

—¿Y si no fue así? —Pau se inclinó hacia adelante—. ¿Y si la vieja zorra mintió?

—No digas estupideces —Adrián se aflojó la corbata, incómodo—. Es un vagabundo buscando atención. Nada más.

Adrián se pasó la mano por el cabello entrecano mientras contemplaba el horizonte a través de los ventanales.

—Moveré algunos hilos —declaró con voz grave—. Tengo contactos en el ayuntamiento que pueden averiguar quién está detrás del evento.

—¿Y los abogados? —Pau tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos de cuero.

—Por supuesto. Los llamaré esta misma tarde. Si es necesario, presentaremos una querella por difamación.

Pau soltó una risa amarga.

—Es lo último que necesitamos, primo. Un escándalo más y me hundo.

—¿Hacienda sigue dándote problemas?

—No han dejado de investigar las cuentas de los clubs desde hace meses —Pau se frotó el rostro con las manos tatuadas—. Y ahora la policía está empeñada en cerrarme uno de los locales del puerto por el tema de las drogas.

Adrián se sentó en la mesa delante de su primo.

—¿Tan grave es?

—Pillaron a tres camellos la semana pasada. Dicen que operaban desde el VIP —Pau alzó la mirada—. Ya sabes cómo funciona esto. No puedo controlar lo que hace cada gilipollas que entra en mis locales.

—Necesitas un equipo legal más agresivo.

—Lo que necesito es que dejen de joderme la vida —Pau se levantó de golpe—. Y ahora este mendigo sale con que es un puto Salazar.

—Me ocuparé de esto —aseguró Adrián—. Averiguaré quién está detrás, prometido.

Unos kilómetros más lejos de allí, en una villa ultramoderna en el monte cerca del pueblo de Jesús en Ibiza, Valeria recorría el salón acristalado como una fiera enjaulada. Sus chanclas resonaban contra el suelo pulido mientras gesticulaba con furia, el teléfono pegado a su oreja.

—¿Cómo que no podemos hacer nada? Para eso te pago una fortuna.

Marta se hundió más en el sofá de diseño blanco, fingiendo revisar su tablet mientras observaba a su jefa. El reflejo del sol en la piscina infinita proyectaba destellos azulados sobre las paredes, creando un contraste surreal con la tensión que flotaba en el ambiente.

—Me importa un cojón si tiene pruebas o no —Valeria se detuvo frente al ventanal, su silueta recortada contra el paisaje de la playa en la distancia—. Es un indigente que quiere manchar el apellido Montalbán.

El rostro de Valeria enrojeció mientras escuchaba la respuesta de su abogado. Sus nudillos se tornaron blancos alrededor del teléfono.

—¿Un test de ADN? ¿Te has vuelto loco? —su voz se elevó varios decibelios—. Jamás permitiré que ese... ese don nadie se acerque a mi familia.

Marta garabateó nerviosamente en su libreta, documentando la conversación como siempre hacía. La reacción de Valeria al artículo sobre Samuel superaba sus habituales arranques de ira.

—Escúchame bien —Valeria bajó la voz hasta convertirla en un siseo amenazador—. O encuentras la manera de parar esto, o buscaré otro abogado que sepa hacer su trabajo.

Cortó la llamada y arrojó el teléfono sobre un sillón cercano. Se giró hacia Marta, que intentó disimular que la observaba.

—Llama al masajista. Necesito que venga a darme un masaje de urgencia para quitarme las tensiones que se me acaban de formar en la parte del cuello.

Capítulo 19: 1915-1889, Mujeres de acero

Las puertas de roble macizo retumbaron contra las paredes cuando Doña Concha irrumpió en la casa. Un joven sirviente, que portaba una bandeja con varios vasos con bebidas, dio un salto hacia atrás, derramando algunas gotas sobre el mantel bordado.

—¡Quítese de en medio! —bramó ella, su rostro contraído en una máscara de furia y dolor.

Las doncellas la seguían a distancia prudencial, intercambiando miradas nerviosas mientras sus zancadas resonaban en el silencio por el pasillo de piedra rústica. El eco de sus zapatos marcaba un ritmo frenético, como el latido desbocado de su corazón.

Doña Concha se detuvo frente al espejo veneciano del corredor. Su reflejo le devolvió una imagen que apenas reconocía: una mujer elegante con el rostro desencajado, los ojos brillantes de lágrimas contenidas, el carmín corrido en la comisura de los labios.

Las palabras que había escupido en el puerto retumbaban en su mente: "¡No eres mi hija! ¡Mi Rosa está muerta!"

Sus manos temblaban mientras intentaba desabrochar los botones de sus guantes de encaje. La rabia y la angustia se mezclaban en su pecho como una tormenta. ¿Cómo se atrevía Rosa a aparecer así delante de todo el mundo, vestida como una vulgar pescadora, con un niño sucio agarrado a sus faldas?

—Señora... —susurró una de las doncellas, acercándose con cautela.

—¡Fuera! ¡Todas fuera! —ordenó Doña Concha, su voz quebrándose en la última sílaba.

Avanzó por el pasillo hacia su habitación, cada paso más pesado que el anterior. La confusión nublaba su mente mientras las lágrimas

comenzaban a rodar por sus mejillas. ¿Había hecho lo correcto? ¿Cómo podía una madre negar a su propia hija?

* * *

Doña Concha se acercó al armario de caoba, sus pasos más lentos y medidos ahora. Sus dedos recorrieron el borde del panel inferior hasta encontrar la pequeña hendidura oculta. Con un movimiento preciso, extrajo el joyero metálico que guardaba sus secretos más íntimos.

La tapa del joyero chirrió al abrirla. El aroma a papel viejo y tinta desvaída escapó como un suspiro. Sus manos, ya sin temblores, apartaron el falso fondo de terciopelo desgastado. Allí, amarillentas por el paso del tiempo, descansaban las cartas que Don Enrique Montalbán le escribió durante su noviazgo.

Bajo la luz que se filtraba por los visillos, Doña Concha extrajo el recorte de periódico. La imagen mostraba a un Don Enrique joven, con el pelo negro y brillante, la mirada decidida. El titular proclamaba su innovación en el proceso de producción del vino, un método que revolucionaría la industria vinícola de la isla. Sus ojos recorrieron las líneas que detallaban cómo su idea transformaría el negocio familiar, asegurando la prosperidad de generaciones futuras.

—Enrique Montalbán revoluciona la producción vinícola con nuevo método de fermentación —leyó en voz baja, sus dedos acariciando el papel quebradizo.

El artículo alababa la visión empresarial del joven bodeguero, prediciendo el éxito que efectivamente llegaría a la familia Montalbán gracias a esta innovación.

Las manos de Doña Concha volvieron a temblar al desplegar la primera carta. El papel crujió bajo sus dedos, frágil como las memorias que contenía. La caligrafía elegante de Enrique, trazada con tinta azul desvaída, bailaba ante sus ojos:

"Mi querida Concha, cada día sin verte es una eternidad. Los viñedos florecen, pero su belleza palidece ante tu recuerdo..."

Un suspiro escapó de sus labios mientras sus ojos recorrían aquellas líneas escritas décadas atrás. La pasión de juventud emanaba de cada palabra, recordándole una época cuando el amor parecía más importante que el deber o el apellido.

Otra carta, fechada en primavera, revelaba promesas nunca cumplidas:

"Imagino nuestro futuro juntos, paseando entre las vides. Tu risa mezclándose con el murmullo del viento..."

El recorte de periódico descansaba sobre su regazo, la imagen de Enrique de joven mirándola desde el papel amarillento. Sus ojos entonces brillaban con determinación, con sueños que el tiempo había marchitado. Concha recordó cómo su corazón latía desbocado cada vez que lo veía aparecer cerca de donde ella se encontraba, cómo sus dedos se rozaban furtivamente las veces que coincidieron durante los bailes de alguna celebración.

"Te escribo desde Mallorca, donde los negocios me retienen. Pero mi corazón permanece en Ibiza, junto a ti..."

Las palabras de amor se mezclaban con planes de futuro, con promesas de una vida compartida que nunca llegó a materializarse. El caprichoso destino había trazado un camino diferente.

Doña Concha acarició la firma de Enrique al pie de la última carta, recordando el calor de su mano sobre la suya, el sabor de besos robados tras las columnas del patio, el aroma a mar y juventud que impregnaba aquellos encuentros casuales.

* * *

Habían transcurrido décadas desde aquel momento, sin embargo, Doña Concha lo evocaba con una nitidez del presente. Los recuerdos afloraron en su memoria con precisión cristalina. En aquella época distante, el apellido Salazar aún no le pertenecía y María ocupaba el sitio más especial entre sus amistades.

El sol de agosto bañaba los campos de Ibiza mientras dos jóvenes compartían un mantel bordado bajo la sombra de unos almendros. La fuente natural cercana murmuraba su canción eterna, refrescando el ambiente con su presencia.

María extendió los dulces de almendra sobre el mantel con delicadeza, mientras Concha desplegaba un pañuelo de seda que contenía higos frescos recién cortados. Sus doncellas habían dispuesto una jarra de limonada casera y pequeños pasteles de sobrasada y almendras que desprendían un aroma tentador.

—Tu madre siempre prepara los mejores dulces —Concha tomó uno entre sus dedos, admirando el delicado polvo blanco que lo cubría.

María vertió la limonada en dos vasos de cristal tallado. —Y tu doncella Carmen hace la mejor sobrasada de la isla.

El agua de la fuente salpicaba ocasionalmente, creando un arcoíris fugaz cuando los rayos del sol atravesaban las gotas. Las muchachas habían encontrado este rincón apartado durante uno de sus paseos, y desde entonces se había convertido en su refugio habitual.

—¿Has visto cómo te miraba ese muchacho en misa el domingo? —María bajó la voz, aunque estaban solas.

Concha mordió un higo, dejando que el dulce sabor se expandiera en su boca antes de responder. —No me gusta nada. En mi mente me imagino a mi futuro esposo ideal totalmente de otra forma.

María jugueteó con el borde de su vestido mientras observaba a su amiga. —¿Y cómo es ese hombre ideal tuyo?

Los ojos de Concha brillaron con un destello soñador. Se inclinó hacia María, bajando la voz hasta convertirla en un susurro. —Mi marido ideal sería alguien como Don Enrique Montalbán.

María sintió que su estómago se encogía, pero mantuvo una sonrisa cortés en su rostro.

—Me escribe las cartas más hermosas —Concha sacó un sobre arrugado de su bolsillo—. Las envía a veces desde hace unas

semanas.

El papel crujió entre sus dedos mientras Concha desplegaba la misiva con reverencia. María observó la elegante caligrafía, ese trazo refinado que solo podía pertenecer a alguien educado en los mejores colegios.

—Dice que sueña conmigo cada noche —La voz de Concha temblaba de emoción—. Que algún día encontrará la manera de que estemos juntos.

María apretó los labios, conteniendo la amargura que amenazaba con desbordarse. Ella siempre había soñado con pertenecer a una familia como los Montalbán, con sus viñedos interminables y sus mansiones de piedra antigua.

—No deberías hacerte ilusiones —María apartó la mirada de la carta —. Los Montalbán jamás permitirían que su heredero se case con alguien que no sea de su clase.

—El amor puede con todo.

—El amor no paga facturas ni compra respeto —María endureció su tono—. Olvídate de él, Concha. Solo conseguirás sufrir.

Concha guardó la carta contra su pecho, como si quisiera protegerla de las duras palabras de su amiga. —Tú no entiendes lo que sentimos el uno por el otro.

María observó cómo el rostro de Concha se iluminaba al recordar el baile de la semana anterior. Los dedos de su amiga jugueteaban con los pasteles de almendra mientras revivía aquel momento.

—¿Recuerdas cuando sonó el vals? Don Enrique se acercó a mí directamente —Concha se enderezó, imitando el porte elegante que había mantenido aquella noche—. Me tendió la mano con tanta delicadeza...

María removió su limonada con más fuerza de la necesaria. —Vi cómo bailó también con las hermanas Ribas y con la pequeña de los Bonet.

—Pero conmigo bailó dos piezas seguidas —Concha se llevó las manos al pecho—. Y me susurró que mi vestido azul resaltaba el brillo de mis ojos.

—Por favor, Concha —María dejó el vaso sobre el mantel con un golpe seco—. Los caballeros como Don Enrique están obligados a ser corteses con todas las señoritas presentes en un evento de esa clase. Es lo que se espera de ellos.

El rostro de Concha perdió parte de su brillo. —No entiendo por qué me dices estas cosas. Se supone que eres mi amiga.

—Precisamente porque soy tu amiga debo decirte la verdad —María suavizó su tono, aunque sus palabras seguían siendo afiladas—. Don Enrique jamás se fijaría en serio en alguien como... bueno, en alguien de nuestra posición.

Concha bajó la mirada hacia la carta que aún sostenía entre sus manos. Las palabras de María le habían arrebatado parte de la magia que hasta entonces había envuelto aquellos momentos compartidos con Don Enrique. Por primera vez, una semilla de duda se plantó en su corazón.

La brisa seguía meciendo sus faldas mientras compartían otras confidencias, sus voces mezclándose con el murmullo constante de la fuente y el zumbido de las abejas que revoloteaban alrededor de los dulces. En ese momento eran solo dos amigas disfrutando de una tarde de verano compartiendo los manjares que sus madres habían preparado con tanto esmero. El mantel bordado ondeaba suavemente, salpicado de migas dulces y gotas de limonada.

* * *

El salón principal de los Montalbán resplandecía bajo la luz de las lámparas de cristal. Los invitados, ataviados con sus mejores galas, se movían entre las mesas como piezas de un elaborado tablero de ajedrez. Doña Concha lucía un vestido color champán que su madre había mandado traer especialmente desde Valencia.

Don Enrique presidía la mesa principal junto a sus padres. Su porte elegante destacaba entre los demás comensales, y sus ojos vagaban ocasionalmente hacia donde Concha estaba sentada.

—La cosecha ha sido excepcional este año —proclamó el padre de Enrique, levantando su copa—. Y con ella, nuevos lazos que fortalecerán nuestro legado.

María, sentada estratégicamente cerca de la familia Montalbán, mantenía una conversación animada con la madre de Enrique. Sus risas melodiosas llegaban hasta Concha como pequeñas agujas.

Los sirvientes desfilaban con bandejas de plata, sirviendo platos elaborados que Concha apenas probaba. Su atención estaba fija en los gestos de Don Enrique, en cómo María se inclinaba hacia él para susurrarle algo al oído.

—¿Has notado lo bien que se llevan? —murmuró la señora Ribas a su vecina de mesa—. Dicen que los Montalbán están encantados con ella.

Concha sintió que el aire se volvía denso. Las cartas que guardaba en su cajita parecían ahora papel mojado frente a la realidad que se estaba desarrollando ante sus ojos. María, su confidente, su amiga del alma, estaba trabajando duro para intentar suplantar el lugar que ella debía ocupar.

El tintineo de una copa resonó por el salón. Los murmullos cesaron cuando el padre de Don Enrique se puso en pie, su figura imponente dominando la estancia.

—Queridos amigos y familiares, hoy es un día especial para los Montalbán —su voz grave llenó cada rincón—. Mi hijo Enrique y la encantadora María han decidido unir sus vidas en matrimonio.

Una oleada de aplausos inundó la sala. Las mejillas de María se tiñeron de un suave carmesí mientras Don Enrique tomaba su mano con delicadeza.

Concha sintió que el suelo se movía bajo sus pies. El aire se volvió espeso, casi irrespirable. Sus dedos se crisparon sobre el mantel de encaje, arrugando la fina tela entre sus manos.

—¡Qué maravillosa noticia! —exclamó una dama cercana—. Hacen una pareja perfecta.

Los invitados se arremolinaron alrededor de los prometidos. Las felicitaciones y los abrazos se sucedían mientras Concha permanecía clavada en su silla, observando cómo su mundo se desmoronaba pieza a pieza.

Con movimientos mecánicos, se levantó de la mesa. Nadie reparó en ella cuando se deslizó entre las sombras hacia la puerta del salón. Los sonidos de júbilo la perseguían como un eco cruel mientras sus pasos la alejaban de aquella escena que destrozaba sus ilusiones.

Las risas de María, aquella que consideraba su amiga más íntima, resonaban en sus oídos como una burla. Las cartas guardadas en su cajita, las miradas robadas, las promesas susurradas... todo se desvanecía bajo el peso de aquel anuncio que sellaba su destino.

Concha vagó entre las hileras de vides, sus pasos inseguros la llevaban sin rumbo por los viñedos de los Montalbán. La luna proyectaba sombras extrañas sobre los surcos de tierra, convirtiendo el familiar paisaje en algo extraño y amenazador. Sus manos temblaban mientras se aferraba a los postes que sostenían las vides.

El nudo en su garganta crecía con cada paso. Las lágrimas pugnaban por salir, pero ella las contenía con férrea determinación. Su respiración entrecortada resonaba en el silencio de la noche.

Sus piernas cedieron cerca de un antiguo nogal. Se dejó caer sobre la tierra húmeda, sin importarle que su vestido de fiesta se manchara. El dolor la sobrepasó y los sollozos comenzaron a sacudir su cuerpo con violencia.

Don Rodrigo Salazar caminaba también por la propiedad intentando esquivar los encuentros sociales que tenían lugar dentro de la casa, cuando escuchó el llanto. Al principio dudó, pero algo en aquellos

sollozos lo impulsó a investigar. Encontró a Concha hecha un ovillo contra el tronco del antiguo nogal.

—¿Se encuentra bien, señorita? —se acercó con cautela.

Concha alzó el rostro, sus ojos hinchados brillaban bajo la luz de la luna. Intentó hablar, pero las palabras se ahogaron en su garganta. Los sollozos se intensificaron.

Rodrigo se arrodilló junto a ella, sin importarle que su traje nuevo se ensuciara con el barro. Concha se aferró a su chaqueta como si fuera un salvavidas en medio de una tormenta. Sus lágrimas empaparon la tela cara, pero a Rodrigo no pareció importarle.

—Llore todo lo que necesite —murmuró él con suavidad, rodeándola con sus brazos—. A veces es lo único que podemos hacer.

El llanto de Concha resonó en la noche, liberando toda la angustia y la traición que sentía. Rodrigo permaneció en silencio, ofreciendo el consuelo de su presencia a esta desconocida que el destino había puesto en su camino.

* * *

El sol de media tarde caía sobre las calles empedradas cuando Concha divisó a María caminando junto a su madre y otras señoras del pueblo. Su corazón latió con fuerza mientras aceleraba el paso para alcanzarlas.

—María, necesito hablar contigo —su voz cortó el aire como un látigo.

María se detuvo, su rostro transformándose en una máscara de cortesía. Las otras mujeres intercambiaron miradas incómodas.

—Adelántense, por favor —indicó María a su madre y las demás damas—. Las alcanzaré en un momento.

Concha arrastró a María hacia un callejón apartado, sus dedos clavándose en el brazo de su antigua amiga.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me traicionaste así?

María se soltó con un movimiento brusco, alisándose la manga del vestido.

—¿Traicionarte? No seas ingenua, Concha. Enrique nunca te perteneció.

—Me escuchabas hablar de él durante horas. Guardabas mis secretos, viste mis cartas...

Una sonrisa cruel se dibujó en los labios de María.

—¿Y crees que eso te daba algún derecho? Mientras tú soñabas despierta, yo actuaba. Cada confidencia tuya me servía para entender mejor a Enrique, para saber cómo acercarme a él.

El color abandonó el rostro de Concha.

—¿Me utilizaste?

—Por supuesto. Tu inocente amistad me abrió todas las puertas. Cada vez que me contabas tus encuentros con él, cada detalle que compartías... todo me ayudó a construir exactamente lo que Enrique deseaba en una mujer.

Las palabras golpearon a Concha como bofetadas. Sus ojos se llenaron de lágrimas de rabia mientras contemplaba a esta desconocida que había usado su confianza como un arma.

—Eres... eres un monstruo.

—No, querida —María se acercó, su voz un susurro venenoso—. Soy una mujer práctica. Y ahora, si me disculpas, me esperan para elegir el ajuar de mi boda.

Concha permaneció inmóvil, sus pies anclados al suelo polvoriento mientras observaba la figura de María alejándose con paso triunfal. La sangre le hervía en las venas, una sensación ardiente que ascendía desde su estómago hasta su garganta. Sus ojos se posaron en una piedra junto al camino.

Sin pensarlo dos veces, sus dedos se cerraron alrededor de la roca. El peso se sentía perfecto en su mano. La rabia nubló su visión

mientras tensaba el brazo hacia atrás y lanzaba la piedra con todas sus fuerzas.

El proyectil golpeó a María en la espalda con un ruido sordo. Un grito ahogado escapó de los labios de su antigua amiga, quien se dobló por el impacto. Concha apretó los dientes, frustrada —había apuntado a su cabeza.

—¡Maldita víbora! —María se incorporó, su rostro contorsionado por el dolor y la furia. Se lanzó hacia Concha como una fiera herida—. ¡Te arrancaré los ojos!

Las otras mujeres corrieron hacia ellas, sujetando a María por los brazos mientras esta se debatía, escupiendo insultos.

—¡Mal nacida! ¡Envidiosa! ¡Solterona amargada!

Concha retrocedió unos pasos, su pecho agitado por la respiración entrecortada.

—¡Me las pagarás, María! —su voz resonó por las calles estrechas—. ¡Te juro que me las pagarás! —el odio destilaba cada palabra mientras se alejaba corriendo.

* * *

El velo de novia pesaba sobre los hombros de Concha mientras contemplaba su reflejo en el espejo. Habían pasado meses desde que María se convirtiera en una Montalbán y ahora le tocaba pasar por el altar a ella. Sus ojos, antes llenos de fuego, ahora mostraban una resignación gélida. El vestido blanco, confeccionado con las mejores telas de Valencia, se ajustaba a su figura como una jaula de seda.

Don Rodrigo Salazar esperaba en el altar de la iglesia de San Joan. Su porte imponente y su mirada autoritaria dejaban claro que no era un hombre acostumbrado a recibir negativas. Las familias más importantes de la isla ocupaban los bancos, murmurando sobre la rapidez del compromiso.

María y Enrique Montalbán también se sentaban en una de las primeras filas, ella luciendo un embarazo de varios meses. Don Rodrigo desconocía las rencillas entre ellas y no habría estado bien no invitar, aunque fuera por compromiso a una de las familias más importantes de los alrededores. Concha clavó sus uñas en el ramo de azahares cuando pasó junto a ellos.

—Te ves radiante, querida —susurró María con falsa dulzura.

El padre de Concha la entregó a Don Rodrigo con un apretón de manos que selló más un acuerdo comercial que una unión matrimonial. Los olivares de su familia necesitaban el capital de los Salazar y sus salinas para sobrevivir.

—Acepto —pronunció Concha las palabras como quien traga veneno.

Don Rodrigo deslizó el anillo en su dedo con la satisfacción de quien adquiere una nueva propiedad. Sus dedos ásperos rozaron la piel de Concha, provocándole un escalofrío.

El sacerdote los declaró marido y mujer bajo las bóvedas de piedra. Concha sintió que cada palabra del ritual era un clavo más en el ataúd de sus sueños juveniles.

Durante el banquete, mientras los invitados celebraban con vino y música, Concha observaba a María y Enrique bailar. Su corazón, antes ardiente de amor y después de odio, ahora latía con un nuevo propósito: la venganza que serviría fría, como el cava que burbujeaba en las copas de cristal.

* * *

Concha pasó los dedos por el papel amarillento del periódico. La tinta se había desvanecido con los años, pero el rostro de Enrique aún conservaba ese aire soñador que tanto la había cautivado. Sus ojos claros miraban más allá del fotógrafo, perdidos en algún punto lejano, como siempre.

El aroma a lavanda que emanaba de las cartas guardadas junto al recorte le recordó aquellas tardes entre los viñedos. Las palabras

escritas con tinta azul se habían difuminado, pero ella las conocía de memoria. Cada promesa incumplida, cada "te quiero" que nunca llegó a materializarse.

—Cobarde —murmuró, arrugando una esquina del periódico.

El espejo de su tocador le devolvió el reflejo de una mujer que había enterrado sus sueños bajo capas de orgullo y amargura. Don Rodrigo dormía su siesta en el piso de abajo, ajeno a los fantasmas que su esposa guardaba en aquella cajita de caoba.

María. El nombre le provocó un sabor amargo en la boca. Su antigua amiga, ahora su más despreciada enemiga, le había arrebatado no solo al hombre que amaba, sino también la posibilidad de una vida diferente. Y ahora su propia hija, Rosa, se atrevía a aparecer en el puerto como una mendiga, arrastrando el apellido Salazar por el barro.

Las cartas temblaron entre sus dedos. Concha recordó cómo María fingía escuchar sus confidencias mientras tejía su red de mentiras. Cada consejo, cada palabra de aliento había sido parte de su plan para conseguir a Enrique.

El sol de la tarde se colaba por los visillos, proyectando sombras sobre el rostro de Enrique en el periódico. Concha cerró los ojos, pero la imagen de Rosa en el puerto se mezclaba con los recuerdos de su propia juventud perdida. La misma rebeldía, el mismo fuego en la mirada. Y ella, convertida en el reflejo exacto de lo que más había odiado: una mujer amargada que negaba la felicidad a otros.

Los papeles se arrugaron entre los dedos de Concha. Una a una, las fue desgarrando mientras lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas. Los pedazos de papel caían como copos de nieve sobre la alfombra, cada fragmento llevándose consigo un trozo de su juventud.

El recorte de periódico con la imagen de Enrique fue el último en caer víctima de su furia. Sus dedos temblorosos partieron el rostro

soñador en dos, luego en cuatro, hasta que solo quedaron diminutos fragmentos irreconocibles.

—Te odio, María —sus palabras salieron como un susurro envenenado—. Te odio por convertirme en esto.

Se dejó caer en el sillón junto al tocador, su respiración entrecortada por los sollozos. El espejo volvía a reflejar un rostro contorsionado por el dolor y la rabia. En ese momento, vio algo más en su reflejo: los mismos gestos duros, la misma mirada despreciativa que María le había dirigido tantas veces.

La imagen de Rosa en el puerto regresó a su mente. Su hija, con ese niño pequeño sucio, tenía la misma mirada desafiante que ella había tenido alguna vez, antes de que la amargura la consumiera.

—No —sacudió la cabeza con determinación—. No seré como ella. No destruiré la vida de mi propia hija como María destruyó la mía.

Concha se levantó y caminó hacia la ventana. El sol de la tarde bañaba las salinas que se extendían hasta el horizonte. Por primera vez en años, sintió que el peso en su pecho se aligeraba.

—Debo encontrar a Rosa, debo ayudarla—murmuró para sí misma—. Debo decirle que la perdono... que me perdone.

Parte 3

Capítulo 20: 2024, Zona de confort

El Range Rover de Iker levantó una nube de polvo al detenerse en el aparcamiento de tierra del Jockey Club. El sol de mediodía caía implacable sobre las salinas, creando espejismos en el horizonte.

David saltó del asiento del copiloto con una sonrisa radiante. Sus movimientos ágiles contrastaban con la rigidez de Iker, quien permanecía aferrado al volante con los nudillos blancos.

—Venga, no puede ser tan terrible —David sacó las toallas y una nevera portátil del maletero—. Es solo una playa.

Iker masculló algo ininteligible mientras observaba a las parejas que caminaban en chanclas desde el aparcamiento en dirección al Chiringay, un chiringuito de ambiente situado a varios cientos de metros del aparcamiento en la playa. Sus músculos se tensaron bajo la camiseta ceñida de tirantes blanca, que se había puesto para la ocasión.

—Nunca he estado aquí —confesó por fin, bajando del coche—. No es mi tipo de ambiente.

—¿El policía más guapo de Ibiza tiene miedo de una playa gay? —David le guiñó un ojo mientras cargaba una bolsa con protector solar y unas bolsas de patatas fritas.

El rostro de Iker se ensombreció. Sus ojos verdes escanearon el aparcamiento como si buscara una ruta de escape. El humo de su cigarrillo se elevó en espirales perezosas.

—No es miedo —gruñó—. Simplemente prefiero otros lugares.

David se acercó y le quitó el cigarrillo de los labios con un movimiento suave.

—Pues hoy vas a descubrir algo nuevo —le pasó una de las bolsas—. Y te va a encantar.

Iker cogió la bolsa a regañadientes y siguió a David por el sendero de arena que se adentraba en el bosque de pinos. Sus pasos eran pesados, como si cada uno le costara un esfuerzo sobrehumano. El sonido de la música y las risas llegaba desde el Jockey Club justo al lado del aparcamiento, mezclándose con el rumor de las olas.

El sol castigaba sin piedad mientras David e Iker seguían a varias parejas que caminaban con determinación por el sendero entre los pinos. Sus sandalias se hundían en la arena caliente con cada paso. El sudor empapaba la camiseta de tirantes de Iker, resaltando aún más sus músculos tatuados.

—Solo vengo porque me lo has pedido tú —gruñó Iker, ajustándose la gorra de béisbol—. Y porque me has prometido que la próxima vez elijo yo el plan.

David sonrió, sus ojos azules brillando con picardía detrás de las gafas de sol.

—¿Nunca has tenido curiosidad por venir? Llevas años en la isla.

—Sé perfectamente dónde está el Chiringay —Iker bajó la voz—. Pero prefiero otros sitios menos... llamativos.

Una pareja de hombres bronceados se cruzó con ellos en el sendero.

—¡Hola guapos! Primera vez, ¿verdad? —uno de ellos les guiñó un ojo—. Os va a encantar.

Iker se tensó visiblemente, sus dedos apretando con fuerza la correa de la bolsa de playa.

—Gracias —respondió David con naturalidad, mientras Iker aceleraba el paso.

—¿Ves por qué no me gusta venir? Todo el mundo asume que...

—¿Que eres gay? —completó David—. ¿O que estás conmigo?

Antes de que Iker pudiera responder, una bandera arcoíris apareció ondeando en la distancia sobre un tejado de madera y caña. El

Chiringay se alzaba al final del sendero, la música y las risas flotando en la brisa marina.

El camarero argentino Diego los recibió con una sonrisa radiante mientras se acercaban a la terraza del Chiringay. La arena blanca se extendía frente a ellos hasta fundirse con el mar turquesa.

—¿Hay tumbonas disponibles? —preguntó David, ajustándose las gafas de sol.

—Sí, pero dense prisa —Diego señaló hacia la playa—. Quedan algunas libres. El encargado llegará en un momento para cobrarles.

Iker escudriñó la playa, sus ojos deteniéndose en las tumbonas más alejadas, casi al borde del agua.

—Podríamos ir allí —murmuró, señalando la zona más solitaria.

—Ni hablar —David lo tomó del brazo y lo arrastró hacia dos tumbonas vacías en primera línea, justo frente a la terraza—. La mejor vista está aquí.

Se instalaron en las tumbonas mientras Iker sentía decenas de miradas sobre él. Sus ojos no podían evitar notar los cuerpos desnudos que paseaban por la orilla o descansaban sobre las toallas. Un grupo de hombres bronceados jugaba a las palas cerca de ellos, sus risas mezclándose con el rumor del mar.

David se quitó la camiseta con un movimiento fluido y se tumbó en la tumbona, pero Iker permaneció sentado, rígido, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿No tienes calor? —preguntó David, incorporándose sobre un codo.

Iker se removió incómodo en la tumbona, consciente de cada mirada que recibía. Sus dedos jugaron con el borde de su camiseta, pero no se atrevió a quitársela.

—Estoy bien así —masculló, hundiéndose más en la tumbona mientras observaba a una pareja que pasaba frente a ellos

completamente desnuda.

Diego apareció con una jarra de sangría rebosante de frutas y hielo, dejándola sobre la mesita entre las tumbonas. El aroma dulzón del vino y las frutas se mezclaba con la caricia húmeda del mar en el aire.

—No deberías haber pedido eso —Iker frunció el ceño mientras observaba la jarra—. El alcohol es veneno para los músculos. Y las calorías...

David vertió el líquido granate en dos vasos, ignorando las protestas de Iker.

—¡Hola! ¿Estáis también de vacaciones? —una pareja bronceada de la tumbona contigua saludó con entusiasmo.

—No, en realidad yo estoy aquí por trabajo desde hace unos días, soy fotógrafo. Iker trabaja incluso desde hace años en la isla, es policía nacional.

Los ojos de la pareja se abrieron con sorpresa al escuchar la profesión de Iker.

—¡Un poli! Madre mía, con razón tienes ese cuerpazo —el más alto de los dos recorrió con la mirada los músculos de Iker—. ¿Entrenas mucho?

Su compañero le dio un toque cómplice con el codo.

—No le agobies, cariño. Aunque la verdad es que pareces más un modelo fitness que un policía.

Iker hundió la cabeza entre los hombros, sus dedos tamborileando nerviosamente sobre el vaso de sangría. El sudor le resbalaba por el cuello mientras sentía las miradas de admiración sobre él.

David continuó la conversación con naturalidad, compartiendo anécdotas sobre sus sesiones fotográficas y riendo con la pareja. Cuando finalmente los vecinos de tumbona se fueron a dar un remojón en el agua, Iker se inclinó hacia David con el ceño fruncido.

—¿Era necesario contarles toda nuestra vida? —susurró entre dientes—. No deberías ir diciendo por ahí que soy policía.

David se giró hacia él, quitándose las gafas de sol para mirarlo directamente.

—¿Qué te pasa hoy? Estás muy raro —sacudió la cabeza—. Solo estaba siendo amable. No es ningún secreto que eres policía, ni que yo soy fotógrafo.

Un hombre con sombrero de paja y una riñonera se acercó a ellos en ese momento.

—Buenos días, chicos. Son cuarenta euros por tumbona —anunció con una sonrisa pícara.

Iker se incorporó de golpe, casi derramando su bebida.

—¿Ochenta euros? ¿Pero qué estafa es esta?

El encargado soltó una carcajada.

—Era broma, hombre. Son quince cada una —guiñó un ojo a David —. Tu marido está un poco tenso, ¿eh?

El rostro de Iker se tornó escarlata. Sus músculos se tensaron bajo la camiseta.

—No soy su marido —espetó con brusquedad—. Ni siquiera somos pareja.

—Tranquilo, tigre —el encargado levantó las manos en señal de paz, sin perder la sonrisa—. Era una broma.

El sol alcanzó su cenit mientras la tensión entre David e Iker crecía con cada minuto que pasaban en esa playa. El policía permanecía rígido en su tumbona, bebiendo sangría a pequeños sorbos y evitando cualquier contacto visual con los bañistas que pasaban frente a ellos.

—¿Sabes qué? Ya está bien —Iker se incorporó de golpe, derramando parte de su bebida sobre la arena—. Recoge tus cosas,

nos vamos.

David bajó sus gafas de sol y lo miró con incredulidad.

—¿Perdona? No pienso irme. Acabamos de llegar.

—Me importa una mierda. Estoy harto de este circo —Iker comenzó a meter sus cosas en la bolsa con movimientos bruscos—. No tengo por qué aguantar esto.

—¿Aguantar el qué exactamente? —David se levantó, su voz elevándose—. ¿Ver a gente feliz y libre? ¿Es eso lo que tanto te molesta?

—¡No me vengas con gilipolleces! —Iker se giró hacia él, sus ojos verdes ardiendo de furia—. ¡Te comportas igual que el día del aeropuerto, un puto prepotente que cree que puede hacer lo que le da la gana!

—¡Y tú sigues siendo el mismo policía homófobo y acomplejado! —David dio un paso hacia él—. ¡Al menos yo no me escondo de quien soy!

—¿Esconderme? —Iker soltó una carcajada amarga—. ¡Lo que no hago es ir pregonándolo como si fuera lo único importante de mi vida!

Los bañistas cercanos observaban la escena con curiosidad mientras las voces de ambos se elevaban por encima del sonido de las olas.

—¡Pues prefiero ser un pregonero que un cobarde! —David recogió sus cosas con rabia—. ¡Al menos no voy por ahí fingiendo ser algo que no soy!

La arena crujía bajo sus pies mientras recorrían el sendero de vuelta al aparcamiento. El sol castigaba sus espaldas, pero el calor de la discusión era aún más intenso.

—¡No tienes ni puta idea de mi vida! —bramó Iker, sus pasos resonando pesadamente—. ¡No todos podemos ser niños ricos alemanes que hacen lo que les da la gana!

—¡Al menos yo no me avergüenzo de quien soy! —David tropezó con una raíz, maldiciendo en alemán mientras se reajustaba la bolsa al hombro.

Llegaron al Range Rover entre gritos cada vez más acalorados. Las pocas personas en el aparcamiento los miraban de reojo, apresurándose a alejarse de la escena.

—¿Sabes qué? —Iker abrió la puerta del conductor con tanta fuerza que rebotó—. ¡Ahí te quedas! No tengo por qué aguantar a una reina engreída como tú.

El motor rugió y las ruedas chirriaron sobre la gravilla. David se quedó plantado junto a las bolsas de playa, boquiabierto, mientras el Range Rover se alejaba levantando una nube de polvo.

Pero apenas había avanzado cincuenta metros cuando el vehículo frenó en seco. Las luces de marcha atrás se encendieron y el coche regresó lentamente.

Iker bajó la ventanilla, sus nudillos blancos sobre el volante.

—Sube. Lo siento.

—Ni hablar —David sacó su móvil—. Llamaré a un taxi.

—Por favor —la voz de Iker se suavizó—. No te dejaré tirado aquí.

Tras unos segundos de tensión, David recogió sus cosas y subió al coche sin decir palabra. El aire acondicionado zumbaba mientras el Range Rover enfilaba hacia Ibiza ciudad. Ninguno de los dos rompió el silencio durante todo el trayecto, cada uno perdido en sus propios pensamientos mientras las salinas quedaban atrás.

* * *

Unos días más tarde, las olas se balanceaban tranquilas en las aguas del puerto de San Antonio mientras David esperaba junto a su bolsa de playa. Sus ojos azules escudriñaban el horizonte tras sus gafas de sol Ray-Ban, buscando alguna señal de Iker.

Un catamarán blanco de doce metros se acercó al muelle. Al timón, un hombre bronceado saludaba con la mano. Junto a él, Iker lucía más relajado que nunca, con una camiseta sin mangas que dejaba ver sus tatuajes.

—¡Eh, alemán! —gritó Iker—. ¡Sube!

David trepó ágilmente a bordo. El capitán, que se presentó como Toni, les guiñó un ojo y se dirigió a la proa para soltar amarras.

El catamarán se deslizó suavemente sobre las aguas cristalinas. La brisa marina revolvía el cabello rubio de David mientras observaba cómo la costa de Ibiza se alejaba poco a poco.

—Siento lo del otro día —murmuró Iker, acercándose a David con dos cervezas frías—. Me comporté como un gilipollas.

David tomó una cerveza y suspiró.

—Yo también me pasé. No debí presionarte tanto.

El silencio entre ellos se llenó con el sonido de las olas contra el casco y el viento en las velas.

—Es que... —Iker se pasó una mano por el pelo—. Todo esto es nuevo para mí. No es fácil.

David se acercó más a él, sus hombros rozándose.

—Lo sé. Y prometo ser más paciente.

Toni puso música suave y se concentró en el timón, dándoles espacio. Las aguas turquesas de Formentera comenzaban a distinguirse en el horizonte.

Iker rozó la mano de David con la suya, un gesto tímido pero significativo.

—¿Sabes? —sonrió—. Creo que esto me gusta más que el chiringuito.

David entrelazó sus dedos con los de Iker y ambos contemplaron el mar en un cómodo silencio, dejando que la brisa marina se llevara

los últimos restos de tensión entre ellos.

El catamarán surcaba las aguas entre Ibiza y Formentera bajo un sol resplandeciente. Toni, con su piel curtida por años de navegación, ajustó el rumbo mientras observaba el horizonte con ojo experto.

—Tendremos que volver en unas horas —anunció, señalando hacia el oeste—. Se acerca mal tiempo y el oleaje aumentará por la tarde.

Desapareció un momento en la cabina y regresó con una bandeja de aperitivos típicos ibicencos: sobrasada, queso mahonés y pan payés horneado esa mañana. El aroma cautivó a David e Iker, que devoraron la comida con avidez.

Tras el refrigerio, ambos se tumbaron en la red extendida en la proa del catamarán. El sol calentaba sus cuerpos mientras el barco se mecía suavemente. Los músculos tatuados de Iker brillaban con gotas de agua marina, y David no podía evitar admirarlo de reojo.

—¿Sabéis por qué llamaban a Formentera la isla del trigo? —preguntó Toni mientras ajustaba una vela—. Los fenicios la usaban como granero natural. Cultivaban cereales aquí para alimentar a sus tropas en Ibiza.

David se incorporó, intrigado.

—También fue refugio de piratas berberiscos —continuó Toni—. Las torres de vigilancia que veis en la costa se construyeron para avistar sus barcos. Los habitantes tenían que esconderse en cuevas durante días.

Iker se giró hacia el capitán.

—¿Y es cierto que hay tesoros enterrados?

—Eso dicen —sonrió Toni—. Los piratas escondían sus botines en cuevas submarinas. Algunos pescadores juran haber encontrado monedas antiguas en sus redes.

El viento marino acariciaba sus rostros mientras escuchaban fascinados las historias de Toni, que parecían traer ecos de un

pasado remoto y misterioso.

Capítulo 21: 1935-1949, El curso de la vida

El ocaso teñía de púrpura el cielo de Formentera mientras las últimas luces del día se reflejaban en el mar. En la playa, junto a las casetas de los pescadores, una modesta celebración reunía a las familias que compartían el duro oficio del mar.

Jaume, alto y fornido por años de trabajo en el mar, lucía una camisa blanca remendada pero limpia. Sus ojos brillantes y su cabello oscuro rizado enmarcaban un rostro curtido por el sol y la sal. A su lado, Raimunda resplandecía con un vestido sencillo de algodón. Su figura delgada y grácil se movía al compás de la música mientras sus ojos oscuros no se apartaban de su prometido.

Joan y Margalida observaban a la pareja con orgullo desde una mesa cercana. Sus rostros, marcados por años de trabajo y preocupaciones, se iluminaban al ver la felicidad de su hija. Rosa, sentada junto a ellos, mantenía una sonrisa serena mientras contemplaba a su hijo Jaume, quien había crecido para convertirse en un hombre honorable y trabajador.

Las mesas improvisadas se doblaban bajo el peso de las fuentes de pescado frito y pan moreno. Los vecinos habían contribuido con lo que podían: unos con aceitunas de su pequeño huerto, otros con vino casero en jarras de barro. Alguien había conseguido una botella de hierbas ibicencas para la ocasión especial.

—¡Por los novios! —gritó un pescador levantando su vaso de vino.

El resto de los invitados respondió al brindis con alegría. Las guitarras sonaban mientras las mujeres mayores entonaban canciones tradicionales. El aroma a sal se mezclaba con el olor del pescado frito y las flores silvestres que decoraban las mesas.

Jaume tomó la mano de Raimunda y la besó con ternura, un gesto que provocó silbidos alegres entre los presentes. Sus miradas se

encontraron, compartiendo la promesa de un futuro juntos en aquella isla que los había visto crecer.

En una esquina apartada, Rosa y la abuela Josefa compartían un momento íntimo junto a dos vasitos de licor de hierbas. La anciana se acomodó con dificultad en su silla de anea, sus manos nudosas aferrándose al bastón que ahora necesitaba para caminar.

—Míralos, qué felices están —murmuró Josefa, sus ojos acuosos fijos en la pareja de novios.

Rosa asintió mientras daba un pequeño sorbo al licor. A sus cuarenta y tantos años, su belleza se había transformado en una serena madurez. Las arrugas alrededor de sus ojos hablaban más de risas que de penas, aunque en su mirada persistía el eco de un amor perdido.

—Bartomeu habría estado orgulloso de su hijo —susurró Josefa, apretando la mano de Rosa con la poca fuerza que le quedaba.

El nombre provocó un escalofrío en Rosa. Después de tantos años, aún sentía ese vacío en el pecho cada vez que lo mencionaban. Nunca había podido olvidarlo, ni tampoco había encontrado a otro hombre que despertara en ella lo que Bartomeu había conseguido con una sola mirada.

—Esta familia me ha dado más de lo que jamás soñé —respondió Rosa, observando cómo Jaume hacía girar a Raimunda en un baile improvisado—. Cuando llegué aquí, pensé que estaba sola en el mundo. Pero vosotros... —su voz se quebró ligeramente— vosotros me disteis un hogar.

Josefa tosió, su cuerpo frágil sacudiéndose. Los años no perdonaban, y cada día le costaba más realizar las tareas más simples. Sin embargo, su espíritu permanecía fuerte como el primer día que acogió a aquella joven embarazada y asustada.

—Y tú nos diste a Jaume —respondió la anciana con una sonrisa desdentada—. Ahora eres una Delgado más, Rosa. Siempre lo has sido.

La música y las risas de la fiesta se fueron apagando mientras Jaume y Raimunda se alejaban cogidos de la mano. Sus pies se hundían en la arena tibia de las dunas, dejando un rastro de huellas que la brisa marina pronto borraría.

El aroma de los lentiscos y las jaras en flor impregnaba el aire nocturno. La vegetación formaba un refugio natural, un pequeño oasis de intimidad lejos de las miradas de los pescadores y sus familias.

Jaume se detuvo en un recoveco entre las dunas, donde las plantas crecían más altas y tupidas. El murmullo del mar llegaba amortiguado hasta allí, mezclándose con el suave crujir de las hojas mecidas por la brisa.

—Este lugar es mágico —susurró Raimunda, sus pupilas refulgían bajo la escasa luz.

Sus dedos jugaban con los rizos oscuros de Jaume mientras él la atraía hacia sí. El calor de sus cuerpos contrastaba con la frescura de la noche. Las jaras blancas los rodeaban como testigos silenciosos de su amor, sus pétalos resplandeciendo bajo la luz plateada.

El viento marino traía consigo el eco lejano de las guitarras y las voces de la fiesta, pero allí, en su pequeño refugio entre la vegetación isleña, Jaume y Raimunda habían encontrado su propio mundo. Las altas plantas los envolvían en un abrazo protector, creando un espacio íntimo donde solo existían ellos dos y el suave susurro de las olas.

Entre las jaras y los lentiscos, Jaume tomó la mano de Raimunda con delicadeza. La tenue luz ponía de manifiesto los anillos hechos a mano de madera de sabina que adornaban sus dedos, tallados con esmero por los pescadores más ancianos.

—Este anillo —murmuró Jaume, acariciando el aro en el dedo de Raimunda— significa más que cualquier joya de oro. Está hecho con el mismo amor con el que tu padre me enseñó a ser pescador.

Raimunda sonrió, tenía los ojos llenos de luz con la misma intensidad que las estrellas sobre sus cabezas.

—Te prometo, Raimunda, que cada amanecer saldré a pescar para traer comida a nuestra mesa. Construiré una casa mejor que la caseta donde vivimos ahora, con ventanas grandes para que entre la luz del mar.

Sus palabras flotaron en el aire nocturno, mezclándose con el aroma salado de la brisa. Raimunda metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó algo que había estado guardando para este momento.

—Te he hecho esto —susurró, mostrando un pequeño talismán hecho con conchas y coral rojo—. Las conchas las recogí en la playa durante meses, buscando las más perfectas. El coral me lo dio mi padre de su última pesca.

Jaume cogió el talismán con reverencia. Las pequeñas conchas formaban un intrincado diseño alrededor del coral, unidas con fino hilo de pescar. Raimunda tomó un cordel que llevaba preparado y lo pasó por el talismán, atándolo después alrededor del cuello de Jaume.

—Para que te proteja cuando estés en el mar —murmuró ella, sus dedos rozando el pecho de Jaume mientras ajustaba el cordel.

La brisa susurraba entre las jaras mientras Jaume y Raimunda permanecían abrazados, sus corazones latiendo al unísono. En ese rincón apartado de la playa, lejos del bullicio de la celebración, el peso de su historia familiar se sentía más presente que nunca.

Jaume pensó en su madre Rosa, en cómo había desafiado a su familia por amor, igual que él y Raimunda desafiaban ahora las expectativas de una vida próspera en la isla. El amor de Rosa y Bartomeu había sido prohibido, destruido por el orgullo y el poder. Pero aquí, entre las dunas de Formentera, su hijo encontraba la libertad para amar sin ataduras.

Las luces de la fiesta parpadeaban a lo lejos como faros en la oscuridad, mezclándose con el reflejo de las estrellas en el mar. El

sonido amortiguado de las risas y la música creaba una atmósfera mágica, como si el mundo entero se hubiera reducido a ese pequeño espacio entre las plantas aromáticas.

Raimunda acarició el rostro de Jaume, sus dedos trazando las líneas que el sol y el mar habían dibujado en su piel. En sus ojos brillaba la misma determinación que había llevado a Rosa a escapar de su vida privilegiada por amor.

Sus labios se encontraron en un beso profundo, cargado de promesas y esperanzas. No era solo un beso de amor, sino una declaración de libertad, un juramento de que su historia sería diferente. El talismán de conchas y coral rojo brillaba tenuemente entre sus cuerpos unidos.

Cuando finalmente se separaron, compartieron una mirada cómplice antes de emprender el regreso hacia la fiesta. Sus manos entrelazadas guardaban el secreto de ese momento íntimo, mientras sus pasos los devolvían al calor de la celebración y las risas de su familia.

* * *

Habían pasado unos años. El humo del cigarrillo americano se elevaba en espirales contra el cielo del atardecer. Jaume aspiró otra calada profunda, sus dedos temblando ligeramente mientras sostenía el tabaco. Los gritos de Raimunda atravesaban las finas paredes de madera de la cabaña, cada uno más intenso que el anterior.

Joan se acercó a su yerno, sus pasos pesados sobre la arena. Sus ojos, curtidos por años de mirar al horizonte, se posaron en el paquete de tabaco que sobresalía del bolsillo de Jaume.

—Deberías dejar esos vicios —gruñó Joan, apoyándose en el marco de la puerta.

Jaume sacó el paquete y lo contempló con una sonrisa nerviosa.

—Son americanos, Joan. Los conseguí en el puerto de Ibiza la última vez que fuimos.

—El dinero que gastas en esos cigarrillos deberías guardarlo para tu mujer y el niño que viene —respondió Joan, mientras otro grito de Raimunda hacía que ambos hombres se estremecieran.

Jaume exhaló el humo lentamente, sus ojos perdidos en el horizonte donde el sol comenzaba a hundirse.

—Casi diez años, Joan —murmuró—. Diez años desde que nos casamos. Pensaba que Dios no quería darnos esta alegría.

Un nuevo grito de Raimunda resonó desde el interior, más fuerte que los anteriores. Jaume aplastó el cigarrillo contra la pared de la cabaña, dejando una marca negra sobre la madera blanqueada por el sol. Sus manos temblaban más que antes, y el sudor perlaba su frente a pesar de la brisa fresca que llegaba del mar.

Rosa apareció por el sendero que bordeaba la playa, su falda ondeando contra la brisa marina. Sus pasos eran lentos, como si cargara un peso invisible sobre los hombros. Al llegar junto a Jaume, le dio un beso en la mejilla, sus labios apenas rozando la piel bronceada de su hijo.

—¿Cómo va todo? —preguntó Rosa, sus ojos fijos en la puerta de la cabaña.

—La partera dice que va bien —respondió Jaume, pasándose una mano por el pelo rizado—. Están con ella la María y la Catalina también.

Un nuevo grito de Raimunda atravesó el aire salado. Rosa se estremeció, pero no era solo por los dolores de su nuera.

—Vengo de ver a Josefa —murmuró Rosa, su voz quebrándose ligeramente—. Las fuerzas la están abandonando.

Joan se irguió, apartándose del marco de la puerta. Sus ojos oscuros se clavaron en Rosa.

—¿Tan mal está mi madre?

—Está muy cansada —Rosa posó una mano sobre el brazo de Joan —. Apenas ha probado el caldo que le preparé.

Joan asintió lentamente, su rostro curtido por el sol contraído en una mueca de preocupación.

—Ha vivido muchos años —suspiró Joan, mirando hacia el mar—. Quizás ha llegado su momento.

El silencio cayó sobre los tres, roto solo por los gritos ocasionales de Raimunda y el susurro constante de las olas contra la orilla.

Las horas se deslizaban como granos de arena entre los dedos. El sol descendió hasta hundirse en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos rojizos que poco a poco dieron paso a la oscuridad. Las estrellas comenzaron a brillar sobre el mar en calma, testigos silenciosos del drama que se desarrollaba en la pequeña cabaña.

Jaume se había quedado sin cigarrillos. Sus pasos marcaban surcos en la arena mientras caminaba de un lado a otro frente a la puerta. Joan permanecía sentado en una roca cercana, su rostro pétreo iluminado por la luz de un candil. Rosa entraba y salía de la cabaña, llevando paños limpios y agua fresca.

Los gritos de Raimunda se espaciaban más ahora, pero sonaban más débiles, más agotados. La partera murmuraba palabras de ánimo que se mezclaban con el rumor de las olas.

—Ave María Purísima —susurró Rosa, santiguándose al escuchar un grito particularmente desgarrador.

Un mensaje llegó desde la casa de Josefa. La anciana empeoraba por momentos. Joan se debatía entre permanecer junto a su yerno o ir a ver a su madre. Rosa le puso una mano en el hombro.

—Ve con ella. Yo me quedo aquí.

Las primeras luces del alba comenzaban a teñir el horizonte cuando el llanto de un bebé rompió el silencio. Jaume se precipitó hacia la

puerta, pero la partera lo detuvo.

—Un momento, hijo. Déjanos limpiarlo.

Casi al mismo tiempo, una mujer apareció corriendo por el sendero de la playa. Sus ojos brillaban con lágrimas.

—La abuela Josefa... —comenzó a decir, pero se interrumpió al escuchar el llanto del recién nacido.

El pequeño Samuel, como decidieron llamarlo en honor al padre de Josefa, llegó al mundo en el mismo momento en que su bisabuela lo abandonaba. Rosa abrazó a su hijo Jaume mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, mezcla de la alegría por convertirse en abuela y el dolor por perder a Josefa.

* * *

Años más tarde, la luz del mediodía golpeaba las solitarias calles del pueblo Sant Francesc en Formentera. Doña Concha se refugiaba bajo el porche de la iglesia parroquial, su figura elegante desentonando con la sencillez del entorno. Las campanas repicaron, marcando las doce, y ella se estremeció ante el sonido que reverberaba por la plaza principal.

Sus ojos recorrieron las casas encaladas de tejados planos que se apiñaban alrededor de la plaza. Los pocos vecinos que pasaban la miraban con curiosidad, poco acostumbrados a ver una señora de su porte en el pueblo. Un carro tirado por un burro atravesó la plaza, levantando una nube de polvo que la hizo toser violentamente.

Sacó un pañuelo de encaje y se cubrió la boca. Las toses la dejaban cada vez más débil, y el calor no ayudaba. No había probado bocado desde el desayuno —apenas un sorbo de caldo claro— y sentía que las fuerzas la abandonaban. Se apoyó contra una columna del porche, intentando mantener la compostura.

El mensajero que había enviado al pueblo de pescadores aún no regresaba. La incertidumbre la corroía por dentro tanto como la enfermedad que el médico apenas se atrevía a nombrar. ¿Vendría

Rosa? ¿La perdonaría después de tantos años de silencio y desprecio?

Las palabras que le había escupido en el puerto de Ibiza años atrás la perseguían como fantasmas: "¡No eres mi hija! ¡Mi Rosa está muerta!". Ahora, con la muerte acechando en cada tos, en cada punzada de dolor, esas palabras pesaban más que nunca.

Un grupo de jóvenes pasó cerca, sus risas resonando en la plaza vacía. Doña Concha los observó, preguntándose si alguno de ellos sería nieto suyo, hijo de Rosa. El pensamiento le provocó un nudo en la garganta que nada tenía que ver con su enfermedad.

Don Rodrigo no sabía que estaba aquí. Había partido al amanecer con la excusa de visitar a una antigua amiga en el pueblo. La mentira le pesaba, pero no tanto como el remordimiento que la había traído hasta esta isla, hasta este pueblo perdido en medio del Mediterráneo.

El sol caía a plomo sobre el pueblo pesquero cuando el mensajero entregó la carta a Rosa. Sus manos temblaron al reconocer la caligrafía elegante de su madre. Las palabras bailaban ante sus ojos mientras leía la súplica de Doña Concha para verla.

—No pienso ir —murmuró Rosa, arrugando el papel entre sus dedos callosos.

Siguió con sus tareas diarias: remendando redes, limpiando pescado, preparando la salazón. Pero la carta pesaba en su delantal como una piedra. El pequeño Samuel jugaba cerca, apilando conchas en la arena. Sus risas inocentes contrastaban con la tormenta que se agitaba en el corazón de Rosa.

Un rato más tarde, cuando uno de los comerciantes del poblado preparaba su carromato para ir a Sant Francesc, Rosa ya había tomado una decisión. Recogió a Samuel y subió al carro sin mirar atrás.

El traqueteo del camino meció a Samuel, que fue adormeciéndose poco a poco mientras el paisaje árido de Formentera se desplegaba

ante ellos. Rosa mantuvo la vista fija en el horizonte, intentando no pensar en lo que le esperaba.

Al llegar a la plaza de Sant Francesc, Rosa distinguió la figura de su madre bajo el porche de la iglesia. Doña Concha parecía más pequeña de lo que recordaba, más frágil. El aire aristocrático que siempre la había caracterizado seguía allí, pero algo en su postura delataba una debilidad que Rosa nunca había visto.

Rosa apretó la mano de Samuel con tanta fuerza que el niño se quejó.

—¿Quién es esa señora, abuela? —preguntó Samuel, señalando hacia el porche.

Rosa tragó saliva antes de responder.

—Es complicado, mi amor. Es como un demonio de mi pasado al que tengo que enfrentar.

El silencio pesaba entre madre e hija como una losa. Los ojos de Doña Concha, antes altivos y cortantes, ahora vagaban inseguros entre Rosa y el pequeño Samuel. El niño se aferraba a la falda de su abuela Rosa, escondiendo el rostro ante la presencia de aquella extraña señora.

—¿Es mi... mi bisnieto? —La voz de Concha tembló al pronunciar la palabra.

Rosa apretó los labios, conteniendo la amargura que amenazaba con desbordarse.

—No tiene derecho a llamarlo así —espetó con frialdad—. Perdió ese privilegio hace mucho.

Doña Concha asintió, aceptando el golpe. Se apartó del porche de la iglesia y señaló la calle empedrada que serpenteaba hacia el centro del pueblo.

—¿Podríamos... caminar un poco?

Rosa dudó un instante, pero finalmente accedió con un gesto seco. Comenzaron a andar, manteniendo una distancia prudencial entre ellas. Samuel brincaba entre los adoquines, ajeno a la tensión que flotaba en el aire.

El sonido de sus pasos resonaba contra las paredes blancas, mezclándose con el murmullo lejano de las conversaciones que escapaban por las ventanas entreabiertas.

Rosa caminaba erguida, con la mandíbula tensa y la mirada fija al frente. Sus manos, curtidas por años de trabajo con las redes y el pescado, se cerraban en puños cada vez que Doña Concha intentaba acercarse demasiado.

—Seguro que has criado un hijo precioso —murmuró Concha.

—Lo he criado sin usted —respondió Rosa, cada palabra cargada con el peso de años de rencor—. Sin su dinero, sin sus prejuicios, sin su vergüenza.

Samuel se detuvo frente a una casa para acariciar a un gato que tomaba el sol. El animal ronroneó, indiferente al drama que se desarrollaba a pocos pasos de distancia.

Doña Concha se detuvo junto a un pequeño muro de piedra, sus manos temblorosas buscando apoyo.

—Gracias por venir, Rosa. No sabes cuánto significa para mí.

Rosa soltó una risa amarga mientras observaba a Samuel perseguir una mariposa.

—No lo he hecho por usted. Lo he hecho por mí. Para cerrar esta herida de una vez.

El viento agitó las ramas de un almendro cercano, haciendo caer algunas flores sobre ellas.

—Tienes razón en odiarme —susurró Concha—. Ahora lo entiendo.

—¿Ha venido en secreto, no trae a ninguna asistenta? ¿Don Rodrigo sabe que está aquí?

—No, yo...

—Ah, claro. Los secretos. Siempre le han encantado los secretos, ¿verdad, madre? Como cuando ocultó mi embarazo, o cuando negó mi existencia.

Concha bajó la mirada, sus ojos llenándose de lágrimas.

—Era otra época, Rosa. Las cosas se veían diferentes entonces. He sido una egoísta, pensando solo en el qué dirán, en el honor de la familia...

—¿Y ahora busca mi perdón? —Rosa negó con la cabeza—. No lo encontrará aquí. Ya no necesito nada de los Salazar ni de los Montalbán. Mi apellido ahora es Delgado, como mi hijo y mi nieto. Esta es mi verdadera familia.

Samuel se acercó corriendo, mostrando orgulloso una concha que había encontrado entre las piedras.

Doña Concha sacó un pañuelo bordado y se limpió el sudor de la frente. Sus manos temblaban más que antes.

—El médico dice que me queda poco tiempo —susurró con voz quebrada—. Necesitaba verte una última vez, intentar arreglar...

—No hay nada que arreglar —cortó Rosa mientras acariciaba el pelo de Samuel—. De hecho, debería agradecerle. Si no me hubiera echado de su vida, jamás habría encontrado una familia que me quiere de verdad.

El viento marino agitó las faldas de ambas mujeres. A lo lejos, las campanas de la iglesia volvieron a repicar.

—A cada cual le llega su propia penitencia, madre —continuó Rosa con dureza—. La mía fue criar a mi hijo sola. La suya será morir con el peso de sus decisiones.

Doña Concha abrió la boca, pero las palabras se ahogaron en su garganta. Sus ojos oscuros, antaño llenos de orgullo, ahora brillaban con lágrimas contenidas.

—Quizás esta sea la última vez que nos veamos —logró articular finalmente.

—No será quizás. Será la última vez —respondió Rosa mientras tomaba la mano de Samuel—. No quiero volver a saber nada más de usted. Nunca.

Rosa dio media vuelta y se alejó con paso firme, llevando consigo al pequeño Samuel. El niño se giró una vez para mirar a aquella extraña señora que lloraba en silencio.

Doña Concha permaneció inmóvil en la plaza, las lágrimas rodando libremente por sus mejillas. El sol comenzaba a descender sobre Formentera, proyectando sombras alargadas sobre los edificios encalados. La frustración y el arrepentimiento se mezclaban en su rostro mientras observaba cómo su hija desaparecía para siempre entre las callejuelas del pueblo.

Capítulo 22: 2024, A prueba de nervios

Las aguas cristalinas de Formentera acariciaban los cuerpos de Iker y David mientras flotaban cerca del catamarán. El sol brillaba con intensidad sobre sus pieles bronceadas, creando destellos en las gotas de agua que resbalaban por sus torsos.

David se zambulló bajo la superficie, emergiendo junto a Iker con una sonrisa traviesa. El policía respondió salpicándole agua en la cara.

—¡Eh, tortolitos! —gritó Toni desde la cubierta del catamarán—. Va siendo hora de levar anclas. Se acerca una tormenta.

David echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—¿Una tormenta? ¿Con este día perfecto?

El fotógrafo señaló el cielo despejado sobre sus cabezas, pero Toni negó con la cabeza, su rostro curtido por años en el mar mostrando preocupación.

—Créeme, conozco estas aguas como la palma de mi mano.

Iker nadó hasta la escalerilla del barco, sus músculos brillando bajo el sol.

—Deberíamos hacerle caso —murmuró, observando el horizonte con ojo crítico.

David iba a protestar cuando lo vio: una línea oscura de nubes que comenzaba a formarse en el horizonte, casi imperceptible contra el azul del cielo. El viento, hasta entonces una suave brisa, empezó a soplar con más fuerza, rizando la superficie del agua.

—Vale, igual tenías razón —admitió David, nadando hacia el barco.

Las primeras rachas de viento agitaron las banderas del catamarán mientras ambos subían a bordo. En el horizonte, las nubes se

alzaban como una muralla oscura, avanzando inexorablemente hacia ellos.

Unos minutos después, Toni maniobraba el catamarán con destreza mientras las primeras gotas de lluvia golpeaban la cubierta. David e Iker se refugiaron bajo el toldo, sus cuerpos aún húmedos por el baño.

David observaba de reojo a Iker, admirando cómo la camiseta mojada se pegaba a su torso musculoso. El policía había estado más relajado durante toda la excursión, incluso permitiéndose algunas muestras de afecto cuando Toni no miraba. Pero David anhelaba más. Deseaba poder tomarle la mano en público sin que Iker se tensara, besarle sin mirar antes si había alguien cerca.

Iker, por su parte, luchaba contra sus propios demonios. Cada vez que David le rozaba o le miraba con aquellos ojos azules que parecían atravesarle el alma, sentía un cosquilleo en el estómago. Le encantaba estar con él, su forma de reír, su acento alemán al hablar español, incluso sus arranques de diva. Pero años de represión no desaparecían de la noche a la mañana.

—¿En qué piensas? —murmuró David, acercándose un poco más.

Iker miró de reojo a Toni, quien estaba concentrado en la navegación.

—En ti —respondió en voz baja, sorprendiéndose a sí mismo por la honestidad—. En nosotros.

David contuvo la respiración, esperando que Iker se cerrara de nuevo, como solía hacer cuando la conversación se volvía demasiado personal. Pero esta vez fue diferente.

—Me gusta estar contigo —continuó Iker, sus ojos fijos en el horizonte—. Más de lo que pensaba posible.

Una sonrisa iluminó el rostro de David, quien se atrevió a rozar discretamente la mano de Iker con la suya. Para su sorpresa, el policía no la apartó.

No había pasado ni media hora, cuando el viento arreciaba y las olas golpeaban con fuerza el casco del catamarán. David se aferraba a la barandilla, su rostro cada vez más pálido mientras el barco se mecía violentamente.

—¡Agárrate fuerte! —gritó Toni por encima del rugido de la tormenta —. ¡Esto se va a poner feo!

Una ola especialmente grande impactó contra el costado del barco, haciendo que David se tambaleara. Sus nudillos se tornaron blancos por la fuerza con que se agarraba.

—Creo que voy a... —No pudo terminar la frase. Se inclinó sobre la borda y vomitó.

Iker se movió como un rayo, sujetando a David por la cintura para evitar que cayera. Con un brazo lo sostenía firmemente mientras con el otro le frotaba la espalda.

—Tranquilo, estoy aquí —murmuró cerca de su oído—. Respira hondo.

David se apoyó contra el pecho de Iker, temblando. El policía lo guio hasta un asiento protegido, sin soltarlo en ningún momento.

—Mírame —ordenó Iker con voz suave pero firme. Cuando David alzó la vista, continuó—: Concéntrate en mis ojos. Olvídate del movimiento.

Los ojos verdes de Iker, intensos y protectores, se clavaron en los azules de David. El fotógrafo se perdió en esa mirada, encontrando un ancla en medio del caos.

—No me sueltes —susurró David, aferrándose a la camiseta de Iker.

—Nunca.

En ese momento, rodeados por la furia de la tormenta, algo cambió entre ellos. No fueron necesarias más palabras. La forma en que Iker protegía a David, cómo este confiaba completamente en él...

Todo cobró sentido. Sus corazones latían al unísono, más fuertes que el rugido del viento y las olas.

Veinte minutos más tarde, el catamarán se mecía suavemente contra los amarres del puerto mientras Toni aseguraba las últimas cuerdas. La tormenta estaba quedando atrás, dejando tras de sí un aire limpio y fresco que barría la isla.

David bajó tambaleándose por la pasarela, todavía algo mareado por el viaje. Iker lo sujetaba por la cintura, su mano firme y protectora contra su espalda.

—Vamos a sentarnos un momento —sugirió Iker, guiándolo hacia un banco cercano aún húmedo.

Unos rayos de sol asomaron entre algunas nubes, bañando el puerto en tonos dorados, reflejándose en las aguas ahora más tranquilas. David respiró hondo, dejando que el aire marino llenara sus pulmones.

Iker se pasó una mano por el pelo húmedo, sus ojos verdes brillando con una intensidad poco habitual.

—¿Sabes? Aquel día en el aeropuerto, cuando nos vimos por primera vez... jamás pensé que acabaría así —soltó una risa suave—. Has puesto mi vida patas arriba.

David giró la cabeza para mirarlo, sorprendido por la confesión.

—Pero nunca había pasado una temporada tan buena —continuó Iker, su voz ronca por la emoción—. Es como si... como si todo cobrara sentido cuando estoy contigo.

David sintió algo cálido expandiéndose en su pecho. Por primera vez fue consciente de que aquella frustración constante, aquella rabia que siempre bullía bajo su superficie y que descargaba contra todos, había desaparecido por completo.

—Yo también me siento diferente —murmuró David, apoyando su cabeza en el hombro de Iker—. Más... en paz conmigo mismo.

Iker entrelazó sus dedos con los de David, sin importarle quién pudiera verlos.

—Me haces feliz —confesó Iker—. Y eso me aterra y me emociona a partes iguales.

David apretó su mano, sintiendo cómo las últimas náuseas se desvanecían, reemplazadas por una sensación de plenitud que nunca antes había experimentado.

Capítulo 23: 2024, Una oportunidad

El descapotable plateado de Martín brillaba bajo el sol poniente mientras esperaba junto al edificio de Lucía. Sus dedos repiqueteaban sobre el volante de cuero, traicionando su nerviosismo. Se había cambiado de camisa tres veces antes de salir y ahora se preguntaba si la azul marino con tucanes había sido la elección correcta.

En el tercer piso, Lucía corría de un lado a otro de su habitación, con el teléfono en modo altavoz sobre la cómoda.

—¡No debería haber aceptado, Ana! —exclamó mientras revolvía su armario—. Es un pijo insoportable.

—Venga ya —la voz de Ana sonaba divertida a través del altavoz—. Bien que te brillaban los ojos cuando te invitó.

—¡Eso no es verdad! —Lucía se detuvo frente al espejo, sosteniendo dos vestidos—. Solo acepté porque me diste la lata y bueno, me gustó el gesto de la recaudación para Samuel que él organizó.

Lucía se asomó al balcón, donde Martín esperaba abajo en su coche. Le hizo un gesto con la mano, indicándole que necesitaba unos minutos más. El promotor le devolvió una sonrisa que la hizo sonrojarse.

—¿Has visto cómo te miraba en los eventos que coincidimos? —insistió Ana—. Dale una oportunidad, mujer.

—No sé, Ana... —Lucía se mordió el labio mientras se probaba un vestido verde—. Somos demasiado diferentes.

—A veces las diferencias son buenas —respondió Ana—. Además, se ha tragado su orgullo para llamarte después de lo del mojito.

Lucía sonrió al recordar el incidente. Tenía que admitir que Martín había demostrado tener sentido del humor al respecto.

Unos minutos después Lucía bajó las escaleras con pasos nerviosos, el vestido verde ondeando suavemente. Martín salió del coche al verla y se acercó para saludarla con dos besos. El gesto pilló por sorpresa a Lucía, que no esperaba ese nivel de cercanía, pero el aroma de su aftershave y la calidez del saludo provocaron un cosquilleo inesperado en su estómago.

—Gracias por aceptar —susurró Martín, separándose con una sonrisa.

Lucía se apartó un mechón de la cara y lo miró directamente.

—Que quede claro que esto es solo una salida entre amigos lejanos —sus ojos brillaron con determinación—. Y mi forma de agradecerte lo que has hecho por Samuel y Ana.

—Me portaré bien, lo prometo —Martín levantó las manos en señal de rendición—. Vamos a Benirrás a cenar.

Lucía recorrió con la mirada el reluciente descapotable plateado mientras Martín le abría la puerta.

—No esperaba menos de alguien como tú —comentó con cierto tono mordaz—. A mí no me van los lujos ni los despilfarros, ya deberías saberlo.

El motor ronroneó al cobrar vida y el coche se deslizó por las calles del centro de la ciudad de Ibiza.

* * *

El descapotable serpenteaba por la carretera hacia Benirrás, dejando atrás las luces de San Miguel. El aire fresco del atardecer revolvía el cabello de Lucía mientras observaba el paisaje pintado de matices dorados y púrpuras.

Una procesión de coches abandonaba el aparcamiento cuando llegaron. Grupos de turistas con la piel enrojecida por el sol cargaban mochilas y neveras portátiles de vuelta a sus vehículos.

—Qué diferente se ve ahora —murmuró Lucía, recordando su última visita—. El año pasado vine un par de veces, pero era imposible. Cientos de personas apiñadas viendo los tambores, empujándose para hacerse selfis.

Martín aparcó el coche en un espacio privilegiado, ahora que el parking se había vaciado.

—Por eso he elegido esta hora —sonrió mientras apagaba el motor —. Cuando todos se van, la playa recupera su magia. Es más... romántico.

Lucía se giró bruscamente hacia él, con los ojos muy abiertos.

—¿Romántico? —su voz sonó más aguda de lo normal.

Martín soltó una carcajada al ver su expresión alarmada.

—Tranquila, activista —le guiñó un ojo mientras salía del coche—. Solo es una cena en el chiringuito de la playa.

El sol ya se había ocultado tras las montañas, dejando un rastro de luz rosada en el horizonte. Las antorchas del chiringuito comenzaban a encenderse una a una, creando un cálido resplandor sobre la arena. De fondo aún se oían algunos tambores en la playa.

El chiringuito sorprendió gratamente a Lucía. Lejos de la imagen que tenía de los locales de playa masificados, este establecimiento conservaba un encanto bohemio y relajado. Pequeñas bombillas colgaban entre las vigas de madera del techo, creando una atmósfera íntima y acogedora.

—Por aquí, por favor —indicó el camarero, un joven con rastas y un tatuaje de Mandala en el brazo.

Los guio hasta una mesa apartada junto a un cañaveral que daba a la playa. Las monumentales rocas de Benirrás se recortaban contra el cielo rojizo, como gigantes silenciosos emergiendo del mar.

La música chillout flotaba suavemente en el ambiente, mezclándose con el rumor de las olas. El local estaba decorado con muebles

reciclados y obras de arte local: fotografías en blanco y negro de la isla, pinturas abstractas y esculturas hechas con materiales encontrados en la playa.

—Os traigo unos mojitos de la casa mientras decidís —propuso el camarero, dejando sobre la mesa unas servilletas de tela teñidas artesanalmente.

Lucía observó fascinada los detalles del lugar: las velas dentro de tarros de cristal reciclados, las plantas colgantes que decoraban las esquinas, los cojines de colores sobre los bancos de madera. Todo transmitía un ambiente relajado y alternativo que encajaba perfectamente con su visión de lo que debería ser Ibiza.

—¿Sorprendida? —preguntó Martín, notando su expresión—. No todos los locales de la isla son discotecas comerciales.

* * *

El camarero trajo una botella de vino tinto local que Martín había pedido para acompañar el plato principal. Mientras servía las copas, la conversación entre ellos fluía con una naturalidad que sorprendió a ambos.

—¿Sabes? Cuando te vi por primera vez pensé que eras solo una niña frustrada jugando a ser la heroína que salva el mundo —confesó Martín, girando suavemente la copa entre sus dedos.

Lucía arqueó una ceja, divertida.

—Yo siempre pensé que eras otro promotor sin alma vendido al sistema, cuyo principal objetivo es llenarse los bolsillos a costa de lo que sea.

La risa de Martín resonó contra las paredes de madera del chiringuito.

—Tocado —alzó su copa—. Por los prejuicios equivocados.

Mientras compartían platos de pescado fresco y verduras de la huerta local, Lucía descubrió a un Martín diferente al que conocía. Le

habló de sus inicios organizando pequeños conciertos en Barcelona, de cómo había llegado a Ibiza persiguiendo un sueño.

—Lo más difícil fue mantener la integridad —admitió Martín—. El dinero fácil te tienta, pero siempre he intentado que mis eventos tengan algo más que música comercial.

—¿Y por qué no organizas algo realmente alternativo? —preguntó Lucía, el vino soltándole la lengua—. Algo que combine la música con la sostenibilidad.

Los ojos de Martín brillaron con interés.

—¿Como qué? ¿Un festival eco-friendly?

—¡Exacto! —Lucía se inclinó hacia adelante, entusiasmada—. Imagina: energía solar, vasos reutilizables, food trucks de kilómetro cero...

—Y música electrónica orgánica, DJs locales, artistas emergentes... —continuó Martín, contagiado por su entusiasmo.

—¡El primer festival verdaderamente sostenible de Ibiza! —exclamaron al unísono, para luego estallar en carcajadas por la coincidencia.

Lucía observó con asombro cómo su comentario casual sobre el festival había desatado un torrente de ideas en Martín. Sus manos se movían con energía mientras detallaba cada aspecto del evento: la ubicación perfecta, los artistas potenciales, incluso el nombre provisional.

—Podríamos llamarlo 'Eco-beats' o algo así —sus ojos brillaban mientras sacaba el móvil para tomar notas—. ¿Te imaginas? Un escenario principal alimentado por paneles solares, áreas de meditación entre los pinos...

* * *

Después de la cena, se habían trasladado a la zona de copas del chiringuito, donde los cojines multicolores y las luces tenues creaban

un ambiente más íntimo. Lucía se hundió en el sofá de palets reciclados, sintiendo el efecto combinado del vino, los mojitos y el licor de hierbas del postre. Martín se había sentado tan cerca que podía oler su perfume mezclado con el aroma del restaurante.

—Espera, espera —intentó frenar Lucía—. Solo era una idea loca...

Pero mientras pronunciaba esas palabras, su mirada se desvió involuntariamente hacia la camisa abierta por arriba de Martín, donde unos rizos oscuros asomaban tentadores. Un cosquilleo inesperado le recorrió el estómago.

Martín seguía hablando, gesticulando con entusiasmo, y Lucía se sorprendió a sí misma observando su rostro con otros ojos. Cuando sonreía así, con esa expresión de niño ilusionado, resultaba tremendamente atractivo. Sus facciones se suavizaban y aparecían pequeñas arruguitas alrededor de sus ojos que le daban un aire adorable.

El pensamiento la sobresaltó. ¿Adorable? ¿Desde cuándo encontraba adorable a Martín Díaz? Un escalofrío de pánico la recorrió al darse cuenta de que el deseo se había colado sigilosamente en su percepción de él.

Martín interrumpió su discurso sobre el festival al notar la mirada perdida de Lucía.

—¿Te pasa algo? —preguntó, inclinando la cabeza.

—No, nada —Lucía apartó la vista, consciente de que llevaba demasiado tiempo observándole.

Una sonrisa traviesa se dibujó en el rostro de Martín.

—¿Me estabas mirando el pecho?

El rubor encendió las mejillas de Lucía, confirmando sus sospechas.

—¿Yo? Qué va... —balbuceó.

Martín se desabrochó otro botón de la camisa con deliberada lentitud.

—Ya sé que no estoy tan musculoso como tu amigo el policía, pero también voy al gimnasio de vez en cuando.

—¡Para ya de dar el espectáculo! —Lucía soltó una carcajada genuina, echando la cabeza hacia atrás.

Martín la observó, cautivado por su risa.

—¿Sabes? Cuando te ríes así, de forma natural, eres la chica más guapa que conozco.

Las palabras cayeron como una piedra en un estanque tranquilo. Lucía se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, mientras el corazón le martilleaba en el pecho.

Martín se acercó despacio, deslizándose por el sofá hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros. Sus ojos bajaron hasta los labios de Lucía mientras acortaba la distancia entre ellos.

Pero Lucía posó una mano en su pecho, deteniendo su avance.

—Espera —susurró con voz temblorosa—. Necesito... necesito un poco de tiempo.

Se apartó ligeramente, desconcertada por la intensidad de sus propias emociones y por el giro inesperado que había dado la noche.

Capítulo 24: 2024, Abogados

Valeria Montalbán subió los escalones de los juzgados de Ibiza con paso firme, flanqueada por Marta y dos abogados de traje oscuro. Su característico ceño fruncido se acentuó al ver la muchedumbre congregada.

—¡Justicia para Samuel! —gritaban unos.

—¡Fuera oportunistas! —respondían otros.

Los flashes de las cámaras la cegaron momentáneamente. Valeria apretó los dientes, recordando su programa de la noche anterior donde había llamado "mendigo oportunista" a Samuel.

—Señora Montalbán, ¿mantiene sus declaraciones de anoche? —Un periodista le acercó un micrófono.

Marta intentó apartarlo, pero el daño ya estaba hecho. Las redes sociales ardían desde la emisión. Por primera vez en su carrera mediática, Valeria era trending topic, y no precisamente a su favor.

Alejados aún en el otro extremo de la calle, Ana y Samuel aguardaban junto a su abogado, pagado con los fondos recaudados en el evento benéfico de Martín. Samuel llevaba un traje prestado que le quedaba grande, pero mantenía la dignidad en su postura.

—#ValeriaMontalbánClassista sigue siendo tendencia —susurró Marta, consultando su móvil—. Las críticas no paran de crecer.

Valeria observó la división clara entre los manifestantes: empresarios adinerados de un lado, trabajadores activistas del otro. Su arrogancia habitual se había convertido en un arma de doble filo, transformando un simple pleito familiar en un símbolo de la lucha de clases.

—Quizá deberíamos haber manejado esto de otra manera —murmuró uno de sus abogados.

Valeria no respondió. Por primera vez en mucho tiempo, las palabras se le habían atragantado en la garganta.

* * *

Un Mercedes negro se detuvo frente a los juzgados. Pau Salazar emergió del vehículo como una tormenta, seguido por su primo Adrián y tres abogados de aspecto severo.

—¡Esto es una farsa! —bramó Pau, avanzando hacia los periodistas congregados—. ¡Un vagabundo y una periodista sensacionalista intentando extorsionar a empresarios respetables de la isla!

Los flashes se multiplicaron mientras Adrián intentaba sujetar el brazo de su primo.

—Pau, por favor —susurró entre dientes.

—¿Qué pruebas tiene ese estafador? —continuó Pau, ignorando las advertencias—. ¿Una historia inventada sobre una abuela que supuestamente era de nuestra familia? ¡Absurdo!

Los abogados intercambiaron miradas de preocupación mientras los manifestantes redoblaban sus gritos. Adrián notó cómo cada palabra de Pau alimentaba la indignación de la multitud.

—¡Es todo mentira! —La voz de Pau se elevó por encima del tumulto —. ¡Esa mujer no era nadie! ¡NADIE!

—Ya basta —Adrián agarró a su primo por los hombros y lo empujó hacia la entrada del juzgado—. Estás empeorando las cosas.

—¡Suéltame! —forcejeó Pau—. ¡Tengo derecho a defender el nombre de nuestra familia!

Los abogados formaron un cordón protector mientras Adrián, ejerciendo toda su fuerza, conseguía finalmente arrastrar a Pau al interior del edificio, alejándolo de las cámaras y los micrófonos que captaban cada una de sus imprudentes declaraciones.

* * *

Ana se mordió el labio mientras observaba a su abogado hablar por teléfono a unos metros de distancia. Samuel, sentado en un banco de piedra junto a ella, no dejaba de mover la pierna con nerviosismo. Lucía les había traído café en vasos de cartón, pero ninguno había bebido más que un sorbo.

Un coche patrulla se detuvo en doble fila cerca de ellos, con las luces de emergencia encendidas. Iker bajó del vehículo, ajustándose el uniforme azul marino, seguido por una compañera de aspecto serio.

—¿Cómo lo lleváis? —se acercó Iker, posando una mano sobre el hombro de Ana.

—Como podemos —respondió ella, intentando sonreír.

—Valeria Montalbán ha convertido esto en un circo mediático antes de que el juez haya dicho una palabra —explicó Iker, mirando a los grupos de manifestantes que se congregaban en ambos lados de la escalinata—. Nos han asignado vigilar la zona.

Samuel se frotó las manos con inquietud.

—Quizás no deberíamos haber llegado a esto...

—No digas eso —intervino el abogado, guardando su teléfono y acercándose al grupo—. Tenemos suficientes pruebas y testimonios que respaldan tu caso. El ruido mediático no influirá en la decisión del juez. Como ya os he contado antes nuestro único objetivo ahora mismo es conseguir que el juez admita la demanda y obligue a los Salazar y a los Montalbán a hacer una prueba de ADN.

—El abogado tiene razón —asintió Lucía, apretando la mano de Samuel—. Estamos aquí para apoyarte.

—Todo saldrá bien —añadió Iker antes de alejarse con su compañera para organizar el perímetro de seguridad.

* * *

El reloj de la sala marcaba las once y cuarto cuando Lucía se inclinó hacia Ana, susurrando:

—He contado cinco abogados entre los Montalbán y los Salazar. ¿No es una locura?

El abogado de Ana, el señor Ferrer, ajustó sus gafas con gesto tranquilo.

—Los bufetes caros no garantizan la victoria. La verdad es la verdad, aunque la defienda un solo letrado.

Al otro lado de la sala, Pau Salazar no dejaba de gesticular y murmurar. Su rostro enrojecido delataba que había bebido antes de llegar.

—¡Eh, bruja! —gritó de repente hacia Valeria—. ¿Cuánto has pagado a esos dos buitres con corbata?

Valeria, desde el extremo contrario, le lanzó una mirada helada.

—Al menos yo tengo la capacidad de contratar abogados competentes, a diferencia de ti, que traes tres muertos de hambre, ¿De dónde los has conseguido? No parecen tener demasiada experiencia.

—¡Cierra la puta boca! —rugió Pau, levantándose.

—Por favor, Pau, siéntate —Adrián tiró de la manga de su primo—. No empeores las cosas.

—¡Que se joda! Esta zorra siempre me pone de los nervios...

El golpe seco del mazo del ujier interrumpió la diatriba.

—¡En pie! Su Señoría.

El juez, un hombre de cabello cano y expresión severa, entró en la sala. Su mirada recorrió los rostros de todos los presentes mientras tomaba asiento.

—Silencio en la sala —ordenó con voz firme—. No toleraré faltas de respeto ni comportamientos impropios de este tribunal.

El juez se acomodó y desplegó una carpeta sobre su mesa.

—Esta vista previa tiene como objetivo evaluar las pruebas que ambas partes puedan aportar sobre la filiación de la señorita Ana Ortiz y el señor Samuel Delgado con las familias Montalbán y Salazar. Dada la naturaleza extraordinaria del caso...

—¡Esto es ridículo! —Valeria se levantó de su asiento—. ¿Qué clase de justicia permite que cualquier vagabundo atente contra la reputación de familias respetables?

Pau soltó una carcajada estridente.

—¿Familias respetables? Por favor, Valeria, no me hagas reír. Tu familia es tan respetable como un club de striptease.

—Al menos no me dedico a vender drogas en mis locales, pedazo de...

El mazo resonó con fuerza.

—¡Silencio! —el juez fulminó a ambos con la mirada—. Señora Montalbán, señor Salazar, una interrupción más y los expulsaré de la sala. A partir de este momento, solo quiero oír a los letrados presentando sus pruebas.

El abogado Ferrer se puso en pie con calma.

—Señoría, si me permite...

—Adelante.

Valeria se hundió en su asiento, mientras Pau mascullaba algo ininteligible. Los abogados de la otra parte intercambiaron miradas nerviosas, conscientes de que el comportamiento de sus clientes no ayudaba a su causa.

El abogado Ferrer extrajo con cuidado la fotografía amarillenta de una carpeta y se la mostró al juez.

—Como puede ver, Señoría, esta imagen que conservaba mi cliente muestra a Rosa Salazar en su juventud.

A continuación, depositó sobre la mesa los restos del pequeño Bartomeu y un rosario de cuentas gastadas.

—Estos objetos pertenecieron a Rosa Salazar. El muñeco fue un regalo de Bartomeu Montalbán a Rosa en unas fiestas del pueblo donde se conocieron.

—¡Ja! Un muñeco de cartón cutre —soltó Pau con desprecio—. Menuda prueba...

—Señor Salazar —cortó el juez—. Ya le he advertido.

Ferrer introdujo a continuación una cinta VHS en el reproductor que habían instalado en la sala.

—Esta grabación la realizó Bartomeu Montalbán poco antes de morir. Mi clienta encontró la cinta en una de las cajas fuertes de su empresa familiar hace poco.

En la pantalla apareció el rostro envejecido de Bartomeu, confesando su amor por Rosa y la existencia de un hijo.

—¿Tiene alguna documentación oficial que respalde estas alegaciones? —preguntó el juez.

—Lamentablemente no, Señoría, solo hemos podido localizar un registro en el ayuntamiento de Sant Francesc donde consta Rosa Delgado —Ferrer hizo una pausa—. Sin embargo, tenemos testimonios grabados de varios ancianos de la zona pesquera de Formentera.

El juez observó cómo Ferrer mostraba un video en su teléfono móvil donde varios pescadores veteranos narraban sus recuerdos. Relataban cómo la familia Delgado había acogido a Rosa, una joven de buena familia de Ibiza que había sido expulsada por quedar embarazada. Su hijo Jaume aún era muy conocido en la zona, y todos recordaban especialmente a la familia Delgado, ya que en la gran tormenta que azotó la isla en 1953, prácticamente todos perecieron, a excepción de Rosa y su pequeño nieto.

El letrado prosiguió su exposición. —Como pueden apreciar —continuó Ferrer—, los relatos de los ancianos concuerdan en los aspectos esenciales: Rosa era una Salazar que fue rechazada por su familia, encontrándose en estado de gestación. La inscribieron los pescadores que la encontraron abandonada en Sant Francesc como Rosa Delgado y Samuel es el nieto de Rosa. Ya que Rosa estaba embarazada de Bartomeu Montalbán como demuestra el video. Por consiguiente, mantenemos nuestra demanda.

Los abogados de Pau y Adrián se apartaron con sus clientes a un rincón de la sala mientras el juez revisaba la documentación presentada.

—¿Por qué no nos habían informado antes de la existencia de esta Rosa Salazar? —preguntó uno de los letrados, ajustándose la corbata con nerviosismo.

Adrián se pasó la mano por el rostro.

—Rosa... sí, recuerdo que la mencionaban en las reuniones familiares. Según me contaron, murió muy joven.

—¿Están seguros de eso? —el segundo abogado sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente—. ¿Existe algún certificado de defunción?

—Debe de haber algún retrato familiar antiguo —murmuró Adrián—. En la casa grande conservamos varios cuadros de esa época.

El tercer abogado extrajo una copia de la fotografía que había presentado la parte contraria.

—Esperemos que la mujer del retrato no coincida con esta imagen —señaló con gesto grave—. Si no podemos demostrar su fallecimiento, y en los retratos familiares se parece a la chica de la fotografía, tendremos serias dificultades para ganar el caso.

Pau dio un puñetazo contra la pared.

—¡Mierda! —masculló—. Ahora que lo mencionáis, yo también recuerdo las historias sobre Rosa. La tía abuela Francisca solía hablar

de ella en las cenas de Navidad, cuando bebía demasiado jerez.

—¿Qué decía exactamente? —preguntaron los abogados al unísono.

—Que su hermana mayor había deshonrado a la familia —Pau se mesó el cabello con frustración—. Que se había fugado embarazada y que prefería considerarla muerta, como había hecho su propia madre al tener constancia del embarazo.

Los letrados intercambiaron miradas de preocupación.

Valeria se inclinó hacia sus abogados, entornando los ojos mientras observaba el corrillo que formaban los Salazar.

—¿Qué tanto cuchichean? —susurró, señalando con un gesto de barbilla al grupo.

El abogado principal, un hombre de pelo canoso y traje impecable, ignoró su pregunta.

—Señora Montalbán, ¿qué sabe usted de Bartomeu Montalbán?

Valeria soltó un bufido de exasperación.

—¿Y yo qué voy a saber? Mi abuela Catalina apenas hablaba de su familia —se acomodó en la silla, irritada—. Sé que tenía dos hermanos, pero ni idea de qué fue de ellos. Se marcharon de la isla, creo. Uno a Barcelona y el otro... ni me acuerdo.

—¿Su abuela nunca mencionó a Bartomeu específicamente?

—Mi abuela solo hablaba de sus cabras —Valeria puso los ojos en blanco—. Era una mujer bastante... peculiar. Los hermanos estaban desperdigados por España, cada uno a su aire.

El segundo abogado sacó una libreta y empezó a tomar notas.

—Necesitamos toda la información posible sobre sus antepasados, señora Montalbán. Según la demandante, Ana Ortiz, ella es nieta de Bartomeu. Si esto es cierto...

—¿Me está diciendo que esa periodista metomentodo es mi prima? —Valeria soltó una risa seca—. Esto es absurdo. ¿Qué más da quién

fuera mi tío abuelo? No pienso compartir nada con ese vagabundo ni con ella.

—Señora Montalbán —el abogado se ajustó las gafas con gesto severo—. Si no podemos desacreditar el parentesco, la situación podría complicarse considerablemente.

* * *

Un buen rato más tarde, el juez observaba a los presentes en la sala. El silencio se hizo denso, como si el aire mismo contuviera la respiración.

—Señorías —comenzó, su voz resonando en la acústica de la sala—. He escuchado con atención los argumentos presentados por ambas partes. Las coincidencias son... llamativas.

Valeria se tensó en su asiento. Pau apretó los puños bajo la mesa.

—Los testimonios de los pescadores de Formentera, las fechas, las fotografías, el video del señor Bartomeu Montalbán... —continuó el juez, enumerando con los dedos—. Todo parece encajar en una narrativa coherente.

Los abogados de la defensa intercambiaron miradas inquietas. Uno de ellos comenzó a garabatear frenéticamente en su bloc de notas.

—Por tanto —el juez se inclinó hacia adelante—, si en los próximos días no recibo pruebas irrefutables que desmientan la versión de los demandantes, me veré obligado a continuar con el procedimiento y decretar las pruebas de ADN pertinentes.

Samuel, sentado junto a Ana, contuvo un sollozo. Ana le apretó la mano con fuerza.

—Por supuesto —añadió el juez, dirigiendo una mirada significativa a ambas partes—, siempre existe la posibilidad de llegar a un acuerdo extrajudicial que satisfaga a todos los implicados. En tal caso, podrían retirar la demanda.

Dio un golpe con el mazo.

—Se levanta la sesión.

El bullicio regresó a la sala en cuanto el juez abandonó su asiento. Ana se giró hacia el abogado Ferrer, con el corazón latiéndole con fuerza.

—¿Esto significa lo que creo que significa? —sus ojos brillaban de expectación.

El abogado Ferrer se ajustó las gafas y esbozó una sonrisa contenida.

—Significa exactamente eso, señorita Ortiz. El juez prácticamente nos ha dado la razón. Si no presentan pruebas convincentes en los próximos días, ordenará las pruebas de ADN —sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la frente—. Y con el material genético, la verdad saldrá a la luz sin lugar a dudas.

Samuel, que había permanecido en silencio durante toda la sesión, dejó escapar un sollozo ahogado. Ana y Lucía lo rodearon con sus brazos, formando un abrazo grupal que condensaba años de dolor y esperanza.

—¡Lo conseguimos! —exclamó Lucía, con lágrimas en los ojos—. ¡Por fin alguien os ha escuchado!

Al otro lado de la sala, Valeria Montalbán y los Salazar recogían sus pertenencias con gestos tensos. Sus abogados, con maletines de piel reluciente, los rodeaban como una muralla protectora mientras abandonaban la sala. Sus pasos resonaban sobre el suelo de mármol, mezclándose con los murmullos de victoria del grupo de Ana.

Valeria se apartó bruscamente de sus abogados nada más salir de la sala. Sus tacones resonaron contra el suelo de textura marmórea mientras se dirigía como una exhalación hacia Adrián.

—¿Tú lo sabías? —espetó, con los ojos ardiendo de furia—. ¿Sabías algo de esa Rosa Salazar y de lo que pasó entre nuestras familias?

Pau dio un paso al frente, interponiéndose entre ambos.

—¡No te atrevas a...!

—Déjalo, Pau —Adrián lo apartó con un gesto firme pero sereno—. No te comportes como un troglodita.

Adrián se ajustó la corbata y miró directamente a Valeria. Sus ojos azules reflejaban una calma que contrastaba con la tensión del momento.

—La verdad, Valeria, es que no sé si ese hombre es heredero legítimo o no —hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Pero me temo que la historia de Rosa es cierta. Y solo Dios sabe qué pasó con ese niño.

Valeria palideció. Sus manos temblaron mientras buscaba su bolso.

—¡Esto es una mierda! —explotó, girándose hacia su séquito—. ¡Marta! ¡Mueve el culo! ¡Y vosotros! —señaló a sus abogados con un dedo acusador—. ¡Más os vale encontrar algo para hundir esta demanda!

Se alejó a zancadas por el pasillo, con Marta y los abogados siguiéndola como una estela. Cuando las puertas del juzgado se abrieron, el clamor de la multitud congregada en el exterior volvió a inundar el edificio.

Los primos se quedaron solos en el pasillo del juzgado, sus pasos resonando mientras se dirigían a la entrada.

—¿Te das cuenta de la putada que sería? —Pau se pasó la mano por el pelo despeinado—. Imagínate que somos familia de los Montalbán desde hace años. De Valeria... —un escalofrío le recorrió la espalda —. Me da repelús solo pensarlo.

Adrián aflojó el nudo de su corbata con gesto pensativo.

—Tienes razón, pero a mí me preocupa más otra cosa —sus ojos azules se clavaron en su primo—. Si esto se confirma, las implicaciones económicas podrían ser devastadoras para todos.

—¿Y qué coño vamos a hacer?

—No lo sé, Pau. Por primera vez en mi vida, no tengo ni idea.

Pau se removió inquieto, cambiando el peso de un pie a otro.

—Ya, bueno... yo tampoco. Pero ahora mismo me estoy meando, así que...

—Eres un verdadero energúmeno —Adrián sacudió la cabeza con resignación.

Adrián observó a su primo Pau alejarse por el pasillo del juzgado con su característico andar desgarbado. Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios mientras pensaba en lo diferentes que eran. Donde Pau era caos y excesos, él era orden y control. Donde su primo era impulso y desenfreno, él era cálculo y mesura.

—A veces me pregunto si no te cambiaron en el hospital —murmuró para sí mismo, aflojándose aún más la corbata.

La idea, aunque absurda, le provocó una risa amarga. ¿Y si él tampoco era un Salazar? La posibilidad, aunque remota y nacida del cansancio del momento, flotó en su mente como una burbuja de jabón. Ciertamente, no compartía los rasgos característicos de la familia: ni el pelo oscuro de Pau, ni los ojos marrones de su padre. Sus ojos azules y su cabello castaño claro siempre habían sido objeto de comentarios en las reuniones familiares.

—¿Te has vuelto loco? —se reprendió, sacudiendo la cabeza para alejar esos pensamientos sin sentido—. El estrés te está afectando demasiado.

Capítulo 25: 1953, La gran tormenta

El chirrido de los muelles del camastro acompañó el despertar de Rosa. Su cuerpo, castigado por cuatro décadas de trabajo en el pequeño pueblo de pescadores, protestaba con cada movimiento. La transpiración adhería a su cuerpo el gastado camisón lleno de remiendos, evidenciando que ni el reposo le brindaba ya el consuelo que su ser anhelaba.

A través de la pequeña ventana de su habitación, el horizonte apenas comenzaba a teñirse de un gris pálido. Los sonidos familiares del embarcadero llegaban hasta ella: el tintineo de aparejos, las voces graves de los marineros preparándose para zarpar, el golpeteo rítmico de los cascos de las mulas que transportaban mercancías.

Rosa apoyó los pies descalzos en el suelo de madera, sintiendo el dolor punzante en sus rodillas. Sus dedos, deformados por la artritis y las largas jornadas manipulando pescado, se aferraron al borde de la cama mientras intentaba incorporarse.

—Mare de Déu —murmuró entre dientes, masajeándose la espalda baja.

A sus sesenta años, los recuerdos de su antigua vida en la mansión Salazar parecían pertenecer a otra persona. Las manos que una vez tocaron el piano y bordaron finos encajes ahora estaban curtidas y agrietadas por el trabajo. Pero no se arrepentía. La familia Delgado le había dado algo que el dinero no podía comprar: un hogar verdadero.

El rumor de las olas contra los cascos de las barcas se mezclaba con las primeras gaviotas del día. Rosa se incorporó finalmente, cada articulación protestando por el esfuerzo. Los años de trabajo duro habían dejado su huella en cada fibra de su ser, pero ella seguía adelante, como siempre lo había hecho desde aquella noche en que escapó de su vida anterior.

Rosa se sentó en un taburete junto a la ventana, donde el aire salado de la mañana penetraba por las rendijas con fuerza. Sus ojos se humedecieron al recordar el sueño de la noche anterior. Josefa había aparecido de nuevo, como tantas otras veces en los últimos meses, pero esta vez la pesadilla había sido diferente.

En el pueblo todos recordaban a Josefa con cariño. La anciana que acogía a cualquiera que necesitara ayuda, la que conocía los secretos de algunas hierbas, la que siempre tenía un plato de sopa caliente para compartir. Quince años después de su partida, su ausencia seguía pesando en el corazón de todos los que la habían conocido.

—Ay, Josefa —susurró Rosa, frotándose el pecho donde sentía una opresión—. ¿Por qué me persigues en sueños?

La pesadilla había sido tan vívida que aún podía sentir el sabor amargo del miedo en su boca. Josefa apareció en la playa, señalando hacia el horizonte con un dedo tembloroso. Sus labios se movían, pero ningún sonido salía de ellos. El mar se tornaba negro como la tinta, y las olas crecían hasta alcanzar alturas imposibles.

Rosa se estremeció al recordar cómo, en el sueño, Josefa la miraba con ojos llenos de lágrimas antes de desvanecerse en la oscuridad. La sensación de pérdida era tan intensa como el primer día, cuando la anciana cerró sus ojos por última vez.

—Me enseñaste todo —murmuró Rosa, observando sus manos callosas—. A remendar redes, a limpiar pescado, a curar heridas. Pero sobre todo me enseñaste a amar sin condiciones.

Un escalofrío recorrió su espalda. Algo en ese último sueño la inquietaba profundamente, una sensación de peligro inminente que no lograba descifrar.

* * *

El canto errático del gallo resonaba por la pequeña aldea de pescadores, como si hubiera perdido la noción del tiempo. Los

perros del vecindario le respondían en un desafinado concierto que rompía la paz de la mañana.

Rosa había aprovechado las primeras horas de luz para poner orden en la pequeña cabaña. Sus manos, agrietadas por años de trabajo, frotaban con vigor los cacharros de la cocina mientras su mente divagaba sobre el inquietante sueño de la noche anterior. El aroma del pan quemado se mezclaba con el del pescado seco, recordándole los desayunos que Josefa solía preparar.

La mermelada, elaborada según la antigua receta de algún antepasado, descansaba en un pequeño tarro de cristal. Rosa la había preparado siguiendo cada paso con meticulosa precisión, tal como Josefa le había enseñado tantos años atrás. El sabor dulce y aromático era idéntico al que recordaba de aquellos primeros días en Formentera.

Con el desayuno listo, Rosa salió de su casa y caminó hacia la caseta cercana donde vivían su hijo Jaume y su esposa Raimunda con el joven Samuel. El aire fresco de la mañana agitaba su vestido gastado mientras atravesaba el corto sendero que separaba ambas viviendas. Los ladridos de los perros seguían compitiendo con el gallo, creando una cacofonía que hacía eco en las paredes de las chabolas vecinas.

Samuel por fin se levantó de la cama. Sus pasos pesados resonaron por el suelo de madera mientras se dirigía a la pequeña cocina provisional en un lateral de la cabaña, ajeno al silencio que indicaba la ausencia de sus padres.

Rosa observaba a su nieto desde la entrada, negando con la cabeza al ver su aire distraído y esa mirada perdida tan característica. El muchacho ni siquiera había notado que la barca familiar ya estaba mar adentro, con Jaume, Raimunda, Joan y Margalida faenando como cada día.

—Buenos días, Samuel —murmuró Rosa, poniendo un plato de pan con aceite y mermelada sobre la mesa.

El chico apenas respondió con un gruñido, hundiendo su cara en el desayuno sin preguntar por sus padres. Rosa tomó asiento al otro lado de la mesa, con los dedos entrecruzados sobre la vieja superficie de madera, pensando en Joan y Margalida, progenitores de Raimunda y descendientes de Josefa, quienes, a pesar de ser sus coetáneos, continuaban levantándose al alba todos los días para colaborar con las tareas pesqueras.

—A veces me pregunto de dónde sacan tanta energía tus otros abuelos —comentó Rosa, más para sí misma que para Samuel.

El muchacho masticaba mecánicamente, perdido en sus pensamientos. No era como los otros chicos del pueblo que ya dominaban las artes de la pesca. Samuel prefería vagar solo por la playa, construyendo mundos imaginarios que solo él entendía. Rosa había intentado enseñarle a ser útil como Josefa le enseñó a ella, pero las manos de Samuel parecían incapaces de realizar las tareas más básicas de la vida pesquera.

Unas horas más tarde, la brisa marina mecía las redes extendidas sobre la arena mientras un grupo de mujeres trabajaba bajo la sombra de una lona desgastada cerca del embarcadero. Sus manos expertas remendaban los agujeros con movimientos precisos y rítmicos, heredados de generaciones anteriores.

Rosa también se concentraba en su labor, desenredando un nudo particularmente difícil cuando la voz áspera de una de las vecinas cortó el aire como un cuchillo.

—¿Y tu nieto qué? ¿No piensa aprender nunca el oficio?

Las otras mujeres dirigieron sus miradas hacia Samuel, quien dibujaba formas incomprensibles en la arena con un palo, ajeno a las críticas que flotaban en el aire.

—Ya tiene edad para estar en el barco —añadió otra de las vecinas, sacudiendo la cabeza con desaprobación—. Mi hijo empezó a los doce años y mírale ahora, trae más pescado que nadie.

Rosa mantuvo la vista fija en la red, sus dedos moviéndose cada vez más despacio. El silencio que siguió pesaba más que todas las redes mojadas juntas.

—Es que no es normal —masculló la más anciana del grupo—. Un muchacho de su edad debería estar ayudando a poner pan en la mesa, no jugando todavía como un crío pequeño.

Las palabras se clavaron en el pecho de Rosa como anzuelos. Sus manos se detuvieron por completo mientras observaba a Samuel, quien seguía absorto en su mundo particular, trazando líneas en la arena con el palo. Las críticas continuaron flotando en el aire salado, mezclándose con el sonido de las olas y el graznido de las gaviotas.

Rosa abrió la boca para defender a su nieto, pero las palabras se negaron a salir. ¿Qué podía decir? ¿Cómo explicar que Samuel era diferente sin que sonara a excusa?

El viejo Tomeu se acercó al grupo de mujeres arrastrando los pies, sus manos temblorosas aferradas a un bastón de madera pulida por años de uso. Sus ojos, todavía agudos a pesar de la edad, escrutaron el horizonte mientras se sentaba en un cajón volcado.

—Viene tormenta —murmuró, levantando sus manos temblorosas—. Lo siento en los huesos, en estas manos inútiles que ya no pueden sostener ni un remo.

Las mujeres interrumpieron su labor para observar el cielo. No había ni una nube, pero todas conocían la fiabilidad de las predicciones de Tomeu. Sus manos nunca fallaban como barómetro natural.

—Es algo raro —continuó el anciano, frotándose las articulaciones—. No es una tormenta normal. Hay algo más.

Rosa sintió un escalofrío recorrer su espalda. Las palabras de Tomeu se mezclaron con las imágenes persistentes de su sueño: Josefa de pie en la orilla, señalando hacia el mar embravecido.

—Deberían volver ya —comentó una de las mujeres, dejando caer la red sobre su regazo—. Si Tomeu tiene razón, no es seguro estar mar

adentro.

Otras vecinas asintieron, abandonando momentáneamente sus críticas sobre Samuel para centrarse en la preocupación por sus familiares en los barcos. El murmullo de conversaciones nerviosas se extendió por el grupo mientras escrutaban el horizonte en busca de las primeras señales de las embarcaciones.

Rosa intentó concentrarse en su labor, pero sus dedos se movían mecánicamente mientras su mente regresaba una y otra vez al sueño con Josefa. ¿Era una advertencia? ¿O simplemente el producto de una noche inquieta?

Las manos de Tomeu temblaban más violentamente que de costumbre mientras señalaba hacia el mar.

—No tardará mucho —sentenció con voz grave—. Lo siento en cada articulación.

* * *

El viento aulló contra las paredes de madera de la cabaña, haciendo crujir cada tabla y viga. Rosa se estremeció al escuchar otro estruendo sobre sus cabezas, mientras el tejado protestaba bajo la fuerza implacable de la tormenta.

Samuel se acurrucó más cerca del fuego mortecino, sus ojos fijos en las llamas que amenazaban con extinguirse con cada nueva ráfaga que se colaba por las rendijas. El rugido del mar llegaba hasta ellos como el bramido de una bestia enfurecida, y las olas, más altas que cualquiera que Rosa hubiera visto en sus sesenta años, golpeaban la costa con una violencia aterradora.

—Abuela —susurró Samuel, su voz apenas audible sobre el caos de la tormenta—. ¿Se caerá el techo?

Rosa no respondió de inmediato. Una nueva ráfaga sacudió la estructura, y el agua se filtró por una esquina, formando un charco que crecía lentamente en el suelo.

En las otras cabañas más cercanas al mar, las familias habían huido hacia refugios más seguros tierra adentro. Los Prats habían acogido a tres familias en su casa de piedra, y los Marí a otras tantas. Pero Rosa se había negado a abandonar la cabaña que Josefa le había dejado, el único hogar verdadero que había conocido desde su huida de Ibiza.

Otra ráfaga azotó la estructura, y esta vez una tabla salió volando, el golpe resonando como un disparo en la noche. El agua comenzó a gotear con más fuerza, y Rosa observó con impotencia cómo las gotas caían cada vez más cerca del fuego que les proporcionaba luz y calor.

Samuel se pegó más a ella, temblando. No era solo el frío lo que lo hacía temblar, Rosa lo sabía bien. El muchacho siempre había sido sensible a las tormentas, como si pudiera sentir la furia de la naturaleza de una manera que los demás no comprendían.

Las olas rugieron más cerca, y Rosa rezó en silencio por Jaume y los demás pescadores, esperando que hubieran encontrado refugio antes de que la tormenta los alcanzara en alta mar.

Unos golpes desesperados resonaron en la puerta, sobresaltando a Rosa y Samuel. El viento aullaba con tanta fuerza que al principio dudaron si realmente alguien llamaba.

—¡Rosa! ¡Rosa! —La voz de un vecino apenas se distinguía entre el rugido de la tormenta.

Rosa se levantó tambaleándose y abrió la puerta. Una ráfaga de viento y agua la golpeó en el rostro mientras Pere y su esposa María entraban tropezando, empapados hasta los huesos.

—Nuestra casa... —sollozó María, temblando—. Se ha desmoronado justo cuando salíamos.

Rosa observó sus rostros pálidos y sus ropas destrozadas, pero su mente solo podía pensar en una cosa.

—¿Habéis visto a Jaume? ¿Y a los demás? —preguntó, su voz quebrada por el miedo.

Pere negó con la cabeza, el agua goteando de su pelo canoso.

—Faltan aún tres barcos por volver —explicó, mientras se acercaba al fuego—. El de los Riera acaba de llegar, pero... —hizo una pausa, tragando saliva—. Ha volcado en el embarcadero. Han conseguido salir todos, pero el barco...

María continuó el relato de su marido:

—Está destrozado. Les llevará meses repararlo, si es que pueden.

Rosa apenas escuchaba. Las palabras flotaban a su alrededor como hojas en el viento, sin llegar realmente a ella. Su mente estaba en el mar, con Jaume, con su nuera, con todos los que aún no habían regresado. Sus ojos se fijaron en un punto indefinido de la pared, mientras su cuerpo permanecía rígido como una estatua.

Samuel se acercó a su abuela y le tomó la mano, notando lo fría que estaba. Rosa ni siquiera pareció sentirlo.

* * *

El amanecer llegó con una calma engañosa. La tormenta había amainado, dejando tras de sí un paisaje desolador de escombros y restos esparcidos por la playa. El mar, que la noche anterior rugía como una bestia salvaje, ahora lamía mansamente la orilla, como si pidiera perdón por su furia.

Rosa permanecía sentada en el taburete junto a la ventana, sus ojos enrojecidos fijos en el horizonte. No había dormido en toda la noche, cada crujido de la madera, cada silbido del viento la había mantenido en vela, esperando noticias que no llegaban.

La cabaña de Josefa había resistido la embestida de la tormenta, aunque el agua se había filtrado por varios puntos y algunas tablas colgaban sueltas del techo. Pero al otro lado del camino, la casa de Jaume y Raimunda era apenas un esqueleto de madera retorcida. El

techo se había desplomado sobre sí mismo, y las paredes se inclinaban en ángulos imposibles.

Samuel dormitaba en un rincón, agotado después de la noche de vigilia. María y Pere ya se habían marchado al amanecer, murmurando palabras de consuelo que sonaban huecas en los oídos de Rosa.

El silencio pesaba más que todas las tablas caídas. Rosa se sentía atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar. Sus dedos jugaban nerviosamente con el rosario que Josefa le había regalado tantos años atrás, las cuentas gastadas por años de oraciones deslizándose una tras otra.

La impotencia la consumía. No podía hacer nada más que esperar, sentada junto a esa ventana, rezando por un barco que apareciera en el horizonte, por una señal de que su hijo y su nuera seguían con vida.

Un rato después Rosa decidió salir a caminar por la playa para calmar sus nervios, hundiendo sus pies en la arena húmeda. Los restos de la tormenta salpicaban el litoral: maderas astilladas, cuerdas enredadas y trozos de redes que el mar había escupido durante la noche.

Un grupo de pescadores se había reunido cerca del espigón, sus rostros marcados por el cansancio y la preocupación. Rosa se acercó, reconociendo entre ellos a Tomás y Antoni, que habían regresado justo antes de que la tormenta alcanzara su punto álgido.

—Los vimos cuando empezó todo —explicó Tomás, retorciendo su gorra entre las manos callosas—. Les dijimos que volvieran con nosotros, que la cosa pintaba mal.

Antoni asintió, su mirada perdida en el horizonte.

—Jaume insistió en seguir hasta Ibiza. Decía que el puerto de allí era más seguro para amarrar.

Rosa sintió que el corazón le daba un vuelco. Sus dedos se aferraron al rosario con más fuerza.

—¿Cuántos barcos se han perdido? —preguntó, temiendo la respuesta.

—En Ibiza dicen que cinco —respondió Tomás—. En Formentera, por lo menos tres más. La tormenta no perdonó a nadie.

El viento salado le azotaba el rostro mientras Rosa elevaba una plegaria silenciosa. Si habían conseguido llegar a Ibiza, quizás estuvieran a salvo. Quizás el barco solo necesitara algunas reparaciones y en unas horas los vería aparecer por el horizonte.

—Virgen santa —murmuró Rosa, sus ojos fijos en la línea donde el mar se fundía con el cielo—. Protégelos como me protegiste a mí cuando llegué a esta isla.

La tarde caía sobre Formentera cuando algunas barcas regresaron del puerto de Ibiza. Rosa las observaba desde la orilla, su figura inmóvil contra el viento que agitaba su falda. Los rostros sombríos de los pescadores que desembarcaban le dijeron todo antes de que pronunciaran palabra alguna.

—No hay rastro de ellos en Ibiza —dijo el más viejo del grupo, quitándose la gorra con gesto pesaroso—. Encontramos restos flotando... tablas astilladas que parecen las del barco de Joan.

El mundo alrededor de Rosa pareció detenerse. Las voces de los vecinos llegaban distorsionadas, como si hablaran bajo el agua. Alguien le apretó el hombro, otra persona mencionó lo buenos pescadores que eran Joan y Jaume, lo fuertes que eran Margalida y Raimunda.

Pero Rosa ya no escuchaba. Su mente se negaba a procesar las palabras, a aceptar que su hijo Jaume, al que había protegido desde que era un bebé, ya no existía. Que Margalida, Joan y Raimunda se habían desvanecido en las profundidades del mar.

Sus ojos, que habían derramado tantas lágrimas de frustración durante la noche, ahora estaban secos. Una extraña calma la invadió, como si estuviera flotando fuera de su cuerpo, observando una escena que le sucedía a otra persona. Las palabras de consuelo rebotaban contra ella sin penetrar en su consciencia.

María intentó abrazarla, pero Rosa permaneció rígida, sus brazos inertes a los costados. Todo parecía irreal, como una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento para encontrar a Jaume sonriéndole desde la puerta de la cabaña.

* * *

Tras la catástrofe, los días se arrastraban con una lentitud insoportable en Formentera. Rosa permanecía sentada junto a la ventana en su taburete, sus ojos perdidos en el horizonte donde el mar y el cielo se fundían en una línea difusa. Sus dedos acariciaban distraídamente el rosario, mientras su mente vagaba por los recovecos del tiempo.

La ironía de su destino la golpeaba con cada ola que rompía en la orilla. El mismo mar que una vez la había salvado, ofreciéndole refugio cuando huyó de su familia en aquella lejana noche entre los pinos de Ibiza, ahora se había convertido en su verdugo. Las aguas que le habían traído esperanza, amor y una nueva vida, se lo habían arrebatado todo con la misma facilidad con que las olas borraban las huellas en la arena.

Sus ojos se posaron en Samuel, que intentaba trenzar mimbre en un rincón de la habitación. Sus movimientos eran mecánicos, ausentes, como si su mente estuviera en otro lugar. Rosa no podía descifrar si su nieto aún no comprendía la magnitud de su pérdida o si, como ella, se negaba a aceptar la cruel realidad.

El peso del futuro la aplastaba. ¿Cómo podría continuar? ¿De dónde sacaría las fuerzas para criar a Samuel, para darle un futuro digno? La energía que una vez la había impulsado a desafiar a su familia, a construir una nueva vida desde cero, parecía haberse evaporado como la espuma de las olas.

Una pena profunda, más oscura que las aguas que se habían tragado a su hijo, se había instalado en su alma. Rosa sentía que se ahogaba en tierra firme, mientras observaba a Samuel manipular los canastos con la misma distancia con la que ella contemplaba ahora la vida.

Capítulo 26: 2024, Acuerdos

Una brisa de media tarde acariciaba la Marina Botafoc, donde las embarcaciones de lujo se mecían suavemente sobre las aguas turquesas. Adrián removía con desgana su café mientras Pau saboreaba un expreso Martini, ambos sentados en la terraza de un pequeño café de lujo junto a la marina.

—No sé cómo vamos a salir de esta —masculló Pau, pasándose la mano por su cabello despeinado.

El taconeo furioso sobre la madera que recubría el suelo de la terraza los alertó. Valeria Montalbán se acercaba como un huracán, con Marta corriendo tras ella intentando mantener el ritmo.

—¿Habéis visto esto? —Valeria arrojó un sobre arrugado sobre la mesa, tirando por poco la bebida de Pau con la acción—. El juez quiere vernos de nuevo pasado mañana.

—Siéntate y baja la voz —pidió Adrián, limpiando la mesa con una servilleta.

—¿Que me siente? Ese vagabundo y la zorra de la periodista nos van a destrozar.

—¿Y de quién es la culpa? —espetó Pau—. Si no siguieras montado cada semana ese numerito en televisión...

—¿Perdona? Fuiste tú quien lo llamó perro flauta estafador delante de toda la prensa como un energúmeno.

Adrián observó cómo los clientes de las mesas cercanas comenzaban a girar sus cabezas con interés.

—Ya está bien —cortó Adrián, sacando su teléfono—. Voy a llamar a los abogados. Nos reuniremos todos ahora con calma en mi oficina y buscaremos una solución.

—¿Una solución? —Valeria encendió un cigarrillo con manos temblorosas—. La única solución es que ese juez archive el caso.

—Valeria, por favor, aquí no —suplicó Marta, intentando apartar el cigarrillo de su jefa.

Un rato después el despacho de Adrián, con sus vistas panorámicas al puerto deportivo, se había convertido en un campo de batalla. Los abogados de los Salazar ocupaban un lado de la mesa de juntas, mientras Valeria se paseaba como una leona en celo por el otro extremo.

—Mis dos abogados son unos inútiles —masculló, encendiendo otro cigarrillo—. No saben ni por dónde empezar.

Pau se abrió dos botones de la camisa y se sirvió un whisky del mueble bar.

—Estos tres tampoco te creas que han conseguido mucho más hasta el momento.

El abogado principal, un hombre calvo de traje impecable, ignorando la crítica de Pau carraspeó y extrajo un sobre de su maletín.

—Esto es lo que ha llegado del juzgado —extendió la carta sobre la mesa de cristal—. El juez vuelve a tener dudas sobre el caso y...

—¿Dudas? —interrumpió Valeria, arrancando el papel de sus manos.

—A menos que presentemos pruebas contundentes en los próximos días, ordenará las pruebas de ADN como ya insinuó en la última vista.

El rostro de Valeria perdió todo color.

—Esto no puede estar pasando. ¿Sabéis lo que significaría para el prestigio de mi familia?

—También está el tema económico —murmuró Adrián, masajeándose las sienes—. Si resulta que ese vagabundo tiene de verdad derechos...

—Ni lo menciones —cortó Pau, vaciando su vaso de un trago.

Los abogados comenzaron a discutir estrategias legales, pero Valeria golpeó la mesa con ambas palmas.

—Me importa una mierda la estrategia. Hay que parar esto como sea. No pienso dejar que esa periodista y el mendigo destruyan todo lo que hemos construido.

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Pau mientras observaba a Valeria despotricar contra la situación. Sus ojos brillaban con un destello de diversión que contrastaba con la tensión del ambiente.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —Adrián frunció el ceño, estudiando a su primo.

Pau se recostó en su silla, balanceando el vaso vacío entre sus dedos.

—Solo pensaba... Si nuestros antepasados Salazar levantaran la cabeza y vieran esto —soltó una carcajada seca—. Aquí estamos, confabulando con una Montalbán lesbiana para enfrentarnos a un vagabundo y una periodista. Deben estar revolviéndose en sus tumbas.

El cenicero de cristal voló por los aires, rozando la oreja de Pau antes de estrellarse contra la pared. Valeria temblaba de rabia.

—Vuelve a hacer un comentario sobre mi orientación sexual y te juro que...

—Tiene razón —interrumpió Adrián, provocando que todos lo miraran—. Es absurdo. Nuestras familias se odiaron durante generaciones y ahora...

—¿Ahora qué? —espetó Valeria—. ¿Prefieres que nos dediquemos a matarnos entre nosotros como antes, mientras esos dos nos arrebatan todo nuestro patrimonio en la isla?

Los tres abogados intercambiaron miradas incómodas mientras sus clientes discutían. El más veterano carraspeó sonoramente de nuevo.

—Si podemos centrarnos en el tema que nos ocupa...

—¡A la mierda el tema! —Pau se sirvió otro whisky—. Todo esto es una puta broma.

—Señores, por favor —insistió otro de los abogados, alzando unos documentos—. El tiempo corre en nuestra contra.

Adrián se levantó de su silla y caminó hacia la ventana. El sol de la tarde bañaba el puerto deportivo, donde los yates seguían meciéndose ajenos al drama que se desarrollaba en su despacho. Se giró hacia los presentes con expresión seria.

—Dejemos los dramas familiares a un lado. Quiero saber exactamente qué posibilidades tenemos de que el juez ordene esas pruebas de ADN.

El abogado más joven, un hombre de unos treinta años con gafas de montura fina, se aclaró la garganta.

—En casos donde existe una duda razonable, el juez siempre intentará recabar toda la información posible. Y siendo este un caso tan mediático... —hizo una pausa mientras ajustaba sus gafas— es altamente probable que ordene las pruebas.

El abogado mayor asintió gravemente.

—Coincido con mi colega. La presión mediática jugará en nuestra contra.

—Efectivamente —añadió el tercer letrado—. El juez querrá cubrirse las espaldas.

Pau se levantó de golpe, derramando parte de su whisky sobre la mesa.

—¿Y no hay forma de... no sé, minimizar los daños al menos?

Los tres abogados intercambiaron miradas antes de que el mayor tomara la palabra.

—Existe una posibilidad... —comenzó, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Podríamos intentar llegar a un acuerdo extrajudicial con los denunciantes.

Valeria, que había permanecido inusualmente callada, arqueó una ceja con interés.

—¿Un trato? —preguntó, exhalando el humo de su cigarrillo—. ¿Qué clase de trato?

—¿Comprarlos? —soltó Pau con una sonrisa torcida—. ¿De eso se trata?

El abogado mayor se removió incómodo en su asiento.

—Es una práctica común en casos... delicados. Se ofrece una compensación económica a cambio de retirar la demanda. Evita procesos largos y costosos.

—¡Ni hablar! —Valeria aplastó su cigarrillo en el cenicero—. No pienso darles un céntimo sin pelear. Sería como admitir que tienen razón.

—No es tan mala idea —intervino Adrián, pensativo—. El tema dejaría de ser tendencia en redes. La periodista y el vagabundo desaparecerían.

—Señora Montalbán —el abogado de gafas se inclinó hacia adelante —, si se realizan las pruebas de ADN y resulta que ese hombre es realmente familia, aunque sea algo alejada... podría reclamar su parte de la herencia. Con intereses.

—Todo lo acumulado durante años valorado a precio actual de mercado por un tasador independiente —añadió otro letrado—. Propiedades, negocios...

—¡Me cago en todo! —masculló Valeria.

Pau dejó su vaso con un golpe sobre la mesa.

—Hay que hacerlo. No pienso arriesgarme a que tengan razón y ese tipo reclame parte de mis clubs.

—La narración tiene sentido de algún modo —susurró Adrián—. Los relatos que escuchábamos en la niñez acerca de Rosa... Podría ser falso, pero ¿vale la pena correr el riesgo? Además, si no es el indigente, esa reportera tiene ciertos rasgos que me evocan de alguna manera a nuestra familia.

Los tres sucesores intercambiaron miradas mudas, considerando la gravedad de aquel veredicto mientras los juristas aguardaban ansiosos su decisión.

* * *

Aquella mañana se presentó encapotada, reflejando la misma oscuridad que se dibujaba en los semblantes de los miembros de las familias Salazar y Montalbán reunidos en la sala judicial ibicenca. El juez ajustó sus gafas mientras examinaba los documentos presentados por la defensa.

—La documentación histórica del párroco ibicenco aportada por los abogados carece de valor definitivo —manifestó el juez, apartando la documentación sobre el escritorio mientras dirigía su mirada al grupo de Valeria, Adrián, Pau y sus abogados respectivos—. La existencia paralela de un documento oficial que certifica el deceso de Rosa Salazar, quien en ese momento utilizaba el apellido Delgado en la isla de Formentera, sugiere la posibilidad de que sus parientes en Ibiza la dieran por fallecida mientras la auténtica Rosa, acogida por los Delgado, continuó su existencia en el territorio insular contiguo. No se descarta que se trate del mismo individuo.

Los abogados de los Montalbán y los Salazar intercambiaron miradas nerviosas. El letrado principal se aclaró la garganta.

—Señoría, también tenemos declaraciones juradas de varios testigos que...

—¿Testigos de hace ochenta años? —interrumpió el juez, arqueando una ceja—. ¿Me está hablando en serio?

En la sala, Samuel apretaba la mano de Ana mientras observaban el desarrollo de la vista. El señor Ferrer, su abogado, permanecía

sereno, casi esbozando una sonrisa.

—Las pruebas presentadas son circunstanciales —continuó el juez—. Y dado el impacto mediático de este caso, no puedo basarme en meras suposiciones.

Valeria Montalbán se removió inquieta en su asiento. Pau Salazar mascullaba entre dientes, mientras Adrián mantenía la vista fija en el suelo.

—En consecuencia —el magistrado dio un ligero toque con el martillo—, sostengo mi resolución. Les concederé sesenta minutos para meditar, pero si no aportan evidencias o argumentos contundentes que cambien mi opinión, me veré obligado a decretar la realización de los análisis genéticos a todos los involucrados. Y no aceptaré más tácticas para demorar el proceso.

Un murmullo recorrió la sala. Algunos periodistas garabateaban frenéticamente en sus libretas.

El juez abandonó la sala mientras los presentes se ponían en pie. El murmullo de conversaciones llenó el espacio, pero pronto se vio interrumpido cuando uno de los abogados de los Salazar, se acercó al señor Ferrer con paso decidido.

—¿Podríamos hablar un momento? —susurró, ajustándose la corbata.

El señor Ferrer asintió y tras un breve intercambio, regresó donde Ana y Samuel aguardaban sentados.

—Los representantes de ambas familias desean reunirse con nosotros en la pausa —explicó Ferrer, sentándose junto a ellos—. Quieren proponer un acuerdo extrajudicial.

Samuel frunció el ceño, sus manos arrugando el borde de su chaqueta prestada.

—¿Un acuerdo? No entiendo.

—Es bastante común en estos procesos —aclaró Ferrer, inclinándose hacia delante—. Nos ofrecerán una compensación económica a cambio de detener el procedimiento judicial.

Ana se mordió el labio, sus ojos fijos en el abogado.

—¿Qué nos recomienda?

—Por el momento, escuchar —respondió Ferrer, su voz medida y profesional—. Dejemos que ellos pongan la primera cifra sobre la mesa. Después podrán valorar si les parece suficiente para abandonar el proceso o prefieren continuar adelante, asumiendo todo lo que eso implica.

Samuel miró alternativamente a Ana y al abogado, sus dedos tamborileando nerviosamente sobre su rodilla. El señor Ferrer les dedicó una mirada comprensiva mientras esperaban la llegada de los representantes de las familias Montalbán y Salazar.

Los fluorescentes zumbaban en aquella pequeña sala anexa mientras Ana le tendía un café humeante a Samuel. El señor Ferrer rechazó con un gesto cuando ella le ofreció otro.

—Ya llevo tres hoy, mejor no tentar a la suerte.

Pau Salazar se recostó contra la pared, sus ojos inyectados en sangre fijos en Samuel.

—¿Le gusta el azúcar al abuelo sin techo? Igual prefiere el cartón, estará más acostumbrado.

—Pau, por favor —intervino Adrián, masajeándose las sienes.

Valeria Montalbán se giró hacia Ana, sus labios curvados en una sonrisa venenosa.

—¿Cuánto te están pagando por explotar a este pobre hombre? ¿O solo buscas notoriedad?

Ana dio un sorbo a su café, su voz tranquila y medida.

—Al menos yo no construyo hoteles de lujo sobre terrenos protegidos con contratos ilegales.

El señor Ferrer se aclaró la garganta mientras los otros abogados intercambiaban miradas incómodas.

—Señores, centrémonos en el asunto que nos ocupa.

El abogado principal de los Salazar extrajo unos documentos de su maletín.

—Hemos preparado una propuesta que creemos beneficiará a todas las partes —explicó, ajustándose las gafas—. Una compensación económica generosa a cambio de detener el proceso y firmar un acuerdo de confidencialidad.

Ana dejó su café sobre la mesa.

—¿De cuánto hablamos?

El abogado deslizó un papel doblado hacia ella.

Ana desdobló el papel con dedos firmes, sus ojos recorriendo los números mientras el señor Ferrer y Samuel se inclinaban para ver la cifra. Samuel contuvo la respiración, sus ojos abriéndose como platos ante una cantidad que jamás había imaginado en su vida.

—Me parece una oferta razonable —murmuró el señor Ferrer, ajustándose las gafas.

Ana soltó una risa seca y arrugó el papel, lanzándolo de vuelta a la mesa.

—¿Esto es una broma? —espetó, su voz cargada de indignación—. Todo el mundo se hace una idea aproximada de cuál es el patrimonio estimado de sus familias solo en esta isla. Esto son migajas. Si quieren que paremos el proceso, quiero cuatro veces esta cantidad.

Valeria se levantó de golpe, su rostro enrojecido.

—¡Buscona oportunista! ¿Quién te crees que eres?

—¡Zorra codiciosa! —escupió Pau, dando un paso hacia adelante.

El ambiente se tensó mientras todos se ponían de pie, pero Adrián alzó la voz con autoridad.

—Dos veces la cantidad inicial. Ni más ni menos.

—Tres —contraatacó Ana, sin pestañear.

Adrián sostuvo su mirada durante un largo momento antes de asentir.

—Tres veces la cantidad —confirmó, girándose hacia Valeria y Pau con una mirada penetrante que no admitía discusión.

Ambos apretaron los puños, pero finalmente asintieron a regañadientes, conscientes de que no tenían otra opción.

Era media tarde mientras el señor Ferrer respondía a las preguntas de los periodistas en la escalinata del juzgado de Ibiza. La multitud congregada fruncía el ceño y murmuraba, algunos incluso abucheaban ante el anuncio del acuerdo extrajudicial.

Ana y Samuel permanecían sentados en un banco cercano, observando la escena. El anciano jugueteaba con el dobladillo gastado de su chaqueta prestada, sus ojos perdidos en algún punto indefinido del horizonte.

—¡Ana! ¡Samuel! —Lucía apareció corriendo, su melena castaña ondeando al viento—. Perdón por no haber venido antes, tenía una reunión importante con Ibiza Sostenible.

Ana le hizo un hueco en el banco.

—No te preocupes, ya ha terminado todo.

—Lo he escuchado en la radio —Lucía se sentó junto a ellos—. ¿Estáis seguros de esto?

Samuel levantó la mirada, sus ojos brillantes por la angustia contenida.

—El dinero está bien, pero... —su voz se quebró ligeramente—. Mi abuela Rosa luchó toda su vida. Aguantó el rechazo, la pobreza, la pérdida. Y ahora siento que estoy traicionando su memoria al aceptar ese dinero.

Ana le apretó la mano con cariño.

—No es una traición, Samuel. Es justicia, aunque no sea de la forma que esperábamos.

—Mi abuela merecía que su historia se conociera —Samuel sacudió la cabeza—. Que todo el mundo supiera cómo la trataron, cómo la obligaron a huir.

Lucía se inclinó hacia él.

—¿Y quién dice que su historia no puede contarse? El acuerdo es sobre la herencia, no sobre la verdad.

Samuel alzó la vista, sorprendido por las palabras de Lucía, mientras el murmullo de la multitud seguía creciendo frente al juzgado.

Samuel contemplaba el edificio del juzgado mientras el sol de la tarde bañaba su fachada. Sus hombros se habían relajado ligeramente, aunque una sombra de duda persistía en su mirada.

—Tu abuela estaría orgullosa —le aseguró Ana, rozando suavemente su brazo—. Has conseguido que reconozcan tu existencia, aunque sea de esta manera.

—Y ahora podrás tener una vida digna —añadió Lucía—. Sin tener que pasar años en tribunales.

Los Montalbán emergieron del edificio como una procesión silenciosa y sombría. Pau se dirigió a su Ferrari, sus pasos resonando con furia contenida sobre el asfalto. Al pasar junto a Samuel, escupió en el suelo con desprecio antes de subirse al vehículo.

Valeria apareció tras ellos, su rostro contraído en una mueca de rabia.

—¡Eres una incompetente! —le gritaba a Marta mientras bajaba las escaleras—. ¡Creo que te voy a reducir el sueldo!

Al ver al grupo, Valeria les dedicó un gesto obsceno con el dedo medio antes de desaparecer en su Range Rover negro.

—Me imagino el programa que va a hacer mañana —comentó Lucía con una sonrisa irónica—. "Los vagabundos que quieren robar el patrimonio de las familias honradas de Ibiza".

—Ya se cansará —respondió Ana, encogiéndose de hombros—. Siempre encuentra algo nuevo de lo que quejarse.

El señor Ferrer se acercó a despedirse, su maletín de cuero bajo el brazo.

—Ha sido un placer representarlos —estrechó la mano de Samuel y Ana—. Les haré llegar los documentos en cuanto estén listos.

—Gracias por todo —respondió Ana con sinceridad.

—¿Qué os parece si vamos a merendar? —propuso Lucía—. Conozco una cafetería perfecta cerca de aquí.

Samuel, por primera vez en todo el día, esbozó una sonrisa genuina.

* * *

Los ejecutivos de Cavas Ortiz e Hijos se acomodaron en sus asientos de cuero alrededor de la mesa de caoba. Ana Ortiz presidía la reunión por primera vez en años, su figura esbelta contrastando con los trajes oscuros de los consejeros. Josep Marín la observaba con curiosidad desde el otro extremo de la mesa, preguntándose qué habría motivado esta convocatoria extraordinaria. Ana había odiado siempre involucrarse en los asuntos empresariales de la familia.

—Les he reunido hoy porque quiero presentar una propuesta —Ana colocó una carpeta sobre la mesa—. Como seguramente saben por la prensa, hace unas semanas descubrí que tengo un primo lejano en Ibiza. Un hombre que vivía en la calle debido a circunstancias familiares complejas.

Los murmullos llenaron la sala. Una consejera de mediana edad se ajustó las gafas con nerviosismo.

—Señorita Ortiz, si esto tiene que ver con el escándalo de los Montalbán...

—Tiene que ver con hacer lo correcto —la interrumpió Ana—. Mi abuelo Bartomeu construyó esta empresa basándose en valores familiares. Propongo crear una fundación benéfica bajo el nombre de Cavas Ortiz.

Josep Marín se inclinó hacia adelante, intrigado.

—¿Qué tipo de fundación?

—Una que ayude a personas sin hogar a reintegrarse en la sociedad —Ana desplegó unos documentos—. Mi primo Samuel me ha ayudado a entender mejor esta realidad. Podríamos ofrecer formación, alojamiento temporal, apoyo psicológico...

—Pero eso costaría mucho dinero —protestó otro consejero.

—Destinaremos el cinco por ciento de nuestros beneficios anuales —respondió Ana con firmeza—. Y antes de que protesten, les recuerdo que soy la accionista mayoritaria.

El silencio se apoderó de la sala mientras los consejeros intercambiaban miradas inquietas.

Los ojos de Ana recorrieron la mesa de juntas, estudiando cada rostro que la miraba con una mezcla de sorpresa y preocupación. El aire acondicionado zumbaba suavemente mientras ella se levantaba, apoyando las manos sobre la brillante superficie de caoba.

—Se que durante años me mantuve alejada de esta empresa porque temía el peso de su legado —su voz resonó clara y firme—. Pero ahora entiendo que mi abuelo no solo construyó un negocio, sino una familia.

El consejero Ramírez se removió incómodo en su asiento.

—Con todo respeto, señorita Ortiz, dirigir una empresa de este calibre requiere experiencia, no es trabajo para una periodista de profesión.

—Y yo llevo toda mi vida investigando y desentrañando verdades ocultas —Ana sacó un documento de su carpeta—. Como periodista, he aprendido a ver más allá de las apariencias. Este informe detalla mi visión para modernizar Cavas Ortiz.

Josep Marín asintió levemente, una pequeña sonrisa dibujándose en sus labios. Recordaba a Bartomeu hablando de su nieta con el mismo brillo en los ojos que Ana mostraba ahora.

—Algunos pensarán que soy una idealista —continuó Ana—. Pero les recuerdo que poseo el cincuenta y uno por ciento de las acciones. Mi decisión de liderar esta empresa no está en discusión.

La sala se llenó de murmullos, pero Ana los acalló con un gesto.

—Mi abuelo siempre decía que el cava no solo es un negocio, sino un arte que une a las personas. Pretendo honrar ese legado, pero adaptándolo a los nuevos tiempos.

Ana deslizó también una presentación digital sobre la mesa de juntas. Las imágenes mostraban botellas elegantes con diseños modernos y etiquetas que mezclaban la tradición con toques contemporáneos.

—Nuestra marca necesita evolucionar —sus dedos recorrieron las páginas del informe—. Propongo una línea de cavas orgánicos que atraiga a un público más joven y consciente del medio ambiente.

El consejero García arqueó las cejas.

—¿Orgánicos? Eso reduciría la producción.

—Al contrario —Ana proyectó unos gráficos de mercado—. Los estudios muestran un crecimiento del trescientos por ciento en el consumo de bebidas ecológicas premium.

Josep Marín se inclinó sobre los documentos, estudiando las proyecciones financieras con interés renovado. Los números respaldaban cada propuesta con una precisión que no esperaba de alguien supuestamente alejado del negocio familiar.

—También quiero establecer una presencia fuerte en Asia —continuó Ana—. Específicamente en Japón y Singapur, donde el consumo de cava crece exponencialmente.

La sala guardó silencio mientras Ana desplegaba su visión. Los rostros de los consejeros pasaron del escepticismo inicial a un interés genuino. Su plan no solo preservaba la esencia centenaria de Cavas Ortiz, sino que la proyectaba hacia el futuro con una claridad sorprendente.

—¿Y cómo piensa financiar esta expansión? —preguntó una de las consejeras.

—Tengo inversores internacionales interesados —Ana mostró cartas de intención firmadas por importantes grupos asiáticos—. Solo esperan nuestra aprobación para proceder.

Josep Marín volvió a sonreír. Ana había heredado no solo las acciones de su abuelo, sino también su visión estratégica y su capacidad para los negocios. No la había visto tan motivada y llena de energía en años.

Los consejeros intercambiaron miradas de nuevo mientras Josep Marín se ponía en pie, su figura alta proyectando una sombra sobre la mesa de caoba.

—Propongo una votación —su voz resonó en la sala—. Para nombrar a Ana Ortiz como presidenta ejecutiva de Cavas Ortiz e Hijos.

La quietud se apoderó de la estancia conforme los miembros del consejo fueron elevando sus extremidades paulatinamente. Ana retuvo el aliento, sus falanges aferradas con firmeza al extremo de la superficie. El directivo que más se había opuesto a las iniciativas de Ana a lo largo de la sesión, demoró hasta el último momento en

levantar su brazo, aunque terminó por inclinar la cabeza en señal de reconocimiento.

—Unanimidad —declaró Josep, sus ojos brillando con orgullo—. Bienvenida, presidenta Ortiz.

Ana sintió un nudo en la garganta. Los recuerdos de su abuelo Bartomeu inundaron su mente: sus paseos por las bodegas, el aroma a uva madura, sus historias sobre el arte de hacer cava.

—Gracias por su confianza —logró articular mientras los consejeros se acercaban a felicitarla—. No les defraudaré.

Josep se aproximó el último, sosteniendo una pequeña llave dorada.

—Esta abre el despacho de tu abuelo —murmuró, colocándola en su palma—. Él siempre supo que este día llegaría.

Ana cerró los dedos alrededor de la llave, sintiendo su peso y su historia. Por primera vez en años, el apellido Ortiz no le pesaba como una carga, sino que brillaba como una promesa de futuro.

* * *

Ana recorría los pasillos subterráneos de las bodegas, sus pasos resonando contra las paredes de piedra centenaria. La llave dorada brillaba en su mano mientras pasaba junto a las hileras interminables de botellas de cava en rima. El aroma familiar a tierra húmeda y vino añejo la envolvió, transportándola a su infancia.

Las palabras de Bartomeu resonaban en su memoria: "El cava es más que burbujas, pequeña. Es historia líquida, es el latido de generaciones guardado en cada botella."

Se detuvo frente a una barrica especialmente antigua, pasando los dedos por la madera desgastada. Durante años había evitado este lugar, convencida de que una maldición familiar pesaba sobre la fortuna de los Ortiz. La muerte de sus padres en aquel accidente la había marcado profundamente, empujándola a buscar refugio en el periodismo, lejos del imperio familiar del cava.

Pero ahora, conociendo la verdadera historia de amor entre Rosa y Bartomeu, todo cobraba un nuevo sentido. No existía ninguna maldición, solo el peso de secretos enterrados durante décadas. El descubrimiento de Samuel, la lucha por la justicia había liberado no solo la verdad, sino también su propio espíritu.

Ana se detuvo frente a una botella especialmente antigua. La etiqueta, amarillenta por el tiempo, mostraba el primer diseño que utilizó su abuelo. Sus dedos acariciaron el papel desgastado mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro. Ya no sentía miedo del legado familiar, sino orgullo y determinación por continuar la obra de Bartomeu.

La oscuridad de las bodegas ya no le parecía amenazante, sino acogedora. El silencio entre las barricas no guardaba secretos ominosos, sino promesas de futuro. Ana apretó la llave en su mano, sintiendo su peso reconfortante. Por fin estaba lista para asumir su lugar en la historia de Cavas Ortiz.

Unos minutos más tarde Ana giró la llave dorada en la cerradura del antiguo despacho de su abuelo. La puerta se abrió con un suave crujido, revelando una estancia que parecía congelada en el tiempo. El polvo flotaba en los rayos de sol que se filtraban por los ventanales, danzando sobre los muebles de madera noble y los archivadores metálicos.

Sus dedos rozaron el escritorio donde Bartomeu había pasado tantas horas cuando aún trabajaba. Los papeles amarillentos, las plumas estilográficas y el viejo secante permanecían exactamente como él los había dejado. El aroma a cuero y tabaco aún impregnaba el ambiente.

Sus ojos se detuvieron en la fotografía enmarcada sobre el escritorio. Bartomeu sonreía a la cámara con esa mezcla única de dignidad y calidez que lo caracterizaba. Ana tomó el marco entre sus manos, limpiando suavemente el cristal con la manga. La determinación en la mirada de su abuelo parecía atravesar las décadas, como si le estuviera dando su bendición.

El periodismo había sido su escape, su forma de buscar verdades ocultas. Pero ahora sentía que su mayor historia estaba aquí, entre estas paredes centenarias. La energía bullía en su interior mientras imaginaba los cambios que implementaría: nuevas líneas de producción ecológica, programas de responsabilidad social, expansión internacional. Todo manteniendo la esencia que Bartomeu había infundido en cada botella.

Colocó la fotografía en su lugar de honor y se sentó en el sillón de cuero. El respaldo crujió suavemente, como dándole la bienvenida. Ana pasó las manos por la superficie pulida del escritorio, sintiendo bajo sus dedos las marcas dejadas por generaciones de trabajo y dedicación.

Ana recorrió el despacho con pasos lentos, deteniéndose ante cada objeto que capturaba su atención. Sus dedos rozaron los lomos de los libros de contabilidad, algunos tan antiguos que las cifras se habían desvanecido con el tiempo. El aroma a madera y cuero viejo se mezclaba con el perpetuo olor a cava que impregnaba cada rincón del edificio.

Se detuvo frente al mapa de las antiguas viñas que cubría una pared entera. Los límites de las parcelas, dibujados con tinta sepia, mostraban la expansión gradual de la bodega a lo largo de las décadas. Cada terreno tenía un nombre: La Solana, El Bancal del Abuelo, La Viña Nueva. Nombres que escondían historias familiares, decisiones cruciales, momentos de triunfo y adversidad.

Sus ojos se detuvieron en una parcela particular: El Rincón de Rosa. El nombre, añadido con la inconfundible caligrafía de Bartomeu, hablaba de un amor que había sobrevivido al tiempo y al olvido. Ana sonrió al pensar que, sin saberlo, su abuelo había mantenido vivo el recuerdo de Rosa en cada botella que salía de esas viñas.

Mientras caminaba hacia la ventana, sus tacones resonando contra el suelo de madera, Ana sintió el peso de la historia familiar asentarse sobre sus hombros. No era una carga, sino un manto protector tejido con los sueños y el trabajo de generaciones. El

apellido Montalbán, largo tiempo enterrado bajo el nombre Ortiz, emergía ahora como un recordatorio de que las raíces familiares eran más profundas y complejas de lo que había imaginado.

La luz del atardecer bañaba las viñas con luces de oro, como si la tierra misma celebrara este momento de reconexión. Ana apoyó una mano contra el cristal, sintiendo el calor del sol. En su mente, las posibilidades para el futuro de la bodega se desplegaban como las hileras de vides que se extendían hasta el horizonte. El legado de los Montalbán, de los Ortiz, de todos aquellos que habían contribuido a construir este imperio del cava, cobraba nueva vida en su visión para el futuro.

* * *

Las ruedas del carrito de Mercadona chirriaban sobre el pavimento mientras Samuel lo empujaba por las calles empinadas de Dalt Vila. El metal oxidado protestaba con cada bache, como si supiera que este sería su último viaje juntos.

Samuel se detuvo frente a una vieja iglesia, observando las bolsas desgastadas y los objetos que había acumulado durante años. El rosario de su abuela Rosa, las fotografías descoloridas, el cuaderno con anotaciones, las mantas para cuando hacía frio. Cada objeto guardaba una historia, un fragmento de su vida en las calles.

Los turistas pasaban a su lado sin mirarlo, como habían hecho durante tanto tiempo. Pero esta vez Samuel caminaba erguido, con la dignidad renovada de quien ha recuperado su lugar en el mundo. El dinero del acuerdo judicial le había permitido comprar un pequeño apartamento cerca del puerto, donde el aroma a sal marina le recordaría sus días en el pueblo de pescadores.

Las llaves del garaje tintinearon en su bolsillo mientras abría la persiana metálica. El espacio vacío olía a pintura fresca y nuevos comienzos. Con cuidado, Samuel comenzó a descargar sus pertenencias del carrito, colocándolas ordenadamente contra la pared. Cada objeto encontraría su lugar en su nueva vida.

El carrito, ahora vacío, parecía más pequeño y frágil. Samuel pasó una mano por el manillar desgastado, recordando las infinitas vueltas por la ciudad, las noches de lluvia bajo la muralla, los amaneceres en el mercado buscando comida descartada. Este humilde carro de Mercadona había sido su compañero fiel, su único refugio durante los años más oscuros.

Samuel contempló el carrito vacío en el garaje, sabiendo que en unas horas lo devolvería al supermercado. Ya no necesitaría arrastrarlo por las calles como había hecho durante tantos años. A partir de ahora, solo usaría uno durante la compra semanal, como cualquier otra persona normal.

Sus pasos resonaron en la escalera mientras subía a su nuevo apartamento. Al abrir la puerta, el espacio lo abrumó con su amplitud y limpieza. La luz del mediodía se filtraba por las ventanas, iluminando los muebles que Ana y Lucía le habían ayudado a elegir: un sofá de tela azul marino, una mesa de madera clara, algunas sillas a juego.

Incluso ese Martín, que ahora parecía inseparable de Lucía, había ayudado a transportar los muebles más pesados. Samuel recordó cómo el promotor, a pesar de su ropa cara y su aire sofisticado, no dudó en quitarse la chaqueta y cargar con el aparador hasta el tercer piso.

Samuel recorrió el apartamento con pasos lentos, tocando las superficies pulidas, sintiendo la textura de las cortinas nuevas. Todo olía a pintura fresca y a posibilidades. El espacio, aunque modesto, le parecía inmenso comparado con los rincones donde había dormido durante años.

Se detuvo frente a la ventana que daba al puerto. Los barcos se mecían suavemente en sus amarres, y el mar brillaba bajo el sol de la tarde. Era el mismo mar que había contemplado tantas veces desde la calle, pero ahora lo veía desde su propia casa.

Samuel se movía por el apartamento como un extraño en tierra ajena. Sus andares hacían eco de manera diferente sobre el suelo

limpio, tan distinto al pavimento irregular de las calles que había recorrido durante años. Aún después de varias semanas, la sensación de tener un espacio propio le resultaba abrumadora.

Sus manos ásperas acariciaron las paredes recién pintadas. El armario nuevo permanecía casi vacío, como una boca hambrienta esperando ser llenada. Samuel siempre había vivido con lo mínimo, cargando sus posesiones en el viejo carrito. Ahora, la vastedad del espacio lo intimidaba.

Con movimientos pausados, comenzó a desempacar sus escasas pertenencias. El rosario de su abuela Rosa tintineó suavemente entre sus dedos mientras lo sacaba de una bolsa desgastada. Las cuentas gastadas guardaban el calor de generaciones, las oraciones susurradas por su abuela en noches de tormenta.

El silencio del apartamento lo envolvía como una manta pesada. Se sentó en el sofá nuevo, el rosario descansando sobre su regazo. Las paredes blancas parecían observarlo, esperando que las llenara de vida y recuerdos.

La inquietud se apoderó de él. El apartamento, con toda su promesa de nuevo comienzo, lo ahogaba con su quietud. Samuel se levantó y guardó el rosario en el bolsillo de su chaqueta. Sus pies lo llevaron instintivamente hacia la puerta.

Bajó las escaleras y se dirigió al puerto, donde el familiar aroma a sal marina lo recibió como un viejo amigo. Mientras observaba los ferris ir y venir, tomó una decisión. Necesitaba visitar Formentera, la isla que había sido el hogar de su abuela Rosa, donde las historias de su familia habían comenzado y a donde no había vuelto en años.

* * *

El ferry se alejaba del puerto, dejando tras de sí una estela blanca sobre el mar turquesa. Samuel permaneció inmóvil en el muelle de La Savina, abrumado por los recuerdos que el aire salado traía consigo. La isla se extendía ante él como un espejismo del pasado, tan familiar y a la vez tan distante.

Sus pies lo llevaron instintivamente por los senderos de tierra rojiza que serpenteaban entre muros de piedra seca. El romero y el tomillo perfumaban el aire, exactamente como su abuela Rosa le había enseñado. "Esta hierba cura el mal de amores", le decía mientras arrancaba unas ramitas de romero. "Y esta otra despeja la mente cuando los pensamientos se vuelven oscuros".

El sol de media mañana calentaba su nuca mientras caminaba por el camino que conducía al pequeño cementerio. Las cigarras cantaban su melodía eterna, igual que cuando era niño y corría entre los pinos con los otros chicos del pueblo.

El viento silbaba entre las tumbas mientras Samuel recorría los estrechos pasillos del cementerio. Las lápidas más antiguas mostraban inscripciones desgastadas por el tiempo y la sal marina, algunas tan erosionadas que resultaban ilegibles. Sus dedos rozaron la piedra áspera de una tumba común, donde descansaban los restos de varios pescadores sin nombre.

La hierba crecía salvaje entre las grietas del cemento, pequeñas flores amarillas brotaban como diminutas estrellas sobre la tierra. Samuel se detuvo frente a otra tumba común más grande, donde probablemente yacía su abuela Rosa junto a otros habitantes de la isla que no pudieron permitirse una tumba propia.

El sol se filtraba entre los cipreses mientras Samuel contemplaba un espacio vacío donde quizás deberían estar las tumbas de sus padres. Jaume y Raimunda se habían perdido en el mar durante aquella terrible tormenta, sus cuerpos jamás fueron recuperados. En aquella época, la pobreza era tan profunda que ni siquiera pudieron costear una placa conmemorativa.

Una gaviota graznó en lo alto, su silueta recortada contra el cielo azul intenso. Samuel recordó las palabras de los vecinos el día después de la tragedia: "El mar se los llevó, como se ha llevado a tantos otros". La tumba común se había convertido en el último refugio de aquellos pescadores sin fortuna, sus historias entrelazadas en la muerte como lo habían estado en vida.

Sus ojos recorrieron los nombres grabados en las lápidas cercanas, buscando algún rastro familiar, alguna pista que le indicara dónde exactamente descansaba al menos su abuela. Pero las inscripciones permanecían mudas, guardando sus secretos bajo capas de sal, polvo y piedra agrietada por el tiempo.

Se detuvo frente a unas lápidas antiguas, tres piedras blancas dedicadas a otros pescadores que habían perdido su vida en el mar. Su mente se imaginó los nombres grabados bajo sus dedos: Rosa, Jaume, Raimunda. Su abuela, su padre, su madre. Las letras se desdibujaron mientras las lágrimas nublaban su vista.

Samuel se agachó y depositó el ramo de flores silvestres que había recogido durante el camino. Margaritas amarillas, amapolas rojas y campanillas azules, las mismas flores que su abuela Rosa solía trenzar en coronas para las fiestas del pueblo. El viento mecía suavemente los pétalos, como si la isla misma quisiera participar en este pequeño ritual de recuerdo y honor.

Samuel se alejó del cementerio y caminó hacia el antiguo poblado de pescadores. Las casetas de piedra y madera que una vez albergaron a familias enteras ahora se desmoronaban bajo el peso del tiempo. Los techos de paja y cañas habían desaparecido, dejando solo los esqueletos de las estructuras expuestos al cielo.

Entre los restos de una pared derruida, reconoció lo que podría haber sido la cabaña de su familia. El suelo de tierra apisonada donde su abuela Rosa solía tejer redes ahora estaba cubierto de maleza. En una esquina, los restos oxidados de un viejo fogón asomaban entre la vegetación salvaje.

A lo lejos, hoteles y apartamentos turísticos se alzaban como gigantes blancos, contrastando con la humildad de las ruinas. El sonido de la música electrónica que llegaba desde un chiringuito cercano parecía una burla a los recuerdos del canto de los pescadores al amanecer.

Samuel se agachó y recogió un trozo de cerámica antigua, probablemente parte de alguna vasija como las que su madre

Raimunda usaba para almacenar agua. El barro cocido, desgastado por décadas de abandono, se deshizo entre sus dedos como arena.

Las gaviotas sobrevolaban lo que antes había sido el centro del poblado, donde los pescadores reparaban sus redes y las mujeres preparaban el pescado para la venta. Ahora solo quedaban piedras dispersas y postes de madera podrida que alguna vez sostuvieron toldos para protegerse del sol.

Una lágrima rodó por la mejilla curtida de Samuel mientras contemplaba cómo el tiempo había borrado casi todo rastro de aquella comunidad. El mundo sencillo pero digno de los pescadores de Formentera, el único hogar que había conocido se había desvanecido como la espuma de las olas en la orilla.

* * *

La noche había caído sobre el puerto de Ibiza cuando Samuel regresó en el último ferry. Las calles empedradas brillaban ya con el reflejo de las farolas mientras caminaba hacia su nuevo apartamento, su mente aún procesando las emociones del día en Formentera.

En una esquina que nunca había notado antes, un local pequeño con escaparates polvorientos llamó su atención. Un cartel de "Se vende" colgaba torcido en la puerta de cristal. Frente al establecimiento, una anciana de cabello plateado forcejeaba con la persiana metálica, sus manos temblorosas incapaces de bajarla por completo.

—Permítame ayudarla —Samuel se acercó con paso decidido.

La mujer se apartó, agradecida. Sus ojos claros observaron a Samuel mientras este bajaba la persiana con un chirrido metálico.

—Gracias, caballero. Ya no tengo la fuerza de antes —la anciana sacó un pañuelo bordado y se secó la frente—. Cincuenta años vendiendo artesanía en esta tienda, y ahora mis hijos quieren que la venda.

Samuel echó un vistazo al interior a través del cristal. Estanterías de madera oscura albergaban cerámicas tradicionales, cestas de mimbre y figuras talladas. El espacio, aunque pequeño, desprendía un encanto particular que le recordaba a los objetos que su abuela Rosa atesoraba.

Una chispa de entusiasmo se encendió en su pecho. A pesar de su edad, las últimas semanas le habían devuelto una vitalidad que creía perdida. Quizás este encuentro no era casualidad.

—Yo soy incluso más mayor que usted, pero permítame una pregunta ¿Cuánto piden por el local? —las palabras salieron de su boca antes de poder pensarlas.

La anciana sonrió, mostrando las arrugas alrededor de sus ojos.

—¿Está interesado? Venga mañana y hablamos con calma. Me llamo Teresa.

Capítulo 27: 2024, Desenlace

El mar a media tarde bañaba las rocas de la playa de Talamanca mientras David ajustaba el objetivo macro de su cámara. Una lagartija ibicenca, de un verde brillante con manchas azuladas, permanecía inmóvil sobre una piedra caliente. David contuvo la respiración y disparó varias tomas, fascinado por los detalles de su piel y los ojos vigilantes del pequeño reptil.

El sonido estridente de su teléfono rompió la quietud del momento. La lagartija desapareció entre las grietas de las rocas. En la pantalla brillaba el nombre de su jefa en Berlín Helga.

—David, ¿cómo estás? No he sabido nada de ti desde que enviaste el último trabajo de Aitana —la voz de Helga sonaba distorsionada por la distancia.

David se sentó sobre una roca, contemplando el mar en calma.

—Las fotos quedaron bien, ¿no?

—Más que bien. La compañía está encantada con los resultados, a pesar de los... incidentes iniciales.

El viento marino revolvió el cabello rubio de David mientras meditaba su respuesta.

—Helga, necesito tiempo. La isla... —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Este lugar me está ayudando a pensar con claridad. Quiero solicitar una excedencia temporal en VividFrame.

—¿Estás seguro? Eres uno de nuestros mejores fotógrafos.

—Necesito reflexionar sobre mi vida, sobre lo que realmente quiero hacer —David observó una gaviota planear sobre las aguas cristalinas—. La isla me sienta bien.

Un silencio se extendió por la línea mientras Helga procesaba las palabras de David.

—Siempre has sido un activo valioso para VividFrame —la voz de Helga se suavizó—. Por eso mismo te envié a Ibiza. Necesitabas centrarte, tu creatividad se estaba estancando.

David pateó distraídamente una piedrecilla que rodó hasta el agua.

—Lo sé. Y te lo agradezco, aunque al principio me enfadé tanto... —una sonrisa asomó a sus labios—. Tenía tanta rabia dentro, Helga. Me estaba consumiendo.

—¿Y ahora?

—Ahora respiro mejor. He conocido incluso gente interesante. Ana Ortiz, una periodista local, me ha puesto en contacto con el Diario de Ibiza —David se incorporó, caminando descalzo por la orilla—. Estoy pensando en hacer un reportaje sobre la naturaleza de la isla, su belleza salvaje.

Una carcajada resonó al otro lado del teléfono.

—¿Tú? ¿El rey de la moda y las pasarelas hablando de paisajes y naturaleza?

—La isla me ha cambiado, Helga.

—Ya lo veo —respondió ella, todavía divertida—. Mira, puedes tomarte un par de meses si quieres. Sin sueldo, por supuesto. Pero espero que vuelvas. Eres demasiado bueno para perderte entre lagartijas y puestas de sol.

—Gracias, Helga. De verdad.

El polvo se levantó en pequeñas nubes mientras el coche patrulla de la Policía Nacional avanzaba por el camino de tierra que bordeaba la playa de Talamanca. Un grupo de adolescentes, sentados entre los cañaverales con un porro a medio liar, se apresuraron a esconder la mercancía y alejarse con pasos nerviosos.

El vehículo se detuvo cerca de donde David se encontraba. La ventanilla descendió con un zumbido eléctrico, revelando a Iker en su uniforme azul ajustado junto a su compañero al volante.

—¡Eh, alemán! ¿No sabes que está prohibido acosar a las lagartijas? —gritó Iker con una sonrisa traviesa.

David, aún con el teléfono en la mano, dio un respingo. Al reconocer a Iker, su expresión de sorpresa se transformó en una sonrisa cómplice. El compañero de Iker soltó una carcajada desde el asiento del conductor, contagiado por el ambiente distendido.

—Este es David, del que te he estado hablando —dijo Iker a su compañero con una sonrisa.

—¡Por fin te conozco! Soy Fran —el policía más joven saludó desde el asiento del conductor—. Iker no para de hablar de ti en nuestras patrullas.

Las mejillas de Iker se tiñeron de rojo mientras lanzaba una mirada asesina a su compañero.

—¿Te llevamos de vuelta a la ciudad? Ya hemos terminado por hoy y Fran me va a dejar en el piso.

David observó su cámara y el horizonte marino, sopesando la oferta. La luz empezaba a menguar y había conseguido buenas tomas de la lagartija.

—Si no es molestia...

—¡Claro que no! Sube —Iker abrió la puerta trasera del vehículo policial.

David se acomodó en el asiento posterior mientras varios bañistas observaban la escena con curiosidad.

Fran arrancó el vehículo y enfiló el camino de tierra hacia la carretera principal. Una nube de polvo amarillento se levantó tras las ruedas del coche.

—¡Qué desconsiderados! —se quejó una mujer en biquini con un pareo de seda y un collar masivo de oro, apartándose del camino junto a su marido—. ¡Mira cómo han ensuciado mis sandalias!

Su esposo, luciendo un Rolex de oro, sacudió con disgusto su polo Ralph Lauren mientras el coche patrulla se alejaba hacia Ibiza ciudad con los tres apuestos hombres a bordo.

* * *

El pequeño apartamento de Iker olía a café recién hecho mientras David manipulaba la cafetera italiana en la cocina. A través de la puerta entreabierta del dormitorio, podía ver a Iker quitándose el ajustado uniforme azul.

—¿Leche para el café? —preguntó David, abriendo la nevera.

—No, solo. Ya sabes que me gusta fuerte —respondió Iker mientras se desabrochaba el cinturón y se quitaba la camisa.

David sonrió para sí mismo, recordando cómo había aprendido los gustos de Iker en las últimas semanas. El vapor ascendió en espirales mientras servía el café en dos tazas desparejadas.

—Me ha sorprendido lo que le has contado a Fran sobre mí —comentó David, apoyándose en el marco de la puerta del dormitorio.

Iker se detuvo a medio desvestir, ya en camiseta interior y con los pantalones a medio quitar.

—¿Por qué?

—No sé... pensaba que querías mantener lo nuestro en secreto.

Iker terminó de quitarse la camiseta, revelando sus tatuajes y músculos definidos.

—Fran es diferente. Es un buen tío, muy abierto de mente —Iker cogió una camiseta corta del armario—. Además, es mi compañero. Confío en él.

—Ya veo... —David le tendió una de las tazas—. Es muy guapo, por cierto. Y bastante simpático.

Los ojos verdes de Iker se clavaron en David con una mezcla de sorpresa y algo más que no supo identificar.

—¿Te parece guapo?

—¿Celoso, señor agente? —David arqueó una ceja, divertido.

Iker bebió un sorbo de café, evitando la mirada burlona de David.

—Para nada. Solo que no esperaba que te fijaras en él.

Iker se sentó en el borde de la cama y dejó la taza en la mesita de noche.

—A veces me cuesta, ¿sabes? Todo esto —sus dedos tamborilearon sobre la cerámica—. Pero con Fran es diferente. Nos conocemos desde hace años.

David se acercó y se sentó a su lado, sus hombros rozándose.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Mejor de lo que esperaba. Ahora hablamos mucho más durante las patrullas —Iker sonrió—. Nos hemos unido más. Me hace bien poder ser sincero con alguien del trabajo.

David frunció el ceño y dejó su taza junto a la de Iker.

—Espero no tener que preocuparme por tanta... unión.

Iker soltó una carcajada y le dio un empujón juguetón.

—No seas idiota —sus ojos se tornaron serios—. Por cierto, ¿has pensado en lo que te pregunté ayer?

—¿Sobre mudarme aquí contigo?

Iker asintió, su mirada fija en el suelo. El silencio se extendió entre ellos mientras el aroma del café impregnaba la habitación.

David tomó aire, sus dedos jugueteando con el asa de la taza medio vacía.

—Sí quiero —su voz sonó más suave de lo habitual—. Estoy cansado de hoteles, de maletas, de no tener un sitio estable y donde me sienta realmente como en casa.

Iker levantó la mirada, sus ojos verdes brillando con una mezcla de sorpresa y alegría.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente —David dejó la taza en la mesita—. De hecho, hablé por teléfono con mi jefa Helga antes en la playa. Me ha dado luz verde para quedarme en la isla unos meses.

El rostro de Iker se transformó con una sonrisa genuina, de esas que rara vez mostraba.

—¿Y tu trabajo?

—Necesito tiempo para centrarme, para pensar qué quiero hacer con mi vida —David se pasó una mano por el pelo rubio—. Esta isla... tú... me hacéis bien. Por primera vez en años no me siento perdido.

Iker se acercó más a David.

—¿Y qué ha dicho tu jefa?

—Helga lo ha entendido perfectamente. Dice que me tome el tiempo que necesite —David soltó una pequeña risa—. Creo que hasta se alegró. Últimamente estaba insoportable en las sesiones.

—¿Últimamente? —Iker arqueó una ceja con ironía.

David le dio un codazo juguetón.

—Vale, siempre he sido un poco difícil. Pero aquí... contigo... siento que puedo ser diferente. Mejor.

Iker se acercó aún más a David, su cuerpo apenas cubierto por unos bóxers negros que se ajustaban a sus músculos. El calor emanaba de su piel tatuada mientras rodeaba a David con sus brazos fuertes. Sus labios se encontraron en un beso profundo, saboreando el café amargo que quedaba en sus bocas.

—A mí también me sienta bien tenerte cerca —susurró Iker contra los labios de David—. Muy bien.

Alcanzó su taza y bebió el último sorbo de café, sin apartar sus ojos verdes de David. Dejó la taza en la mesita y volvió a abrazar y a besar a David, atrayéndolo hacia la cama. Sus cuerpos se entrelazaron sobre las sábanas revueltas, el contraste entre la piel bronceada de Iker y la tez clara de David creando un mosaico de tonos sobre el algodón blanco.

Se quedaron así, acaramelados, sus respiraciones acompasándose mientras sus dedos trazaban patrones perezosos sobre la piel del otro. El apartamento permaneció en silencio, solo interrumpido por el murmullo lejano de la ciudad y el suave roce de sus caricias.

* * *

Las palomas levantaron el vuelo cuando Lucía y Martín cruzaron la plaza, sus alas agitándose contra el cielo azul de Ibiza. El sol de media tarde bañaba las fachadas encaladas mientras la pareja caminaba entre los bancos de piedra de una plaza céntrica de la ciudad.

—Todavía me parece irreal —Lucía meneó la cabeza, una sonrisa incrédula en sus labios—. Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que yo estaría organizando un macro festival contigo, le habría tomado por loco.

Martín rozó su mano con la de ella mientras esquivaban a un grupo de palomas que picoteaban migas de pan.

—Será el festival alternativo más grande que se haya hecho en Europa —sus ojos brillaban con entusiasmo—. Mercadillos de artesanía local, productos ecológicos...

—Y los mejores artistas de la escena musical —completó Lucía—. Aunque aún no me creo que hayas conseguido que tantos acepten tocar.

—Es que el concepto les ha enamorado —Martín se detuvo junto a una fuente antigua—. Un festival que respeta la naturaleza, que potencia la cultura local, sostenible...

Las palomas volvieron a alzar el vuelo, sus sombras danzando sobre los adoquines mientras Lucía y Martín continuaban su paseo, inmersos en la emoción de su proyecto conjunto.

Martín señaló hacia una esquina donde una fachada desgastada se escondía entre las sombras de los edificios más altos.

—Ven, te voy a enseñar algo especial —giró en una calleja estrecha —. Es un sitio único donde tuestan sus propios granos de café.

Una campanilla tintineó cuando Martín empujó la puerta de madera. El aroma intenso del café recién molido inundó sus sentidos. Una joven con delantal verde musgo se movía con precisión tras la barra de apariencia mineral desgastada.

Lucía se quedó en el umbral, observando la escena a través del cristal empañado del escaparate. Martín gesticulaba mientras pedía dos capuchinos para llevar, su sonrisa perfecta iluminando el local. La dependienta asentía mientras manipulaba la máquina de café con movimientos expertos.

El sol de la tarde se colaba por los ventanales, creando un halo dorado alrededor de la figura de Martín. Lucía no pudo evitar quedarse absorta contemplándolo. Cada día descubría nuevas facetas de él que la sorprendían gratamente - su conocimiento de los rincones más auténticos de la isla, su trato amable con todos, esa mezcla única de sofisticación y sencillez.

Mientras la dependienta dibujaba con precisión un corazón en la espuma del café, Lucía sintió un cosquilleo en el estómago. ¿Quién iba a imaginar que aquel promotor que tanto había despreciado resultaría ser un hombre tan encantador en todos los sentidos?

Martín intercambió algunas palabras más con la dependienta, su sonrisa resplandeciente revelando una dentadura perfecta. El vapor de la máquina de café creaba un ambiente casi onírico en aquel pequeño local escondido del bullicio turístico.

El aroma del café recién hecho los envolvía mientras retomaban su paseo por las callejuelas empedradas. Lucía sopló la superficie

humeante de su vaso, observando las volutas de vapor que se elevaban hacia el cielo. Sus pasos golpeaban contra los adoquines antiguos mientras bordeaban la muralla.

El sabor intenso del café se expandió por su lengua con el primer sorbo cauteloso. Lucía lanzó una mirada de reojo a Martín, que caminaba relajado a su lado. Su corazón dio un vuelco cuando él le devolvió la mirada con una sonrisa.

Se sentía como una quinceañera, con mariposas revoloteando en su estómago cada vez que él se acercaba o la rozaba sin querer. Ella, que siempre había sido tan firme en sus convicciones, tan inflexible en sus juicios... ahora descubría que el mundo no era tan simple como creía.

Ya no veía a Martín como el enemigo que representaba todo lo que ella rechazaba. Las etiquetas y prejuicios se habían desvanecido, revelando a un hombre complejo y fascinante. Donde antes solo distinguía blanco o negro, ahora percibía infinitos matices.

El café aún quemaba contra sus labios, pero Lucía apenas lo notaba, perdida en sus pensamientos. Quizás la vida era eso: aprender a apreciar los tonos intermedios, los grises que componían la realidad. Como este momento perfecto: el sol de la tarde, el aroma del café, y Martín caminando a su lado por las calles de su amada isla.

Un tumulto de voces y flashes interrumpió la tranquila caminata de Lucía y Martín. Una multitud se arremolinaba frente a una boutique de lujo, donde Aitana Solare posaba con gesto altivo mientras dos guardaespaldas mantenían a raya a fans y paparazzi.

—¡Martín, cariño! —chilló Aitana al verlo, agitando su melena rubia platino—. Necesito que me reserves el Ushuaïa entero para mi próxima fiesta de cumpleaños. Quiero mantener a la plebe alejada en mi día más especial.

Martín se acercó con expresión profesional mientras Lucía observaba la escena, apoyada contra una farola.

—Aitana, guapa. Por supuesto. Tú sabes que puedes contar conmigo cuando necesites algo. Pensaba que estabas por las islas griegas estos días. ¿Cuándo has vuelto a la isla?

—¿Y esta quién es? —Aitana señaló a Lucía con desdén, ignorando la conversación superficial de Martín—. Parece que acabas de sacarla de una tienda de segunda mano.

—Es mi socia en un nuevo proyecto —respondió Martín con tono cortante.

—Whatever —Aitana revisó su móvil último modelo—. Necesito el club para dentro de dos semanas. Y quiero que cambies toda la decoración. Las hormigas están tan pasadas, me gustan más los pingüinos...

Cuando finalmente lograron alejarse de la multitud, Martín puso los ojos en blanco.

—¿Has visto? Cada día está peor —soltó una carcajada—. "No quiero mezclarme con la plebe" —imitó el tono nasal de Aitana.

Lucía rio, contagiada por su humor.

—¿Cómo aguantas trabajar con ella?

—Años de práctica y mucha paciencia —Martín sonrió—. Aunque cada vez que abre la boca, pierde neuronas. Hace unas semanas exigió que pintáramos de rosa todo el backstage el día del concierto porque según ella "transmitía mejores vibraciones para su aura". Imagínate el olor a pintura con todo el equipo trabajando justo ese día en el concierto.

Lucía llevó el vaso de café a sus labios, absorta en las anécdotas de Martín sobre Aitana. La espuma del capuchino le manchó la punta de la nariz, creando una pequeña marca blanca que la hacía parecer adorablemente descuidada.

Martín se interrumpió a media frase, sus ojos fijos en aquel punto blanco. Con un movimiento suave, alzó la mano y limpió la espuma

con su pulgar. El roce de su piel contra la de ella envió una corriente eléctrica por todo el cuerpo de Lucía.

Sin previo aviso, Martín se inclinó y capturó sus labios en un beso ardiente. Sus manos se deslizaron por la cintura de Lucía, atrayéndola hacia su cuerpo con una urgencia que la dejó sin aliento. El sabor del café se mezcló con el calor de sus bocas mientras el beso se profundizaba.

Lucía sintió que sus rodillas flaqueaban. La presencia de Martín la envolvía por completo - su aroma, el calor de su cuerpo, la firmeza de sus manos en su cintura. Su mente quedó en blanco, incapaz de procesar nada más allá de las sensaciones que él despertaba en ella. Cada caricia, cada roce de sus labios, enviaba oleadas de placer por todo su cuerpo.

Las palomas que picoteaban cerca de sus pies alzaron el vuelo repentinamente, sus alas batiendo contra el aire mientras se elevaban hacia el cielo azul de Ibiza. El aleteo creó una cortina efímera alrededor de la pareja, como si la naturaleza misma quisiera darles un momento de intimidad en medio de la plaza pública.

Mientras las palomas se dispersaban hacia el cielo, Lucía y Martín permanecían fundidos en su beso, ajenos al bullicio creciente de la tarde ibicenca. El sol comenzaba su descenso, tiñendo los edificios de matices dorados y rosados.

Por las calles empedradas, grupos de turistas regresaban de la playa con la piel bronceada y el pelo salado, toallas al hombro y bolsos de rafia repletos de recuerdos. Las terrazas se llenaban poco a poco - gente con trajes caros compartían espacio con hippies descalzos que vendían pulseras, mientras camareros zigzagueaban entre las mesas sirviendo gin-tonics y cervezas heladas.

En el puerto, los pescadores locales amarraban sus modestas barcas junto a impresionantes yates de lujo. Un grupo de adolescentes compartía risas y helados sentados en el muelle, sus piernas balanceándose sobre el agua cristalina, mientras la tripulación de un velero pulía los cromados bajo la mirada atenta del capitán.

Las callejuelas de la ciudad vieja bullían de vida. Una pareja de ancianos ibicencos tomaba el fresco en sillas de enea frente a su portal, observando el desfile constante de gente que subía y bajaba por las empinadas cuestas. El aroma a pizza recién horneada se mezclaba con el de la sal marina y las flores que desbordaban los balcones.

En lo alto, la imponente fortaleza de Dalt Vila se erguía majestuosa, sus murallas bañadas por la luz del atardecer. Como guardiana silenciosa, contemplaba el ir y venir de locales y visitantes, el eterno baile entre tradición y modernidad que caracterizaba a la isla.

Más allá, el Mediterráneo se extendía infinito hasta fundirse con el horizonte, sus aguas teñidas de oro por el sol poniente. Veleros blancos surcaban la bahía mientras las gaviotas planeaban en círculos, sus graznidos mezclándose con la música que comenzaba a escapar de los bares y restaurantes.

Epílogo

La luna llena se alzaba majestuosa sobre Cala Gracioneta, su luz plateada bailando sobre las aguas en calma del Mediterráneo. El aire fresco de octubre traía consigo el aroma a pino y sal, tan diferente del bullicio veraniego que solía inundar la isla.

En el chiringuito, las luces cálidas de las velas sobre las mesas de madera creaban un ambiente íntimo. Martín había dispuesto todo con esmero - manteles blancos, copas de cristal y centros de flores silvestres. El sonido suave de las olas rompiendo contra las rocas acompañaba las conversaciones.

Samuel, vestido con una camisa nueva que aún conservaba los pliegues de la tienda, gesticulaba animadamente mientras hablaba con Iker. Sus ojos brillaban con un entusiasmo renovado al describir cómo había transformado la antigua tienda de Teresa.

—He mantenido la esencia del local —explicaba Samuel, sus manos dibujando formas en el aire—. Pero ahora también vendo artesanía de Formentera, como la que hacían antes en el pueblo de pescadores.

Iker escuchaba atentamente, su copa de vino tinto a medio terminar. El uniforme de policía había dado paso a una camisa negra que resaltaba sus tatuajes.

—Los turistas que quedan son diferentes —continuó Samuel—. Se interesan más por la historia detrás de cada pieza. Ayer una pareja alemana pasó dos horas escuchando sobre las técnicas tradicionales de tejido de mimbre.

El viento mecía suavemente las antorchas dispuestas alrededor del chiringuito, proyectando sombras en movimiento sobre la arena. Las pocas mesas ocupadas creaban islas de conversación en la tranquilidad de la noche otoñal.

David capturaba discretamente el momento con su cámara, enfocando los gestos naturales y las sonrisas sinceras de los

comensales. La luz de la luna llena bañaba la escena con un brillo casi mágico, convirtiendo la velada en algo digno de recordar.

—Me sorprende que a tu edad te lances a montar un negocio —murmuró Iker, inclinándose sobre la mesa mientras jugueteaba con el borde de su copa de vino.

Martín apartó la mirada del mar y sonrió.

—Nunca es tarde para emprender. El dinero guardado en el banco no da la misma satisfacción que ver crecer algo propio.

Al otro lado de la mesa, Lucía se giró hacia Ana, quien contemplaba las estrellas con aire distraído.

—¿Qué tal te va en Barcelona? ¿Ya te has adaptado a dirigir Cavas Ortiz?

Ana bajó la mirada hacia su plato y suspiró.

—Es extraño estar al mando después de tantos años evitándolo. Pero el equipo es bueno y las nuevas ideas para la bodega están funcionando.

—Me alegro —Lucía dio un sorbo a su copa de cava.

Ana la observó unos segundos antes de añadir con una sonrisa:
—Por cierto, tú y Martín hacéis muy buena pareja. No me lo esperaba, pero funcionáis de maravilla juntos.

Un ligero rubor tiñó las mejillas de Lucía mientras observaba a Martín gesticular animadamente. Sus ojos se suavizaron al contemplarlo.

—La verdad es que sí. Quién me iba a decir que acabaría saliendo con un promotor de discotecas —soltó una risita—. Pero me ha demostrado que las apariencias engañan. Tiene una sensibilidad especial para entender la isla.

Ana sonrió con complicidad mientras observaba a su amiga. El brillo en los ojos de Lucía cuando miraba a Martín revelaba más que sus palabras.

David regresó del servicio equilibrando una bandeja repleta de chupitos de hierbas ibicencas, el líquido dorado brillando bajo la luz de las velas. Sus pasos firmes dejaban huellas en la arena mientras se acercaba a la mesa.

—Esto hay que celebrarlo —proclamó David, repartiendo los pequeños vasos entre los comensales—. Y gracias Ana, por recomendarme en el Diario. Las fotos del reportaje sobre la vida nocturna están teniendo muy buena acogida.

—Eso es porque has sabido captar la esencia —respondió Ana, alzando su chupito—. No solo los excesos, sino también la magia que tiene la isla de noche.

Iker soltó una carcajada.

—¿La magia? Dirás el trabajo extra que me da vigilar las calles.

—Venga, grandullón, no te quejes tanto —le pinchó David—. Que bien que disfrutas cuando patrullas por Ibiza con todo el ambiente que hay.

Samuel contemplaba su vaso con curiosidad mientras los demás bromeaban. El aroma intenso de las hierbas le recordaba a las que su abuela Rosa solía recolectar en Formentera.

Martín se aclaró la garganta y dio un golpecito en su copa con un cubierto.

—Samuel, creo que es el momento. Para esto reservé el chiringuito entero esta noche. Ahora es el momento del discurso.

Las mejillas de Samuel se tiñeron de rojo mientras todos los ojos se posaban sobre él. El antiguo vagabundo se removió incómodo en su silla.

Samuel se puso de pie con cierta dificultad, sus manos temblorosas aferrándose al borde de la mesa. La luz de la luna llena bañaba su rostro curtido mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Hace unos meses dormía en las calles de Dalt Vila —comenzó, su voz ronca por la emoción—. Mi carrito del Mercadona era todo lo que tenía. Y ahora... —hizo una pausa, tragando saliva— ahora estoy aquí con todos vosotros, con una tienda propia y una historia que contar.

El viento marino mecía suavemente las velas de las mesas, creando un juego de luces y sombras sobre los rostros atentos de los comensales.

—Esta noche de luna llena quería... —sus ojos se humedecieron— quería hacer un homenaje y honrar la memoria de Bartomeu y Rosa, mis abuelos. Dos personas que se amaron a pesar de todo, que desafiaron a sus familias por seguir a sus corazones.

Samuel alzó su copa hacia el cielo estrellado.

—Y también por todos esos valientes pescadores de Formentera que, como mis padres, entregaron sus vidas al mar. Por aquellos que nunca regresaron a puerto, por los que descansan en las profundidades del Mediterráneo.

Ana se llevó una mano al pecho, conmovida por las palabras de su recién descubierto familiar. Lucía apretó discretamente la mano de Martín bajo la mesa, mientras David capturaba el momento con su cámara, inmortalizando la emoción en el rostro de Samuel.

—Por ellos, por su memoria —continuó Samuel, su voz quebrándose ligeramente—. Porque sus historias no se pierdan en el tiempo, como las olas que borran las huellas en la arena.

Samuel respiró hondo, sus ojos brillantes por la emoción contenida mientras miraba a cada uno de los presentes.

—También quiero daros las gracias a todos vosotros —su voz se suavizó—. Especialmente a ti, Ana. Creíste en mi historia desde el principio, cuando nadie más lo hacía. Me escuchaste cuando solo era un vagabundo más en las calles.

Sus dedos acariciaron el borde de la copa mientras continuaba.

—Y a todos vosotros, por acogerme como uno más. Por tratarme como un amigo y no como el vagabundo que era.

El silencio de la noche envolvió la terraza cuando Samuel propuso guardar un minuto de silencio por sus abuelos y los pescadores perdidos en el mar. Solo el suave murmullo de las olas acompañaba sus pensamientos mientras cada uno recordaba a su manera a Rosa y Bartomeu.

Pasado el momento, las copas se alzaron en un brindis colectivo.

—¡Por Rosa y Bartomeu! —exclamaron al unísono, las risas mezclándose con el tintineo del cristal.

Samuel se giró hacia el mar, su mirada perdiéndose en el horizonte donde la luna llena dibujaba un sendero plateado sobre las aguas oscuras. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla curtida mientras los recuerdos de su abuela Rosa inundaban su mente.

Ana se acercó en silencio y rodeó con sus brazos a su primo lejano. Sus pensamientos volaron hacia su abuelo Bartomeu, imaginando su sonrisa mientras grababa aquel video que cambiaría tantas vidas.

Notas del autor

Observo la silueta de Dalt Vila a lo lejos desde el balcón de la habitación de mi hotel en Talamanca al tiempo que redacto estas palabras. El sol se derrama sobre el puerto como oro líquido, tiñendo las fachadas de un tono anaranjado que me recuerda a mi primer atardecer en la isla.

Hace ya más de diez años llegué aquí por casualidad, buscando unas vacaciones diferentes. Nunca imaginé que estas islas me atraparían de esta manera, que sus historias se entrelazarían con la mía hasta el punto de no poder distinguir dónde terminaba una y empezaba la otra.

Recuerdo la primera vez que pisé el ferry hacia Formentera. El viento salado me azotaba el rostro mientras observaba Es Vedrà recortándose contra el cielo, majestuoso y misterioso. Ese día comprendí que hay lugares que te marcan el alma, que te cambian sin que te des cuenta.

Las calles empedradas de Dalt Vila guardan secretos centenarios entre sus muros. Los pescadores ancianos cuentan historias de amor prohibido, de familias enfrentadas, de vidas entrelazadas por el destino.

Cada rincón de estas islas esconde una historia esperando ser contada. Los almendros en flor, las salinas rosadas al atardecer, el aroma a romero y tomillo silvestre... Todo aquí parece impregnado de una magia antigua que te envuelve y te transporta.

Es difícil explicar con palabras lo que provocan estas islas. Cómo el tiempo parece detenerse cuando contemplas la puesta de sol desde Ses Salines, o cómo el corazón se expande cuando navegas hacia los acantilados de Formentera. Son sensaciones que van más allá de las palabras, que se sienten en lo más profundo del ser.

Por eso escribí esta historia. Porque hay lugares que te atrapan el alma y no te la devuelven jamás. Ibiza y Formentera son así: te

roban el corazón sin que te des cuenta y te obligan a volver, una y otra vez, como las olas que besan incansablemente la orilla.

Desde entonces, cada año marco en el calendario nuestro regreso a la isla como quien espera la visita de un viejo amigo. A veces venimos en pleno agosto, cuando las discotecas vibran hasta el amanecer y los yates brillan como joyas en el puerto. Otras veces preferimos mayo, cuando los almendros pintan el paisaje de blanco y el aire huele a hierba fresca.

Me fascina cómo la isla cambia pero permanece igual. En las callejuelas de Ibiza, me cruzo con millonarios vestidos de Gucci y artistas callejeros que tocan la guitarra por unas monedas. Los dos sonríen, los dos pertenecen aquí.

Un día, sentado en el Café del Mar, observas a una anciana payesa vendiendo hierbas junto a un DJ internacional que prepara su sesión para la noche. La mujer le regala un ramito de romero "para la suerte", y él le dedica su primera canción del set. Ese es el espíritu de Ibiza: todos somos uno bajo el mismo cielo mediterráneo.

Las noches aquí tienen una energía diferente. No es solo la música que retumba desde Pacha o Amnesia, es algo más profundo, más antiguo. Es ver a un grupo de ejecutivos bailando descalzos en la playa junto a mochileros que recorren Europa. Es la risa compartida, la libertad en el aire, esa sensación de que todo es posible.

Me he dado cuenta de que la magia de Ibiza no está en sus clubes de lujo ni en sus calas escondidas, aunque ambos sean espectaculares. Está en esa mezcla única de energías, en ese poder de hacer que un director ejecutivo se olvide de su corbata y que un hippie se sienta como un rey. Es la isla donde todos podemos ser quienes realmente somos, sin juicios ni expectativas.

Soy de la opinión que aquí cualquiera puede encontrar lo que busca. Ya sea paz en una cala escondida, éxtasis en una pista de baile o inspiración bajo un olivo centenario. La isla siempre te sorprende, como si tuviera el don de leer tus deseos más profundos y manifestarlos frente a ti cuando menos lo esperas.

He vivido momentos indescriptibles en estas costas. Como aquella noche en que las estrellas parecían tan cercanas que casi podía tocarlas desde la playa de Benirrás. O la mañana en que un grupo de delfines escoltó nuestro barco camino a Formentera, saltando y jugando con las olas como si nos dieran la bienvenida.

He conocido a gente increíble. Artistas que encontraron su musa en los acantilados de Es Vedrà. Pescadores que guardan en su memoria historias de cuando la isla era un secreto bien guardado. Ancianas que conocen los poderes curativos de cada hierba que crece en estos campos.

Es por ello que a mi isla favorita le debía una historia. No una cualquiera, sino una que capturara la esencia de lo que significa perderse en sus calas, enamorarse bajo sus estrellas, descubrir secretos enterrados en la arena dorada de sus playas.

Este libro es mi intento de plasmar todas esas sensaciones que provocan las Pitiusas en mí. El cosquilleo en el estómago al ver el perfil de Dalt Vila recortado contra el cielo del amanecer. La paz que inunda el alma cuando el sol se hunde en el horizonte tiñendo las salinas de rosa. Esa libertad inexplicable que se siente al caminar descalzo por la orilla mientras las olas juegan a alcanzar tus pies.

Mientras escribo estas líneas desde mi terraza en Talamanca, me detengo a pensar en todas las licencias creativas que me he tomado al narrar esta historia. He movido locales de sitio, he inventado rincones que no existen y he jugado con la geografía de las islas para que la narrativa fluyera mejor.

El chiringuito donde Lucía y Martín tuvieron su primera cita romántica, por ejemplo, nunca fue exactamente así en Benirrás. Pero necesitaba un lugar íntimo, alejado del bullicio, donde dos personas tan diferentes pudieran conectar bajo las estrellas.

La tienda de artesanía de Teresa, donde Samuel encontró su nuevo propósito, es una amalgama de varios comercios tradicionales que he visitado a lo largo de los años. Quería capturar esa esencia de las pequeñas tiendas familiares que poco a poco van desapareciendo.

Incluso me tomé la libertad de crear lugares secretos y senderos ocultos donde Rosa y Bartomeu pudieran encontrarse a escondidas. La realidad geográfica de la isla es diferente, pero ¿qué es una historia de amor sin sus lugares secretos?

A aquellos ibicencos y formenterenses que noten estas discrepancias, les pido disculpas. Mi intención nunca fue documentar fielmente cada rincón, sino capturar el espíritu de estas islas mágicas que me robaron el corazón hace tanto tiempo.

Y a quienes nunca han pisado estas tierras, les invito a descubrirlas por sí mismos. Quizás no encuentren exactamente los lugares que describo en estas páginas, pero les garantizo que hallarán rincones igual de especiales, historias igual de fascinantes y una magia que, como les sucedió a mis personajes, podría cambiarles la vida para siempre.

Un último favor

No te pierdas las últimas novedades acerca de Elías Wrenford:

https://eliaswrenford.com/es/despacho-literario/

Y no olvides dejar tu valoración en Amazon acerca de este libro.
Ayuda con ello a otros lectores. Muchas gracias por adelantado.

Avance exclusivo

El Corazón del Gran Hotel

El vaivén del barco mecía la litera donde Emilia se acurrucaba. Las náuseas habían remitido tras horas de arcadas secas, pero el hambre le atenazaba el estómago. Su vestido, antes inmaculado, ahora apestaba a sudor y vómito. Se removió inquieta, intentando encontrar una posición que le permitiera descansar.

El rugido constante de las máquinas se mezclaba con los ronquidos y lamentos de otros pasajeros. Cerró los ojos, agotada, y el sueño la venció por unos instantes.

De repente, estaba de nuevo en las calles de Cartagena. El agua turbia subía vertiginosamente, arrastrando muebles y escombros. La lluvia golpeaba con furia mientras las voces desesperadas de su madre resonaban.

"¡Emilia, sube!"

El grito la despertó sobresaltada. Se incorporó en la litera, el corazón latiéndole con fuerza. No era su madre, sino otro pasajero quejándose en sueños.

Se tocó el pelo enmarañado, pegajoso de sudor y salitre. ¿Cuántos días llevaba con la misma ropa? Ya no lo recordaba. Las imágenes volvieron a asaltarla: su padre intentando alcanzar la escalera, los dedos resbalando sobre la madera mojada. El bramido del agua derribando las puertas. Los muebles de la casa familiar convertidos en proyectiles mortales.

Intentó reprimir un sollozo. A su alrededor, en la penumbra del barco de vapor, otros pasajeros se revolvían inquietos. El hedor a humanidad y miseria impregnaba cada rincón. Se acurrucó contra la pared metálica, helada, deseando que el agotamiento la venciera sin traerle más pesadillas.

Pero cada vez que cerraba los ojos veía el agua subiendo por las calles de la ciudad, arrastrando todo lo que había conocido y amado.

Los recuerdos volvieron a asaltarla de nuevo como cuchilladas. Apenas unas semanas atrás, Emilia contemplaba el jardín desde el ventanal del salón principal de la mansión Torres. Los rosales, podados con precisión milimétrica, bordeaban los senderos de grava donde su padre solía pasear tras la cena.

"La apariencia lo es todo, querida." Cristina ajustó el cuello del vestido de su hija. Sus dedos fríos rozaron la piel de Emilia. "Una Torres nunca se muestra vulnerable."

El comedor relucía bajo la luz de las arañas de cristal. La vajilla de porcelana china tintineaba mientras los criados servían la cena. Enrique presidía la mesa, su figura imponente recortada contra el papel tapiz carmesí.

"Los negocios prosperan." Enrique cortó un trozo de carne. "Pronto expandiremos las obras hacia el puerto."

Ahora todo aquello se había desvanecido. El agua se había llevado los rosales, la porcelana, los retratos familiares. Las paredes de papel tapiz se desprendieron como piel muerta. Los muebles de caoba flotaron como barcos a la deriva por las calles convertidas en ríos.

El rugido del agua ahogó los gritos. Emilia vio a su madre intentando alcanzar las escaleras, su vestido de seda empapado arrastrándola hacia abajo. Su padre, siempre tan fuerte y decidido, luchó contra la corriente hasta que un armario lo golpeó, arrastrándolo bajo la superficie turbia.

La última imagen de su hogar fue el retrato familiar sobre la chimenea, el marco dorado brillando por última vez antes de hundirse en el agua marrón. Todo lo que habían construido sus antepasados, todo el imperio Torres, se desvaneció en cuestión de minutos.

Y ahora estaba sola. Sin padres, sin hogar, sin el apellido que tanto significaba. Solo una refugiada más en un barco lleno de desgraciados, huyendo de una ciudad que el agua había devorado sin piedad.

Emilia se sumió otra vez entre sueños en sus recuerdos. La cabeza le palpitaba donde se había golpeado contra algo durante la inundación. Los arañazos, ahora costras rojizas, le picaban bajo la tela sucia del vestido.

Recordó despertar en un almacén improvisado como refugio. Las voces de los chicos que la encontraron resonaban confusas.

"Flotaba sobre una gran tabla"

"Si no llega a ser por esa madera..."

El dolor le atravesó el cráneo cuando intentó incorporarse por aquel entonces. Una mujer mayor le había limpiado la frente.

"Tienes un ángel de la guarda, muchacha."

Pero Emilia sabía que no era cierto. Los ángeles no existían. Si existieran, habrían salvado a sus padres, habrían protegido su hogar, no habrían permitido que el agua se llevara todo lo que amaba.

Los moratones le dolían al moverse. Había pasado días inconsciente mientras la fiebre la consumía.

El vaivén del barco despertó a Emilia. Su vejiga protestaba, obligándola a levantarse tambaleante. En la penumbra, localizó el cubo oxidado que servía como letrina improvisada. El hedor la golpeó mientras se acercaba, provocándole arcadas.

Sus dedos rozaron el billete arrugado en el bolsillo del vestido al intentar buscar su sucio pañuelo con el que pretendía secarse. El papel, antes blanco y limpio, ahora estaba manchado y ajado como ella misma. Ese trozo de papel representaba su última esperanza, comprado con el dinero que había ganado limpiando el barro de casas ajenas durante innumerables jornadas.

Los días posteriores a la inundación se difuminaban en su memoria como una pesadilla febril. Vagó por las calles convertidas en lodazales, irreconocible entre la multitud de damnificados. Sus pies, antes protegidos por finos zapatos de satén, se hundían en el fango mientras buscaba algo, cualquier cosa, que hubiera sobrevivido de su vida anterior.

La mansión Torres había desaparecido, engullida por las aguas sin dejar rastro. Se vio obligada a hurgar entre los escombros como una rata, durmiendo en almacenes improvisados y mendigando trozos de pan duro a aquellos que aún conservaban algo que compartir.

Cuando el capataz apareció buscando mujeres para limpiar una villa, Emilia se dejó arrastrar con el resto. Sus manos delicadas, antes ocupadas solo en bordados y libros, sangraron mientras fregaba suelos y arrastraba escombros. El trabajo era agotador, pero cada peseta ganada significaba un paso más lejos de la pesadilla.

Las otras mujeres hablaban de Mallorca como una tierra de oportunidades. "Allí siempre necesitan criadas", decían mientras fregaban. "El comienzo es duro, pero mejor que quedarse aquí entre tanto barro y muerte."

Sin pensarlo demasiado, Emilia gastó las primeras veinte pesetas que había ganado en su vida en un billete de tercera clase. No tenía plan, ni destino claro, solo el impulso primitivo de huir, de dejar atrás la ciudad que se había tragado todo lo que amaba.

El amanecer se filtraba por las pequeñas claraboyas del casco en esa zona del barco, cuando un marinero descendió por la escalerilla metálica. El hombre arrugó la nariz ante el hedor que impregnaba la tercera clase.

"¡Atención! Llegaremos a puerto en media hora. Recojan sus pertenencias y vayan preparándose para salir."

Emilia parpadeó en la penumbra. No tenía nada que recoger, nada que preparar. Su vestido manchado y el billete arrugado eran sus

únicas posesiones. Se incorporó con dificultad, los músculos entumecidos protestando tras tantas horas en la incómoda litera.

A su alrededor, otros pasajeros rebuscaban entre hatillos y maletas desgastadas. Algunos contaban monedas con dedos temblorosos, otros simplemente permanecían sentados con la mirada perdida.

El barco se mecía con menos intensidad ahora. Emilia se unió al grupo que esperaba junto a la escalera de acceso, apretujada entre cuerpos sudorosos y rostros marcados por el agotamiento. El olor a sal y brea se mezclaba con el hedor humano.

Un chirrido metálico resonó cuando el ancla cayó. La luz comenzó a filtrarse por la escotilla superior mientras los marineros la abrían. Emilia subió los peldaños con piernas temblorosas, siguiendo la fila de pasajeros que emergían como topos cegados.

El resplandor la golpeó con fuerza. Cerró los ojos, deslumbrada por primera vez en dieciséis horas. El aire fresco acarició su rostro, llevándose por un instante el regusto amargo del viaje.

El sol mediterráneo bañaba el puerto de Mallorca mientras Emilia descendía por la pasarela del vapor Atalaya. Sus ojos, acostumbrados a la penumbra de la tercera clase, parpadearon ante la luz que se reflejaba en las aguas cristalinas.

A pocos metros, en otro muelle, una familia elegante bajaba de un barco de primera clase. Los criados corrían a recoger sus maletas mientras los niños abrazaban a sus abuelos entre risas. El contraste con su propia situación le provocó un nudo en la garganta.

Se dejó caer sobre unas cajas de madera apiladas junto al muelle. El calor del sol acariciaba su piel, secando el sudor del viaje. Por primera vez en semanas, una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Estaba viva. A pesar de todo, había sobrevivido.

"Una Torres nunca se rinde", resonó la voz de Cristina en su memoria. Su madre siempre caminaba erguida, con la barbilla alta, como si el mundo entero le perteneciera.

"Los Torres conseguimos lo que nos proponemos", añadía Enrique en las cenas familiares, golpeando la mesa con el puño para enfatizar sus palabras.

Emilia se incorporó, sacudiéndose el polvo del vestido arrugado. Sus padres la habían criado entre algodones, protegiéndola de cada dificultad. Ahora tendría que valerse por sí misma.

Con pasos indecisos, comenzó a caminar hacia las calles empedradas que se adentraban en la ciudad. No tenía dinero, ni contactos, ni idea de dónde dormiría esa noche. El hambre le retorcía el estómago y la incertidumbre le pesaba en los hombros.

Pero era una Torres. Y por primera vez en su vida, eso significaría algo más que un apellido heredado.

*** Previsiblemente disponible a finales del 2025***

Acerca del autor

Elias Wrenford

Elias Wrenford, andaluz de nacimiento e ingeniero de profesión, siempre ha sentido una pasión profunda por contar historias. Desde niño, inventaba aventuras con indios y pistoleros en el salón de su casa, lo que le llevó a crear mundos propios a lo largo de su vida. Tras escribir algunas obras bajo otro seudónimo, en mayo de 2024 decidió publicar de forma independiente su primera novela bajo su actual nombre, "*Las Sombras del Lago"*.

Esta obra ha sido traducida a cinco idiomas y ha permanecido durante meses como favorita del público de Amazon en la categoría de novela romántica histórica del siglo XX. Elias, quien lo hace todo por sí mismo, desde la escritura hasta el diseño de las portadas, ha alcanzado miles de lectores y obtiene las bonificaciones "All-Star" de Amazon habitualmente.

Como autor independiente, su éxito radica en su dedicación, su amor por la historia y su capacidad de conectar con los lectores a través de historias que buscan desentrañar los misterios del pasado y arrojar luz sobre el presente.

Otros libros del autor

Los Ecos del Patio de las Promesas

En el corazón de la histórica Córdoba, donde las calles estrechas susurran secretos y los majestuosos patios del Palacio de Alcázar guardan memorias que el tiempo casi ha olvidado, se entreteje una historia de amor, traición y redención que cruzará siglos.

Siglo XVI

La ciudad vive una era de tensiones y cambios, donde la convivencia entre cristianos y moriscos pende de un hilo frágil. Soraya, una joven morisca de espíritu indomable, encuentra en Don Fernando Mendoza, un noble tan valeroso como atormentado, un amor prohibido que desafiará las normas impuestas por una sociedad dividida. Sus encuentros furtivos bajo las estrellas, las miradas furtivas en los pasillos de Alcázar y las promesas hechas en susurros serán la base de una historia que marcará a generaciones.

Presente

Laura, una dedicada arqueóloga, regresa a Córdoba para trabajar en la restauración del emblemático Palacio de Alcázar. Lo que comienza como un proyecto más en su carrera pronto se convierte en una revelación que la conecta con el pasado de la ciudad y sus misteriosos habitantes. Con cada fragmento descubierto, las voces y los ecos de Soraya y Fernando emergen, tejiendo un puente invisible entre las épocas, donde las promesas de amor y los secretos de traición aún buscan justicia y redención.

Los Ecos del Patio de las Promesas es una celebración de la historia, el amor y la valentía que resuena a través del tiempo. Elias Wrenford, autor independiente aclamado y favorito de miles de lectores, nos trae una obra cargada de pasión y misterio que muestra la belleza eterna de una ciudad y las vidas que habitan en su memoria.

¿Te atreves a descubrir qué historias esconden los patios de Córdoba?

Otros libros del autor

Las Sombras del Lago

En el año 1942, mientras la tormenta de la Segunda Guerra Mundial azota Europa, la majestuosa mansión Havenleigh se convierte en escenario de oscuros secretos y decisiones dramáticas. En medio de la guerra florece un amor prohibido entre Amelia, una residente de la mansión, y un misterioso desconocido, un amor que cambiará para siempre tanto su vida como el destino de la familia Graham.

Décadas después, Oliver Graham hereda la antigua propiedad de su abuela Eleanor, sin imaginar que también está heredando los secretos y sombras del pasado. Junto a su hijo Lucas, comienza a desentrañar los enigmas que están profundamente ocultos entre los muros de la casa. Documentos escondidos y cartas olvidadas revelan una historia de valentía, traición y un amor inquebrantable que trasciende generaciones.

"Las Sombras del Lago" es una novela cautivadora que lleva a los lectores en un viaje entre el pasado y el presente. La historia de la mansión Havenleigh entrelaza los horrores de la Segunda Guerra Mundial con los desafíos del presente, mostrando cómo el pasado moldea el presente. Romance, un amor imposible y oscuros secretos se combinan para ofrecer una experiencia de lectura inolvidable.